

A hand holding a lit flare with sparks flying, set against a background of a town at night.

**TRAICIÓN
EN LA
ALMAZARA**

NICOLÁS LÓPEZ CISNEROS

**TRAICIÓN EN LA
ALMAZARA**

por

Nicolás López Cisneros

www.nlopezci.com

©Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por fax, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Traición en la almazara.*

©2016, Nicolás López Cisneros.

<http://www.nlopezci.com>

Diseño de portada y contraportada: Alexia Jorques

<http://alexiajorques.wordpress.com>

[info.alexiajorques@gmail](mailto:info.alexiajorques@gmail.com)

*"Que nadie diga lo que tiene que hacer
a alguien que ya ha elegido su destino"*

Proverbio árabe

1. Asalto inesperado

Marruecos. Viernes 7, Agosto 2015

Allí estaba sentado y pensativo, como el día anterior y el anterior. A la entrada de aquella tienda que sus hombres habían montado para protegerse de aquel calor infernal, igual que llevaban años haciendo sus antepasados. Moviendo la tienda de un sitio a otro, dando vueltas por los mismos parajes. Cambiando la ubicación de la tienda pero no su estilo de vida. Ni sus ropas, ni su comida, ni su bebida. Nada de lo importante había mejorado.

Hassan, igual que en otras muchas ocasiones, estaba repasando su triste existencia. En ella no había nada importante, ni nada que resaltar, ni nada de lo que vanagloriarse. A base de golpes, empujones y traiciones había llegado a ser “el jefe”. ¡Ja! ¿El jefe de qué? ¿De aquella triste banda de miserables ladrones?.

Nunca tenían dinero en los bolsillos para poder pasar una semana completa sin llevar a cabo algún pillaje. Su triste paso por el mundo estaba alimentado de ir malviviendo día a día. Su supervivencia dependía de que los miembros de la exigua banda que acaudillaba, se dedicasen a robar a los pocos e insensatos turistas que se atrevían a conducir vehículos alquilados por aquellos abandonados y desolados parajes. Les quitaban el dinero en metálico y aquellas pertenencias cuya venta posterior fuese de fácil realización. Después les dejaban seguir su viaje.

Había prohibido terminantemente a sus hombres que hiciesen ningún tipo de daño a los turistas que asaltaban y que no les quitasen, ni los billetes de avión, ni la documentación, ni las tarjetas de crédito, ni los pasaportes que llevasen consigo. De esta manera, la mayoría de los asaltados preferían llegar sanos y salvos al siguiente destino y olvidarse cuanto antes de aquel incidente. Para sus víctimas, el hecho de ir a las autoridades, realizar denuncias y meterse en complicadas y largas reclamaciones que les retuviesen en aquel país más de lo necesario, les resultaba lo suficientemente insufrible como para preferir pasar por alto lo acaecido y borrarlo de su memoria rápidamente.

Él por su parte, lo último que deseaba era atraer sobre su banda la atención de los inspectores de la policía de la capital. O aún peor, de algún mando del ejército. El gobierno de Rabat tenía muy, muy claro que gran parte de los ingresos del país se debían al continuo turismo extranjero, por lo que castigaban con dureza ejemplar, a los ladrones que asaltaban a los visitantes.

Peor aún, eran las penas a aquellos que les agredían o infligían heridas. Normalmente, se perdían en cárceles donde nunca habían oído hablar de los derechos humanos. No, él no quería acabar encerrado en aquellos edificios inmundos por alguna tontería que hiciesen sus hombres.

Había pasado la mayoría de sus treinta y pico años de existencia subsistiendo en las condiciones actuales y no había tenido ninguna oportunidad de conocer, ni disfrutar de otras mejores. Pero lo último que deseaba era empeorarlas. A pesar de su triste vida, por su cabeza siempre habían pasado imágenes e ilusiones de que él provenía de la antigua nobleza musulmana que durante siglos había gobernado el norte de África y que en sus mejores momentos había conseguido llegar a conquistar la península ibérica.

De joven, le gustaba soñar que llegaría a ser un Jeque famoso por sus hazañas bélicas y que, rodeado de sus lugartenientes, sería envidiado y ensalzado en las historias que se contasen en años venideros en los poblados de aquella zona. Se ilusionaba al pensar que bellas muchachas suspirarían por poder estar en su compañía.

La realidad del transcurrir del paso del tiempo, le había alejado de aquellos sueños infantiles que hacía ya algún tiempo habían desaparecido de su cabeza. Su día a día se basaba en arrear a los pocos hombres que formaban su banda para que siguieran, o bien robando o bien realizando ocasionales trabajos que nadie más quería para poder sacar unos pocos dirhams y seguir tirando.

Lo que peor llevaba con la edad, eran aquellas ocasiones en que por desgracia, tenía que realizar mediante una demostración de fuerza o crueldad, que seguía siendo la persona que mandaba en aquella triste banda. Desde la incorporación hacía unos meses de Mustapha cada vez era más frecuente el tener que recordar al resto de los hombres que él todavía era el que daba las órdenes allí.

Mustapha. Al principio, cuando vino a su lado aquel caluroso día, entró en su tienda y le pidió suplicando que por favor le permitiese incorporarse a su banda. El hacerlo, le había parecido que sería una buena idea. No andaba sobrado de gente y aquel joven le pareció fuerte, despierto y sin miedo al riesgo.

En estas características de la personalidad de Mustapha, no se había equivocado en absoluto. Al cabo de unas pocas semanas se había encargado de comandar a los tres hombres más hábiles de la banda y realizar con ellos los golpes con mejores ganancias.

Había entendido a la perfección, la bondad del método ordenado por Hassan para evitar problemas con la policía, y tenía un don especial para seleccionar a aquellos grupos de turistas con más dinero y valiosas pertenencias. Sus golpes eran rápidos y productivos.

Normalmente, sus víctimas no eran capaces de reaccionar a tiempo y para cuando querían darse cuenta, ya habían sido desplumados sin sufrir ningún tipo de lesión. Los asaltados se daban por satisfechos de haber salido de aquel lance sin ningún tipo de daño físico y sólo con unas pérdidas de equipaje y dinero.

Aquella habilidad de Mustapha, había conseguido que la mayoría de los ingresos que sustentaban a la banda proviniesen de sus golpes, por lo que en pocos meses, había ascendido hasta ser considerado por el resto de los componentes de la banda el segundo en el mando.

Lo peor para Hassan era que veía claramente en la mayoría de aquellas patibularias caras que lo rodeaban, que la mayoría de ellos pensaban que se iba haciendo débil y viejo y que Mustapha seguramente haría mejor papel que él como jefe de la banda.

La verdad era que estaba cansado de aquella mezquina vida que le había asignado el destino. Llevaba años pensando en qué había hecho él para merecer estar bajo aquella vieja tienda de los tiempos de su bisabuelo y por qué motivo su destino era seguir bajo aquel sol de justicia, que había curtido durante siglos a sus antepasados esperando a un feliz acontecimiento que cambiara su vida positivamente de forma radical.

Lo curioso era que parecía que aquella oportunidad de conseguir algo de fortuna, inexplicablemente, se estaba produciendo. Hacía un par de semanas, un europeo, se había plantado delante de su tienda para proponerle un trato. No tenía ni idea de cómo aquel extranjero se había enterado de su existencia y por qué él, precisamente él, había sido el elegido.

—“¿Cómo alguien podía conocer la presencia de su miserable banda en aquel desolado sitio?” —pensó para sus adentros.

Aquel extranjero, dijo venir en representación de una organización de presencia multinacional. Él, solo era un mercenario que acataba órdenes y que en aquella ocasión venía a impartirlas. Por qué, a pesar de su sonrisa y sus amables palabras, por debajo de ellas Hassan apreciaba claramente la velada amenaza de que aquello que le estaba ofreciendo no era negociable. O lo aceptaba o la oportunidad desaparecería. Y ¿quién sabía si él también seguiría el mismo camino?

Hassan tenía perfectamente claro que había por lo menos un par de bandas como la suya en los alrededores, cuyos cabecillas estaban dispuestos a aceptar aquella oferta sin pensárselo. Es más, si declinaba realizar aquel trabajo, su posición como jefe de la banda probablemente se tambalearía aún más.

Su deficiente conocimiento del inglés le había obligado a que para comprender en su totalidad los términos de la oferta de aquel extranjero estuviesen en la tienda con él, dos de sus hombres mientras se realizaban las negociaciones: Mustapha y Mohamed. Una vez más, Mustapha era mejor que él en aquel terreno. Hablaba correctamente inglés y francés. Lo del francés en aquella zona de África era relativamente frecuente debido al largo periodo de ocupación francesa, pero el alto nivel de inglés que tenía no era tan habitual. En los poblados de los alrededores sólo se chapurreaban las pocas frases necesarias para vender algunos productos de la tierra a los turistas.

El dominio de aquella lengua era otro de los misterios de su vida anterior, que con tanto esmero ocultaba aquel hombre. A pesar de su tono amable y de estar dispuesto a conversar con cualquiera de los componentes de la banda, sólo hablaba con ellos de banalidades. Es más, propiciaba que los demás le contasen sus andanzas y él solo los acicateaba para que se sintiesen importantes contando sus pequeñas y vulgares historias.

Había otro motivo más personal que no podía confesar a sus hombres, por el que no había querido quedarse sólo a conversar en su tienda con aquel extraño extranjero. En su niñez, su abuelo le había repetido una y mil veces que cuando estuviese negociando algo importante con un hombre, le mirase fijamente a los ojos. Los ojos eran el espejo del alma y si uno era capaz de leer en ellos, se podía llegar a descubrir parte de las intenciones de la persona con la que se hablaba.

Debido a ello, en situaciones críticas, Hassan siempre se fijaba detenidamente en los ojos de las personas. Principalmente, en la mirada de aquellos individuos con los que entablaba conversación por primera vez, o con aquellos con los que se jugaba algo importante.

Cuando el extranjero se había plantado delante de él sin ningún tipo de miedo, siguiendo su costumbre, Hassan le había mirado fijamente a los ojos. Aquellos ojos grises no le habían transmitido nada bueno. No se veía en ellos más que dureza, frialdad e insensibilidad por las vidas ajenas.

Aquellos ojos demostraban todo el desprecio que aquel hombre sentía por tener que negociar con aquellos miserables forajidos del tres al cuarto. Probablemente estaba acostumbrado a tratar con otro tipo de personas que estuviesen más a tono con su nivel. Aquellos ojos le habían dado miedo y no quería por nada del mundo estar a solas con ellos.

Al desconocer lo que aquel mercenario les iba a ofrecer, había preferido escucharlo en compañía, antes que enfrentarse a él en solitario. Si hubiese sabido el ofrecimiento que iba a recibir, quizás y sólo quizás, hubiese pensado mejor lo de haberla escuchado acompañado. Ahora, era demasiado tarde, y Mustapha era conocedor de la jugosa oferta del extranjero. Es más, en su papel de traductor se había enterado de primera mano, mejor y antes de la propuesta. Aún ahora, y a pesar de contar también con la presencia de Mohamed, le rondaba la idea de si verdaderamente le había contado todo o si se había guardado algo para él.

Ya no tenía sentido el darle más vueltas a la cabeza, el miedo a rechazar la oportunidad que podía cambiar su vida y que otra banda la aceptase, o peor aún que sus hombres encabezados por Mustapha se rebelasen contra él y lo abandonasen, le habían llevado a aceptar la extraña proposición de aquel desconocido.

Desde hacía varios días, estaba pensando una y otra vez sobre el importante paso que había decidido dar. No se quitaba de la mente lo que se había comprometido a realizar. Era una de aquellas decisiones que no tienen marcha atrás y que cambia la vida del que la ha tomado y de todos aquellos que le siguen y le acompañan.

Dentro de aquella vieja y remendada tienda, tenía a sus pies las cajas verdes de metal y plástico que le recordaban en todo momento el pacto que había sellado. Su contenido era lo que iba a cambiar la estructura de mando de aquella zona. En su interior había el suficiente poder para sembrar muerte y destrucción.

Aquellas enormes cajas tenían en su interior la última tecnología en materia de armamento. Él y sus hombres, que hasta la semana anterior sólo habían manejado viejos rifles de la época de sus abuelos, tenían allí, al alcance de sus manos, la nueva generación de metralletas, armas cortas y cohetes de mano. Con el contenido de aquellas cajas se podía organizar una pequeña guerra.

Muy a su pesar, el trato con el que había conseguido que aquel extranjero se las suministrase, le obligaba a usarlas. Qué ironía, para poder quedárselas, tenía que estrenarlas. Y tenía que utilizarlas contra su propia gente. Contra gente conocida. Contra gente que nunca le había hecho ningún daño. Contra gente que en más de una ocasión de extrema necesidad le había ayudado aunque no se lo mereciese. Ese era el mezquino pacto que había sellado.

Se daba asco a sí mismo. Sus sueños de juventud, donde se veía como un héroe al que la gente quería, se iban a acabar de destrozarse del todo. La realidad lo iba a transformar en un villano, al que los habitantes de la zona iban a odiar o temer durante años.

Su miedo a perder su triste puesto de jefecillo de aquella banda, le había obligado a dar aquel paso. Durante algunos momentos de los últimos días había tratado de autoconvencerse, que él había sido elegido para ello, y que pronto iba a abandonar aquella miserable vida para que su futuro pudiera ser mejor. Después, lo poco que le quedaba de conciencia, le traía al mundo real y le indicaba que si en las noches pasadas no había podido conciliar el sueño, en las venideras, con una mezcla de remordimientos y miedo, era probable que tampoco.

Desgraciadamente, el haber llegado hasta allí, sólo le permitía dar el siguiente paso. O lo hacía él o lo hacían otros. Los fríos ojos del extranjero lo habían dejado muy claro. Y después los de Mustapha también. Se consolaba a sí mismo diciendo que bajo su mando, quizás el mal infligido fuese menor.

Resignado con la fatalidad de la situación, se levantó, se acercó a la puerta de la tienda y llamó a sus hombres.



Era de noche. Hassan tenía a los miembros de su banda rodeando el edificio. En su momento, había sido una preciosa villa. Una de las residencias más bonitas de aquella zona. Aunque nunca había sido excesivamente grande, sí había sido construida con buenos y resistentes materiales. Gracias a la robustez de la construcción de la misma, había aguantado dignamente el paso de los años. El edificio, llevaba en pie desde hacía unos tres siglos y era la parte de aquella extensa propiedad dedicada a la vivienda. A un par de kilómetros, y debido a su altura, se podían ver los tejados de los edificios en cuyo interior y a cubierto, se encontraban los depósitos, donde se almacenaba el aceite que se producía en aquel terreno rodeado de olivos.

En sus inicios, y durante un par de siglos, el aceite había sido un buen negocio. Era el de mejor calidad producido en la zona y se vendía sin problemas en la mayoría de los poblados de los alrededores. Incluso lo reclamaban algunos comerciantes desde Rabat y Marrakech.

Con el paso de los años, y sobre todo en los últimos tiempos, los procesos de producción de la almazara se habían quedado obsoletos y los competidores les habían ido comiendo mercado. El patriarca actual de la familia Hassin, nunca había querido adoptar los nuevos sistemas de producción, ni se había preocupado de buscar nuevos clientes.

Y mucho menos si dichos clientes se encontraban en otras regiones del país o fuera del mismo. Decía que él no iba a romper la antigua tradición familiar y mientras que él viviese, se iban a hacer las cosas como las hizo su padre, y el padre de su padre.

En la actualidad sólo vendían a bajo precio a los poblados de la zona. La falta de ventas se podía apreciar claramente mirando en el interior de los depósitos de la alejada almazara. Estaban totalmente llenos. Habían ido acumulando el aceite producido sin vender en los dos últimos años. Si seguían bajo las mismas condiciones, no tendrían donde almacenar la cosecha de aquel año. Tendrían que malvenderla, regalarla o tirarla.

Era noche cerrada y gracias a las gafas de visión nocturna que habían llegado en las cajas junto con el resto del arsenal, Hassan podía ver a sus hombres acercándose despacio a la vivienda principal. Si no fuese por lo que iban a hacer dentro, le podía haber dado un ataque de risa. Él y sus hombres, en realidad un conjunto de palurdos que no tenían donde caerse muertos, intentaban moverse en la noche como si se tratase de un comando de asalto bien entrenado.

Estaba prácticamente seguro de que la mitad de sus hombres, no sabían cómo quitarle el seguro al arma que portaban, a pesar de las detalladas instrucciones de manejo que les habían impartido en varias ocasiones. No tenía claro que aquello fuese un inconveniente, de esa manera no harían daño a alguien o a sí mismos por accidente.

Como era de esperar, no se encontraron con ninguna persona en su avance hacia la casa. ¿Con quién se iban a encontrar? Sólo era una casa aislada en aquella zona de olivares.

Él, junto a la avanzadilla del grupo, habían llegado hasta la puerta principal y se disponían a entrar. Hizo la seña acordada con sus hombres para que se detuviesen y se acercó a escondidas a una ventana abierta que daba al salón principal de la vivienda, para poder escuchar las voces que se oían en su interior.

—¡Padre! ¡Tiene que dejar que ponga en marcha lo que he aprendido durante estos años! —se oía decir a una bella joven con un acento que expresaba a la vez anhelo y súplica.

Hassan había oído más de una vez que la hija del patriarca de aquella finca, Samira, en un momento de extraña debilidad de su padre, le había convencido para estudiar en el extranjero. Había pasado en Jaén varios años, estudiando en su Universidad los modernos sistemas de producción de aceite de oliva existentes. Jaén, dentro de España, el primer país productor mundial, era la provincia Andaluza con las empresas mejor dotadas de los más sofisticados sistemas de recolección y molienda de aceitunas.

Samira había pasado días y noches aprovechando cada minuto de su estancia allí, leyendo libros, haciendo prácticas en almazaras, viendo maquinaria y andando kilómetros y kilómetros entre olivares. Había vuelto a su casa con la cabeza llena de ilusiones y muchas nuevas ideas para poner en marcha.

Desgraciadamente, todas ellas habían chocado con el muro infranqueable de tradicionalismo de su padre, que no quería saber nada de aquello. Sólo quería que su hija se casase con un buen hombre y que éste siguiese al pie de la letra las instrucciones que él le diese sobre la gestión de los olivares y la almazara. Cuando llegase ese momento su hija debía pasar a dedicarse a las labores del hogar y a darle robustos nietos que perpetuasen su estirpe.

—¡No! ¡Samira! —repuso con cierto fanatismo en la voz Abdellah, su padre —Mientras yo viva seguiremos trabajando las tierras y obteniendo sus frutos de la manera que me enseñó mi padre y mi abuelo.

—¡Padre! ¡Escúcheme por favor! ¡No estamos en los tiempos del abuelo y del bisabuelo! ¡Todo cambia! Y por desgracia, cada vez más de prisa. Si no cambiamos

con los tiempos, no tendremos futuro. Ni nosotros, ni tus nietos.

A Samira le dolía en el alma el tener que usar esas hirientes frases con su padre. Sabía que a su edad la mayor ilusión que tenía aquel desgastado hombre era ver correr a sus nietos por entre los olivos, pero ella tenía que hacer muchas cosas en aquellos terrenos, antes de tener hijos y poder dedicarles parte de su tiempo.

Tenía que levantar de nuevo aquella empresa. Creía firmemente que tenía la ilusión, la energía y los conocimientos suficientes para darle la vuelta a aquella lamentable situación en que se encontraban. En su mente no estaba presente el casarse y dedicarse a cuidar hijos. Por lo menos, no todavía.

—¡He dicho que no! —exclamó con rotundidad el anciano mirándola fijamente a la cara.

La hija, obediente, agachó la cabeza y se retiró caminando despacio a una esquina de la mesa de aquel salón. Quería a su padre demasiado para enfrentarse a él excesivamente. En las últimas semanas había intentado convencerle para que le hiciese algo de caso, de que le diese una oportunidad. Ella veía claramente que el futuro de aquellas tierras no pasaba por seguir siendo trabajadas de la forma tradicional con aquel ancestral modo en que se había hecho hasta la fecha.

Pero su padre no atendía a razones y no quería saber nada de lo que ella intentaba decirle. Después de aquella discusión la cena se había agriado y un tenso silencio se había apropiado de la estancia. Como de costumbre, sólo estaban a la mesa, su padre, su hermana pequeña Fatiha y la hija de ésta, Amina.

Su hermana y su sobrina sufrían enormemente con aquellas disputas familiares. La madre de ambas hermanas, que era su auténtica defensora ante su padre, había muerto desgraciadamente de una enfermedad hacía años. Su padre no había querido volver a casarse.

Su hermana, siempre había estado a la vera de su padre y no había abandonado nunca aquellas tierras. Se había dedicado a ayudar y a obedecerle en todo momento y no entendía cómo Samira se atrevía a intentar darle consejos y a llevarle la contraria.

La niña, fruto del matrimonio de su hermana con un joven de la aldea, apenas tenía cuatro años, por lo que tampoco entendía las discusiones de los mayores. Sólo cuando el tono de voz era demasiado alto, se veía en su inocente rostro la sorpresa, el desconcierto y el susto que aquello le producía.

Su joven padre había muerto en un desgraciado accidente trabajando en la almazara. Estando reparando el tejado de la misma sin ningún tipo de protección o medida de seguridad se había caído del mismo, con tan mala fortuna que se había roto el cuello al caer.

Ello había dado lugar a que Fatiha se refugiase en su silencio y se volcase en cuidar a su padre y a su hija. Desde el accidente de su marido no había vuelto a ir a la almazara y prácticamente no abandonaba la casa y sus alrededores.

Ello contribuía aún más a que Samira fuese la persona que se encargase de llevar el mayor peso de la gestión de los olivares y de la producción del aceite.



Hassan veía a sus hombres inquietos y nerviosos, esperando a que él llevase la iniciativa y les diese las órdenes para entrar en aquella propiedad. La situación era grotesca. Casi le entra la risa. Cinco hombres armados con fusiles de asalto de última generación a punto de asaltar una antigua casa en medio del campo, habitada por un pobre anciano, dos jóvenes y una niña. Estaba claro que lo suyo no era el honor y la gloria.

Bueno, no tenía sentido demorarlo más. Se apartó de la ventana y se dirigió decidido hacia la puerta de entrada con su fusil en las manos. Al llegar a la misma, pensó en darle una patada como había visto en algunas películas, pero al final probó simplemente a empujarla.

Como era de esperar estaba abierta. Allí, en la soledad de aquellos campos, probablemente no había estado cerrada desde que la colocaron en su marco hacía siglos. No tenían nada valioso que proteger en aquella casa y no consideraban que tuviesen enemigos de los cuales tener que defenderse. Por lo menos, no hasta aquella noche.

Les había dicho a dos de sus hombres que vigilaran las otras salidas de la casa y que estuviesen atentos a cualquier movimiento de puertas o ventanas. No debía escapar nadie del interior de la vivienda.

Mustapha y Mohamed seguían sus pasos mientras avanzaba intentando no producir ruido por el interior de la casa. Cruzaron un recibidor y al atravesar la puerta que había en una de sus esquinas, entraron en el salón. La sorpresa que causaron a los habitantes de la vivienda fue mayúscula. Las mujeres soltaron un grito de sorpresa al ver a aquellos hombres que entraban en el salón de su casa armados con rifles de asalto.

El padre fue el primero que reaccionó. En un ataque de nerviosismo cogió un cuchillo de encima de la mesa y dando dos pasos hacia aquellos desconocidos, se dispuso a encararse con ellos para proteger a su familia. Una ráfaga se oyó en el silencio de la noche y el anciano cayó al suelo abatido por varios disparos. Inmóvil en el suelo, su delgado cuerpo sangraba por varios orificios de bala.

—¿Queeeeé? —exclamó Hassan sorprendido. No podía creer lo que se mostraba ante sus ojos.

Mirando a sus dos hombres, vio en el rostro de Mohamed el fatal reflejo de lo que había hecho. El horror y la sorpresa también se apreciaban en su cara. El arma que aún mantenía entre sus brazos en posición horizontal era la prueba clara de que él había sido el que había disparado su fusil.

—¿Qué has hecho idiota? —volvió a preguntar Hassan, esta vez dirigiéndose a él.

—Lo... lo siento —murmuró en voz baja —No quería hacerlo. El cuchillo... Se me ha disparado.

Lo que más temía Hassan se había hecho realidad. No se le puede dar un arma a una persona y no pensar, que en un momento u otro no llegue a utilizarla. La cara de Mohamed reflejaba el arrepentimiento e incredulidad por lo que había hecho.

Al ver al viejo con un cuchillo en la mano, dar unos pasos hacia ellos, el instinto de conservación le había hecho apretar el gatillo. La estúpida idea de portar armas para dar miedo a aquellas personas, les había llevado a cometer aquel asesinato.

Las dos hijas, con el estupor y el asombro pintados en su rostro, no daban crédito a lo que estaba pasando. A aquel acto de violencia estúpido. Samira, sin pensar en la amenaza que representaban aquellos hombres armados, se desplazó por la habitación, arrodillándose en el lugar donde su padre yacía en el suelo.

—¡Padre! ¡Padre! —le llamaba mientras las lágrimas surgían de sus enormes ojos.

Su hermana, inmóvil donde se encontraba, abrazaba a su hija contra su pecho, impidiendo que viese morir a su abuelo, mientras ella lloraba en silencio.

Durante un minuto, nadie de los presentes se movió, ni nadie dijo ninguna palabra en aquel salón. Después Mustapha dio un paso hacia Hassan.

—Jefe, a pesar de lo que acaba de hacer este estúpido, tenemos que seguir con nuestro plan original.

Hassan meneó levemente la cabeza de un lado a otro con resignación. Desde el principio no le había gustado lo de dar armas a sus hombres. Aquellos desgraciados, en su vida no habían manejado otra cosa que cuchillos y viejos rifles. Ni tenían entrenamiento, ni estaban capacitados para portar aquellas modernas armas. Estaba seguro de que aquello les iba a acarrear en un futuro cercano más desgracias, pero llegados a aquella situación sólo le quedaba seguir hacia adelante. El abandonar no era una opción.

No se podía quitar de la cabeza, los ojos de aquel extranjero cuando le había dado las instrucciones a seguir. O continuar hacia delante, o correr probablemente la misma suerte que el viejo que ahora se encontraba a sus pies. Él y sus hombres no tenían a donde ir. Aquella era su tierra para bien o para mal. En aquella tierra habían vivido y en aquella tierra morirían. Lo único que podían intentar hacer era conseguir de alguna manera mejorar sus condiciones de vida y el prolongarlas el mayor tiempo posible.

—Samira —le dijo a la muchacha que estaba a sus pies con las ropas ensangrentadas y con la cabeza de su padre entre sus manos llorando desconsoladamente —Lo siento. No queríamos haceros ningún tipo de daño —y como intentando buscar una excusa, quizá más para sí mismo que para la muchacha, continuó —Si tu padre no se hubiese abalanzado hacia nosotros y no nos hubiese amenazado con el cuchillo...

—¡Asesinos! ¿Qué tipo de amenaza representaba mi anciano padre para tres hombres armados?

Más que sus palabras, eran sus enormes ojos marrones los que le hacían aquella pregunta, no pudiendo entender cómo se había llegado a la situación de que su padre estuviese muerto entre sus brazos. Además a ella, empezaba a pesarle enormemente en lo más profundo de su corazón, que el último recuerdo que iba a tener de su padre, fuese la discusión que habían mantenido.

El hecho de contemplar a su hermana y a su sobrina inmóviles y atemorizadas en el otro lado de la habitación, le hizo sobreponerse. La idea de que ahora era ella la responsable de la familia se le fue abriendo paso poco a poco en la cabeza. La extraña situación en la que se encontraba, le llevó a reaccionar.

—¿Qué hacéis en nuestra casa? ¿Qué queréis de nosotros? —preguntó sin querer, con un tono cercano a un chillido.

Nadie de los presentes le respondió. Al ver el profundo miedo que había en los rostros de su hermana y de su sobrina, la responsabilidad sobre ellas le llevó a intentar

recuperar algo la calma. Posó sus ojos sobre aquellos hombres que habían destrozado la paz de su hogar y fue recorriendo sus rostros fijándolos firmemente en su retina.

Miró al asesino de su padre, Mohamed, que seguía estando muy nervioso, con el arma temblando entre sus manos. Después se fijó en Mustapha, el más frío e indiferente de los tres. También le pareció sin duda el más peligroso. Para terminar su recorrido visual se paró en el que le había hablado y le dedicó más tiempo que a los otros dos.

Parecía el jefe, pero no trasmitía poder y autoridad. En aquella desgraciada situación, sus sentidos podían no indicarle fielmente lo que percibía, pero creyó ver resignación y tristeza en su rostro. Al cabo de unos segundos el reconocimiento afloró a su mente.

—¡Eres Hassan!

El jefe de la banda no hizo ni dijo nada. Miró a la muchacha apartada y a su hija que seguían inmóviles, miró al cadáver en los brazos de aquella muchacha y de nuevo se quedó mirando a la joven que le había reconocido, como esperando que ella continuase con la conversación.

Cuando eran muy jóvenes y cuando el destino no había encarrilado de forma totalmente diferente sus vidas, alguna vez habían jugado juntos entre los olivares. Nunca se habían fijado el uno en el otro de forma especial, ni habían compartido nada en común. Sólo habían formado parte de un grupo de niños y niñas que jugaban juntos. Sus diferentes orígenes los separaban. Samira era la hija del dueño de la almazara y los olivares, y él Hassan, el hijo de una humilde familia que trabajaba para ellos. Incluso en cierto modo le parecía increíble que con los años que llevaban sin verse, ella le hubiese reconocido.

—¿Por qué? ¿Por qué habéis matado a nuestro padre? ¿Qué te hemos hecho nosotros?

—Nada.

—¿Entonces? —preguntó de nuevo con mayor sorpresa reflejada en su rostro y en aquellos enormes ojos.

—Teníamos previsto el que siguieseis unas sencillas instrucciones que os íbamos a dar y colaborar con nosotros. La muerte de tu padre ha sido un estúpido accidente. No tenía que haber pasado.

Estaba claro que las palabras de Hassan no iban a ser un consuelo para las mujeres que estaban en aquella habitación. La situación era la que era y él tenía que seguir hacia delante. Le llevase a donde le llevase el destino.

—Al no poder negociar con él —dijo señalando el cadáver a sus pies —tú pasas a ser la que manda en la almazara, por lo que las instrucciones a seguir te las tendré que dar a ti. —y añadiendo una velada amenaza continuó —Síguelas al pie de la letra para no obligarnos a tener, nada más de lo que arrepentimos.

2. Reconciliación

Laquidain. Lunes 3, Agosto 2015

Después de las aventuras pasadas recientemente, y tal y como le había prometido a Yoko en los últimos momentos que habían compartido juntos, había decidido no empezar de momento un nuevo caso y tomarse unas semanas de vacaciones.

Con lo que ganaba con sus encargos y la fila de clientes que estaban haciendo cola para contratar sus servicios, el no trabajar durante un pequeño lapso de tiempo no le iba a generar ningún tipo de problema.

Su cuenta corriente era de lo más solvente, y los ingresos de su último caso habían sido lo suficientemente generosos como para no necesitar trabajar en una buena temporada.

Sergio, había acuñado para su exclusiva profesión el término de detective tecnológico, título más elegante que denominarse “detective especializado en complicados casos de espionaje industrial”.

A pesar de la importancia que para una empresa puntera en un determinado sector, tienen sus descubrimientos tecnológicos, la salvaguarda de los mismos ante el espionaje industrial no esta realmente, ni tan definida, ni tan establecida, ni tan vigilada por las corporaciones como es necesario, por lo que la mayoría de las compañías, además de desprotegidas, están confundidas, despistadas y bastante desorientadas con respecto a quién dirigirse y cómo obrar en caso de resultar afectadas por este tipo de incidencias.

Uno de los aspectos por los que se denomina espionaje industrial se debe a que las nuevas patentes tienen mucho de secreto. El acudir a la policía en la mayoría de los casos puede destapar la sorpresa y por tanto la pérdida de la oportunidad de la ventaja competitiva que el descubrimiento realizado iba a proporcionar a la empresa sobre su competencia.

Este acto puede generar el que los accionistas pierdan la confianza en la empresa, ocasionando graves problemas en el accionariado y el efecto contrario al que el avance tecnológico iba a producir.

Es decir, en vez de aprovechar una posible ventaja se pueden encontrar con un declive financiero debido a un efecto negativo con las acciones. Esto se acentúa más si la empresa cotiza en bolsa. Por tanto, la confidencialidad y la efectividad en la resolución de sus casos era el aspecto principal en que se sustentaba el lucrativo negocio de Sergio.

Además, con cada nuevo caso que le había ido surgiendo, sus emolumentos se habían ido incrementando. Ahora calculaba sus tarifas con mayor reflexión que en su primera vez. En la actualidad cobraba veinte veces más por el más sencillo de sus casos y sus encargos no solían bajar de los seis dígitos.

Se había dado cuenta conforme avanzaba en su carrera, de quiénes iban a ser sus futuros clientes y de cómo posibilitar el generarlos. La forma de tener continuidad en el tiempo, había sido una selecta cadena de conexiones de cliente a cliente a los que les habían ocurrido problemas similares.

Fue fomentando entre los dueños de sus casos resueltos, el que dejaran caer discretamente en sus círculos sociales, que había una empresa, sonaba más serio que hablar sobre un joven de menos de treinta años, que se dedicaba a solucionar este tipo de situaciones.

De esta manera fueron surgiendo caso a caso nuevos clientes que dieron viabilidad económica y bastante lucrativa a la profesión que se había ido forjando. Ello se debía principalmente a los buenos resultados conseguidos en sus trabajos.

En un momento de su carrera, el séptimo u octavo caso, y conforme se daba cuenta de que los clientes aceptaban sus tarifas sin rechistar, le surgió un nuevo encargo con una importante corporación multinacional, lo que además de hacer incrementar sustancialmente sus honorarios le permitió tener una nueva perspectiva de cómo podía ampliar su ámbito de actuación a mercados internacionales y, siguiendo la corriente que imperaba en los países emergentes, globalizarlo.

Eran frases que se habían puesto muy de moda y él había decidido ser uno más en subirse a ese carro. Para adecuarse a las necesidades de sus nuevos clientes consideró oportuno realizar varios cambios en la forma de organizar su pequeña empresa. Lo primero era la necesidad de apartar de forma radical la manera de vivir su peligrosa vida profesional con la de disfrutar de su vida personal.

Era particularmente importante el desligar de su ámbito profesional todo aquello que lo pudiese relacionar con los lugares donde vivían su familia y amistades, y el generar personalidades distintas, haciendo todo lo necesario para que fuese imposible el llegar a una identidad a partir de la otra y viceversa.

Era totalmente necesario que sus amigos y familia no supiesen a qué se dedicaba en su trabajo y que principalmente los individuos con los que contactaba en sus encargos no consiguieran llegar a las personas a las que quería.

En algunas ocasiones las corporaciones con las que se enfrentaba para recuperar aquello de lo que se habían apropiado de forma fraudulenta, eran terriblemente peligrosas y cuando perdían, buscaban venganza. No quería que se volviese a repetir el que uno de sus parientes o amigos se viese amenazado. Lo que le había ocurrido a Mónica no podía volver a suceder.



Después de darle muchas vueltas a la cabeza sobre cuál debiera ser el destino de sus vacaciones, se decantó por lo más sencillo, más vulgar y más habitual en las personas: volver a casa de sus padres. En los últimos meses y debido por una parte a su trabajo y por otra a la culminación de su venganza, había visitado más de doce países diferentes de los cinco continentes, por lo que elegir un lugar exótico para sus vacaciones, no era algo por lo que se sintiese especialmente atraído.

De nuevo, la dificultad a la hora de determinar la elección del lugar, no había sido el dinero. La profunda pérdida que había sufrido le seguía doliendo. Era demasiado íntima y demasiado valiosa. Como había escuchado de otras personas a las que les había pasado algo parecido, el hueco que se produce, no se llena con la venganza. La venganza es algo a lo que nos vemos obligados, pero que no nos devuelve la pérdida, ni nos llena el vacío que nos ha dejado.

Debido a estos motivos, cuando uno se siente herido, lo más sencillo, cómodo y humano es volver con tus familiares y amigos más cercanos. No es debilidad. Lo último que se le podía atribuir a Sergio, era que fuese una persona de carácter débil. La cuestión era mucho más sencilla. Las heridas del alma se sobrellevan mejor cerca de los seres queridos.

Una vez elegido su destino, había decidido trasladarse conduciendo su deportivo, desde su refugio en Andorra a la casa de sus padres en Pamplona. Estaba contento de poder pasar unos días con ellos. Los adoraba.

Después de llevar conduciendo unas horas, se encontraba ya a unos cuarenta kilómetros de Pamplona. Viendo que eran las siete y media de la tarde, decidió llamar por teléfono para que su madre supiese que iban a ser uno más a la hora de cenar. A través del teléfono del coche marcó su número de móvil. Al cabo de unos segundos se oyó una suave voz al otro extremo.

—¿Qué tal cariño? ¿Cómo te encuentras? —le preguntó su madre con aquel tono tan dulce que siempre empleaba con él.

Daba igual que estuviese cercano a los treinta años. Para su madre siempre sería el hijo donde depositar todo el amor y cariño que tenía. Y era mucho.

—Muy bien mamá. Deseando verte —le respondió él a su vez con el tono cariñoso que reservaba para ella —Espero darte un abrazo en un rato.

—¿Estás de camino a Salou?

—“Mierda” —pensó para sus adentros Sergio.

Lo de dar sorpresas suele tener esos inconvenientes, si no cuentas con la gente, es probable que las personas no se encuentren donde tú desees. Comenzaba el verano y por lo tanto sus padres se habían desplazado a su pequeño apartamento en Salou, en la costa mediterránea. Es decir se encontraban a cuatrocientos kilómetros de

distancia de él, justo en dirección contraria.

—No mamá. He metido la pata. Estoy cerca de Pamplona. Pensaba daros una sorpresa y por eso no he llamado antes. Ahora el chasco me lo he llevado yo —No queriendo traslucir por el tono de su voz la decepción que sentía debido a su error y disgustar con ello a su madre, no cambió el tono cariñoso de su voz.

—¿Venías a vernos para pasar con nosotros un par de días? —le preguntó ella con un cierto tono de desilusión en la voz.

—No mamá. Por una vez no iba a haceros una visita rápida de tipo médico. Esta vez iba a quedarme con vosotros disfrutando de Pamplona durante un par de semanas.

—Entonces ¿Qué vas a hacer? ¿Te quedas en Pamplona o te vienes a Salou?

—Ya que estoy cerca de casa pasaré la noche aquí. No me apetece ahora hacer otros cuatrocientos kilómetros hasta Salou.

—Me parece bien. Mañana cuando estés más descansado decides si vienes para aquí o te quedas en Pamplona. De todas formas cuando lo decidas, llámame. Si no eres tú el que vienes, hablo con tu padre, y a lo mejor lo convengo para que nos volvamos nosotros. No podemos desaprovechar el que nuestro ocupadísimo hijo, disponga por fin de dos semanas de vacaciones para poder dedicárselas por entero a su familia —dijo su madre riéndose con cierto tono irónico en su voz.

—Vale mamá, lo pilló, lo pilló. Me está quedando meridianamente claro tu mensaje de que no vengo a veros muy a menudo —dijo él en un tono de fingida culpabilidad.

—Bueno, me voy a dar un paseo por la playa. Llámame mañana y me dices qué es lo que vas a hacer. ¿De acuerdo? —e inevitablemente puso en aquella frase el tono de voz de una madre que se dirige a un niño pequeño.

—Si mamá, no te preocupes. Antes de la hora de comer te llamo sin falta y te digo lo que haya decidido hacer —le respondió Sergio con aquel tono de adoración en la voz que sabía que encantaba a su madre.

—Por cierto, tu padre te manda besos y recuerdos.

—Devuélveselos mamá. Pasadlo muy, muy bien. ¿Diana está con vosotros?

—Sí, pero tu hermana ha salido a dar una vuelta con sus amigos.

—Pues dale un fuerte beso cuando la veas.

Cuando su madre colgó, se puso a pensar que era lo que más le apetecía en aquellos momentos. Si pasar unos días en Pamplona saludando a viejos amigos o dirigirse hacia Salou a pasar unos días con sus padres.

A su vez en Salou también podía salir con amigos. Desde niño había vivido los veranos en aquella ciudad del Mediterráneo. La conocía como la palma de su mano y tenía infinidad de amistades en aquella localidad. Cualquiera de las dos opciones le parecieron igual de apetitosas.

Bueno, lo primero para él en esos momentos, era dónde pasar la noche. Mañana sería otro día. Al llegar a Noain y a punto de enfilear la entrada a Pamplona una idea se le pasó por la cabeza y dando un volantazo en el último momento, cogió la salida de la autopista que iba hacia Tajonar. La familia de su padre, tenía una enorme casa de pueblo en un pueblo llamado Laquidain que se encontraba en lo más alto del Valle de Aranguren.

Era un gran valle cerrado, que prácticamente tenía la forma de un círculo. Tanto la entrada como la salida acababan en dos barrios diferentes de Pamplona. La vuelta al valle tenía una longitud de unos treinta kilómetros. Aproximadamente en el medio del recorrido que hacía aquella carretera, había un desvío que llevaba a un pequeño pueblo que se llamaba Laquidain. El pueblo se encontraba a un kilómetro y doscientos metros una vez tomado el desvío.

Nada más coger la bifurcación de la autopista, Sergio llamó al móvil de su tío Iñigo. Era la persona dentro del círculo de las que conocía que menos caso hacía a un móvil, por lo que no tenía mucha esperanza de que lo cogiese. Nunca lo hacía. A la quinta llamada lo dejó por imposible y se centró de nuevo en la conducción.

Lo intentó llamando al teléfono fijo de la casa y tampoco cogió nadie. Lo intentó otras tres veces más y abandonó. O no había nadie en Laquidain o se encontraban fuera de la casa dando un paseo y no oían el teléfono. No por ello cambió de idea. Él tenía llaves de aquella casa, por lo que decidió seguir adelante con sus intenciones de pasar la noche allí.

La carretera del valle, una vez recorridos los primeros diez kilómetros, se estrechaba y pasaba de ser una carretera de un carril estándar en cada sentido, a una carretera de un solo carril algo más ancho, por el que se debían cruzar despacio los vehículos que por ella circulaban. Cuando dos coches se juntaban en un tramo, ambos vehículos debían reducir la velocidad hasta casi pararse, arrimarse a los extremos de la calzada y avanzar con cuidado.

Estaba oscureciendo y Sergio seguía conduciendo deprisa por aquella carretera. Se conocía cada recta y cada curva de memoria y a pesar de que podía parecer una temeridad ir a lo que marcaba el cuentakilómetros del deportivo, el hecho de que empezase a estar de noche, obraba en su favor.

Cualquier coche que viniese en dirección contraria, lo haría con las luces encendidas, por lo que le daría tiempo de sobra a verlo y a reducir la velocidad. Como todo no se puede tener en esta vida, la oscuridad que le ayudaba a conducir de forma más segura, le impedía disfrutar de aquel paisaje que tanto añoraba.

Por pura casualidad no se encontró con ningún automóvil y llegó rápidamente al desvío. No tardó ni un par de minutos en subir la pronunciada pendiente y plantarse en la entrada de Laquidain. Avanzó despacio por la complicada calzada del pueblo y a unos cincuenta metros se encontró con la verja de la casa donde vivían su tío Iñigo y su abuela Tomasa.

Sacó de debajo del reposabrazos del conductor el mando a distancia de la verja y pulsó el botón adecuado. En unos segundos se abrió la enorme puerta metálica. Subió los últimos metros de la angosta pendiente y llegó a la zona de aparcamiento de delante de la casa. Era una planicie asfaltada de unos quinientos metros cuadrados.

Aparcó el coche en una de las plazas de aparcamiento que había libres y se bajó del vehículo dedicando unos segundos a recorrer con la vista la fachada del edificio. Aquella enorme casa de piedra que su padre y su tío habían construido cuando eran jóvenes seguiría inalterable durante siglos. Respiró profundamente e introdujo aire puro en sus pulmones.

—¡Qué bien sienta! —dijo en voz baja —Hace demasiado tiempo que no vengo por aquí.

No vio ninguna luz encendida en la casa, lo que presagiaba que ni su tío Iñigo, ni su abuela Tomasa, estaban en la misma. A pesar de comenzar a estar oscuro y no haber ninguna luz artificial que le guiase hasta la puerta de la vivienda, le fue sencillo recorrer aquellos metros de distancia. Entre que la noche no era muy cerrada y que conocía el camino de memoria, los pocos pasos que tuvo que dar los hizo con total seguridad. Lo podía haber hecho perfectamente con los ojos vendados.

Cuando llegó a la puerta oyó los ladridos de un perro que provenían del interior de la casa. Hacía más de un año que no pasaba por allí, por lo que no reconoció a qué sabueso podían pertenecer. Se acordaba del perro que vio en su última visita. Se llamaba Lagun y en aquel momento le pareció bastante joven, por lo que era probable que si no había tenido ningún tipo de percance se tratase del mismo animal con el que había estado. Esperó que fuese así y decidió probar suerte.

—¡Lagun! ¡Lagun! ¡Bonito perro! —dijo poniendo en su voz, el tono alegre y cordial con el que un dueño se dirigiría con familiaridad a su perro.

Después de su llamada, centró su oído en escuchar los ladridos que seguro que el perro iba a emitir. En segundos se produjeron. Sus sensaciones le transmitían que el perro ladraba de alegría, no con el sonido del animal que está defendiendo su terreno y que quiere ahuyentar a los desconocidos.

Sergio sólo había estado con el can en un par de ocasiones, pero en ambas se había tomado su tiempo en jugar con él y en intentar hacerse amigo suyo. Se dice que un perro siempre recuerda a aquellas personas que lo han tratado bien.

En aquel caso en concreto, no se trataba de ninguna tontería. Era un perro de raza Bullmastin. Animales conocidos desde el siglo XV en España por enfrentarse en peleas con toros. Posteriormente, ser una raza de las dedicadas a la protección y defensa de fincas desde hacía un par de siglos, principalmente en Inglaterra. Cuando Sergio había jugado con aquel animal, todavía era un cachorro de unos seis meses, pero en la actualidad sus dimensiones podían alcanzar setenta centímetros de altura y pesar más de cincuenta kilos.

Su tío Iñigo tenía una habilidad innata para que los animales le apreciaran, probablemente porque los cuidaba siempre con mucho cariño. Sergio recordaba de aquellas entrañables visitas, que el animal tenía toda la pinta de llegar a ser un coloso en una raza de por sí de perros temibles.

Aunque le había parecido que los ladridos del perro eran más juguetones que agresivos, prefirió realizar una segunda comprobación por lo que de nuevo le habló utilizando las frases que había aprendido de su tío.

—¡Lagun! ¡Lagun! ¡Bonito perro! ¡Bonito perro! —dijo de nuevo repitiendo la frase con aquel tono alegre y cariñoso.

Con sus cinco sentidos en la respuesta del animal, escuchó atento los ladridos que aquél le devolvió. No sabía si eran las ganas, la necesidad o de verdad el que los ladridos fuesen alegres y de reconocimiento, pero como así se lo parecieron, decidió jugársela.

Sacó de su bolsillo las llaves de aquella casa que siempre llevaba en la guantera de su coche, e introduciéndola en el bombín de la cerradura, lo giró para abrir la puerta blindada que daba paso a la vivienda. La entreabrió un par de centímetros y pudo ver una parte de una enorme cabeza. Sin abrir la puerta del todo, movió el rostro para poder echar un vistazo a lo que verdaderamente le daría una pista de las intenciones del perro: el movimiento de su cola.

El enorme sabueso la ondeaba de lado a lado, síntoma evidente de que le reconocía y de que quería jugar con él. Seguramente a aquello contribuía el que se encontrase solo dentro de la casa. Si hubiesen estado o su tío o su abuela, en la cadena de cariño del animal se encontraría en el último lugar. Al estar él sólo, había pasado rápidamente a ser el primer eslabón, es decir a la primera posición.

Con decisión, terminó de abrir la puerta y se preparó para aguantar el que aquel enorme animal se le echase encima. Aunque su intención fuese jugar, el que un perro de más de cincuenta kilos de puro músculo se abalance sobre uno, no es para cualquiera y menos si no estás acostumbrado a ello. Lo normal es que acabes en el suelo, en una situación comprometida.

Sergio era una persona de un metro noventa centímetros de estatura, de complexión atlética y en plena forma. Además no era la primera vez que jugaba con perros de aquel tamaño, por lo que aguantó al animal sin excesivos problemas, pero no por ello pudo evitar el enzarzarse con él en un enorme y cariñoso abrazo.

Después de jugar un largo rato, decidió dejar a Lagun en la planta baja y cerrar la puerta que daba acceso a los pisos superiores de la casa. Una cosa era disfrutar un rato con el perro cuando tú quisieras, darle caricias y que se acordase de tu presencia y otra, tropezarte a cada paso que intentabas dar con un perrazo enorme.

A pesar de haber tenido un día ajetreado con varias horas de conducción incluidas, no se sentía especialmente cansado, ni tenía sueño. Como había comido algo en la autopista, no tenía hambre, por lo que solo se sirvió una tónica con unos hielos y limón en un vaso frío que había cogido del congelador y agarrando una hamaca de las que su abuela tenía para tomar el sol, decidió subir a estar un rato tranquilo en la terraza de la parte superior de aquella enorme casa.

En su día, su abuelo había decidido no cubrir toda la vivienda con el típico tejado a dos aguas que se utilizaba en la mayoría de las casas de pueblo de aquel valle. Había reservado un espacio de unos cuarenta metros cuadrados para hacer una terraza con una increíble vista que en un día despejado, abarcaba todo el valle, todo Pamplona y los terrenos que uno era capaz de distinguir hasta la zona de Irurzun.

A aquellas horas de la noche, una suave brisa movía el aire en aquella altura de la casa. Desde allí, se podía divisar en la lejanía las luces encendidas de los pueblos que se encontraban a lo largo de aquella panorámica vista, principalmente las de las viviendas de Pamplona.

Pero no había subido allí para ver la tierra, sino para ver el cielo. Era la casa más elevada del valle, se encontraba en la ladera media del monte más alto y en una zona despejada, por lo que la visión de la luna y las estrellas en una noche sin nubes como aquella, era algo digno de contemplar. No estando la vista contaminada por otras luces como pasa en una ciudad, el poder encontrarse en aquella terraza, era como estar en lo alto del monte que se encontraba a sus espaldas.

La hamaca estaba construida a base de un armazón de metal en la parte inferior y acolchada en la parte superior, es decir, la que se encuentra en contacto con el cuerpo. De las que se pueden disponer en varias posiciones, desde estar sentado, hasta conseguir estar totalmente tumbado. Sergio eligió esta última, la reclinó horizontalmente y se tendió en la hamaca.

La sensación de paz y tranquilidad de la noche se fue introduciendo poco a poco en su interior hasta apoderarse de él y dejarlo totalmente relajado. Llevaba demasiado tiempo sin sentirse así y el poder ver las estrellas desde aquella terraza era algo que siempre le había abstraído y cautivado.

El ver aquel cielo le hacía pensar en lo pequeños que éramos y lo inmenso que podía llegar a ser el universo. De más joven, el estar en aquella situación le hacía ver sus problemas más pequeños y con más fácil solución.

Llevaba un rato trasladando lentamente su vista de una estrella a otra cuando una idea le vino a la cabeza. Hacía semanas que no había pensado en Mónica, ¿qué tal se encontraría? ¿Tendría algún tipo de secuela de la situación que le había tocado vivir? ¿Le echaría a él la culpa?

Estuvo durante varios minutos con estas y otras preguntas similares rondándole el interior de su cabeza, hasta que decidió que debía llamarla. Probablemente, ella nada más oír su voz le colgaría el teléfono, pero necesitaba oír su voz, aunque sólo fuese para que ella lo despreciase.

Además era una de aquellas veces donde una frase que su padre solía decirle cuando se encontraba en una situación conflictiva con alguien, encajaba a la perfección: “En esta vida no hay que escapar de los problemas. Hay que dar la cara aunque te la partan”

Cogió el móvil del bolsillo de su pantalón y miró en él la hora. En España era tarde, pero aunque en New York era un poco temprano, comenzaba a ser una buena hora para recibir llamadas. Prefería hablar con Mónica, mientras ésta estuviese desayunando, antes de ir a su trabajo. Sabía que a ella le gustaba madrugar. Marcó el número de su móvil y esperó a que ella contestase.

La línea se encontraba desocupada y al cuarto tono, se oyó que alguien al otro lado descolgaba.

—¿Sí? ¿Quién es? ¿Dígame? —respondió una cálida, aterciopelada y joven voz.

Era normal que ella hiciese esas preguntas. En cierto modo, hasta le había sorprendido que cogiese el teléfono. El identificador que ella había podido ver en la pantalla, no era un número de teléfono que se correspondiese con ninguno que ella pudiese recordar.

El móvil de Sergio era lo que se conocía como un teléfono seguro, es decir prácticamente imposible de rastrear. Si ella hubiese marcado el número que le había salido en pantalla, no hubiese conseguido comunicarse con nadie. Sólo un número reducido de personas, entre las que se encontraban miembros de su familia y amigos, podían localizarle a través del teléfono.

A ellos les había dado un número especial que estaba asociado a un número virtual que a base de diversos desvíos recorrían diferentes operadoras hasta comunicar con él. El sistema controlaba los números de teléfono llamantes y si no estaban dados de alta en su sistema rechazaba las llamadas y las enviaba a un número que emitía una señal permanente de teléfono ocupado. El sistema era impenetrable.

—Hola Mónica —dijo Sergio en un tono de voz suave y tranquilo, intentando no demostrar la intensa emoción que le embargaba y sentía por dentro.

Un profundo silencio se estableció en aquella línea de comunicación. Sergio se quedó a la espera de la siguiente reacción de Mónica. ¿Colgaría? ¿Le insultaría? ¿Le increparía su actuación de hacía unas semanas?

—¿Eres Michael? —se oyó a la joven que preguntaba cogida claramente por sorpresa y con un claro temblor producido por confusas y diferentes emociones que se tradujeron en aquella entonación que dio a su pregunta.

—Sí, soy yo. ¿Qué tal te encuentras? —le preguntó él a su vez con un tono lento y cariñoso.

Normalmente en cada trabajo, Sergio utilizaba un nombre y una personalidad diferente. Para él, el mantener su identidad en secreto y que no fuese posible trazar el camino hasta su familia y amigos era de vital importancia. En el caso de Mónica, era la única vez en que su sistema había fallado y aquello le oprimía el alma como una pesada losa.

—Bien. Muy bien —oyó de nuevo la respuesta de ella. A pesar de mantener un leve temblor en la entonación, Sergio creyó que esta vez se podía percibir algo más de seguridad en la pronunciación que dio a sus palabras.

—Me alegro mucho. De verdad. Me alegro mucho —añadió el a su vez manteniendo el tono suave y tranquilo con el que quería conseguir que ella se sintiese cómoda y relajada.

—¿Qué quieres? —le preguntó esta vez ella.

A pesar de estar completamente atento a sus palabras, con la estática de aquella llamada internacional de larga distancia, no consiguió discernir, si el tono en que había realizado la pregunta, era agresivo o simplemente curioso, por lo que decidió seguir hablándole hasta averiguarlo.

—Desgraciadamente durante estas últimas semanas han pasado muchas cosas. Desde que nos vimos por última vez he estado terriblemente ocupado con mi trabajo y no he podido llamarte antes para interesarme por tu estado. Además... —añadió dejando pasar uno segundos —No estaba muy convencido de que tú quisieras hablar conmigo.

Ambas cosas eran ciertas, hasta hacía unos días se había visto envuelto en una conspiración internacional provocada por una multinacional para proveer de un virus letal a organizaciones terroristas. Había conseguido salir indemne de milagro.

No era el tipo de vivencias que quería compartir con Mónica y menos después del lio en que le había metido a ella hacía unas pocas semanas. Parecía que había transcurredo en otra vida, no que hubiese pasado hacía tan poco tiempo. Sólo el dolor permanente que sentía le recordaba la realidad de la enorme pérdida que había sufrido.

También era cierto el hecho, de que si no fuese por el momento actual de paz y tranquilidad en el que se encontraba, él no hubiese sido capaz de reunir el valor necesario para realizar esa llamada y ponerse en contacto con aquella preciosa muchacha. Por una parte, la situación en que se hallaba en su relación con respecto a ella, era en cierto modo extraña y por otra parte resultaba ser una enorme contradicción.

No le había temblado el pulso a la hora de dedicarse a cazar sin piedad al causante de su trágica pérdida, pero sin embargo coger su teléfono y realizar una simple llamada a aquella frágil, bella y delicada mujer le había costado mucho más esfuerzo, tiempo y valor.

Después de librarla hacia unas semanas de una muerte segura a manos de una extraña organización, lo último que quería era refrescar en la cabeza de ella aquel tipo de experiencias.

Probablemente no habría conseguido desterrar todavía de sus pensamientos aquellos terribles momentos y por las noches todavía sufriría pesadillas por la horrible situación en la que se había visto inexplicablemente envuelta.

Y de todo ello sólo existía un culpable: él.

No era la mejor manera de tranquilizarla y conseguir que le dirigiese la palabra, el empezar la conversación hablándole de que después de separarse de ella, se había envuelto de nuevo en asesinatos, traiciones y conspiraciones que grandes corporaciones habían llevado a cabo con el fin de continuar manteniendo sus grandes ingresos. El hecho de que él les hubiese parado los pies de manera definitiva, no iba a ser un consuelo para ella.

No. No era el momento adecuado para hablar de esos peligrosos temas. Sólo serviría para incrementar en ella la imagen de que era mejor estar alejada de él. Que era como una especie de atrayente imán para verse inmersa en situaciones peligrosas.

Si no le colgaba en los siguientes minutos el teléfono y conseguía mantener una conversación sosegada con ella quizás tuviese una oportunidad de recuperarla. Era mejor hablar de temas mundanos y triviales. De las cosas de la vida de ella, no de las de él.

—¿Qué quieres? —le preguntó de nuevo ella.

—Simplemente interesarme por cómo te encuentras. Saber si te has recuperado de la desagradable situación a la que te enfrentaste por mi culpa y si todo te va bien en estos momentos.

De nuevo un incómodo y largo silencio se apoderó de aquella línea de comunicación. Sergio esperó pacientemente. No tenía ningún tipo de prisa. Prefería que fuese ella la que lo rompiera. El forzar él la situación no sería bueno.

—Michael... —comenzó de nuevo a hablar despacio y titubeando otra vez ella.

—Dime Mónica —añadió con su tono más conciliador, intentando que ella no se detuviese, que no parase de hablar.

—Me encuentro perfecta y totalmente recuperada —dijo Mónica mostrando más seguridad en cada palabra pronunciada —Ya no pienso casi nunca en lo que pasó. Y cuando lo hago no siento ningún tipo de temor, ni miedo.

—Me alegro mucho. De verdad... Me alegro mucho —repitió él de nuevo, poniendo en cada frase un profundo sentimiento que dotaba a las palabras así expresadas de total sinceridad.

—Carl me ayudó mucho —añadió ella despacio —Me apoyó desde el momento en que salimos de aquel almacén. No me dejó sola ni un solo momento durante aquellos días.

Carl Murray era el Presidente de Softplay, Inc. Una empresa a la que le habían robado el mayor de sus tesoros, su último invento. Un microchip que podía revolucionar el mercado de los videojuegos. Carl había contratado a Sergio para que lo recuperase y en el transcurso de los acontecimientos, la vida de Mónica se había visto altamente comprometida.

—Me lo creo. Carl es una magnífica persona. El mundo iría mejor si hubiese más gente como él —comentó Sergio creyendo firmemente en lo que estaba diciendo.

A lo largo del complicado caso que habían llevado entre manos, Carl y él habían trabado una profunda amistad. Al principio había aparecido el respeto que un profesional siente por otro aunque se muevan en diferentes escenarios. Conforme avanzaba el trabajo que Sergio había realizado para su compañía, el respeto se había convertido en aprecio.

—Quiso que me trataran los mejores psicólogos de New York para que superase cuanto antes la experiencia vivida —dijo ella despacio, como si estuviese viviendo aquellos momentos. —no reparó en ningún tipo de gastos.

—Lo siento. Debí ser muy duro para ti —repuso él con un sentimiento de apoyo y comprensión.

Sergio, debido a su trabajo, se veía de vez en cuando sometido a tensiones y circunstancias peligrosas, pero él había recibido la formación, el entrenamiento adecuado y disponía de la experiencia suficiente para enfrentarse a aquellas situaciones.

Él había elegido aquel tipo de vida. Ella no. Ella era una guapa y dulce muchacha que trabajaba en una multinacional y su vida transcurría entre su despacho y las salas de reuniones. Enfrentarse a ejecutivos era duro, pero no era en absoluto comparable a enfrentarse a asesinos profesionales.

—No. No lo fue tanto. Los psicólogos me sobraron en unos pocos días. Preferí conocer al detalle la situación en la que me había visto envuelta para intentar entender mejor cuál había sido mi auténtico papel en ella —realizó una breve parada como para coger impulso y continuó —Aquí fue donde el papel de Carl fue vital. Él me lo explicó todo. Cómo te había contratado para recuperar lo que le habían robado y a todo lo que te tuviste que enfrentar hasta conseguirlo. Lo que me contó no casaba con la imagen que yo tenía de ti. La persona fría, metódica e implacable, cazadora de asesinos, no concordaba con el joven atento y cariñoso con el que yo había congeniado.

—Lo siento Mónica. Tengo una forma de ser diferente en función de quién tengo delante y del tipo de situación. Suele ser algo parecido a la expresión bíblica “Ojo por ojo”. Tú viste la mejor versión de mí.

Las palabras que ella había pronunciado hasta ese momento, sólo narraban unos pocos hechos y no esclarecían si ella lo odiaba, lo despreciaba o simplemente había pasado página y prefería no volver a saber nada más de él. Debido a ello prefirió no interrumpirla ahora que las palabras fluían libremente de su boca, esperando a que con un poco de fortuna se disolviesen sus dudas.

—Michael...

—¿Sí? —repuso él, no queriendo mostrar ansiedad a través del tono de su voz.

—¿Me puedes responder con sinceridad? —le preguntó ella, devolviendo por unos momentos la inseguridad a su tono de voz.

—Lo que quieras —dijo él, queriendo imprimir toda la confianza posible a su respuesta —Pregúntame lo que quieras. Lo que quieras. Te lo debo.

—¿Por qué de entre todas las personas que había en aquel aeropuerto me elegiste a mí? —solicitó ella con un tono con el que suplicaba recibir la auténtica verdad como única contestación.

De todas las posibles preguntas que él se había preparado para responder, aquella no era ninguna de ellas. Le pilló totalmente por sorpresa. Durante unos segundos estuvo totalmente fuera de juego pensando cuál era la frase correcta. Al cabo de unos instantes decidió que ella lo que necesitaba era la verdad, no consuelo. Sólo la verdad.

—Porque me gustaste desde el primer momento en que te vi en aquella terminal —respondió él despacio y poniendo énfasis en cada una de aquellas palabras —Me parecías una mujer increíble y maravillosa. Tú forma de andar, tu pelo, tu cara, tus ojos, tu voz, tu alegría, tu forma de desenvolverte. Me impactaste profundamente. No quería que desaparecieses de mi vida como si lo que vi hubiese sido un espejismo.

Sergio la había conocido en un aeropuerto y había conseguido introducirse en su vida de una forma increíblemente rápida, consiguiendo que ella le invitase a compartir su apartamento cuando solo habían pasado unas pocas horas desde el momento en que se habían encontrado.

Ahora creía entender el porqué de la pregunta que ella le había realizado hacía unos pocos segundos. Después de conocer toda la historia de boca de Carl y de probablemente repasarla con él, una y mil veces, no tenía claro el por qué precisamente ella, se había visto envuelta en aquel complicado caso.

Quería saber si sólo había sido un peón de Sergio en el peligroso tablero de ajedrez que se había desplegado. Necesitaba conocer si había sido utilizada desde el principio. Si no pintaba nada y sólo había sido manipulada y usada.

—Quiero la verdad... —y en un tono de voz débil y casi inaudible añadió —Sólo quiero la verdad.

—La verdad, la auténtica y única verdad —contestó Sergio lentamente, imprimiendo un intenso sentimiento a su tono —es que después de verte en aquella fila de facturación mientras cogías tu tarjeta de embarque, convencí a la joven de la compañía de aviación que te había atendido para que me diese el asiento junto al tuyo.

—Esa parte es fácil de creer. Estás dotado de una curiosa habilidad para convencer a las chicas —repuso ella con un tono de voz resignado.

—Había visto a una mujer que me había parecido preciosa y quería comprobar si además de guapa, era inteligente y divertida —Sergio seguía hablando con un tono tranquilo y sincero, sin mostrar ningún tipo de exceso de adulación por su parte —Aquellos momentos que compartí contigo en aquel avión, me mostraron a una chica maravillosa de la que me estaba resultando terriblemente difícil separarme. Lo siento, pero cuando terminó el vuelo, no quise apartarme tan pronto de ti. No pensé que el conocerme, te iba a complicar posteriormente tanto la vida. Simplemente quería estar más rato junto a ti. Mi trabajo no me deja mucho tiempo para entablar relación con gente nueva y hacer amistades. Me gustaste mucho desde el minuto cero.

—¿No quisiste utilizarme? —Ahí estaba, aquella era la verdadera pregunta que rondaba desde hacía tiempo en la cabeza de aquella preciosa muchacha —¿No quisiste aprovecharte de aquella rubia tonta?

—Nunca me aprovecho de las mujeres —repuso con un tono lento y muy serio Sergio —Hice lo que hice porque no quería separarme tan pronto de ti.

De nuevo el silencio se apoderó de la línea. Sergio se lamentaba del tiempo que había tardado en realizar aquella llamada y de no haber podido responder a aquella duda que estaba claro que había rondado sin cesar durante las últimas semanas por la cabeza de aquella joven. Lo que daría por estar en aquellos momentos a su lado mirándole a la cara, en vez de mantener aquella conversación a miles de kilómetros de distancia.

—Michael

—Dime Mónica.

—Carl me ha contado todo lo que pasó, una y cien veces. Tantas como yo se lo he pedido.

—Pregúntame lo que quieras.

—Ya te he preguntado lo único que deseaba saber.

—Entonces... —repuso él incitándola a seguir.

—Carl me ha dicho que en aquel almacén nos salvaste a él y a mí la vida. —dijo con un tono de voz que Sergio no supo clasificar —Que lo que hiciste le sigue pareciendo increíble. Que aquel día nosotros dos volvimos a nacer.

—Después de haberos puesto en peligro, sobre todo a ti, hice lo que tenía que hacer... —dijo él recordando aquellos momentos —Lo que se debía hacer.

—Eso no es del todo cierto. No fue culpa tuya el que aquellos mercenarios me atrapasen.

—Si no me hubieses conocido en aquel aeropuerto, no habrías estado en su punto de mira.

—Probablemente, pero el caso es que según Carl, lo que conseguiste fue prodigioso. Carl, me daba por muerta desde que aquellos malvados se pusieron en contacto con él y le dijeron que me tenían atrapada. Él no sabía qué hacer. No tenía ni idea de cómo tratar la situación. Cuando llegaste tú las cosas cambiaron radicalmente.

—Solo cumplí con mis obligaciones. Yo te puse en peligro y mi deber era sacarte de él —añadió el sin ninguna exageración, ni petulancia en su voz.

—Podías haberme abandonado a mi suerte. Nadie se habría cambiado por mí como rehén de la manera que lo hiciste tú ocupando mi lugar. Según Carl nadie habría sabido negociar con aquellos asesinos como lo hiciste tú. Y nadie habría salido vivo de aquella trampa.

—Tuvimos suerte —repuso Sergio sin querer darse ningún tipo de importancia

—¡De suerte nada! —dijo ella exaltada levantando el tono de su voz por primera vez —¡Fue una mezcla indescriptible de inteligencia, valentía y coraje! ¡Me salvaste la vida! ¡Nadie más me habría sacado viva de allí!

De nuevo, el silencio volvió a ocupar la línea y Sergio no quiso ser el que lo rompiera. Prefirió que ella hiciera el resto de preguntas que podía tener pendientes.

—¿Michael?

—¿Sí? —volvió a preguntar de nuevo él otra vez.

—¿Te llamas así? ¿Te llamas Michael?

Estaba claro que ella había repasado la situación que habían vivido una y otra vez y quería desentrañar, cuánto de lo que le había dicho Sergio había sido verdad y cuánto le había mentado. El hecho de que lo hubiese hecho por las necesidades del caso o por cualquier otro motivo similar, no le iban servir de consuelo. Sergio se dio cuenta de que aquellos breves momentos iban a ser cruciales para no perderla para siempre. La única salida pasaba por contar la verdad, aunque ésta doliese.

—No. No me llamo Michael. Fue un nombre que utilicé mientras duró ese caso. En cada encargo profesional utilizo un nombre y una identidad diferente. Es por seguridad, la mía y la de mis seres queridos.

Una vez más volvió el silencio, pero esta vez Sergio tenía claro que no iba a durar mucho. Mónica necesitaba saber más cosas. Aquella conversación no acababa ahí.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella con un tono indeciso.

—Sergio. Me llamo Sergio —pronunció el despacio diciéndole la verdad.

—Sergio —repitió ella como queriendo averiguar si le había mentado o no y como intentando verificar que Sergio era un nombre adecuado para aquel tipo de hombre.

—¿Cuántas personas te conocen? ¿Cuántas personas conocen tu verdadera personalidad y a qué te dedicas?

—Ninguna —respondió él tomándose demasiado tiempo en hacerlo —Desde ahora, solo tú.

La única persona que había conocido todo sobre su verdadera identidad, había desaparecido cruelmente y para siempre de su vida hacía unos días.

—Sergio —pronunciaba esa palabra como si le costase hacerse a la idea de que de verdad era su auténtico nombre —Sergio. Sergio.

Ella se tomó unos segundos mientras repetía su nombre un par de veces, como intentando identificar si era verdad lo que le acababa de contar. Después de unos instantes, retomó la conversación con más seguridad y aplomo en su tono.

—¿Tienes prisa? ¿Puedes seguir hablando? —le preguntó ella como si temiese que colgase el teléfono y desapareciese definitivamente de su vida.

—Estoy hablando con la persona con la que quería hacerlo desde hacía varias semanas. Tengo todo el tiempo del mundo. No colgaré el teléfono hasta que tú me lo pidas —Podía estar durante horas hablando con aquella mujer aunque tuviese que responder a preguntas desagradables y difíciles.

—Me alegro —su tono había cambiado sustancialmente a otro más dinámico y alegre —¿Sabes? Desde que te conocí mi vida ha cambiado.

—Lo siento —repuso Sergio en voz baja.

—Yo no. El día que te conocí, probablemente fue el mejor de mi vida. Es cierto que no fue muy agradable lo que me pasó con aquellos individuos, pero al fin y al cabo sólo fueron unos pocos golpes, unos moratones y unas pocas horas de terrible pánico. Ya no lo tengo. No tengo miedo. Aquello me ha hecho más fuerte.

Sergio estaba en cierto modo sorprendido. Cuando la llamó, esperaba un conjunto de insultos y reproches y no aquello. Cada vez estaba más interesado en que ella siguiese hablando. No quería interrumpirla por lo que no dijo nada esperando que ella continuase.

—¿Sabes que antes estaba en el departamento de marketing de una empresa de New York? —le preguntó ella

—Sí. Si no estoy equivocado en Sheldon & Stuart —En general Sergio tenía buena capacidad de retención, pero adicionalmente recordaba a la perfección todo lo relacionado con Mónica. Si ella no le hubiese respondido al móvil, pensaba llamar a la oficina donde trabajaba.

—¡Aja! Tienes buena memoria.

—Me acuerdo perfectamente de cada palabra que me dijiste —era totalmente cierto, mientras pensaba en ella, las había repasado una y mil veces.

—Pues ya no sigo con ellos. Carl me hizo una oferta que no pude rechazar. Me ha nombrado directora del departamento de marketing de su empresa. Mi sueldo es diez veces más alto y mi trabajo veinte veces más divertido.

—Me alegro mucho. Como te he dicho Carl es un gran tipo y apuesto a que además es un buen jefe. Por otra parte, tú eres una inversión segura. Una gran profesional. Los dos habéis salido ganando.

—Gracias. ¿Sergio?

—Dime Mónica.

—¿Te importo...? —preguntó ella despacio con un tono de voz que había cambiado de nuevo y otra vez dejaba traslucir cierta leve ansiedad.

—Sí. Me importas mucho. Más de lo que te imaginas. Ahora mismo eres la mujer que más me importa en el mundo —por parte de Sergio no eran palabras vanas ni vacías —Como te puedes imaginar fácilmente, mi tipo de vida no es la más apropiada para hacer amistades femeninas. Me muevo excesivamente, de forma imprevisible y por demasiados lugares del mundo. Paso más horas en habitaciones de hotel que en mi casa. No es lo mejor para mantener una relación estable.

—Así que te importo —repuso ella queriendo confirmar que había oído bien la primera parte de lo que él le había dicho y desinteresándose claramente del resto de explicaciones.

—Muchísimo.

—Antes de los incidentes de aquel almacén, me hiciste una promesa —dijo ella pronunciando las palabras de manera lenta para que a través de la línea le llegasen claras.

—Sí —respondió él

—¿Qué me prometiste? —le preguntó ella.

—Un vestido de Dior, unos zapatos de Manolo Blahnik y una cena en el restaurante que tú quisieras de New York —respondió Sergio sin necesidad de tener que pensárselo ni un solo segundo.

—¿De verdad te importo? —preguntó ella de nuevo con un tono indeciso pero alegre. El que él se acordase perfectamente de aquella promesa estaba claro que le había encantado.

—Más que ninguna otra mujer en el mundo.

—No sé en qué lugar de este planeta te encuentras en esos momentos, pero quiero que lo que me estás diciendo, me lo demuestres dedicándome una semana completa de tu tiempo. Quiero que me lleves todas las noches a cenar a restaurantes maravillosos, quiero un vestido espectacular para cada una de nuestras salidas y quiero un par de zapatos increíbles para cada velada.

—Hecho —respondió él en tono alegre. Sergio no se lo creía. Ni en sus mejores sueños imaginó que cuando comenzó aquella llamada iba a ir todo tan bien. —¿Quién elige?

—Tú —respondió ella riéndose. La tensión había desaparecido por completo. Eran de nuevo dos jóvenes alegres al teléfono.

—¿Todo? —respondió él riéndose —¿Vestidos, zapatos, restaurantes?

—Todo —respondió ella tajante —absolutamente todo. Veremos si tienes buen o mal gusto.

—De acuerdo —claudicó él sin ningún tipo de problema —Veo que desde que estás con Carl te has hecho una dura negociadora.

—Sergio... —de nuevo había vuelto a su voz un tono cauto e indeciso.

—Sí. ¿Dime? —continuó él, poniendo en su voz un tono suave y tranquilo.

—También necesitaré que me cuentes algo más de ti —su voz reflejaba claramente que aquello era lo que más le interesaba de las cosas que le estaba pidiendo.

—Por supuesto. Tendremos que llenar las cenas con algo de conversación. No te preocupes te contaré mi vida y responderé a todas las preguntas que me quieras hacer.

—Gracias

—Gracias a ti. No quería olvidarte. No me sobran amigos y no me gusta perderlos —al otro lado de la línea Mónica desconocedora de los hechos de los últimos días, no era capaz de entender la terrible verdad que encerraban aquellas palabras.

—Durante las tres próximas semanas, estaré totalmente atrapada por la nueva campaña que estamos preparando en SoftPlay, por lo que no voy a disponer de tiempo, pero después le pediré a Carl una semana de vacaciones que no me podrá negar.

—Si hace falta, hablaré yo con él —dijo Sergio retomando el tono alegre en la conversación.

—No creo que sea necesario. Lo que si tendrás que hacer es comer un par de días con él. Seguro que estará encantado —y deteniéndose unos segundos en medio de su charla, añadió —He dicho comer. Las noches son mías. No te compartiré con nadie —aquellas palabras parecían encerrar algún tipo de promesa.

—Encantado de poder estar contigo a solas. Será una semana fantástica. Lo que me fastidia es tener que esperar tanto tiempo —Si ella se lo hubiese pedido, Sergio hubiese cogido el siguiente vuelo a New York. Estaba feliz.

—Ya sabes. En la vida, lo que es verdaderamente bueno se hace esperar. Necesito esas tres semanas. No puedo dejar solo a Carl en estos momentos —repuso ella con cierta pena en su voz. —Ahora me necesita y le debo demasiado.

—Lástima, pero por lo visto así son las cosas. Cuando lo consideres oportuno y te vayas a quedar libre, dile a Carl que se ponga en contacto conmigo. Él sabe cómo hacerlo. Estaré esperando impaciente.

—Hasta pronto Sergio.

—Hasta pronto Mónica.

Sintió como la comunicación se cortaba y se hacía el silencio en aquella terraza. Depositó su teléfono móvil en el suelo. Estaba terriblemente contento. Decidió que con lo a gusto que se encontraba en aquella hamaca y dado la buena temperatura de la noche, no se iba a mover de allí.

En aquel tranquilo mirador, rodeado de la oscuridad del cielo y de la luz de las estrellas, sentía una gran calma y paz. Empezaba a mirar de nuevo con alegría hacia el futuro, esperando que se mitigase la desesperación del reciente pasado, hasta que el tiempo solo le dejase aquellos recuerdos y momentos vividos que mereciesen verdaderamente la pena. Por primera vez en semanas se sumió en un sueño tranquilo y apacible.

*"Quien quiere hacer algo encuentra un medio,
quien no quiere hacer nada encuentra una excusa"*

Proverbio árabe

3. Quiero esos secretos

Liubliana. Lunes 3, Agosto 2015

En aquella habitación llena del humo de cigarros, se respiraba un ambiente desagradable y densamente cargado. Con las ventanas cerradas y las persianas parcialmente echadas, parecía como si los ocupantes de la habitación no quisieran que se renovase el aire. Por lo visto, se encontraban más a sus anchas con aquel olor y en aquella atmósfera sucia, gris y lóbrega.

Aquel salón ofrecía a cualquiera que entrase en su interior, cosa poco probable, una amalgama de contradicciones. Estaba descuidado y daba la sensación de que hacía mucho tiempo que nadie había entrado a limpiarla. La factura con que había sido construida reflejaba que pertenecía a una vivienda que había vivido tiempos mejores.

Se encontraba en un barrio a las afueras de Liubliana y durante el siglo anterior había pertenecido a una familia rica que la utilizaba para alojar en cada uno de los pisos a una parte de la familia. En algunas de las habitaciones de la casa todavía se podía encontrar reminiscencias de aquellos buenos tiempos.

Los muebles de aquella amplia sala eran una mezcla de diferentes estilos y épocas. Parecía como que, con el paso del tiempo, los diferentes dueños habían ido sustituyendo sólo aquellas piezas que se habían ido deteriorando o rompiendo, no preocupándose de la estética global ni de la imagen que ofreciese.

Así, en el centro se encontraba una robusta y recargada mesa de madera de roble que había ido aguantando el paso del tiempo con dignidad. Mostraba la dejadez con que había sido tratada a través de las múltiples ralladuras que presentaba tanto en su parte superior, como en las gruesas patas que la soportaban. Era una mesa grande, amplia, capaz de dar servicio a unas doce personas holgadamente.

A su alrededor se encontraban sillas, que al igual que el resto de los muebles de la habitación, habían visto épocas mejores. Parecía un muestrario de la evolución del concepto de silla de los últimos cien años. De diversos materiales y tipos, las había con diferentes proporciones en su variopinta composición de madera, hierro e incluso plástico.

Ocupando las sillas se encontraban cuatro hombres de mala catadura pertenecientes a una banda de delincuentes búlgaros, que de la misma manera que los muebles, presentaban un descuidado aspecto. Lucían diversas cicatrices en zonas visibles de sus cuerpos. Habían sido inconfundibles reminiscencias de reyertas, peleas callejeras y otras violentas situaciones.

Su edad, estaba comprendida entre los cuarenta del más joven y los cincuenta y tantos años del más viejo. Iban desaliñados y estaba claro que entre sus preocupaciones no figuraba en un lugar prioritario la de vestir bien e ir aseados. Tres de ellos mostraban barba de varios días sin afeitarse y usaban ropas vulgares y corrientes, manchadas en varias zonas. Dentro de las malas pintas que aquellos hombres portaban, solo el que parecía el jefe de la banda tenía su aspecto ligeramente más cuidado. Era el vestido con prendas de mejor calidad y el único que estaba afeitado y medianamente peinado.

Dentro de semejante ambiente de dejadez, desorden y falta de limpieza, la presencia de un par de ordenadores de última generación, con amplias pantallas y modernos teclados y ratones, era una contradicción más dentro de aquella estancia.

Dos de los hombres con pinta más descuidada, uno alto y delgado y otro bajo y achaparrado estaban en sus sillas, apoyados de forma desmañada sobre una esquina de la mesa de madera. Los otros dos, que debían ser familia por lo parecido de su rostro, estatura similar y fuerte complexión, estaban situados delante de las pantallas de los ordenadores, mirándolas de cuando en cuando, como si esperasen que de un momento a otro, algo apareciese y requiriese su atención.

—¿Qué estamos esperando jefe? —preguntó el hombre de baja estatura dirigiéndose al más arreglado, que se encontraba en esos momentos mirando fijamente la pantalla de uno de los ordenadores.

El que había hablado, era el que tenía una cara que denotaba más inteligencia que su alto compañero, pero que también mostraba en su rostro un cariz de mayor crueldad.

—De un momento a otro vamos a recibir una llamada que responderá a tu pregunta, Stoyan —respondió con voz profunda.

—¿Estamos a la espera de un nuevo trabajo? —preguntó esta vez el alto y delgado.

—¿Tú qué crees Grigor? —le preguntó a su vez al que habían llamado jefe, mientras cabeceaba mostrando con el gesto que la pregunta le parecía estúpida.

—Que sí, señor Nitchev —le respondió el delgado con un tono respetuoso no dando muestras de entender bien la expresión de resignación del rostro de su jefe. Continuando con un lenguaje sencillo y educado añadió —Siempre que le veo a los mandos de esos ordenadores es porque estamos a punto de recibir un encargo de importancia.

—Muy bien. Veo que vas aprendiendo el sentido de las nuevas tecnologías —dijo con un tono irónico el componente del grupo que todavía no había tomado parte en la conversación. —En efecto, estamos esperando una llamada importante para un nuevo trabajo.

En esos momentos, como si se hubiesen estado haciendo de rogar y al oír la conversación hubiesen decidido llamar su atención, las pantallas de los ordenadores cobraron vida y a través de los altavoces que había a los lados de las mismas, se oyeron los tonos típicos de una llamada de teléfono.

El jefe del grupo, orientando su vista hacia las pantallas, se dirigió a la pareja más alejada de los ordenadores.

—Dejadnos solos a mi hermano y a mí. No queremos que nuestro posible contratista se sienta incómodo con tanta gente, nos cuelgue la comunicación y nos quedemos sin trabajo. Si tenemos suerte y nos contrata, después os contamos de qué va la operación.

—Pero jefe... —repuso el que anteriormente había demostrado no tener excesivas luces —Si nos ponemos al otro lado de la pantalla, la persona que llama no nos va a ver y así nos enteramos a la vez que ustedes y no es necesario que después pierda el tiempo repitiéndonos la conversación más tarde.

El aludido, entornando los ojos, le lanzó una fría mirada mientras pronunciaba lentamente y en un tono duro y tenso, las siguientes palabras.

—He dicho que nos dejéis por unos momentos solos a mi hermano y a mí. No quiero que haya ruidos molestos e inoportunos en la habitación y vosotros dos no sois precisamente dos personas delicadas y silenciosas. Sois capaces de preguntar cualquier estupidez que no hayáis entendido en medio de la conversación.

El hombre más bajo, que parecía el más espabilado de los dos, viendo el rostro de su jefe y sobre todo el tono de su voz, cogió al alto por el brazo e indicándole la puerta de salida de la habitación le dijo en un tono tranquilo.

—Venga Grigor. Vámonos afuera. Lo nuestro no es ni negociar, ni planificar los trabajos que llevamos a cabo. De ello ya se encarga nuestro jefe. Nuestra misión dentro de esta banda es la de ejecutar lo que nos ordenen sin hacer preguntas.

—Tienes razón Stoyan —asintió cabeceando su compañero —esperemos fuera bebiendo algo. Me está entrando una sed tremenda.

Cuando abandonaron la habitación, el jefe de la banda se dispuso a pulsar el teclado del ordenador que estaba produciendo la llamada, mientras su hermano se levantaba y comprobaba que la gruesa puerta estaba perfectamente cerrada y nadie iba a escuchar nada de la conversación.

—¡Venga ¡vay! Sitúate donde puedas escuchar perfectamente, pero que el que llama no te vea —dijo el jefe, mientras pulsando la tecla adecuada aceptaba la llamada entrante —Aunque tu caso sea diferente al de esos dos, prefiero que se sienta más cómodo y confiado viendo sólo a una persona.

—De acuerdo Nitchev.

Su hermano, siguiendo sus indicaciones, se puso detrás de la pantalla, fuera del alcance de la cámara y cercano a uno de los altavoces con los que contaba el ordenador, con el fin de no perderse detalle de la conversación.

Al activar el programa de comunicaciones, el jefe de la banda esperaba ver el rostro de la persona que se encontraba en el otro extremo, pero su cara reflejó sorpresa al ver que sólo se veía la blanca pared de una habitación. Por lo visto, su posible cliente quería seguir sin mostrarse y había adoptado una postura parecida a la de su hermano, pero al otro lado de la línea de comunicaciones. Un rictus desagradable apareció en el rostro del jefe de la banda.

—Buenas tardes —pronunció intentando dar un tono relajado a la conversación

—Buenas tardes —respondió una voz manipulada digitalmente mediante algún dispositivo electrónico, de tal manera que sonaba metálica y resultaba imposible de

identificar.

El individuo del otro lado, además de no querer descubrir su rostro, tampoco quería que se distinguiese su auténtica voz. Estaba haciendo todo lo posible para mantener el anonimato. El moderno sistema de comunicaciones había sido adquirido por la banda hacía un par de meses y servía para poner en contacto al llamante y al receptor de la llamada, pero ninguno de los dos sabía a ciencia cierta la ubicación física del otro. Las claves de entrada y los programas necesarios se hacían llegar a la otra parte por medio de servidores seguros de acceso universal en Internet.

—Entiendo que no hemos hecho ningún trabajo para usted hasta la fecha y por lo tanto todavía no le hemos dado motivos para confiar en nosotros, pero quizás estoy un poco chapado a la antigua y me gusta ver el rostro de la persona con la que tengo tratos —dijo, intentando atenuar el enfado que aquello le producía.

—Como bien ha mencionado, es nuestro primer contacto y todavía no hemos llegado a ningún acuerdo. Si al final nos entendemos, quizás lleguemos a tomarnos algo juntos. Si no es así, el vernos las caras es totalmente innecesario.

—Pero, de esta manera me encuentro en franca desventaja. ¡Usted ya ha visto mi cara! —repuso él.

—Ha sido su decisión —añadió la metálica voz del otro lado de la línea —Pero no se preocupe por ello. Si decidimos que no seguimos adelante, no nos volveremos a ver nunca más y su cara estará a salvo conmigo. No sé su nombre, ni donde se encuentra, ni tengo especial interés en conocerlo. Sólo quiero saber si es capaz de realizar el trabajo que necesito y si está interesado en hacerlo.

—Pues dejemos el tema de conocernos mejor para otro momento y veamos qué quiere de nosotros —repuso el jefe del grupo intentando centrar la conversación en lo importante.

—Necesito que usted y sus hombres se encarguen de conseguirme cierta información.

—Dígame dónde la localizo, qué tipo de información es y qué medidas de seguridad lleva asociadas. Necesito conocer en detalle a qué nos vamos a enfrentar.

Durante varios minutos, ambos se enfrascaron en los detalles de la operación que tenían que llevar a cabo. El jefe de la banda fue realizando preguntas precisas sobre los diferentes detalles que requería para no encontrarse con sorpresas a la hora de ejecutar el encargo. De esa forma calcularía los recursos tanto humanos como técnicos que iban a necesitar, para poder así calcular los posibles peligros, los costes asociados y los tiempos de ejecución.

Después de repasar varias veces y desde diferentes puntos de vista los distintos aspectos de la operación a realizar, llegó el momento de negociar si cerraban o no el trato. Durante un largo minuto se hizo un tenso silencio a ambos lados de la línea. Al cabo de unos instantes la voz metálica lo rompió.

—Bueno, después de todo lo que hemos hablado ¿están en condiciones de encargarse del trabajo? —preguntó con aquel sonido frío y carente de emociones.

—Si todo lo que me ha contado es cierto y no se ha olvidado de ningún detalle importante —el jefe de la banda realizó una parada efectista para recalcar la frase — considero que podemos conseguirle lo que desea.

—Perfecto. ¿Eso quiere decir que está dispuesto a aceptar el encargo?

—Todavía no hemos llegado a un acuerdo económico —repuso el jefe de la banda.

—Si me asegura que me conseguirá la información, no creo que eso resulte ser un problema —respondió la frase con autosuficiencia.

—¿Cuánto está dispuesto a pagar? —la voz del jefe dejó traslucir un leve tono de ansiedad.

—Si me la consigue y entrega en perfecto estado antes de una semana, le pagaré cien mil euros.

—Es poco. El trabajo reviste cierto peligro y son necesarios varios hombres para realizarlo con rapidez y eficacia.

—No intente engañarme. Hay otras bandas que lo harían por la mitad de ese dinero.

—¿Y por qué recurre entonces a nosotros? —replicó con cierta brusquedad el interpelado.

—Porque la persona que me los ha recomendado y en la que confío, me ha asegurado que son extremadamente eficientes. Pero no por ello voy a pagar más de la cuenta —repuso volviendo al tono frío y carente de emociones que había empleado anteriormente —Lo dicho, cien mil euros. O lo toma o lo deja.

—Veo que es un negociador difícil. De acuerdo. Acepto los cien mil. En cuanto ingrese cincuenta mil en la cuenta que le voy a mostrar, nos pondremos en marcha. El resto del dinero, al terminar el trabajo.

El jefe de la banda había cogido un papel donde tenía impreso en grandes caracteres una cuenta bancaria y en esos momentos la enseñaba por la pantalla del ordenador. Pensaba que quizás la persona al otro lado de la línea podía picar con ese truco y verle la cara, pero estaba claro que iba a ser difícil de engañar.

Por unos segundos apareció una mano enguantada que portaba una pequeña cámara de fotos y que en unos segundos lanzó varios disparos seguidos. Al cabo de unos instantes se oyó de nuevo la voz del otro lado dictando:

—Tres, cuatro, dos,...

El jefe de la banda desilusionado por no haber podido obtener ningún dato más de su interlocutor, dejó de mirar aquella pantalla en blanco y centró su atención en repasar los números del papel de su cuenta. Cuando la metálica voz terminó de citar los números añadió:

—¿Es correcto?

—Es correcto —respondió Asen Nitchev.

—En menos de una hora, tendrá ingresado en esa cuenta los cincuenta mil euros. Vaya preparando la operación. Cuanto antes consiga la información, mejor. Por cada día que recorte a esa semana añadiré cinco mil euros como premio adicional.

—Nos pondremos inmediatamente con ello. —dijo mientras en sus ojos aparecía un destello de codicia que debido a las condiciones de la comunicación, su contratante no pudo ver. —Una cosa más —añadió mientras hacía un parón de voz de unos segundos, esperando crear algo de curiosidad en la persona situada en el otro extremo.

—¿Sí? —pregunto a su vez con cierto tono de impaciencia.

—¿Quiere que les suceda algo a los dueños de la información que vamos a obtener?

—¡Nooo! ¡Ni se le ocurra! Como les pase algo romperemos nuestro trato —respondió levantando la voz por primera vez a lo largo del diálogo que habían mantenido. —No les debe suceder nada. Quiero que sus hombres se hagan con la información, sin causar ningún tipo de daño personal y con el menor ruido posible.

—¿Puedo preguntar por qué?

—No, no puede. Póngase en contacto conmigo en cuanto tenga lo que le he pedido —dijo aquella voz metálica mientras cerraba la comunicación.

La habitación donde se encontraban los dos hermanos quedó sumida en silencio durante unos segundos. Como el jefe de la banda ni era un experto, ni se fiaba mucho de la tecnología, decidió apagar el ordenador antes de hablar abiertamente con su hermano.

—¿Qué opinas Ivailo? —le preguntó el jefe.

—No sé Asen. En cuanto al trabajo que tenemos que hacer, no parece muy difícil de llevar a cabo. Es más, creo que lo que nos ha pedido está demasiado bien pagado.

—¿Y en cuanto a nuestro cliente? —preguntó de nuevo su hermano.

—Tampoco sé que decirte. Es difícil hacer ningún tipo de valoración. No quiere que veamos su rostro, lo que al fin y al cabo no resulta tan extraño. Nos ha pasado otras veces. El hecho de que también disfrace su voz, puede indicar, desde que tiene miedo, a que es una persona excesivamente precavida o es una voz conocida. Con lo que hemos hablado no podemos hacer más que conjeturas.

—Pienso como tú. El trabajo que nos ha encargado no parece excesivamente complicado. En un par de horas, verifica si ha hecho el ingreso de los cincuenta mil euros en nuestra cuenta corriente y si todo es correcto, coges a esos dos y te pones manos a la obra. ¿De acuerdo?

—De acuerdo hermano. Conforme vayamos dando pasos, te voy informando.

4. Vuelta a casa

Tajonar. Martes 4, Agosto 2015

En aquella luminosa mañana a la sombra de aquella colina, Sergio había dejado su deportivo aparcado en una calle en cuesta, una más de las que recorrían aquel pequeño pueblo y se dirigía paseando tranquilamente por el asfalto hacia la arquería que sus amigos Susana y Gonzalo, tenían en el pueblo con el mismo nombre que la pequeña sierra a cuyo pie estaba situado: Tajonar.

Llevaba en su mano izquierda una caja de madera taraceada, primorosamente ornamentada, de unos ochenta centímetros de largo, unos veinte de ancho y unos quince de alto.

Después de dar unas decenas de pasos, llegó a la casa que iba a visitar y donde sus amigos tenían a la vez su residencia y su tienda de material de arquería. A pesar de ser una casa de pueblo, era nueva y con solamente unos pocos años de existencia. Estaba constituida por una planta baja y una primera planta de unos cien metros cuadrados, con un pequeño patio interior y bordeada en su perímetro exterior por un muro de cemento de unos dos metros de alto.

Sergio se acercó a la puerta de metal por la que se accedía a la vivienda a través del patio interior y pulsó el botón del portero automático. Al cabo de un par de minutos se oyó que alguien descolgaba al otro lado del aparato y tras unos segundos una voz masculina preguntó:

—¿Quién es?

—¿Me abres Gonzalo? —preguntó Sergio, sin identificarse.

—¿Quién es? —preguntó a su vez Gonzalo, sin reconocer la voz que le hablaba.

—¿Cuál es el mejor arquero que conoces? —preguntó con un tono irónico en la voz.

—¡Sergio! —gritó esta vez al otro lado del dispositivo, reconociendo por fin a su interlocutor —¿Dónde narices has estado todo este tiempo?

—Abre y te lo cuento.

—¡Venga! ¡Pasa! —y pulsó el botón que hacía que el pasador de la cerradura electrónica se deslizase desplazando la puerta de su posición y dejándola entreabierta.

Sergio terminó de moverla empujándola suavemente con la mano que tenía desocupada. Un par de perros acudieron a su encuentro y lo olfatearon. A pesar de que hacía unos meses que Sergio no se pasaba por la arquería, lo reconocieron, y en vez de gruñirle o ladrarle, agacharon la cabeza para que los acariciase.

—Veo que os tratan bien —les dijo mirándoles a los ojos mientras les acariciaba la nuca —¿Habéis salido a cazar últimamente?

Tanto Gonzalo como Susana eran excelentes arqueros y ambos hermanos solían organizar excursiones por todo el mundo, cuando disponían de suficientes días libres para poder ir a cazar animales en diversos lugares exóticos de todos los continentes. Aquellos perros estaban adiestrados para acompañarles.

Sergio caminó a través del patio interior y en cuatro zancadas se personó en la puerta de madera y cristal que daba acceso a la vivienda y taller. Vio cómo en esos momentos llegaba Gonzalo a abrir la puerta.

—¡Pasa! ¡Pasa! Hacía tiempo que no te veíamos por aquí. ¿Has cambiado de arquería y ya no visitas a los pobres? —Le dijo mitad en serio, mitad en broma con una sonrisa en la boca, mientras se apartaba de la puerta y le dejaba pasar.

Gonzalo era un hombre moreno, de pelo largo y de aproximadamente un metro setenta y cinco centímetros de estatura. Se apreciaba a través de su camisa que los años de tiro al arco habían desarrollado en él un buen tono muscular.

—Pues no te creas, ya me han tentado en diversas ocasiones, pero siempre me he dicho, ¿qué van a hacer esa pareja de infelices sin uno de sus mejores clientes? Y ya ves, siempre vuelvo a vuestra tienda. —le respondió riéndose Sergio.

—¿Qué traes ahí? —le preguntó Gonzalo, observando con curiosidad la preciosa caja de madera que portaba Sergio, intuyendo que en el interior de la misma se escondía una sorpresa.

—Algo que es para ver, pero no para tocar —y haciendo una pausa efectista, añadió —al menos, para que no lo toques mucho y me lo desgastes.

Aquello no hizo más que aumentar la curiosidad y las ganas por parte de Gonzalo de abrir la caja.

—¡Venga! ¡No seas así! ¡Abre ya esa caja! —exclamó con cierta ansiedad en su tono.

En esos momentos y desde el interior de la vivienda se vio aparecer a su hermana Susana. Era una chica rubia, de mediana altura, en cuyo rostro siempre había una sonrisa agradable.

—¡Hombre! ¡Quién se ha dignado venir a vernos! —exclamó con alegría en su rostro —¿Dónde te habías metido durante estos meses? ¿Te habías pasado a la competencia?

—Eso mismo le he preguntado yo —añadió Gonzalo con una sonrisa de lado a lado de su rostro.

—¡Pues sí que estáis compenetrados! —repuso Sergio riéndose a gusto —La verdad es que he andado muy liado con mis negocios y no he podido venir antes a Pamplona a ver a mis padres. Deberías estarme agradecidos. Sois la segunda parada que he hecho nada más volver.

—Pues muchas gracias por su deferencia hacia nosotros, señor —dijo Susana con cierto tono de sorna en su voz.

—¡A ver si tú eres capaz de conseguir que abra esa caja que ha traído consigo! —le instó su hermano con un leve tono de enojo en su voz —¡Me tiene en ascuas y no aguanto más! ¡Se está haciendo el interesante conmigo!

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —dijo Sergio mientras retiraba los objetos de una mesa cercana, la limpiaba y hacía un hueco donde colocar la preciosa caja.

Con lentitud y como si fuese parte de un ritual, abrió el par de cierres y levantó la tapa. Dentro había un singular arco de madera desmontado. El cuerpo y las palas que lo formaban eran de factura artesanal. Cogió las palas y bajo la asombrada mirada de sus amigos que no podían quitar los ojos de aquella maravilla, las montó sobre el cuerpo.

En la parte central del cuerpo, venía el nombre del maestro artesano que había fabricado el arco. Era probablemente, el mejor de los tres manufactureros más famosos de arcos tradicionales “Take down” a nivel mundial. Los únicos capaces de hacer una obra de las características de aquella.

Sólo hacía arcos bajo encargo y cada uno de ellos, era considerado una pieza única y costaba una autentica fortuna. Además, el maestro siempre mantenía una reunión con su futuro cliente de tres o cuatro horas donde determinaba si la persona era digna de que trabajase para él o no.

—¡Guau! —exclamó Gonzalo acercándose y alargando el brazo para coger el arco que sostenía Sergio —¡Qué maravilla! ¡Déjamelos!

—No. No es de tu medida —dijo mientras ponía el arco lejos de su alcance y se reía a mandíbula batiente —Tú eres más del lado oscuro, de esos viejales que tiran con arco de poleas. No estás acostumbrado a manejar arcos tradicionales. Te vas a hacer daño.

—¡Déjamelos! —dijo él acercándose más a Sergio intentando alcanzar el objeto.

—¡Déjase! —añadió Susana conciliadora intentando arreglar la situación —No seas malo Sergio. ¡Venga! ¡Déjase!

Pensando que como broma ya había sido suficiente, Sergio le tendió el arco a Gonzalo. Éste lo cogió y recorrió con sus dedos y sus ojos con mucha delicadeza y cierta envidia toda la superficie de aquel primoroso cuerpo. Pasando posteriormente a hacer lo mismo con las palas, intentando encontrar algún tipo de defecto. Era un perfeccionista en cuanto a la manufactura de los arcos, por lo que lo hizo varias veces, hasta que quedó satisfecho con lo que tenía entre manos.

—A primera vista, no está mal. —repuso, intentando aparentar indiferencia.

—Más que a primera vista, a quinta o sexta vista diría yo —le dijo Sergio con tono burlón.

—¿Me dejas disparar un par de flechas? —le pidió Gonzalo cambiando el tono de voz, por uno de súplica.

Sergio estuvo durante unos segundos sin decir nada. Sólo se oía en el silencio que se había formado, el jadear de los perros de caza a sus pies. Gonzalo era una buena persona, pero tenía un carácter muy fuerte que le hacía saltar rápidamente. Sergio conociéndolo disfrutaba en sus visitas el tener alguna excusa para hacerle enfadar

durante un breve rato. Cuando consideró que ya le había hecho sufrir lo suficiente, poniendo en su cara una expresión de conmiseración le dijo:

—¡Venga! Coge un par de flechas de la caja y dispara unas cuantas veces.

—¡Serás mala persona! —Exclamó riéndose Gonzalo — ¿Cuánto rato pensabas tenerme haciéndome rabiar?

—Hasta que pusieras la misma cara que tus perros — añadió Sergio riéndose y señalando la carita con que le miraban aquellos animales, esperando que les diese algo de comer, como les tenía acostumbrados en sus escasas visitas.

—¡Mal bicho! — añadió riéndose Susana mientras su hermano se dirigía hacia el interior de la tienda donde tenían una zona en la que probar los arcos y el resto de material que vendían. Había una diana sobre una zona de seguridad contra la que disparar, donde solían comprobar los ajustes finos realizados sobre las piezas que habían cambiado a los arcos.

Se hizo el silencio. Gonzalo se puso a una distancia de unos quince metros y tensó el arco mientras controlaba la respiración. Apuntó con cuidado y disparó. La flecha se clavó certeramente en el centro de la diana. Cogió una segunda flecha que le tendió Sergio y repitió el mismo proceso. Disparó y la segunda flecha, se clavó al lado de la primera.

—¡Es sensacional! ¡Está perfectamente equilibrado! — exclamó sinceramente impresionado por el arco que tenía entre sus manos — ¡Te lo compro!

—¡No te emociones! — le dijo Susana mirándole seriamente.

—¿Cuánto me das? — le preguntó Sergio.

—¿Tan necesitado de dinero andas? — preguntó ella verdaderamente sorprendida.

—¡Dos mil euros! — exclamó emocionado Gonzalo.

—Relájate — repuso con voz tranquila Sergio intentando calmar la excitación de su amigo — Por dos mil euros, no conseguirías ni alcanzar el valor de la caja donde lo he traído. No te esfuerces. Es un regalo de una persona que apreciaba muchísimo. El arco no está en venta.

—¿Seguro? — preguntó él en un último intento por hacerse con el valioso objeto.

—Seguro. De todos los bienes que poseo, tengo perfectamente claro, que sería el último del cual me desprendería.

—Pues sí que te apreciaba mucho esa persona... Y evidentemente tú también a ella — dijo Susana intentando llevar la conversación a un tono más tranquilo — Por cierto ¿Por qué usas el pasado? ¿Era muy mayor y ha muerto?

—No, no era muy mayor — contestó él con la mirada vacua y perdida en ese inexistente espacio que muestra la persona que está rememorando algo pasado y con un tono de voz triste en su voz — Pero sí, está muerta.

—Lo siento — repuso ella con un tono sincero, viendo lo mucho que afectaba a Sergio pensar en ese suceso.

—Gracias. Pero prefiero no hablar de ello.

Aunque no quisiera conversar sobre ese vacío que había quedado en su vida, no por ello dejaba de doler menos su pérdida.

—Bueno — repuso Gonzalo depositando delicadamente el arco en la mesa junto a su caja e intentando llevar la conversación al terreno del negocio —¿Qué te trae por aquí después de tanto tiempo?

—Quiero que me copies la cuerda del arco, a poder ser con los mismos materiales y el mismo diseño. No quisiera quedarme sin poder usar el arco durante un tiempo porque se me haya roto la que lleva puesta.

—Eso es fácil, pero el material de esta cuerda, es el más caro que tengo en la tienda.

—No importa. Quiero dos.

—¿Alguna cosa más?

—Sí, quiero que me prepares unas flechas como las que me suelo llevar habitualmente.

—Nuestro fabricante favorito ha sacado unos mástiles de un nuevo material, que están yendo muy bien. A todo el mundo le encantan las flechas que montamos con él. Te recomiendo que las pruebes.

—Y por complacer del todo a los clientes, por una de esas casualidades que se dan en la vida, ¿no serán también de las más baratas? — preguntó Sergio con un tono irónico en su voz, mientras sin que Gonzalo se diese cuenta le guiñaba un ojo a Susana.

—Hombre... — dijo él adoptando un leve tono de circunstancias en su voz — todo no puede ser. Bueno, bonito y barato no es una combinación que suela darse en los materiales de precisión. Pero si no quieres probar las nuevas, te puedo hacer sin problemas las flechas de siempre.

—¡No hombre no! Tranquilo —dijo riéndose —Hazme una docena con las del nuevo material. Las quiero con las plumas negras.

—Pero, ¡si con ese color y tu puntería no las vas a ver cuándo las pierdas! — exclamó con voz resignada Gonzalo.

—Mejor para tu negocio. De esa manera tendré que volver a verte y comprar más material — dijo Sergio sin dejar de reírse.

—Eres incorregible. Te lo pasas de cine riéndote a mi costa cuando vienes a vernos ¿verdad? No entiendo cómo tardas tanto tiempo en volver a nuestra casa.

—Ya sabes, por desgracia la vida es una continua decisión entre lo que uno quiere hacer y lo que uno debe hacer.

—Ya pero por la pinta que tienes, no te van tan mal las cosas.

—No, no me puedo quejar. A nivel profesional, no me van mal los negocios. Mis clientes se quedan satisfechos y pagan encantados las facturas que les presento. De esta forma, no tengo problemas en comprar en la tienda de mis amigos las flechas más caras del mercado —añadió guiñándole esta vez el ojo a Gonzalo y continuando con las bromas.

—Vale, vale. ¿Desea alguna cosa más el señor? y ¿que este humilde comerciante le pueda suministrar? —le preguntó devolviéndole la ironía.

—Sí. Quiero que las flechas estén dotadas como siempre de diferentes puntas intercambiables. Ponme un conjunto de puntas de diferentes tamaños y grosores. Las voy probando y te digo con cuales me quedo definitivamente. Seguro que puedes aprovechar para ponerme algunas de algún nuevo material que hayas recibido recientemente —dijo ésto con un cierto retintín en el tono.



Después de pasar la mañana en la tienda de sus amigos, probando diferentes muestras de tubos y puntas de flechas, hasta decidir cuáles se amoldaban más a su arco y a su forma de tirar, adquirió varias decenas y las cuerdas que Gonzalo le había confeccionado.

Como no tenía ningún tipo de prisa, decidió invitar a sus amigos a comer en el famoso restaurante del pueblo y pasó la tarde oyendo relatos sobre sus partidas de caza en diversos lugares del mundo.

A media tarde y después de una larga sobremesa, Gonzalo recibió una llamada en el móvil.

—Sí. Vale ahora vamos. Estamos a unos minutos de la tienda —y dirigiéndose hacia Sergio añadió —Se acabó lo bueno. Es un cliente que está esperando en la puerta a que le atendamos.

—Pues si el deber os llama, habrá que irse.

—¡Muchas gracias! —dijo Susana agradecida —Hemos pasado un rato muy agradable.

—Yo también lo he pasado a gusto. A ver si repetimos pronto.

—Ya sabes dónde estamos —añadió Gonzalo —Y si además pagas tú, cuanto antes mejor.

—¡Eres incorregible! —exclamó Susana. Y mirando hacia Sergio afirmó —La próxima vez pagamos nosotros.

—No te preocupes Susana, pagaré yo. No vaya a ser que a tu hermano le siente mal la comida.

Se levantaron de la mesa del restaurante y cuando estuvieron en el aparcamiento del mismo, conforme se dirigían cada uno a su vehículo, se despidieron.

Sergio, ya en el interior de su deportivo, pensó durante unos segundos, qué dirección tomar, y viendo que entre unas cosas y otras eran ya las seis de la tarde, se dirigió de nuevo hacia Laquidain. Cuando aparcó enfrente de la puerta de la casa, se bajó del mismo y del maletero del coche extrajo una mochila donde tenía la ropa de monte que solía utilizar cuando daba un paseo por las montañas de alrededor de su casa en Andorra. No sabía muy bien por qué la había cogido, pero ahora le iba a

venir bien.

Entró en la casa y mientras Lagun saltaba alegre a su alrededor, se cambió la cómoda ropa de vestir que llevaba por un pantalón más recio y una camiseta de manga corta de las de hacer deporte. También cambió sus finos zapatos por unas robustas botas de monte. Saliendo de la casa y llevando a su lado a Lagun decidió dar un paseo por los alrededores del pueblo, para que el perro estirase sus músculos.

5. Listos para dar el golpe

Pamplona. Miércoles 5, Agosto 2015

Habían llegado hacía un par de horas a aquel sencillo hotel de carretera a las afueras de la ciudad. Era un hotel de paso, donde normalmente se alojaban camioneros y agentes comerciales. El típico lugar donde nadie pregunta nada a nadie y se admiten todo tipo de personajes con diferentes etnias, costumbres y formas de vestir. Un sitio donde casi nadie llama la atención.

Los tres componentes del grupo se encontraban en esos momentos reunidos en una de las dos habitaciones que habían reservado para pasar la noche. Una para Ivailo, el hermano del jefe y otra para los otros dos.

—¿Para qué nos has mandado llamar a tu habitación? —preguntó Grigor.

—Vamos a telefonar a mi hermano para decirle que ya hemos llegado a nuestro destino y si tiene alguna instrucción más que darnos antes de dar el golpe.

—¿Y no podíamos hacerlo después de cenar? Después de tantas horas en el coche tengo un hambre de muerte. No hemos tenido una comida decente desde ayer. Hoy, todo han sido prisas y conducir y conducir.

—¿Grigor?

—¿Sí? —preguntó con un gesto de extrañeza en la voz, no entendiendo por qué su jefe, teniéndole allí cerca, le llamaba por su nombre alzando la voz.

—He dicho que vamos a llamar primero a mi hermano.

Aquel duro tono de voz hizo llegar al obtuso cerebro de Grigor que era mejor que acatase sin rechistar las órdenes que le estaban dando. En numerosas ocasiones, Ivailo había sido la mano ejecutora de su hermano y su carácter no se definía precisamente por tener un exceso de paciencia. El matón reculó de su propuesta y asintiendo con la cabeza, se echó un paso hacia atrás, como queriendo conseguir cierta distancia de seguridad.

—Lo que tú digas Ivailo. Lo que tú digas.

El tercer componente del grupo se había mantenido ligeramente apartado, sentado en una silla en una esquina de la habitación y manteniéndose totalmente al margen de la situación. Era más inteligente que su compañero y lo que menos deseaba era enfadar al jefe del grupo.

Ivailo sacó de su bolsillo un móvil de tarjeta de prepago y realizó una llamada al teléfono seguro de su hermano. Después de unos segundos, la comunicación se estableció y pudo oír al otro lado la familiar voz de su hermano.

—¿Sí?

—Buenas noches Asen. Hemos conducido todo el día sin contratiempos y ya estamos alojados en un hotel a unos pocos kilómetros de nuestro objetivo.

—Perfecto.

—¿Tienes instrucciones adicionales de nuestro contratista? ¿Alguna modificación en el plan?

—No. No ha vuelto a ponerse en contacto conmigo, por lo que seguiremos según lo que habíamos previsto.

—De acuerdo.

—Mañana por la mañana, os fijáis en como viste la gente de por allí y os compráis ropa sencilla similar. El objetivo es no llamar la atención y pasar inadvertidos.

Mientras se desarrollaba la conversación telefónica en voz baja por parte de los hermanos, los dos matones que no participaban en ella, estaban en un inusitado silencio, intentando captar lo que se decía y no perderse una sola palabra. Viendo el interés que se tomaban, Ivailo no pudo resistirse al impulso de tomarles el pelo.

—Asen, ¿no me estarás pidiendo también que antes de vestirlos, meta a estos dos en la bañera de la habitación del hotel y los lave de arriba a abajo? Estos dos no han visto el jabón de cerca hace años. No quiero ni pensar la de mierda y costra que pueden tener acumulada sobre su piel. Antes de tener que hacer eso, prefiero acometer el encargo y o solo.

Viendo la cara de sorpresa que habían puesto los dos secuaces, Ivailo no pudo contenerse y prorrumpió en unas sonoras carcajadas. Al otro lado de la línea, su hermano, imaginándose la escena, se contagiaba también durante unos segundos. La faz de los matones situados a escasos metros enrojeció de enfado durante unos segundos cuando se dieron cuenta de que ellos eran el objeto de la pulla.

—Bueno, al grano —dijo la voz al otro lado de la línea. —Mañana os aseáis y vestís como los habitantes de la zona, para intentar de esa manera pasar más inadvertidos. Después volvéis al hotel, descansáis para el camino de vuelta y esperáis a que se haga de noche, después echáis un vistazo por las inmediaciones del objetivo.

—Sin problemas. Será sencillo. ¿Cuándo quieres que demos el golpe?

—Lo dejo a tu elección, pero cuanto antes mejor. Es más, si durante el reconocimiento no ves mayores inconvenientes ni obstáculos y decides realizarlo en ese mismo momento, mejor. Cuanto antes estéis de vuelta, menores posibilidades de fallo habrá y antes cobraremos lo estipulado. Además acuérdate que por cada día de menos, cobraremos una prima adicional ¿Lleváis todo el equipamiento necesario?

—Sí, sin problemas. Si el objetivo se ajusta a lo que nos dijo nuestro contratista, no creo que sea muy difícil realizar el trabajo.

—De todas formas, no os confiéis.

—No te preocupes. Ya sabes que nunca lo hago. En cuanto hayamos dado el golpe y estemos de camino a casa, te vuelvo a llamar.

—De acuerdo.

Y dando ambos hermanos por terminada la conversación, colgaron sus respectivos teléfonos. Ivailo miró fijamente a sus compañeros de habitación.

—¿Hay algo que queráis preguntarme?

—¿Podemos ir ya a cenar? —inquirió Grigor con un tono de voz bajo, como no queriendo ofender a su jefe.

Éste cabeceó para sí mismo por la estupidez que demostraba su acompañante, intentando no agotar su escasa paciencia. Estaba claro que lo más importante para Grigor no era el trabajo por el que se habían desplazado hasta allí. En su cabeza los planes y las cosas bien hechas no tenían cabida.

Siempre iba a haber un trabajo más que hacer y siempre un jefe que le dijese cómo hacerlo. Era un individuo que solo tenía en cuenta sus necesidades primarias. No se le podía hacer que pensase, sólo que acatase órdenes. Las pocas veces que intentaba hacer algo por iniciativa propia, las cosas siempre terminaban de malas maneras. Normalmente de forma violenta.

—¡Ahora vamos! Como no sé exactamente qué habéis oído y lo que es más importante, qué habéis entendido, os lo cuento detalladamente durante la cena. Buscaremos una esquina tranquila en el restaurante de este hotel.

—Jefe ¿Después saldremos a dar una vuelta? —le preguntó Grigor animándose por momentos.

—Grigor. Escúchame atentamente —dijo hablando lentamente con un tono frío que destilaba el enfado que por momentos se estaba apoderando de Ivailo —Hasta que terminemos este trabajo, solo vas a ver las paredes de la habitación de este hotel y el interior del coche. No quiero que cometas alguna estupidez de las tuyas ¿Te ha quedado lo suficientemente claro?

—Si jefe. Pensé que...

—Cuando estés conmigo no se te ocurra pensar —le dijo interrumpiéndole —de esa parte ya me encargo yo. Calla y bajemos a cenar.

—Si jefe.

El tercer componente del grupo, que no había tomado parte en la conversación, queriendo romper cuanto antes el momento de tensión que se había generado, se dirigió hacia la puerta, la abrió y salió al exterior para ver si había alguien en el pasillo. Viendo que el corredor estaba vacío, se asomó al interior de la habitación y haciendo un gesto con la mano, les indicó que era un buen momento para abandonarla sin llamar la atención.

6. Una vuelta por Pamplona

Pamplona. Miércoles 5, Agosto 2015

Sergio se despertó a las pocas horas, cuando el amanecer hizo acto de presencia. El dormir de nuevo en aquella terraza viendo cómo la luz fluía por todas las direcciones, le daba paz y tranquilidad. No sabía muy bien qué motivo le había hecho volver a pasar la noche en el mismo lugar. Probablemente el recordar la conversación mantenida con Mónica. Se levantó de la hamaca y realizó unos ejercicios de estiramiento para soltar y estirar las extremidades.

Durante unos segundos se planteó el ir a una habitación a seguir durmiendo durante unas horas, pero estaba tan alegre que el entusiasmo sustituía a la falta de sueño y al cansancio que arrastraba de las semanas anteriores.

Le vino a la cabeza una charla a la que había acudido hacía unos años, donde el conferenciante, un hombre emprendedor que había pasado por altibajos y tiempos difíciles antes de conseguir triunfar con su empresa, se había dirigido a los allí presentes diciendo como resumen de las experiencias vividas:

—“Cansa el fracaso” —pronunciando con solemne sentimiento y profundo conocimiento de causa.

Sergio, que en los últimos días había conseguido impedir una conspiración terrorista a nivel mundial y había podido salvar con ello innumerables vidas, a pesar de ello, no estaba en paz consigo mismo.

Su triunfo sobre aquellos malvados delincuentes no compensaba la enorme e irreparable pérdida que había sufrido en el transcurso de los hechos. No, a nivel personal no había vuelta atrás. Aquel dolor que le oprimía el pecho profundamente de vez en cuando, no acababa de remitir. La venganza no había reducido el dolor ni la sensación de fracaso.

A pesar de ello, aquella mañana la pena todavía no había hecho acto de presencia. La conversación mantenida con Mónica le había alegrado el espíritu. Claro síntoma de ello, había sido el que había dormido ambas noches en aquella simple hamaca, de un tirón, tranquilo y relajado.

De normal no había nada que le quitase el sueño y era capaz de dormir en cualquier lugar y situación, pero la pérdida que había padecido en Japón recientemente, había hecho que en alguna de las últimas noches pasadas, se despertase en medio de un intenso sudor, reviviendo los últimos momentos de aquella fatal noche en el hospital de Tokio.

En definitiva, en esos momentos estaba de buen humor y no iba a dormir más. Se iba a dedicar a aprovechar el día. Bajó al piso inferior y se encontró a Lagun meneando la cola alegremente y con ganas de jugar. Estuvo un par de minutos haciéndole caso, acariciándole la nuca y el lomo. Después se fue a la cocina y abrió el frigorífico.

Su tío siempre tenía dentro salchichas con las que premiar a sus perros cuando éstos se portaban bien y hacían caso a las órdenes que él les daba. Las típicas frases de, ¡siéntate ahí! o ¡suelta eso!

No se había equivocado, en cuanto abrió el paquete con unas tijeras y le puso un par de ellas cerca de la boca, el perro las cogió con sus enormes colmillos de entre sus manos con extrema delicadeza y las comió con clara fruición.

—Bueno —le habló mirándole a los ojos como si el perro le entendiese perfectamente —Tú ya has desayunado. Ahora me toca a mí y después iremos los dos a repetir un paseo por el monte como el de ayer por la tarde.

Sergio, debido a las múltiples ocasiones en que había estado en aquella casa, conocía perfectamente dónde se encontraban las tazas, los vasos, los útiles de cocina y los diferentes ingredientes para prepararse un buen desayuno. En casa de su tío nunca faltaban unos paquetes de magdalenas, galletas y otras cajas de dulces y bollería.

En aquel instante, se encontraba más a gusto en aquella casa, que en la suya de Andorra. Al darse cuenta, se quedó unos segundos meditando sobre ello. ¿A qué se podía deber? Su casa de Andorra era una casa grande, confortable y con todo tipo de lujos. No había reparado en gastos para ello.

Adquiridos como a él le gustaba, sus muebles eran cómodos y funcionales. Entonces, ¿a qué se debía aquella sensación? Al cabo de otros pocos segundos lo tuvo absolutamente claro. Su casa de Andorra no tenía recuerdos. Ni buenos ni malos. Ningún recuerdo. Ni familiar, ni de amigos, ni de fiestas. Nada. Sólo era un refugio en el que descansar brevemente y retomar fuerzas hasta sumergirse en el siguiente caso.

Ni siquiera contaba con un perro como el que ahora estaba relamiéndose con aquellas salchichas a sus pies. Cuando salía de su casa para trabajar en un nuevo encargo, nunca sabía el tiempo que le iba a tomar resolverlo. No sabía los días que iba a tardar en volver. No se podía ser dueño de un animal y tenerlo abandonado. Como le solían decir en algunas ocasiones sus padres: “el que tenga tienda, que la atienda”.

Cogió la cafetera y se preparó café. Oía divinamente. Se comió un par de tiernas magdalenas y disfrutó de un par de cafés saboreando pausadamente el relajado momento. Daba gusto hacer las cosas sin ningún tipo de prisa. Aquel café le olía a auténticas vacaciones. No se acordaba de cuándo fue la última ocasión en que se había dado a sí mismo quince días de tranquilidad, sin nada que le acuciase.

Solía escaparse una vez al año de su trabajo para poder ver a sus padres, pero aquellas visitas eran deprisa y corriendo y no solían durar más de un par de escasos días. A veces ni eso.

Después de limpiar y recoger todo lo que había utilizado en aquella cocina, se dispuso a salir afuera, al monte.

—¡Vamos Lagun! —le habló al enorme perro, que no había dejado de moverse a su alrededor en todo momento —¡Vamos a estirar las piernas!

Ataviado con la ropa de monte de la tarde anterior, salió al exterior y de nuevo, dirigiéndose al sabueso que se había quedado dentro, le dijo:

—¡Vamos Lagun! ¡Vamos a dar un paseo!

Y poniéndose en movimiento, abandonó por una puerta de hierro que había en uno de los laterales del alto muro que rodeaba la casa, aquel recinto cerrado.

A buen paso se dirigieron hacia el monte. El perrazo contento, no hacía más que moverse a su alrededor. Le adelantaba corriendo unos metros y se paraba esperando a que Sergio llegase a su altura. En cuanto éste lo alcanzaba y le acariciaba la nuca, volvía a ponerse en marcha y avanzaba otra vez. De vez en cuando Lagun retrocedía sobre sus pasos, echaba una mirada y volvía a situarse a su lado.

Sergio había decidido subir arriba del todo, a la cima. En la cumbre de aquel monte se encontraba el castillo de Irulegui, una pequeña fortaleza que se había construido allí hacía varios siglos como un puesto de vigilancia y del que en la actualidad quedaban unas ruinas como muestra de su existencia.

Desde la casa de su abuela, había varios caminos que llevaban hasta el lugar, casi todos eran similares y se tardaba aproximadamente el mismo tiempo en recorrerlos. Unos iban rodeando el monte por sus laderas y otros se internaban más por el bosque. Decidió subir por el de la izquierda y bajar por el de la derecha. No tenía ninguna prisa.

A pesar de que la subida era empinada e iba a buen paso, Sergio disfrutaba con la caminata que estaba haciendo. Le traía gratos recuerdos de las muchas veces que había subido aquel camino con su padre y con su tío.

Aquella época en que era un muchacho que no tenía otras preocupaciones que el obtener buenas notas en sus estudios y donde tanto su tío como sus padres sólo le decían que disfrutase de ser joven y tener la suerte de haber nacido en aquella familia y tener las cosas tan fáciles.

—“¡Qué complicada se volvía desgraciadamente la existencia cuando uno se iba haciendo mayor!” —pensó para sus adentros.

Unos segundos después de esta reflexión se rio a mandíbula batiente y volvió a recapacitar sobre su pensamiento anterior.

“Si al bajar me encuentro a mi tío y le digo esto, me diría que me estoy atontando. ¡Mayor un joven que no ha cumplido todavía los treinta años! Lo que estás es idiota. Me diría sin lugar a dudas”.

Era un día tremendamente claro y soleado y a esas horas de la mañana, aunque todavía hacía fresco, se notaba que el día se iba a ir calentando. Sergio disfrutó mirando el verde bosque de pinos que quedaba a la derecha del camino. Después de avanzar durante aproximadamente un par de kilómetros, la senda cambió de pendiente haciéndose el terreno más abrupto, por lo que tuvo que esforzarse más para seguir avanzando a buen paso.

Al cabo de unos minutos divisó las ruinas del castillo. Estaba situado en lo alto de una pequeña colina donde no había árboles, sólo hierba y algunos matorrales. En unos minutos, llegó a la altura de la pequeña edificación. Estaba compuesta por un conjunto de derruidos muros de piedra que formaban un par de rectángulos. En algunas partes aquellas paredes tenían unos tres metros de altura y en otras apenas alcanzaban un metro.

El castillo era el terreno más alto del valle y la vista desde aquella altura era impresionante. Se subió a uno de los muros y contempló el horizonte en todas direcciones. Si miraba de frente, la vista de la zona de Pamplona era prácticamente la misma que se divisaba desde la casa de su abuela, pero desde unos doscientos metros más de altitud.

La vista a su derecha era la de los valles colindantes hasta la Higa de Monreal. La vista más espectacular se encontraba a su espalda, donde en un día tan claro y limpio de nubes como era aquel, se podía ver en la lejanía los Pirineos.

Estuvo durante un gran rato disfrutando de aquellas vistas y respirando el límpido aire fresco. Al cabo de un rato miró al enorme perro que se había sentado cómodamente a sus pies y le dijo.

—¡Vamos Lagun! ¡Toca bajar!

Esta vez, y como había decidido, lo hicieron por el lado contrario de la montaña. Al cabo de unos minutos de recorrer uno de los senderos, se introdujeron en el espeso bosque que rodeaba el monte. Las sombras de aquellos enormes árboles se proyectaban sobre ellos, refrescando el ambiente.

Después de recorrer aquel camino a paso ligero durante aproximadamente cuarenta minutos, llegaron de nuevo a la casa. Nada más abrir la puerta, Lagun se abalanzó hacia un cubo metálico lleno de agua que su tío debía tener dispuesto para que el animal bebiese en su ausencia. El perro bebió una enorme cantidad con auténtica fruición.

—¿Qué? ¿El paseo te ha dado sed? —le preguntó Sergio al enorme Bullmastin como si éste le fuese a responder —Bueno, yo también voy a beber algo y a darme una refrescante ducha.

Una vez aseado y listo para abandonar la casa, se acordó que el día anterior no había llamado a sus padres para comunicarles lo que iba a hacer con respecto a quedarse definitivamente en Pamplona o irse a Salou con ellos. Marcó el número de móvil de su madre y al cabo de unos segundos se oyó su dulce y cristalina voz.

—Dime cariño ¿Qué tal estás?

—¡De cine mamá! ¡He dormido este par de noches como un auténtico tronco! ¡Llevaba semanas sin dormir tan a gusto! —le respondió espontáneamente Sergio con un tono de alegría en su voz

—¿Andas con algún tipo de problema? ¿Por eso no nos llamaste ayer?

—“¡Mierda!” —pensó Sergio. Su madre era la que mejor le conocía en el mundo y sabía que él no tenía problemas para dormir. Al contarle sin querer que no había dormido en unas semanas, se había preocupado inmediatamente. Lo último que quería Sergio en este mundo era darle ningún tipo de disgusto a su madre.

—No mamá. Lo que pasa, es que en estas últimas semanas he estado de continuos viajes internacionales y durmiendo cada dos o tres días en diferentes hoteles. Ni yo soy capaz de acostumbrarme a semejante trajín —le respondió sin mentirle, pero contándole sólo parte de la verdad.

Su madre desconocía su verdadera profesión y él no le iba a decir que esos viajes que había realizado se debían en parte a vengarse de unos miserables asesinos que habían matado a amigos suyos y en parte a parar una siniestra trama trenzada por una empresa farmacéutica que había desarrollado un mortal virus para generar pandemias selectivas entre diferentes etnias. Decididamente no eran temas de los que uno elige para tranquilizar a su madre.

—¿Has pensado qué vas a hacer? ¿Vienes a Salou? ¿Te quedas unos días en Pamplona?

Sergio vio claramente que después de la explicación que le había dado a su madre, ésta se había vuelto a relajar. El tono que mostraba su voz, así lo expresaba.

—Al final, me voy a quedar aquí. Por cierto, no estoy en nuestra casa. Después de viajar por tantas grandes ciudades, estaba un poco aburrido de estar rodeado de un exceso de gente y enormes edificios, por lo que al final decidí venirme a Laquidain a casa del tío Iñigo.

—¡Tú también! ¡Mira que quedarte en ese monte en vez de estar en Pamplona con lo bonita que está en esta época!

Sergio sabía que su madre era más de ciudad y que ella prefería que se alojase en su casa de Pamplona en vez de estar solo y aislado en lo alto de aquel monte. Pero él caso era que el se encontraba muy a gusto allí.

—¡No te preocupes mamá! —le dijo intentando que no se disgustase —No tengo ninguna intención de quedarme en este lugar y convertirme en un ermitaño. Ahora mismo me iba a Pamplona. Tengo unas ganas locas de saborear unos pinchos y de comer en un buen restaurante. ¡Cómo en nuestra tierra no se come en ningún lugar del mundo! ¡Y te lo digo con conocimiento de causa! He recorrido un montón de países y he comido en algunos de sus famosos y mejores restaurantes. Pero..., como aquí en ningún sitio.

—Tú que viajas más, lo conocerás mejor, pero yo creo que todo se resume a que en general, en el extranjero se come para vivir, y en nuestro caso vivimos para comer. Y ni remotamente es lo mismo.

—¡Ah mamá! ¡Qué razón tienes! No es lo mismo, ni por el forro.

—Bueno. Me da pena que no vengas a vernos, pero por una vez que no vas a Pamplona pensando en que te tienes que ir al día siguiente, disfruta. Eso sí, no te gastes mucho dinero en comilonas y juergas —le dijo ella en tono de complicidad.

Una madre era una madre y no quería que su hijo malgastase su dinero. Ella sólo sabía de la vida laboral de su hijo, que trabajaba como ingeniero y que se ganaba más o menos bien la vida. Como era una madre navarra al cien por cien, siempre estaba mirando por el bienestar de sus retoños. Tanto en el aspecto de salud, como en el económico y aunque no le gustaba escatimar, tampoco quería que gastasen el dinero en tonterías.

Lo que no sabía, era que su hijo tenía ya una considerable cantidad de dinero y que contaba con unas fuentes de ingresos constantes más que respetables derivadas de los diferentes paquetes de acciones que tenía en diferentes empresas a las que había ayudado en un momento complicado. Empresas rentables y punteras que habían confiado en él en situaciones de dificultad y que le estaban agradecidísimas de haber contratado sus servicios.

—No te preocupes mamá —respondió con cariño —Como suele decir papá, tanto trabajo tiene su recompensa. En los últimos meses y debido a los viajes que me he visto obligado a hacer, mis jefes me han pagado unos suplementos generosos.

—De acuerdo, pero no te los gastes enteros.

—No mamá. Sólo pensaba en ir a comer o cenar dos o tres veces a algún buen restaurante. Creo que después de realizar ese gasto, me seguirá quedando dinero de sobra.

—Seguro que sí, pero ya sabes cuál es la obligación de una buena madre. No podemos estar ni un solo segundo sin pensar en vuestros intereses.

—Gracias mamá, te quiero mucho. Nos vemos pronto. Dale recuerdos a papá.

A Sergio, a pesar de que lo hacía por su propia seguridad, le costaba mucho el mentirle a su madre. Era la persona que más quería en el mundo y le dolía el esconderle ciertas cosas.



Había cerrado la casa de su abuela y cogiendo su deportivo, se había dirigido conduciendo hacia el centro de Pamplona. El viaje duraba unos veinte minutos y lo había realizado a baja velocidad, contemplando todo lo que atravesaba con detenimiento e intentando descubrir si había habido cambios importantes desde la última vez que había estado por allí, hacía más de un año. Salvo algún desvío nuevo y alguna ligera modificación vial, nada había cambiado.

Había decidido ir a la Plaza del Castillo y en esos momentos se encontraba estacionando su deportivo en el aparcamiento existente debajo de la misma. Salió a la calle por uno de los tres ascensores que existían al efecto y se dirigió con paso tranquilo hacia el “Txoko”, uno de los típicos bares de toda la vida de aquella zona. Se sentó en una de las mesas exteriores que daban al quiosco central y esperó la llegada de alguno de los camareros. Echó un vistazo a su reloj de pulsera.

—“¡Uhm! Al final, a pesar del madrugón que me he dado ya va pasando la mañana” —dijo para sí mismo.

Eran las doce y media del mediodía, y aunque que era un poco pronto para empezar a tomar algo, por el contrario no era el lugar adecuado para dejar pasar ciertas oportunidades.

A lo largo de toda la amplia geografía española hay zonas especializadas en servir en sus bares, tabernas y tascas, pequeñas raciones de comida, listas para acompañar una cerveza, un vermut o un vino. Independientemente de que en unas zonas se llamasen tapas, en otras entrantes y en otras pinchos, las horas del mediodía anteriores a las comidas y a las cenas son las más adecuadas para degustar semejantes exquisiteces.

Pamplona era una de las mejores ciudades de la piel de toro en aquel apartado gastronómico y el “Txoko” uno de sus sitios más representativos para degustarlos. En unos minutos, uno de los camareros que se encontraban atendiendo a las diferentes mesas, vio a Sergio y acercándose a él diligentemente le preguntó:

—¿Qué desea?

—Por favor, ¿me puedes traer una carta de pinchos y me recomiendas alguno?

—Faltaría más. Ahora mismo señor.

Y se dirigió con paso vivo al interior del local. Al cabo de unos instantes salió con un tríptico en sus manos, donde se recogía toda la oferta culinaria relativa a aquel tipo de consumiciones. La depositó encima de la mesa.

—Aquí tiene nuestras especialidades —y mirándole a la cara le preguntó amablemente —¿Qué desea para beber?

A Sergio le hacía gracia aquel tratamiento. Aquel joven debía tener más o menos su misma edad y no paraba de utilizar el “señor” para dirigirse formalmente a él.

—Tráeme un vino tinto de crianza, mientras miro que par de pinchos me voy a tomar.

—Enseguida señor. Si me permite, le recomiendo éste y éste —dijo el servicial camarero mientras le señalaba un par de ellos —son los que presentamos al último certamen que se celebró en Pamplona.

Sergio recordó que cada año en Pamplona se celebraba un concurso de pinchos entre los mejores bares y restaurantes de la ciudad especializados en ese tipo de plato, denominado “La semana del pincho de Navarra”. Cada año el evento había ido tomando más y más fama entre los habitantes de la ciudad y entre los de las localidades de los alrededores. Aquellos platos eran auténticas obras de arte culinarias en miniatura.

La competición consistía en que durante una semana, los bares y restaurantes de diferentes barrios de Pamplona ofrecían a los clientes en sus barras, una combinación de uno o dos pinchos de los que participaban en el concurso, junto con un vino, bien tinto, bien rosado, bien blanco a un precio por debajo de lo normal con el fin de estimular la asistencia del mayor número de clientes.

Al finalizar la semana, un jurado dictaminaba cuál había sido el establecimiento ganador y los finalistas, así como los pinchos que se habían hecho merecedores de los premios. “El Txoko” era uno de los bares que no faltaba al concurso año tras año.

Sergio miró la pequeña carta atentamente y decidió que iba a pedir dos o tres pinchos. Dudaba en qué hacer cuando llegase la hora de comer. Estaba en el casco viejo de Pamplona y en aquella zona, tenía a su disposición varios bares del tipo en el que se encontraba, con variadas cartas de entrantes para poder degustar. La otra opción era ir a uno de los restaurantes a comer platos típicos de su tierra. Aquella que hacía tanto tiempo que no visitaba tal y como lo estaba haciendo en aquellos momentos. Es decir, sin prisas y disfrutando de la ciudad donde había nacido y vivido los mejores años de su joven vida.



Después de dar un tranquilo paseo por el Paseo Sarasate, la calle Estafeta y la Calle Mayor, su reloj marcaba más de las dos de la tarde, por lo que se decidió a ir a comer al restaurante San Fermín.

Era un local tradicional que se encontraba situado en la calle San Nicolás, en un primer piso. De la última vez que había estado allí comiendo con sus padres y hermana, recordaba que entre semana disponía de un menú del día con numerosos y sabrosos platos de temporada, así como de una carta estupenda.

Acababa de subir las escaleras de madera que llevaban hasta la primera planta y tras atravesar la puerta, se había sentado en la única mesa que quedaba libre en una esquina del local. Se notaba que con la llegada del verano empezaban a acudir a Pamplona turistas y los restaurantes con cierta fama empezaban a llenarse.

Una de las camareras que llevaba allí atendiendo de toda la vida, se le acercó con una de las cartas del restaurante en la mano.

—Buenos días señor —le dijo amablemente.

—Buenos días —le respondió Sergio en el mismo tono.

—Aquí le dejo, para que elija qué desea comer. Si quiere le cito las recomendaciones del día.

—Creo que no me va a hacer ninguna falta —repuso Sergio con una amplia sonrisa en su cara.

—¿Ya sabe lo que quiere comer? —le preguntó la camarera con un cierto deje de sorpresa y mirándole a la cara con mayor atención intentando averiguar si era algún cliente que ya había estado anteriormente y del que ella no se acordaba.

—Sí, salvo que alguno de los platos que quiero, hoy no los tengan en su menú.

—Diga usted señor.

—De primero quiero menestra —y Sergio realizó una parada para ver la respuesta de la camarera

—¡Estupendo! La tenemos recién preparada, con vegetales recién traídos de la huerta de la Magdalena.

—Estupendo. De segundo quería lechuzuelas.

—Sin problemas. También tenemos —dijo la camarera, mientras tomaba nota del plato —¿Qué desea para beber?

—Un Inurrieta.

—¿El 400 le va bien? —preguntó la camarera

—Perfecto. De postre quería....

—No se preocupe el señor. Después le tomo nota.

—Si no le importa, preferiría que me tomase nota del postre en este momento. No es la primera vez que vengo a este restaurante a comer y veo pasar hacia otra mesa la última ración de esa fabulosa tarta de hojaldre que suelen tener —y con una sonrisa de oreja a oreja y guiñándole un ojo despacio y con complicidad a la veterana camarera añadió —No me gustaría que me pasase hoy.

—No se preocupe señor —le respondió la camarera mientras se esforzaba por no reírse a mandíbula batiente y lo disimulaba tomando nota —Hoy no se quedará usted sin tarta.

—Pues pensándolo mejor —repuso Sergio guiñándole de nuevo el ojo —que sean dos raciones.



Había disfrutado enormemente con la comida. Sin prisas, saboreando cada plato y mirando tranquilamente al resto de los comensales. Se tomó un par de cafés después de la tarta y estuvo allí sentado viendo pasar tranquilamente el tiempo mientras degustaba aquellos momentos.

Al terminar el segundo café, la camarera se acercó a él, una vez más solícita, y le preguntó:

—¿Desea algo más el señor? ¿Un chupito de algún licor? ¿Una copa de algo?

—No gracias. Tengo que conducir. Además veo que para vosotros se está empezando a hacer tarde —eran más de las cuatro y los últimos clientes estaban abandonando el local —y no quisiera molestar. La comida ha estado estupenda. Ha sido un placer volver a comer aquí después de tanto tiempo. Dele de parte mía la enhorabuena al cocinero.

—Es cocinera señor. Estará encantada de recibir su felicitación. A todos nos gusta que nos digan que hacemos bien nuestro trabajo. Y por nosotros no se preocupe, puede quedarse un rato más mientras recogemos y preparamos de nuevo las mesas para la cena.

—Gracias, pero de todas formas ya me iba. Tráigame la cuenta por favor.

—Ahora mismo señor.

Sergio pagó la cuenta y dejó una generosa propina. Había disfrutado con aquella comida. Bajó los escalones hacia la calle y mientras andaba por el empedrado, se le vino una idea a la cabeza.

—“Vamos a ver qué tal se encuentran los viejos amigos”.

Sacó su teléfono móvil del bolsillo de su pantalón y marcó un número de su agenda. Los nombres que tenía en el teléfono no eran nombres reales. Una vez más, su obsesión por no mezclar su vida profesional con su vida personal, hacía que extremase las medidas de seguridad. Aquel móvil, aunque lo parecía, no era un móvil que se pudiese encontrar en una tienda de telecomunicaciones.

Los apelativos anotados en la agenda, no eran los datos auténticos de sus familiares y amigos, sino seudónimos que solo tenían significado para Sergio. Pero ninguno, para otra persona que llegase a manejar el teléfono. Adicionalmente, en cada entrada de la agenda no se podía ver ningún número asociado al seudónimo.

No había nada que una persona que hubiese cogido el teléfono pudiese memorizar o anotar. Para finalizar con la protección del sistema, cada vez que se quería llamar a uno de los números de la agenda, era necesario marcar un número secreto inicial.

En fin, todo un complejo entramado para hacer una simple llamada de teléfono. Pero así era como protegía Sergio sus secretos. Como última medida de seguridad, si alguien se encontraba el teléfono móvil y lo intentaba manipular, al cabo de varias pulsaciones erróneas del teclado que aparecía en pantalla, una minúscula carga de explosivo que se encontraba en su interior explotaba, no dañando al que lo usaba, pero haciendo añicos el móvil.

Siguiendo todo el protocolo de seguridad marcó por segunda vez el número de su amigo y esta vez, alguien descolgó el aparato y una voz se oyó al otro lado de la línea. Como era de esperar, no pudiendo identificar el extraño número que veía en su pantalla, la persona que había descolgado preguntó.

—¿Sí? ¿Dígame? ¿Quién es?

—Hola buenas tardes. ¿Es fontanería Gómez? —Sergio quería disfrutar de gastarle una pequeña broma a su amigo y había cambiado su tono de voz por otro más agudo y atiplado.

—No señor. Creo que se ha confundido. Aquí no es fontanería Gómez —le respondió una voz profunda con cortesía.

—Perdone, es que me ha dicho un amigo que ustedes trabajan con líquidos grasos y yo tengo el lavabo obstruido.

—Le han informado mal señor. Esto es una almazara de aceite, pero no nos dedicamos a limpiar tuberías —respondió con paciencia su amigo. Una almazara es el lugar donde se fabrica el aceite de oliva, para que usted me entienda.

—Ya le entiendo, ya, buen hombre—respondió Sergio haciéndose el tonto —pero si ustedes trabajan con aceites, de vez en cuando también se les ensuciaran la cañerías. ¿Qué hacen ustedes cuando les pasa?

—Señor —la voz al otro lado de la línea había cambiado su inicial amable acento por otro levemente más serio. Estaba claro que la paciencia de su amigo se estaba consumiendo —Creo que las tuberías de nuestra empresa, son diferentes a la que puede usted tener en su casa. Le recomiendo que busque los datos de un fontanero que pueda ayudarle.

—Ya, ya —y siguiendo con la broma, añadió —¿No sabrá el teléfono de alguno?

—No, lo siento —y haciendo acopio de un poco más de paciencia añadió —Disculpe, pero me ha pillado usted muy ocupado. Le tengo que dejar.

—Markel, pedazo bruto —dijo Sergio recuperando su tono de voz normal, partiéndose de risa —¿Ya no te acuerdas de los amigos?

—¿Sergio? ¿Sergio? —preguntó su amigo reconociendo por fin su voz —¡Eres la leche! ¡Cómo te coja! ¡Te voy a retorcer ese pescuezo tuyo! ¡Esto no se le hace a un amigo!

Sergio no podía parar de reírse. Se lo estaba pasando en grande. Era una sensación infrecuente el poder hablar por teléfono con alguien sin ocultar su personalidad. Es decir, el poder establecer una llamada telefónica normal y corriente, sin ocultar quién era, sin negociar un trato, sin intentar averiguar las verdaderas intenciones de su interlocutor. Estaba claro que las cosas sencillas de la vida, son las que a la larga, más placer te reportan.

—Tienes razón. En vez de jugarme mi pescuezo cuando me echas la mano encima, otro día llamo a un programa de televisión, de los que buscan gente como tú para hacerles una inocentada con una cámara oculta —añadió sin poder parar de reírse.

—¿De verdad tienes en tan poca estima tu cuello? —le preguntó Markel en un tono de voz que mostraba que tampoco se lo estaba tomando muy en serio.

El amigo de Sergio era un deportista nato, que medía un metro noventa de altura y tanto por motivos de trabajo, como por su amor por el deporte, tenía un cuerpo muy musculado. Sus manos, brazos y piernas eran de un tamaño considerable. Sergio no tenía ninguna intención en que le atrapase su cuello entre aquellas extremidades.

—La verdad es que le tengo bastante aprecio, por lo que teniendo en cuenta que mi cuello está casi a tú alcance, tendremos que dejar esta broma para otro día.

—¿No fastidies? ¿Estas por Pamplona?

—Acabo de salir de pegarme una comilona en el restaurante San Fermín y estoy caminando tranquilamente por el casco antiguo. Ahora mismo me dirijo a Layana y después a Beatriz a comprar unas cajas de pastas para mi tío y mi abuela. Estoy durmiendo en su casa de Laquidain.

—¡Tú sí que sabes cuidar a la familia!

Layana y Beatriz eran dos obradores que eran famosos por la exquisita manufactura de sus pastas y dulces. Siempre había largas colas a la entrada de ambos establecimientos, de personas que querían comprar dos o tres cajas de sus productos para repartir entre amigos, familiares o bien para deleitarse uno mismo.

En Pamplona y alrededores, la mayoría de la gente, para celebrar su cumpleaños con los compañeros de trabajo el día de su efemérides, llevaban a la empresa dos o tres cajas de pastas de una de las dos tiendas.

A los padres de Sergio, a su hermana Diana, y a él mismo, les encantaban distintas especialidades de ambas tiendas, por lo que al final siempre acababan comprando un par de cajas en Layana y otro par de cajas en Beatriz. Ambos establecimientos se encontraban dentro del casco antiguo y sólo estaban separados entre sí por un par de calles.

Estando paseando por la zona y sin ninguna necesidad de medir el tiempo, no le importaba hacer cola en ambas tiendas y siguiendo con la tradición de su familia, adquirir un par de cajas de cada comercio. A su tío Iñigo, le iba a encantar encontrárselas en la mesa de la cocina cuando volviese a Laquidain.

—¿No te has quedado en tu casa de Pamplona?

—No. No están mis padres, y para estar solo prefiero estar allá arriba en plena naturaleza. Estoy aburrido de tanta ciudad. Mi tío tiene un enorme perro que me hace compañía y me sigue en los paseos por el monte. Después de estar siempre rodeado de tanta gente en el trabajo, le sienta bien a uno un poco de paz y de soledad.

Por motivos de seguridad para ellos, ni su familia, ni sus amigos de toda la vida sabían a qué se dedicaba Sergio realmente. Todos ellos pensaban que era un ingeniero que trabajaba para una gran multinacional y que aunque tenía la sede en Barcelona, le tocaba viajar por todo el mundo debido a su trabajo.

Ya se sabe, una historia formada con un conjunto de medias verdades, es más creíble que una historia montada a base de continuas mentiras.

—¿Qué vas a hacer después de comprar las pastas? —le preguntó su amigo Markel.

—Ni idea, no había pensado nada en especial, salvo andar por aquí tranquilamente. Si no andas muy liado esta noche, os invito a ti y a tus hermanos a tomar algo. Hace tiempo que no nos vemos.

—¡Me parece fantástico! —respondió su amigo con voz alegre. —primero cenamos y después echamos un trago y nos cuentas qué tal te trata la vida.

—¿A qué hora os viene bien?

—Hablaré con mis hermanos, pero pienso que sobre las ocho y media es una buena hora para juntarnos.

—¿Dónde quieres que quedemos?

—No sé qué te apetece a ti, pero cerca de donde tenemos la empresa, está la borda de Patxi, donde dan unos platos de comida tradicional muy ricos. Nosotros solemos ir de vez en cuando, el dueño nos conoce y nos trata bastante bien.

—Pues no se diga más nos encontramos ahí para cenar a las ocho y media. Estoy deseando veros.

Sergio iba a colgar la comunicación, cuando su amigo le hizo una tímida pregunta.

—¿Sergio...?

—¿Si Markel?

—Tú, ¿entiendes algo de patentes?

Sergio era un experto en patentes. Era una parte vital de su trabajo diario. Como no quería darle a su amigo más información sobre a qué se dedicaba, decidió contarle solo una parte de la verdad.

—Un poco. En alguno de los proyectos en los que me ha tocado trabajar, me he visto envuelto en la necesidad de trabajar junto a departamentos técnicos y de conocer algunas cosas. Además en mi empresa, se trabaja con varias agencias de patentes, por lo que siempre aprendes algo.

—¿Te importaría echarnos una mano en un tema que llevamos mis hermanos y yo entre manos? Nosotros pensamos que puede ser de vital importancia para el futuro de nuestra empresa.

Markel y sus hermanos eran dueños desde hacía unos pocos años de varios olivares y de una moderna almazara donde se fabricaban dos o tres variedades de aceite de oliva de buena calidad.

Desde hacía unos años, varios empresarios y agricultores de Navarra habían empezado a cambiar la plantación de viñas por la de olivos. Su decisión se había basado en que vino bueno se producía en muchos países del mundo y era un mercado muy competitivo. En cambio el aceite de oliva de calidad era igual de valioso, se podía vender a buen precio y los competidores a nivel mundial todavía no eran tantos.

En el mundo de la gastronomía y debido a la importancia que los productos de excelente calidad estaban tomando, se había empezado a acuñar el término de “Oro Verde”.

Sergio sabía que estaban embarcados en aquella aventura empresarial y que le dedicaban toda su energía y entusiasmo. Como cualquier tipo de comienzo, luchaban por hacerse un lugar en aquel mercado. Hacía tiempo que no había estado con ellos y no sabía qué tal les iba en el mundo de los negocios.

—En absoluto —le respondió a su pregunta. Había notado cierta emoción, incluso algo de ansiedad en su tono de voz —Estaré encantado de echaros una mano en todo lo que pueda. ¿Tenéis algún tipo de problema? —preguntó a su vez interesado Sergio.

—¡No! ¡Qué va! —respondió él rápidamente —lo que tenemos es desconocimiento sobre los pasos que tenemos que dar y por tanto muchas dudas. Si tú como buen amigo nos puedes echar una mano, ¡mejor que mejor!

—¡Eso está hecho! ¿Cuándo quieres que tratemos el tema?

—Uhm... —repuso su amigo con una voz dubitativa al otro lado de la línea.

—¡Venga Markel! ¡Suéltalo! —le apremió Sergio.

—No quisiera molestarte, si después de tanto tiempo has venido a Pamplona a pasar unas merecidas vacaciones... —se notaba en su voz que tenía un pequeño conflicto de intereses entre su necesidad empresarial y el respeto hacia su amigo —Por eso, aunque no creo que te lleve mucho tiempo el echar un ojo a lo que te vamos a enseñar, si te resulta incómodo no pierdas el tiempo. Solo queremos que nos des un par de buenos consejos sobre lo que tenemos que hacer.

—No seas tonto, por supuesto que os hecho una mano con lo que sepa y pueda ayudar.

—Entonces. ¿No te importaría pasarte hoy por la empresa antes de que salgamos a tomar algo? —preguntó con un deje de leve ansiedad.

—No, no me importaría en absoluto —repuso Sergio riéndose a gusto —En cuanto termine de comprar las pastas, cojo el coche y me acerco.

Su amigo Markel y sus hermanos eran personas del tipo, como se suele decir en Navarra, pedazo de pan. Buenos, sinceros y tremendamente honestos. Jamás le fallaban a un amigo y siempre podías contar con ellos. Lo mínimo que podía a su vez Sergio era comportarse de igual manera.

—¿Dónde quieres que nos encontremos? ¿A dónde quieres que vaya? —le preguntó Sergio.

—¿Sabes dónde tenemos las oficinas de la empresa? —le preguntó Markel a su vez.

—¿Cerca de Arroniz? ¿Dónde me llevasteis a ver las instalaciones cuando las estrenasteis?

—Exacto. En el mismo sitio.

—En unos cincuenta minutos, espero estar por ahí.

—¡Pues venga! ¡Te esperamos!

*"Todo lo que una persona puede imaginar,
otro puede hacerlo realidad"*

Julio Verne

7. En la almazara

Arroniz. Miércoles 5, Agosto 2015

Después de hacer cola en la puerta de ambos obradores, salió con varias cajas de pastas, bizcochos, tortas de txantxigorri y otros dulces en los que estaban especializados aquellos establecimientos. Se dirigió al aparcamiento, donde pagó el importe de su estancia y se dispuso a abandonar Pamplona.

Una vez montado en su deportivo, enfilando la autovía en dirección Logroño, se dirigió a Arroniz. En unos treinta minutos circulando al límite de la velocidad permitida llegó a su destino, tomó un desvío de la carretera principal y después de recorrer unos doscientos metros de asfalto, se encontró con la puerta principal de la empresa.

En aquella zona, los campos que se veían, dejaban claro a qué se dedicaban mayoritariamente los agricultores de la zona. Eran olivares de la variedad autóctona de oliva Arróniz, adaptada a las características propias de frío y sequedad del clima de la Zona Media de Navarra.

En esta área se genera la mitad del aceite de Navarra, con aproximadamente un millón de olivos en casi tres mil hectáreas y una producción de unas dos mil toneladas de aceite al año.

La empresa ocupaba unos treinta mil metros cuadrados. Sergio se bajó del coche y se acercó a la parte de la finca donde se ubicaba un moderno edificio con varias alas y que se hallaba rodeado de una valla.

La puerta a la que se acercó, tenía unos ocho metros de longitud y debía estar la mayor parte del día abierta, dando acceso a los camiones y furgonetas que entraban y salían con diversas mercancías.

A aquellas horas de la tarde se encontraba cerrada, señal inequívoca de que la actividad había cesado. A través de la cancela de entrada, Sergio divisó a la derecha del recinto un aparcamiento, donde solo se veían en esos momentos un par de coches y una furgoneta.

En un lateral de la puerta había un portero automático dotado de cámara de vídeo para poder ver desde el interior de la empresa a la persona que llamaba. Pulsó el botón del dispositivo un par de veces y esperó a que le atendiesen. Al cabo de unos segundos, vio como la cámara se activaba y oyó la voz de su amigo diciéndole:

—¡Sergio! Ahora mismo te abro. Pasa dentro de la fábrica y deja el coche en el aparcamiento de la derecha. Ese es el que puedes ver una furgoneta verde oliva.

—Voy —le respondió Sergio.

La enorme cancela se puso en movimiento. Mientras, Sergio se dirigió hacia su coche, arrancó el motor y atravesando la valla, se desplazó al lugar que le habían indicado, aparcando el vehículo junto a la furgoneta. En esos momentos vio como Markel salía de una de las puertas del edificio principal y se acercaba a él. Apagó el motor del coche, salió del mismo y esperó a que su amigo llegase.

—¿Qué tal estás? —le preguntó dándole un abrazo de oso. Estaba claro que su amigo seguía haciendo ejercicio.

—Si sobrevivo a este abrazo, físicamente bien —le respondió Sergio riéndose.

—A éste puede, pero te esperan otros dos más en cuanto llegues a las oficinas en el interior del edificio. Mis hermanos están dentro y con muchas ganas de saludarte —repuso Markel guiñándole un ojo.

—Lo que hay que dejarse hacer por los amigos... —añadió Sergio con un fingido tono de resignación.

—¡Sígueme! —y se volvió, andando a paso vivo para recorrer el mismo camino que había seguido hasta el coche.

Al atravesar la puerta se encontraron en el vestíbulo. Allí estaba ubicada la recepción de la empresa, donde los clientes y proveedores aguardaban a que se les atendiese. Markel lo atravesó y cogiendo una de las puertas que salían de aquella zona, se internó por un ancho pasillo con varios cuartos a ambos lados.

El corredor tenía unos veinte metros de largo y al final del mismo, las tres últimas habitaciones debían ser los despachos de los tres hermanos. Cuando llegó a su altura, los diferentes carteles que había al lado de las puertas corroboraron lo que Sergio había supuesto.

Como él ya sabía, Markel ejercía el papel de Director General de la empresa. Su hermano Jon el mayor de los tres, era el Director Comercial y Lukas era el Director Técnico. Entre los tres formaban un gran equipo de trabajo. Se habían repartido los puestos en función de sus respectivas habilidades y querencias. No era un orden jerárquico, sino funcional y para Sergio la empresa no podía estar en mejores manos. Lukas era el más serio y se había quedado con la parte técnica. Jon era el más juerguista y le pegaba más la parte comercial.

Markel, se dirigió decidido hacia la puerta donde ponía Director Técnico. A través de la misma Sergio podía oír las voces de los otros dos hermanos. Nada más cruzar la puerta se abalanzaron sobre él.

—¡Sergio! ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Cómo estás? —le preguntó Lukas mientras le daba otro abrazo de oso.

Al cabo de unos segundos, se apartó para que Jon también le diese el abrazo que faltaba. Hacía tiempo que no se encontraba entre amigos que le demostrasen tan abiertamente su aprecio. Pensó que hacía demasiados meses que faltaba por allí. A todo el mundo le gusta sentirse querido y Sergio no era una excepción.

Los tres hermanos se parecían muchísimo. Eran altos, bien parecidos y de constitución fuerte, siendo Jon el más delgado de los tres. Les gustaba ir con su pelo, de color algo más rubio en el caso de Markel y castaño en los otros dos, corto y bien peinado. Aunque no iban vestidos a la última moda, su ropa estaba cuidada y se notaba que había sido elegida con cuidado. Una mezcla entre lo formal y lo cómodo.

—¿Qué es lo que te ha traído por aquí? —le preguntó con una sonrisa en la boca Jon.

—Bah, nada. Que hacía mucho, mucho tiempo, que nadie me rompía las costillas y el espinazo a base de abrazos y me he dicho a mí mismo ¡Vamos a ver a los hermanos Zariquiegui que ellos se encargarán sin problemas del tema! —repuso riéndose a mandíbula batiente.

—¡Buena idea! ¡Si tienes problemas en ese aspecto, puedes venir por aquí cuando desees! —exclamó Lukas volviéndole a dar otro aún más fuerte.

Al cabo de unos segundos de más muestras de afecto los cuatro amigos se separaron unos metros. Los hermanos miraron detenidamente a la cara a Sergio y éste a su vez a ellos, intentando averiguar cuál era la situación anímica real en que se encontraban. Si alguna vivencia reciente había dejado huella en su semblante o si se encontraban de veras tan bien como querían aparentar.

—¡Bueno! —dijo Markel —¡Vamos a sentarnos! ¿Quieres tomar algo?

—Sólo un poco de agua.

—¿Qué tal te trata la vida? —le preguntó Lukas

—Eso ¿Qué tal de chicas? —le preguntó a su vez Jon —Aunque no eres muy guapo y más bien torpe desenvolviéndote con las mujeres —añadió riéndose —con ese pedazo deportivo que te has echado, alguna se te acercará.

—No sé, no sé —apostilló Lukas acompañando en las carcajadas a su hermano —yo creo que ni aun así se come un rosco.

—¡A vosotros os va a contar sus últimas conquistas! —exclamó Markel. Y simulando adoptar una postura más seria dirigiéndose a Sergio continuó —Y a ti, ¡ni se te ocurra decirles nada! No quiero tenerlos los próximos días muertos de envidia. ¡Ellos sí que no se comen ni una rosca! —añadió acompañando con sus risas a sus hermanos.

Era increíble, lo poco que era necesario para sentirse a gusto, pensó Sergio en aquellos momentos. Simplemente, estar rodeado de sus amigos, de gente sana que disfrutaba con las cosas más sencillas de la vida.

—¿Qué? ¿Me dejarás dar una vuelta en tu deportivo? —le preguntó Lukas

—¡Pero si tú no sabes ni sacar ese cochazo del aparcamiento de ahí abajo! Será mejor que me lo deje a mí —repuso todo ufano Jon.

—Creo que lo mejor será que no os deje el coche a ninguno de los dos —dijo fingiendo una seriedad que no sentía Sergio —A ver si por una de esas extrañas casualidades de la vida, se os acerca una chica pidiendo que le llevéis a dar una vuelta y os lleváis tal sorpresa por la novedad de que una muchacha se dirija a vosotros y

os hable, que le dejáis las llaves y se lo lleva ella.

—¡Eh! ¡Tú! ¡Listillo! —le increpó Jon —¡Qué te piensas! ¿Que nosotros no sabemos ligar?

—¡Sí! ¡Eso! —añadió Lukas —¡Que más quisieras tú que salir con las chicas con las que nosotros hemos estado este año!

—¡Callad Romeos! —dijo sin poder aguantar la risa Markel, mientras se dirigía a todos.

Al oír estás palabras todos estallaron en carcajadas, mientras se daban de nuevo palmadas en los brazos y se guiñaban los ojos los unos a los otros. Cuando por fin se tranquilizaron y mientras tomaban asiento, Markel dirigiéndose a sus hermanos les preguntó en un tono más serio:

—¿Qué? ¿Se lo contamos?

—Por supuesto —respondió Lukas.

—Para eso le hemos pedido que viniese... —añadió Jon.

—¿Qué es lo que me tenéis que decir? —les preguntó a su vez Sergio.

—Nuestra última novedad empresarial —respondió Markel, que era el que solía llevar la voz cantante dentro del grupo.

Se hicieron unos segundos de silencio después de que soltara aquella frase. Sergio no tenía ni idea de a qué se referían y esperó a que Markel retomase la conversación y le contase qué tipo de descubrimiento habían realizado.

—Ya sabes que hace unos años adquirimos esta almazara o trujal como prefieras llamarlo, junto con varias hectáreas de olivares. Hemos dedicado desde entonces todos nuestros esfuerzos humanos y económicos a sacarla adelante. En intentar que sea rentable y de esa manera ganarnos la vida y pagar los créditos que solicitamos a los bancos en su día para realizar esta inversión.

—Ya os dije en aquel momento que no hacía falta que pidiérais dinero a las entidades crediticias, que os lo podía haber dejado yo. Si lo que necesitáis es algo más de dinero, tenéis el mío a vuestra entera disposición.

Cuando los hermanos se embarcaron en aquella aventura empresarial, Sergio les ofreció gustosamente su dinero. Ellos, un poco por orgullo y otro poco por no mezclar la amistad con el negocio, prefirieron acudir a los bancos aunque les resultase más caro.

Sergio lo entendió, aunque les dijo que si en algún otro momento estaban apurados y, o bien necesitaban más dinero o bien andaban justos para pagar a los bancos el que les habían prestado, siempre podían contar con él. Sin ningún tipo de preguntas adicionales.

El ofrecimiento que les estaba realizando de nuevo, lo hacía de corazón. Eran sus mejores amigos y para él significaban mucho más que el dinero. Cuando en su día les dijo que les dejaba capital, ya contaba con una cantidad importante. En la actualidad sus ingresos anuales eran cuantiosos, por lo que dejarles lo que necesitasen, en realidad no suponía para él ningún tipo de carga. Es más, conociéndoles, seguro que terminaba siendo una inversión rentable.

—Gracias Sergio. Pero no se trata de eso. Hace años nos dejaste muy claro que podíamos contar contigo al respecto —repuso Markel tranquilo —Afortunadamente y gracias a trabajar los tres todas las horas del día, el negocio está empezando a ir lo suficientemente bien para que en los últimos años nuestra cuenta de resultados empiece a ser positiva. Hemos reducido sensiblemente la deuda con los bancos y si todo sigue así en unos cuatro años la habremos cancelado.

—Me alegro mucho por vosotros. ¿De qué se trata entonces? —les preguntó con curiosidad Sergio.

—En los últimos meses conforme aprendíamos más del negocio en todos los aspectos, cada uno en su puesto de trabajo, desde los diferentes mercados a los que nos podíamos dirigir, hasta como mejorar el rendimiento de nuestros olivos, nos hemos dedicado a analizar en detalle los diferentes tipos de aceite de oliva que se producen, sus calidades y el tipo de clientes que los solicitan.

—Veo que os habéis tomado muy en serio vuestro negocio y vuestra posición dentro del sector.

—Eso hemos intentando. Yo me he volcado más en dirigir la empresa, a sus empleados y a nuestros proveedores, con el fin de que Jon y Lukas tuviesen algo más de tiempo libre para realizar los estudios que queríamos obtener —continuó Markel —En nuestro punto de mira estaba el intentar llegar a tener el alto nivel que Alfredo Barral ha conseguido con Hacienda Queiles.

—¿Quién es? —preguntó Sergio.

—Un empresario de Tudela, que ha obtenido en base a esfuerzo y tesón elaborar en su almazara, uno de los mejores aceites de oliva del mundo. Desde que empezamos ha sido nuestro referente.

—Pues bien, gracias al esfuerzo realizado por Markel, Lukas se encerró en el laboratorio con el fin de diseñar un procedimiento de fabricación que mejorase la calidad de nuestros aceites, y yo —añadió Jon —pude dedicarme a visitar ciertos países y sus mercados, analizando sus diferentes gustos y necesidades. El aceite de oliva de calidad ha comenzado a ser a nivel mundial un producto gourmet muy apreciado.

Sergio estaba disfrutando de lo que estaba escuchando, veía ilusión, profesionalidad y una enorme dedicación con respecto a lo que sus amigos le estaban contando. Debido a su trabajo, constantemente estaba en contacto con auténticos profesionales de todo tipo de empresas y sectores.

De lo poco que había oído hasta el momento, no creía equivocarse al deducir que los tres hermanos a pesar de no encontrarse en una de las grandes corporaciones de su segmento, no por ello se encontraban en un nivel de profesionalidad inferior.

Incluso echando un simple vistazo a aquel despacho, había pequeños detalles que lo demostraban. Era un lugar diseñado para trabajar. El moderno ordenador y el monitor de encima de la mesa de su amigo, así lo atestiguaban. La mesa de reuniones en la que ellos estaban sentados. La pizarra de la pared donde se podía apreciar esquemas y diagramas con diferentes opiniones. Todo indicaba que allí se respiraba una atmósfera de auténtica dedicación al trabajo. Todo era de buena calidad, robusto y funcional.

—Igual que en el resto de sectores, en el nuestro hay productos de diferentes calidades. Si tomamos por ejemplo el sector del vino, puedes encontrar vinos navarros a un euro la botella y puedes encontrar algunos vinos a más de cien euros la botella —comentó Jon retomando la conversación —Mientras yo me dedicaba a localizar qué mercados eran los que estaban dispuestos a pagar el aceite de oliva de mejor calidad y por lo tanto más caro, Lukas pasaba horas y horas encerrado en nuestra almazara y su laboratorio intentando conseguir mejorar la calidad de nuestro aceite.

—¿Y qué habéis descubierto? —les preguntó Sergio retomando de nuevo la frase con que ellos habían comenzado aquella conversación.

—Hasta hace poco tiempo, nada sustancial, salvo invertir mucho dinero. Hemos buscado a nivel mundial aquella tecnología y métodos que buscasen la excelencia en el producto. Nos ha servido de mucho los consejos que Alfredo Barral nos ha dado y lo que hemos podido ver en su almazara —añadió Markel —También la utilización de sistemas impensables hace unos años, como el implantar sensores de humedad y temperatura en los olivares con el fin de conocer e intentar controlar estos valores. Así mismo, el disponer de drones con los que sobrevolar los olivares y mediante sus cámaras de video conocer en detalle el estado de las aceitunas, independientemente de que altura y en qué rama se encuentren.

—¡Vaya! —exclamó sinceramente sorprendido Sergio —¡Ni idea de que se aplicasen esas tecnologías en los olivares!

—¡Pues sí! —continuó animado Jon viendo como su amigo se iba contagiando de su entusiasmo por su trabajo —Su aplicación nos ha permitido el conocer ciertas cosas, como cuando debemos regar más o cuál es el momento óptimo para recolectar las aceitunas.

—¿Y? —preguntó Sergio.

—Hasta hace poco los análisis del aceite que producíamos, principalmente servían para desojarme mirando una y otra vez las pantallas de los analizadores y microscopios que existen en nuestro laboratorio, intentando analizar la estructura química y los valores de acidez para intentar conseguir ese valor diferencial que diese a nuestro aceite un toque superior de calidad —comentó Lukas —Hace exactamente un par de meses y como suele suceder en la mayoría de estos casos, por pura casualidad...

—Ya, como decía no sé qué sabio del siglo pasado: “La suerte nos encontrará trabajando” —dijo Sergio cortándole la frase antes de que pudiese terminarla.

—Algo de razón tenía ese sabio. No sé el número de ensayos diferentes, pruebas y análisis que habré realizado con nuestro aceite en los últimos meses. Bueno, pues como te iba comentando, al modificar uno de los procesos mecánicos que solemos hacer con las aceitunas para conseguir mejor pureza, me equivoqué y realicé otro. Los resultados fueron instantáneos e increíbles. La calidad del aceite conseguido era similar a la de los mejores producidos en España.

—¡Tanto trabajo ha tenido su recompensa! ¿Has sido capaz posteriormente de reproducir el hallazgo? —le preguntó Sergio con marcado interés.

—Sí. Afortunadamente me di cuenta de cuál había sido el error que había cometido sin querer y sin perder ni un instante documenté con minuciosidad todo el proceso

que había llevado a cabo. Desde entonces lo he reproducido con los mismos satisfactorios resultados unas cuarenta veces. En la actualidad estoy probando con diferentes aceitunas de peor calidad que las nuestras y en todos los casos he conseguido elevar sustancialmente la calidad del aceite. De esta manera podemos obtener un espectro de diferentes productos, todos ellos de excelente calidad, y orientarlos a diversos mercados. Por supuesto todos los procesos son mecánicos, y de ligeras variaciones de temperaturas, no hay nada de refinado, ni añadidos químicos.

—Si no es confidencial ¿Cuáles son los pasos que estáis pensando dar a continuación? —les preguntó Sergio vivamente interesado, pasando su mirada de uno a otro hermano.

—No lo tenemos muy claro y por eso queremos que tú, como mejor conocedor de este tipo de actividades, nos indiques qué es lo que debemos hacer —expuso Lukas —¿Debiéramos patentar el proceso cuanto antes? ¿Es mejor esperar un tiempo y seguir haciendo ensayos antes de que lo registremos?

—Nos han dicho que meterse en el mundo de las patentes es complicado —añadió Jon tomando el relevo, en el momento en que su hermano hizo una pausa.

—¡Y muy caro! —exclamó Markel.

—En definitiva, ¿no sabemos qué hacer ni por qué camino es mejor avanzar! —repuso Lukas —incluso estamos pensando si es mejor no hacer nada en el aspecto de patentes. ¡Sólo comenzar a producir y ya está!

—Sergio, necesitamos tu opinión ¿Qué nos aconsejas? —le preguntó Jon, mirándole a los ojos y con un atisbo de ansiedad en su tono.

—Lo primero, tranquilidad —repuso el interpelado intentando sosegar a los hermanos —Vamos a intentar analizar entre los cuatro la dimensión de lo que habéis descubierto. Como casi todo en esta vida las cosas no son solo blancas o negras. Hay toda una gama de grises en medio. A pesar de mi experiencia en patentes y propiedad industrial, como no soy un experto en el sector del aceite de oliva, os voy a hacer algunas preguntas y después os diré lo que pienso que haría en vuestro caso. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo! —exclamaron casi a la vez los tres hermanos con una sonrisa en sus rostros.

—Pues lo primero, sentémonos de nuevo tranquilamente a la mesa —les dijo Sergio —¿Me dais un poco más de agua?

Con la excitación que les había producido el expresar sus sentimientos con respecto al descubrimiento, todos habían acabado de pie y elevando algo la voz. Para oír lo que Sergio les iba a comentar volvieron a sentarse en la mesa, intentando adoptar una postura más relajada, más acorde con lo que se esperaba de los directivos de una empresa.

El entusiasmo que mostraban fruto de su cariño, el esfuerzo que habían realizado y las ganas de que su negocio floreciera, eran transparentes en sus rostros a los ojos de Sergio.

—Bien, lo primero —dijo en un tono similar al que emplea un consultor cuando realiza su trabajo de análisis en una empresa —el mercado y los competidores. ¿Cuáles son los aceites más caros del mundo?

—Los primeros puestos varían ligeramente de año en año. Y últimamente para elevar más el precio y diferenciarse, algunas botellas puestas a la venta están combinando un recipiente de un diseñador famoso con un buen aceite para dar productos selectos. Evidentemente el envase no hace que el aceite sea mejor, pero sí que el producto final sea más caro. Hay varios excelentes, pero yo elegiría como indiscutible número una a “Venta de Oliva” y como novedad de muestra de recipiente de diseño y excelente aceite, “Espiritu Santo” —repuso sin asomo de duda Jon como responsable de los análisis del mercado y de sus potenciales clientes. —Ambos de procedencia andaluza.

—¿Cuáles son las características que hacen de esos dos aceites los mejores del mundo?

—Como siempre el que hayan logrado posicionarse de esa privilegiada manera, es una mezcla de varias cosas —continuó respondiendo Jon —Los aceites son de una calidad indiscutible, pero en el mercado se pueden encontrar otros cercanos en calidad. El marketing que hay detrás y una fuerte promoción es lo que ha hecho que sobresalgan por encima del resto. Casi una vez al mes aparece un artículo de un chef o crítico famoso alabando sus cualidades en una prestigiosa revista de gastronomía. Una parte importante de los ingresos que generan se reinvierte en la publicidad que se encarga de mantener a este tipo de empresas en candelero.

—Lógico —asintió Sergio —para seguir en la cumbre del mercado tienes que continuar estando presente, haciendo publicidad sobre lo bueno y maravilloso que es tu producto. Como habéis comentado, me imagino que tendrán una buena lista de gourmets de primera categoría, alabando permanentemente las bondades de sus aceites. También acudirán a las más prestigiosas ferias, para que se les vea siempre en primera plana.

—Así es.

—Bueno, la parte de la publicidad y el marketing me ha quedado bastante clara —afirmó Sergio —pero evidentemente la calidad del producto debe ser incuestionable. Al ser los números uno, en cada nueva cosecha tendrán esperando a un conjunto importante de especialistas con ganas de valorar la calidad del nuevo producto que van a sacar al mercado. Y supongo que como en la mayoría de los sectores, habrá fieles seguidores y crueles detractores, por lo que indefectiblemente tendrán que contentar a unos y a otros. Cualquier bajada de la calidad del aceite se expandiría en el mercado a una velocidad instantánea, haciéndoles perder las posiciones que tanto les ha costado alcanzar y mantener.

—Así es —volvió a repetir Jon —La calidad de esos productos es innegable. Una parte importante de sus ingresos los dedican a cuidar sus olivares y a poner el máximo de cariño y atención a su proceso productivo.

—Está claro que intentáis estar al corriente de lo que hacen los mejores para intentar aprender de ellos.

—Sí. En una zona especialmente acondicionada de nuestro almacén tenemos botellas de las dos últimas cosechas. Las abrimos y las estudiamos concienzudamente en nuestro laboratorio sometiéndolas a todo tipo de análisis y pruebas para ver cómo evolucionan con el paso del tiempo.

—Entonces —dijo dirigiéndose esta vez a Lukas —crees que has conseguido a través de una mejora del proceso productivo el conseguir transformar aceite bueno en otro aceite superior de calidad similar a los número uno del mercado.

—Así es —respondió entusiasmado Lukas —Como te hemos comentado, de vuestro descubrimiento hace poco tiempo, por lo que sólo disponemos de nuestro conocimiento y experiencia para poder confirmarlo. No nos hemos atrevido a acudir todavía a gourmets especialistas para que nos lo avalen. Una vez decidido qué vamos a hacer a nivel de patente, sería el siguiente paso a dar.

—Una cosa —añadió Jon tímidamente, como si lo que fuese a decir le costase.

—¿Sí? —le animó Sergio —¡Dime!

—Aunque te parezca quizás un poco presuntuoso por nuestra parte —continuó exponiendo Jon —creemos firmemente que el aceite que podemos crear es de la misma calidad de los que te hemos comentado, pero su sabor no es igual, tiene un sabor un pelín diferente. No tenemos claro si es nuestro entusiasmo, pero pensamos que ese ligero toque de paladar, nos beneficiará ya que creemos que al mismo nivel de calidad, los especialistas se animarán a probar un producto novedoso.

—Puede ser. La novedad siempre hace que la gente se vuelva un poco curiosa. Teniendo el producto adecuado y dinero para realizar una buena campaña de marketing, creo firmemente que vuestros productos se pueden posicionar en el mercado en un buen lugar —aseveró Sergio mostrando su apoyo.

—Eso pensamos nosotros. A priori, este tipo de mercado se puede segmentar en tres grandes bloques. El primer grupo y más jugoso en cuanto a ingresos es el de conseguir que te acepten y te promocionen algunos de los mejores restaurantes del mundo, usándolo a diario en sus establecimientos. El segundo grupo estaría formado por aquellas selectas tiendas gourmet que les gusta tener este tipo de aceites entre sus productos selectos para diferenciarse de su competencia. En el tercer y último grupo están aquellos grandes almacenes de alto nivel como puede ser Harrods en el Reino Unido, Lafayette en París o el Corte Inglés en España.

—Veo que lo tenéis muy, muy bien estudiado —les comentó Sergio, sintiéndose orgulloso de sus amigos.

—Sí, pero la teoría siempre es más fácil que la práctica. Hasta que consigamos vender nuestros productos en la exquisita zona de delicatessen de los almacenes Lafayette, me parece que va a pasar mucho, mucho tiempo.

No podía revelar a sus amigos sus secretos, pero sus trabajos para grandes empresas, le habían demostrado la certidumbre de lo que estaba afirmando. Con un mal producto y una buena campaña de marketing podías conseguir vender durante una temporada, pero con un buen producto y unas buenas campañas de marketing podías ir posicionándote mejor, alcanzando más y más mercado.

—¿Qué tal andáis de dinero para realizar un agresivo lanzamiento del nuevo producto al mercado?

Sergio pudo contemplar en los rostros de sus amigos, cierta pena y resignación, por lo visto había tocado un tema delicado. El entusiasmo existente en la sala, bajó

considerablemente de nivel.

—Bueno —le respondió Markel —Esa va a ser la parte más complicada de las diferentes fases que tenemos que acometer. El sacar la empresa hacia adelante, el pagar los viajes y las asistencias a ferias que Jon ha tenido que hacer para adquirir información, más el dotar a la empresa de un laboratorio moderno donde Lukas pudiese hacer sus análisis y experimentos, nos ha dejado bastante exprimidos.

—Bueno,... Si queréis... —empezó a decir Sergio.

—El resto del dinero —le interrumpió Markel continuando con sus explicaciones —que vamos ganando se lo van quedando los bancos a raíz de los préstamos que nos dieron para montar la empresa. La verdad es que estamos algo justos de dinero para lanzarnos a realizar esas inversiones en la actualidad. Afortunadamente, no tenemos excesivos problemas financieros y nos llega para tener nosotros y nuestros empleados unos sueldos dignos a final de mes, pero nos falta la cantidad suficiente para lanzar una campaña de marketing del nivel adecuado. O bien esperamos a deber menos a los bancos para realizar la promoción, o bien nos endeudamos más.

—Entonces ¿cuáles van a ser vuestros próximos pasos en este terreno? —les preguntó Sergio con voz tranquila, sin querer presionarles.

—Como lo hemos hecho desde que montamos la empresa. Con todo tipo de privaciones por nuestra parte conseguiremos ahorrar algún dinero para ir exponiendo en ferias y pagar algún artículo sencillo en alguna revista gastronómica.

—¿Y por qué no admitís nuevos socios? —les preguntó Sergio con voz sosegada y tranquila.

—¡Estás de coña! —exclamo Lukas.

—¡Nos estás tomando el pelo! —expuso Jon.

—¿Lo dices en serio? —le preguntó Markel observando su rostro relajado en el que no había ni la más mínima señal de que lo que les estaba preguntando en ese momento fuese objeto de una broma.

—Totalmente en serio —respondió Sergio —Admitidme como socio. Fijad el número de acciones que me queréis vender, fijad un precio justo y yo pagaré sin rechistar.

Durante unos segundos, pudo contemplar en los diferentes rostros de aquellos hermanos diversas expresiones: asombro, incredulidad, alegría, ilusión, incluso extrañeza. Diferentes sensaciones por la sorpresa que les había dado.

—Evidentemente —les dijo, viendo todas aquellas emociones en las caras de sus amigos —tomaos el tiempo que consideréis oportuno para pensároslo. Ninguna decisión que toméis va a afectar a nuestra amistad. Si queréis seguir siendo una empresa familiar, lo entenderé perfectamente.

—Con tu oferta nos has pillado, como se dice en fútbol, totalmente fuera de juego —dijo resoplando Markel —Por supuesto, darte las gracias de todo corazón por tu ofrecimiento, pero necesitamos unos días para asimilarlo y darte una respuesta.

—Sin ningún problema. Como siempre con total confianza y sin ningún tipo de prisa.

—Desde luego —añadió Jon —antes que acudir de nuevo a cualquier banco a incrementar nuestras deudas, te preferimos mil veces a ti.

—Gracias por la confianza —repuso con sinceridad en su tono de voz Sergio —También puede haber otra posibilidad. Os dejo el dinero que necesitáis para hacer el lanzamiento, y con los beneficios que os vaya reportando el nuevo producto, me lo vais devolviendo al ritmo que consideréis conveniente.

—¡Tú sí que eres un buen amigo! ¡Gracias de nuevo! —repuso Lukas —Déjanos que hagamos números, hagamos una estimación de nuestras necesidades y veamos de verdad en qué posición nos encontramos.

—Me parece perfecto ¡Vosotros mandáis!

—Por cierto —repuso Markel que era el más tranquilo de los tres hermanos —Nos habíamos reunido aquí para que nos aconsejases sobre Propiedad Intelectual y patentes y no hemos tocado el tema al emocionarnos con los enormes beneficios que nos van a reportar nuestros nuevos productos.

—Cierto —repuso Sergio —Y es todo culpa mía que he conducido la conversación hasta estos derroteros.

—Bueno. La emoción nos ha podido a todos... —afirmó Jon.

—Ok. Retomando de nuevo el tema —continuó Sergio —Mi recomendación es que hagamos lo siguiente. Realizaremos una patente donde contaremos casi todo el proceso que has descubierto.

—¿Casi todo? —exclamó expresando en su cara una gran sorpresa Jon —¿Por qué no todo?

—Porque en este mundo tan competitivo, lo que el mundo de los negocios me ha enseñado es que os debéis guardar por si acaso uno dos ases en la manga —respondió Sergio tranquilo —¿Queréis que algún competidor sea capaz de copiar vuestros nuevos aceites? o ¿es mejor que no?

—Hombre, dicho así, es mejor que no. Pero entonces ¿cómo realizamos la patente?

—Mañana nos sentamos y con más detalles técnicos y más descansados, llevamos a cabo una reunión donde redactaremos el primer borrador del documento. De todas formas os puedo adelantar una idea general a partir de lo que me habéis contado. Haremos una patente donde se contemple casi todo el proceso productivo que me habéis contado, pero en el que no pondremos los detalles principales del método. Pondremos otros, de tal forma que cualquiera que quiera seguir al pie de la letra lo escrito en la patente, no consiga un aceite de vuestra calidad.

—¡Pero nos podrán acusar de mentirosos! —preguntó alarmado Jon con un rictus que expresaba disgusto.

—No te preocupes por ese tema. Nadie, salvo vuestros futuros competidores va a intentar reproducir vuestro proceso, y ninguno de ellos querrá exhibir en público que os ha intentado copiar. Y como casi siempre en esta vida: “el que se adelanta canta”. Para cuando la patente se haga pública y posteriormente cuando vuestros competidores hayan realizado una y mil pruebas tratando de copiar vuestro sistema, espero que ya os hayáis llevado una buena parte del mercado. Bueno, espero que en unos días me admitáis en vuestra empresa y pueda decir “nos hayamos llevado” —les dijo con una amplia sonrisa en su boca, mientras les hacía un guiño con el ojo derecho.

—Disculpa Sergio. Perdóname que haya dudado —dijo con un tono compungido Jon —Eres nuestro mejor amigo, te hemos pedido consejo y tú nos lo has dado. Este tema de propiedad intelectual me pone un poco nervioso. Seguro que tú tienes razón. Eres el experto.

—Para que tu conciencia se quede más tranquila, siempre podemos hacer al cabo de un tiempo, ampliaciones de la patente, incluyendo algún proceso adicional correcto. Si combinamos verdades y mentiras, vuestros competidores, mezclarán ambas y abandonarán el seguir lo explicado en la patente.

—A mí, a priori, me parece correcta tu propuesta —dijo Lukas moviendo la cabeza en sentido afirmativo.

—A mí también —apostilló Markel haciendo un gesto de cabeza similar —Todavía no conocemos la reacción de nuestros futuros competidores. A día de hoy no operamos en esos segmentos del mercado, pero somos una empresa pequeña y no creo que sea buena idea poner nuestro descubrimiento al descubierto en sus manos.

—Conforme le voy dando más y más vueltas a la cabeza a lo que habéis mencionado —repuso Jon —me parece que vosotros sois los que tenéis razón.

—No pasa nada —añadió Sergio —Es tarde y se os nota algo cansados después de un duro día de jornada laboral. Cualquier decisión que vayáis a tomar, no es la mejor hora para hacerla. Mañana seguimos trabajando y en un par de días, cuando lo tengáis más claro, tomáis la decisión que consideréis más oportuna.

—Me parece una buena sugerencia —afirmó Markel —Por cierto, como curiosidad ¿con qué agencia de patentes nos aconsejas que debiéramos trabajar? ¿Conoces alguna de confianza que nos puedas mencionar?

—¡Por supuesto! ¡Sin lugar a dudas! Yo os recomendaría solicitar la patente a través de AB Asesores. Conozco dentro de la empresa a Miguel Veiga, un hombre con una enorme experiencia y con un fabuloso equipo humano trabajando con él. Yo os pondré en contacto a través de mi tío José Luis, que si no me equivoco suele trabajar frecuentemente con ellos.

—¡Perfecto! —exclamó Lukas —Y ¡ya nos vale de pensar tanto a todos por hoy! ¡Menudos amigos somos! Después de tantos meses sin vernos, vienes por aquí y lo único que se nos ocurre es explotarte aprovechándonos de tus conocimientos técnicos.

—Bueno —dijo Sergio con una sonrisa irónica en su boca—No os penséis que os va a salir del todo gratis. Al menos tendréis que esforzaros en llevarme a cenar a un sitio que merezca la pena.

—¡Eso está hecho! —dijo alegre Jon —Todavía no estamos tan pobres como para que no te podamos pagar una suculenta cena.

—¡No! —negó Sergio, cambiando por unos segundos su tono de voz a uno más serio —Hay una condición para la comida. Paga la pareja que pierda al Mus —les dijo con aire de complicidad mientras les guiñaba un ojo.

—Me temo que el que juegue contigo lo lleva claro. Tu manera de jugar ya era lo bastante mala antes de que te fueses y no creo que haya mejorado andando por esos mundos de Dios. No te imagino en Alemania jugando una partida con oriundos de aquella zona —le contestó Markel dándole una afectuosa palmada en el hombro.

—Ya veremos..., ya veremos... —replicó Sergio riéndose.

8. Cena complicada.

Cerca de Arroniz, Miércoles 5, Agosto 2015

Los hermanos Zariquiegui habían elegido para cenar una borda situada a unos veinte kilómetros de Pamplona en dirección Francia. Le habían comentado a Sergio que era un descubrimiento del último año al que solían acudir de vez en cuando, cuando deseaban pasar un rato agradable y tranquilo.

Le dijeron que era una de esas joyas escondidas de la gastronomía tradicional, de esas que de vez en cuando se encuentran en determinados lugares dentro de la geografía Navarra. Son como esos sitios especiales donde crecen las más apreciadas setas. Parajes conocidos solamente por los lugareños de la zona, reacios a compartirlos con terceros. Los propios dueños del local no desean hacerse excesivamente conocidos, ya que les vale para vivir dignamente con la clientela fiel de toda la vida. Restaurantes donde cada plato es un auténtico manjar y donde no se escatima la cantidad de ración a servir.

Conforme los hermanos iban enumerando los alimentos habituales que aquel local solía contar en su menú, a Sergio se le iba haciendo la boca agua. Alubias rojas con todos los sacramentos, cardo, cordero, menestra, chuletón, besugo y otros similares eran los que los hermanos le iban recomendando.

Por su trabajo, Sergio tenía que viajar frecuentemente por todo el mundo y en las diferentes reuniones que por motivos de negocio solía mantener con sus clientes, estaba acostumbrado a celebrar comidas y cenas con ellos en los mejores restaurantes de la ciudad donde se hallaban.

Pero una cosa era la cocina moderna que se había puesto de moda y otra muy diferente los platos tradicionales compuestos de productos frescos de primerísima calidad. Recetas que habían pasado de madres a hijas desde generaciones, cariño infinito en su preparación y raciones abundantes, con las que siempre quedabas plenamente satisfecho.

Sergio había sido educado por parte de su madre en platos suculentos y rebosantes de comida. Por ello, a pesar de las exquisiteces de los caros restaurantes a los que solía acudir por razones de trabajo, para variar, con sus amigos solía comentar que prefería un plato abundante tradicional que los platos “pintados” de la cocina moderna, donde lo que te servían apenas ocupaba una quinta parte del plato donde te lo traían.

Habían utilizado el coche de Markel para desplazarse hasta allí. Era una borda solitaria a la que se accedía después de recorrer unos seiscientos metros por un camino secundario que partía de la carretera general. Llegaron a una pequeña explanada donde había aparcados varios coches y un par de furgonetas. La casa era una edificación de piedra de dos plantas de altura, que probablemente había alojado a los antepasados de los propietarios actuales desde hacía más de dos siglos.

Construida con piedras, al estilo tradicional que preponderaba en aquella zona, sus muros eran de un espesor considerable. Sin lugar a dudas, superior a los cincuenta centímetros. Varias ventanas cuadradas de madera de roble, de aproximadamente un metro de altura por otro de anchura, adornaban las paredes de la casa por todo su perímetro.

El acceso al local se realizaba mediante una gran puerta de madera de dos hojas, una de las cuales estaba entornada para que la clientela supiera que el local se encontraba abierto al público. Un pequeño farol en la parte superior de la puerta iluminaba el camino desde el lugar donde se aparcaban los coches.

Bajo aquella luz, se encaminaron los cuatro amigos hacia la entrada, mientras seguían hablando de antiguas correrías igual que lo habían hecho durante el resto del camino. De común acuerdo habían decidido abandonar los temas de trabajo hasta el día siguiente.

Atravesaron la puerta y un pequeño recibidor les condujo hasta el comedor principal. A la derecha del mismo se podía ver una barra de unos cinco metros de largo, similar a la de cualquier bar, salvo que estaba hecha también de piedra. En su parte superior había un grueso tablero de roble sobre el que se servían las bebidas del local.

Eran las nueve de la noche, hora típica de cenar en Navarra y varias de las mesas se encontraban ocupadas. Por las ropas y el modo de hablar, Sergio dedujo que eran parroquianos habituales. Sólo en una mesa vio un par de parejas que no casaban en aquel sitio. Tenían pinta de turistas que estuviesen recorriendo la zona. A aquella hora llevaban puesta ropa cómoda de estilo deportivo, pero perfectamente podían ser una cuadrilla de amigos recorriendo el Camino de Santiago.

Markel se acercó con paso decidido hacia la barra, donde se encontraba un hombre de edad madura, alto y fornido. Aunque estaba algo entrado en carnes, parecía perfectamente capaz de levantar uno de los enormes toneles de sidra que se encontraban colocados a su espalda.

—¿Qué tal Patxi? ¿Cómo te va el negocio? —le preguntó alegremente Markel.

—Como siempre... —respondió el dueño del local con voz monótona y exenta de cualquier tipo de expresión.

Era un placer estar en su tierra y contemplar los diferentes perfiles de sus habitantes. Sergio sonrió mentalmente para sí mismo. La gente de aquella zona era tremendamente reservada, poco dada a expresar sus emociones delante de extraños y mucho menos a hablar sobre su situación económica. Estaba seguro que aquel hombre no daría saltos de contento ni aunque le tocase el premio gordo de la lotería.

—Desde luego, ¡eres la alegría de la huerta Patxi! —dijo Markel mientras le daba una palmada en el brazo —seguramente eres el único dueño de un restaurante en diez kilómetros a la redonda que tiene prácticamente lleno el local en un día de labor y aun así no estás contento.

Sergio pudo ver como el propietario de la borda casi esbozó un amago de sonrisa después del halago que le había dedicado Markel, pero al final se quedó en eso, en un simple conato.

—¿Vais a cenar alguna cosa? —les preguntó —o ¿preferís beber algo?

—Hemos venido a cenar. No veas lo que nos ha costado convencer a nuestro amigo de ciudad —dijo sonriendo mientras señalaba con la mano a Sergio —de que en este rincón alejado de la mano de Dios se puede comer cosas decentes que no habrá tenido ocasión de probar anteriormente. —y añadió simulando un tono serio en su voz —Espero que no nos dejes en mal lugar.

—Haremos lo que se pueda... —dijo el posadero sin inmutarse lo más mínimo. Estaba claro que el atender a aquel cliente y la opinión que después tuviese con respecto a su comida no le iba a quitar el sueño.

—Bueno, ¿qué nos puedes servir para cenar? —le preguntó Markel intentando sacarle una sonrisa —a poder ser algo que le deje un buen recuerdo de este local a nuestro amigo.

—Tenéis verdura de temporada recién cogida de mi huerta esta mañana con la cual os puedo preparar una menestra. La podemos acompañar de unos pimientos sados del Piquillo. A vuestro amigo, ¿le gusta más la carne o el pescado?

—¿Qué prefieres? —le preguntó Markel a Sergio.

—Salvo que usted me recomiende otra cosa —respondió amablemente Sergio mirando directamente al posadero —Me tomaría a gusto un buen chuletón como los que estoy viendo en esas mesas.

—Si no tiene problemas con comer mucho a la hora de la cena, unos entrantes a repartir y un par de chuletones troceados de kilo para los cuatro es una buena idea —arguyó él.

—Señor posadero, a fecha de hoy una de mis virtudes es que puedo comer y dormir a cualquier hora y en cualquier lugar.

—Pues no se hable más Patxi. Nos pones una menestra, unos pimientos y un par de buenos chuletones.

—¿La carne puede estar acompañada de patatas fritas? —le preguntó Sergio al posadero.

—Por supuesto —respondió éste.

—¡Tú y tus patatas fritas! —exclamo Lukas. —Ya se me había olvidado esa costumbre tuya.

—Y de postres caseros, ¿qué tienes Patxi? —preguntó expectante Jon.

A Sergio le hizo gracia aquella expresión que hacía tanto tiempo que no escuchaba: postres caseros. En Navarra aquellas palabras tenían un significado especial. Si bien el sabor de los primeros platos, como la verdura, las alubias, los pimientos, los chuletones, la merluza u otros, tenía mucho que ver con sus lugares de origen y sus proveedores, el postre casero estaba hecho con materias primas sencillas y de fácil adquisición, como la leche, el pan, el cuajo o los huevos en función de que se

preparase torrijas, cuajada, goshua, pantxineta u otras especialidades de la zona. El que el sabor final fuese exquisito, normal o mediocre dependía en su totalidad de la receta y de las buenas manos y el cariño que le pusiera el cocinero o cocinera.

Jon siempre había sido, como se decía por aquella zona, de paladar laminero. Es decir, un adicto a los postres. A Sergio le gustaban, y de normal no llegaba al nivel de necesidad de Jon, pero teniendo en cuenta el tiempo que había pasado desde la última vez que había degustado alguna de aquellas exquisiteces, se mantuvo también expectante a la espera de lo que el posadero iba a mencionar.

—Pues hoy estás de suerte Jon —le respondió con un leve esbozo de sonrisa en su rostro el dueño del local —Tenemos recién hechas cuajada, goshua y pantxineta.

—No me hagas esto Patxi. A este paso, no voy a tomar ni primer plato, ni segundo y me voy a pedir doble ración de cada uno de los postres que acabas de mencionarnos —repuso Jon haciéndose el sufrido.

—Y para beber ¿qué es lo que os apetece? —les preguntó el dueño del local

—¿Sergio? Tú eres el invitado y a ti te toca elegir la bebida —le preguntó a su vez Markel.

—Si puede ser, me encantaría tomar sidra. Hace tiempo que no la pruebo. No suele ser una bebida habitual por los lugares por los que me suelo mover.

—¡Faltaría más! ¡Patxi! ¡Que no falte en ningún momento una botella de sidra en nuestra mesa! —exclamó Jon riendo.



Estaban los cuatro amigos disfrutando en esos momentos de la conversación y de unos sabrosos chuletones, cuando se abrió la puerta del comedor y seis hombres con malas pintas se introdujeron en el local. Todos ellos daban muestras de haber bebido más de la cuenta y quizás de haberse metido en el cuerpo algo más que alcohol.

A la cabeza de ellos iba el que parecía llevar la voz cantante, un hombre alto, musculoso y desgarrado que destacaba por su complexión sobre los demás. El resto de los componentes de grupo era bastante heterogéneo. Había otro casi tan alto como él, pero bastante menos musculoso. Uno bajito con cara de malas pulgas y el resto, los otros tres, eran de complexión más o menos normal.

Todos los componentes de grupo miraban a los comensales del restaurante con aire desafiante y caras llenas de desprecio. En principio el que parecía el cabecilla hizo ademán de dirigirse hacia la barra, pero cuando vio la mesa de los cuatro amigos, un gesto de reconocimiento afloró a su rostro y cambiando el rumbo se dirigió con paso lento hacia ellos.

—¡Oh no! —exclamó Jon con tono lastimoso —Ya nos van a fastidiar esta maravillosa cena.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Sergio —¿Quiénes son?

—Son Daniel y su cuadrilla —respondió Jon —Un matón del tres al cuarto que hace un tiempo trabajó para nosotros en la empresa. Era un vago y siempre andaba generando problemas con el resto de sus compañeros. Después de dos semanas de líos y problemas continuos, lo tuvimos que echar a la calle. Desde entonces siempre anda buscando gresca con nosotros cada vez que nos encontramos. No esperaba que esta noche nos lo fuésemos a encontrar aquí. Es probable que nos monte algún tipo de numerito. El resto de tipos que le acompañan son del mismo pelaje que él, vagos y sinvergüenzas de baja ralea que siempre andan buscando la oportunidad de aprovecharse del resto de la gente.

El líder de la banda se paró a unos metros de su mesa y haciendo como si no los hubiese reconocido, exclamó dirigiéndose al posadero con la voz pastosa de persona que ha bebido más de la cuenta.

—Patxi, tenemos hambre y queremos cenar. Echa a esta gente que está ocupando nuestra mesa —mencionó señalando con la mano el lugar que ocupaban los cuatro amigos.

—Tengamos la fiesta en paz, Daniel. Tenéis varias buenas mesas libres. Ocupad la que queráis —repuso con voz resignada el dueño del lugar, mientras movía la cabeza en sentido horizontal, previendo el comienzo de una mala noche —dejadles a esa gente que termine de cenar en paz.

—¡Estúpido! ¿No me has oído? —exclamó chillando aquel energúmeno —¡Te he dicho que los echas de nuestra mesa!

El posadero miró hacia los cuatro amigos, como pidiéndoles a la vez disculpas y ayuda. A pesar de su corpulencia, no quería problemas con aquella cuadrilla. Viendo el cariz que tomaban las cosas, los tres hermanos empezaron lentamente a levantarse.

—Sergio, vamos a cambiarnos de mesa, No le demos pie a esa gentuza a que le cree problemas al bueno de Patxi.

Pero Sergio no se movió ni un ápice. Sólo cambió en él la expresión de su rostro. Si hacía unos minutos lucía una espléndida sonrisa, en segundos se había convertido en una cara pétrea y la expresión de sus ojos se había vuelto fría y acerada. El mayor de los hermanos conocía perfectamente aquella mirada. Era la que ponía su amigo cuando había tomado una decisión inamovible. Intentando evitar el confrontamiento que veía en su amigo, se dirigió a él con voz suave y baja, intentando que el matón no le oyese.

—Sergio por favor, no merece la pena. Déjalo estar —le pidió mientras hacía ademán de tirar despacio de su brazo, para que se pusiera de pie y les acompañase a otra mesa. Sergio no se movió.

—¡Tú! ¡Guaperas! —le espetó el líder del grupo dando otro paso en su dirección.

Su voz se alzaba tonante en medio del sepulcral silencio que se había hecho en el salón. Todos los comensales habían dejado de hablar, apenas se movían y contemplaban la escena que se desarrollaba ante sus ojos, con cierto temor.

—¿Eres tonto o sordo? O te levantas inmediatamente o te partimos todos los dientes. —dijo exhibiendo una sádica sonrisa de oreja a oreja, disfrutando del miedo que veía en las caras de las mesas del fondo del salón.

—Yo Daniel, creo que es tonto de remate —dijo apoyándole uno de los que le acompañaban —A este guaperas de ciudad le vas a tener que partir de verdad los dientes para que espabile. Creo que nunca se ha enfrentado a unos hombres de verdad y piensa que es una amenaza vana y que no vas a cumplir lo que dices.

En esos momentos Sergio se puso despacio de pie, abandonando su silla y bordeando la mesa que ocupaba, se colocó en frente del matón a una distancia de unos dos metros.

—Lo que yo creo —dijo Sergio con una voz fría y calmada recorriendo despacio cada uno de aquellos rostros, mirándolos fijamente durante un par de segundos y terminando posando su vista en los del líder —es que no había visto en toda mi vida, una cuadrilla de nenazas tan lastimosa y con pinta de no tener donde caerse muertos de hambre. Me imagino que tenéis que ir, así como vais en grupo, porque de uno en uno no sois capaces ni de encontrar el baño de este restaurante. Además no creo que juntéis veinte euros entre todos. ¡So pringados!

Nadie habló durante unos largos segundos y de repente el líder del grupo se lanzó hacia delante lanzando un puñetazo directo a la cara de Sergio. Éste se desplazó lateralmente esquivando sin problemas aquel golpe que ya estaba esperando y aprovechando la inercia de su atacante, metiendo su cadera a la altura de la del otro lo volteó violentamente contra el suelo.

El golpe fue monumental, el hombre cayó despatarrado contra el duro cemento de que estaba formando el piso del local. Chillaba y probablemente se había roto algún hueso con el impacto. En otro momento quizá Sergio lo hubiese dejado estar, pero con la pérdida que había sufrido hacía unos días, la piedad no estaba entre las sensaciones que recorrían su cuerpo en esos momentos.

Por otra parte pensó que había que dar un escarmiento a aquella cuadrilla de maleantes para que se les quitase de la cabeza el volver a meterse en otro momento con sus amigos.

Se agachó y agarrando con unos dedos como el acero la cabeza de aquel insensato por la nuca, la levantó hasta la altura del borde de la pesada mesa de roble donde había estado comiendo hacia unos segundos.

—Dicen que no desees para otros, lo que no quieras para ti —dijo con voz fúnebre.

Y cogiendo impulso estampó con un golpe brutal la cabeza de aquel desdichado a la altura de la boca contra el duro canto del mueble. El siguiente sonido que se oyó claramente en el local fue el crujido de su dentadura y la mandíbula al romperse. Después Sergio lo soltó.

El cuerpo de aquel infeliz cayó desmadejado en el suelo, mientras aullando de dolor se llevaba las manos a la boca intentando torpemente quitarse los trozos de dientes para no tragárselos.

Sergio se giró y se encaró con el resto de la banda, mientras los miraba con aquellos ojos fríos, carentes de emociones que no presagiaban nada bueno.

—¿Esto es lo que queráis ver cuando le pediais que me partiese los dientes? ¿Algún otro voluntario?

Los componentes de la banda que habían contemplado inmóviles la escena anterior comenzaron a moverse inquietos. El que parecía ser el segundo en el mando, viendo la oportunidad de destacar sobre el resto, se dirigió a Sergio increpándole.

—Guaperas, le has pillado por sorpresa. Con el resto de nosotros, no volverás a tener esa suerte —y como si eso le diese más seguridad y coraje añadió —Seguimos siendo más que vosotros.

—Sí, pero no te preocupes, eso tiene fácil arreglo —le contestó Sergio con una fría sonrisa en su rostro —Hace unos segundos erais seis nenazas. Ahora sois cinco nenazas. Vuestro triste grupo de pueblerinos tontos del culo, va a ir menguando, pasando de donde estáis de pie ahora, a dónde está ese —añadió señalando con la mano el sitio donde se encontraba en lastimoso estado el líder del grupo.

Sergio se había girado parcialmente en la dirección del cuerpo que estaba a su espalda en el suelo. Aquello le pareció a su nuevo contrincante que era el momento ideal para pillarle desprevenido, por lo que se abalanzó hacia él, blandiendo sus puños en alto.

Había picado el anzuelo. De nuevo Sergio con un leve giro de su cuerpo se agachó, introduciéndose en el interior del cuerpo de su atacante. Agarrando uno de los brazos de su oponente, aprovechó su impulso para lanzarlo contra una pared cercana. Su oponente salió volando por encima suyo, estampándose con un tremendo golpe contra el muro con tan mala fortuna que lo primero que chocó contra aquella dura piedra fue su cabeza. Cayo inconsciente al suelo.

—Sólo quedáis cuatro nenazas —y posando una vez más su fría mirada por los que quedaban de pie les preguntó —¿Quién quiere ser el siguiente?

Uno de ellos metió la mano en el bolsillo de su pantalón y extrajo de él una amenazadora navaja. La desplegó y con una mirada asesina en su rostro avanzó lentamente paso a paso hacia Sergio.

—¡Cuidado Sergio! —exclamó Markel a su espalda.

El nuevo contrincante se acercó a Sergio lo suficiente para lanzar su ataque a distancia, pero no lo suficiente para ponerse al alcance de sus brazos. Le miró con unos ojos rojos que indicaban claramente que además de alcohol era probable que estuviese drogado. Se balanceó lateralmente en el sitio, buscando el momento adecuado para lanzar su ataque y el lugar del cuerpo elegido para acuchillarle.

Después de unos instantes de desplazamientos y como impulsado por un resorte, lanzó su ataque por el lado izquierdo de Sergio. Viendo claramente el movimiento, Sergio giró en sentido contrario mientras con habilidad ejecutaba una técnica de Aikido conocida como Kote-Gaeshi.

Dicho movimiento consiste en girar el cuerpo mientras con ambas manos se coge la palma de la mano del contrario y se le obliga a girar en dos direcciones. Una hacia arriba y otra en el mismo sentido que has imprimido a tu giro. La única forma de impedir la rotura inmediata de los huesos de la muñeca y el codo es acompañar en el giro al que está realizando la llave. Para eso son necesarios muchos reflejos, mucho conocimiento y mucha práctica.

Ninguna de aquellas características se daban en la persona que había atacado a Sergio. En función de la velocidad de giro que la persona que realizaba la técnica imprimía al movimiento, así se desarrollaban los resultados. Con un giro suave, desarme y rendimiento del contrario suave. Con un giro rápido y brusco, rotura de la muñeca, codo e indefensión del contrario inmediata. En este caso, la rotura es un desgarró con muy mala recuperación y varios meses de tratamiento.

Aquella noche, aquellos matones del tres al cuarto habían interrumpido la feliz velada a Sergio, y éste no se sentía en absoluto compasivo.

—¡Ahhhh! —se oyó chillar de dolor a aquel individuo, mientras la navaja caía al suelo y el crujido de los huesos indicaba claramente la fractura que se había producido.

Pero Sergio decidió no terminar la técnica ahí, sino continuó con la proyección del individuo, al que hizo dar una voltereta antes de acabar brutalmente contra el suelo. El oponente de Sergio acabó chillando de dolor al lado del que estaba inconsciente contra la pared.

—Una nenaza menos. Sólo quedáis tres —dijo, avanzando amenazadoramente hacia el grupo.

El temor empezaba a reflejarse claramente en las caras del resto de los miembros de aquella cuadrilla. Normalmente cuando avasallaban a alguien, su infundado valor se basaba en la elección de víctimas indefensas y en el mayor número de agresores del que ellos podían hacer gala. En esos momentos no contaban con ninguna de las dos.

Su supuesta indefensa víctima, había eliminado a la mitad del grupo sin ningún tipo de esfuerzo por su parte. Es más, aquellos miserables, empezaban a ver en los ojos de aquel peligroso individuo que quería más pelea, que aquello para él no había sido suficiente. Que la cuenta atrás que había comenzado debía terminar con el número a cero de nenazas. Un creciente pánico afloró a sus rostros.

Si desde un principio le hubiesen atacado los seis a la vez, tal vez hubiesen tenido alguna posibilidad, pero tal y como lo habían hecho de uno en uno, había sido un suicidio por su parte.

Empezaron a recular, dando pasos hacia la salida, pero el posadero viendo el cariz de los acontecimientos ya se había desplazado de su posición en la barra y con su enorme corpachón les impedía la salida.

—Alguien tendrá que pagar los destrozos que habéis hecho en mi local con vuestra estúpida entrada —dijo mientras empuñaba en su enorme mano derecha el duro mango de madera de una voluminosa azada.

Aquellos matones habían conseguido imprimir en su tranquila voz un tono amenazante y aquel mango de madera que esgrimía, se había convertido en un terrible garrote.

Los tres hermanos, después de recuperarse de la sorpresa que había sido para ellos los rápidos movimientos de Sergio, también se habían desplegado a ambos lados de su amigo, por lo que los tres miembros de la banda restantes, además de encontrarse en inferioridad de número, se encontraban rodeados.

—No hace falta que vosotros os involucréis en esto —les dijo Sergio mirándoles —puedo acabar sin problemas lo que ellos han empezado.

—Estoy seguro de ello —le dijo Markel mirando lo que había hecho con los anteriores atacantes —lo que queremos es terminar esto cuanto antes, sin necesidad de que envíes a los seis al hospital.

Y el cabal posadero, intentando igual que Markel calmar a Sergio de alguna forma añadió.

—Si no te importa, no quisiera tener más destrozos por hoy en mi local. Con que les echemos a todos a la calle y podáis continuar cenando en paz, pienso que será suficiente. Además la casa invita a vuestras copas.

Mirando los rostros del posadero y de sus amigos fijos en él y viendo en ellos que ya habían contemplado suficiente violencia por aquella noche, poco a poco se fue calmando. Hacía mucho tiempo que en una situación así, en vez de imperar en su mente la fría calma, lo hacía la furia, la cólera y la excitación del momento.

—Quiero que hurguéis en los bolsillos de vuestros pantalones y en los de esos desechos humanos que hay ahí —dijo con un tono frío y carente de emoción en su voz señalando los cuerpos lastimosos y desmadrados que había en el suelo del local —Poned todo el dinero que llevéis encima de la barra para compensar al posadero de los destrozos y si llega para pagar las cenas que todas estas buenas personas, estaban tomando tranquilamente antes de que les interrumpieseis.

Viendo que debido a la sorpresa que les había producido sus palabras y a la renuencia que mostraban sus rostros por desprenderse de su dinero, comenzó a avanzar lentamente en su dirección amenazadoramente.

—Mi oferta caduca en tres segundos. Uno, dos,...

Mirando los ojos de Sergio y cómo se les venía encima, los matones se empezaron a mover apresuradamente. Sacaron rápidamente las carteras de sus bolsillos y extrajeron los billetes que había en su interior, depositándolos sobre la barra del restaurante. Acto seguido fueron a donde sus compañeros caídos, registraron sus ropas y realizaron con sus monederos la misma operación.

Cuando acabaron, Sergio dirigiéndose a ellos, les ordenó.

—Sacad inmediatamente a la basura de vuestros amigos de este restaurante y no os quiero ver nunca más a ninguno por aquí —y para confirmar que le habían entendido les pregunto con voz sonora —¿Me habéis entendido?

Los tres miembros de la banda, privados de sus líderes, se quedaron mirándose los unos a los otros nerviosos sin responder.

—Os he dicho, ¿qué si me habéis entendido? —les espetó Sergio levantando aún más la voz.

—¡Sí! ¡Sí! —respondieron los tres a la vez con voz temerosa.

Se dirigieron a donde estaban sus compañeros y los fueron sacando del local realizando varios viajes, cogiéndolos por los brazos y las piernas de uno en uno. Al cabo de unos minutos abandonaron el restaurante.

Sergio cambiando el gesto de su voz y recuperando un tono más alegre, se dirigió al posadero y le dijo.

—¿Qué Patxi? ¿Seguimos con esos postres caseros y con esas copas que nos has prometido?

—¡Faltaría más! —exclamó el posadero, celebrando el haber terminado con los alborotos de su restaurante.

—Esas copas ¿no incluirán por casualidad patxaran casero?

—¡Por supuesto! ¡Lo que haga falta!

Los cuatro amigos volvieron a tomar asiento olvidándose del incidente y preparándose para disfrutar del resto de la velada. De igual manera, en las demás mesas del restaurante, de nuevo las voces y las risas volvieron a hacer acto de presencia.

9. La patente.

Pamplona. Jueves 6, Agosto 2015

Como la cena de la noche anterior se había prolongado hasta altas horas de la noche, los cuatro amigos acordaron antes de despedirse, que la reunión sobre la patente la tuviesen bien entrada la mañana, sobre las doce del mediodía.

Sergio, acostumbrado debido a sus viajes a madrugar y a sufrir cambios de horario internacionales se levantó sin problemas sobre las nueve y media de la mañana. Además, en los dos últimos días había disfrutado de un sueño tranquilo, relajante y reparador. Desayunó en Laquidain tranquilamente con Lagun y ambos se fueron a dar un paseo por el monte.

Disfrutaba de aquellos parajes: montes, sendas y aire puro. En contra de lo que había pensado cuando decidió quedarse en Laquidain, la estancia en aquella casa y los paseos por el monte le daban sosiego y tranquilidad.

Al principio le había dado cierto reparo el quedarse allí, solo en aquella enorme casa. Pensaba que el hecho de no tener a nadie le iba a llevar a encerrarse en su desgracia y en repasar mentalmente una y mil veces la amarga y dolorosa pérdida sufrida en Japón. En aquellos momentos y mientras subía por la ladera del monte, se alegraba de haber tomado aquella decisión.

La compañía del perro, que en todo momento quería jugar, los buenos recuerdos que tenía de los ratos que había pasado con su tío Iñigo y el estar rodeado de naturaleza, le hacían por primera vez en semanas, tener la mente en blanco, no pensar en nada y simplemente disfrutar del momento.

Después de bajar de su paseo matinal, se dio una ducha, se cambió de ropa y se dispuso a ir a la reunión de trabajo concertada con sus amigos. Se subió a su deportivo y en menos de media hora se plantó en la puerta de la empresa de sus camaradas.

Estuvieron durante el resto de la mañana en el despacho de Markel en torno a un ordenador realizando un documento que recogiese la parte técnica que deseaban que reflejase la patente. Lo que más esfuerzo y dedicación les costó, fue determinar qué no querían que apareciese y por qué. Sobre las dos de la tarde terminaron de elaborar el documento a su gusto y conforme empezaban a levantarse de la mesa Sergio les comentó.

—Si os parece bien, voy a telefonar a mi tío Jose y comentarle en lo que estamos trabajando para ver si se puede hacer cargo de los aspectos legales. Suele estar a tope de trabajo, pero espero que nos haga un hueco.

—Por nuestra parte ¡perfecto! —repuso Lukas.

Cogió y marcó en su teléfono móvil el número del despacho y a los pocos segundos respondió una voz femenina en un tono cortés y profesional.

—Despacho de abogados Equiza ¿dígame?

—Buenas tardes. ¿Está todavía Jose Luis?

—Sí. Aunque se marchará en unos minutos.

—Por favor dígame que se ponga. Soy su sobrino Sergio.

Se oyó que la joven, le dejaba en espera y al cabo de unos segundos pudo oír la alegre voz de su tío Jose. Era una buena persona, siempre estaba contento y Sergio era uno de sus sobrinos favoritos, por lo que lo trataba de maravilla.

—Sergio ¿En qué lugar del mundo andas?

—Pues te vas a sorprender... Estoy en Pamplona.

—¡Sinvergüenza! ¿Y no has pasado por casa a vernos a tu tía y a mí? —lo dijo en un tono simulando enfado, pues Sergio sabía perfectamente que su tío no se había enojado nunca con él.

—Tranquilo tío. No llevo nada en Pamplona —respondió Sergio rápidamente, cortándole el que siguiese hablando —Por supuesto una de las cosas más importantes que tenía apuntado hacer durante mi estancia, era ir a cenar con la tía y contigo. ¿Tenéis libre esta noche?

—Hablare con tu tía, pero seguro que sí —le respondió su tío plenamente convencido de que en cuanto se enterase su mujer, Lola, si tenía algún plan, lo cancelaría de inmediato para ir a estar con su sobrino.

—¿Te parece bien que cenemos donde siempre? ¿A las nueve en “El Trujal”? —era uno de los restaurantes favoritos de su tío y Sergio estaba seguro de que le apetecería ir.

—Perfecto. Seguro que allí estaremos. Si hay algún problema te llamo al móvil.

—¿Tío?

—Dime.

—Quería comentarte un tema de trabajo. Tengo unos buenos amigos a los que necesito que les eches una mano. A lo mejor, hasta puede que los hayas visto alguna vez conmigo. Los hermanos Zariquiegui.

—Me suenan.

—Han hecho en su empresa un descubrimiento que a mí personalmente me parece un bombazo. Lo quieren patentar y si tienes un hueco en tu agenda, me gustaría que te encargases de llevarles el caso.

—Si son amigos tuyos, sin problemas. Que reserven hora con mi secretaria y los atenderé encantado.

—¿Sigues trabajando en estos aspectos legales con AB Asesores?

—Sí. Me parece gente que conoce bien su trabajo y que además atiende muy profesionalmente a sus clientes. Nunca he tenido ningún problema con ellos.

—Perfecto. Tío, una última cosa...

—Dime —A Sergio le encantaba la infinita paciencia de la que siempre hacía gala su tío para con su persona.

—Tú pagas la cena —dijo riéndose.

—Pero ¿no vas a ganar nunca un sueldo decente? —le preguntó su tío echando una carcajada —¡A ver cuándo pagas tú!

—Cuando te jubiles. Nos vemos luego.

Y Sergio cogiendo un papel de encima de la mesa de reuniones, escribió rápidamente en él un número de teléfono. Después le pasó la hoja a Markel.

—Éste es el teléfono del despacho de mi tío. Reservad una hora y él os atenderá.

—Estupendo —comentó Lukas —Después de la mañana de trabajo que nos hemos pegado, creo que lo que corresponde es pegarnos una buena comida.

—Pues por mi parte —dijo Sergio —Si no os genera mucha molestia el ir a Pamplona y después volver aquí a seguir trabajando, iría a gusto a comer al Rodero. ¿Qué os parece?

—¡A mí me parece de cine! —además repuso Jon guiñándole el ojo —Como he oído que tú no vas a pagar la cena, lo mínimo que puedes hacer es apoquinar la comida.

—¡Lo que faltaba! —exclamó Sergio fingiendo estar enfadado —¿Tú ya sabes lo que cobro yo por mis horas de consultoría? Me tenéis aquí toda la mañana trabajando por la patilla y ¿encima tengo que pagar la comida?

No sabiendo si iba en serio o en broma Jon se sonrojó y con un tono titubeante le respondió

—Per..., Perdona. Ya pagamos nosotros la comida.

Sergio le miró seriamente a los ojos durante un par de segundos y de repente, empezó a estallar en carcajadas.

—¡Qué no tonto! ¡Que era broma! ¡Por supuesto que pago yo la comida!

—La madre que... —exclamó Jon, relajándose del mal momento que había pasado.
—Por cierto. ¿Le habéis puesto algún nombre a vuestro descubrimiento?
—En broma le solemos llamar “Z-AOVE”.
—¿Y qué significa?
—Te vas a reír —dijo Jon sonrojándose
—¡Venga! ¡Suéltalo!
—A.O.V.E. es la abreviatura que se le da en el sector, al aceite de mejor calidad. Significa “Aceite de Oliva Virgen Extra”
—¿Y la Z? —preguntó Sergio teniendo muy clara la respuesta que le iban a dar a su pregunta.
—La “Z” es de Zariquiegui.
—Pues me parece un nombre muy adecuado. A partir de ahora formalizaremos el uso de esa denominación.
Y poniéndose al teclado del portátil en unos minutos modificó el documento dando al descubrimiento que sus amigos habían realizado el nombre acordado.
—¡Ya está! —exclamó después de repasar el documento un par de veces hasta que estuvo enteramente a su gusto —¡Oficialmente ha nacido el Z-AOVE!



En el restaurante Rodero cerca de la plaza de toros de Pamplona, se dieron una comilona espectacular. Koldo, el dueño, había practicado Judo de crío con el padre de Sergio y cada vez que iban allí a comer los trataba de cine.

Sobre las cinco de la tarde, se separaron y los hermanos decidieron volver a la empresa a trabajar un rato más, mientras Sergio se iba a pasear por las calles de Pamplona recordando viejos tiempos. Quería bajar la comida antes de la cena con sus tíos.

—“Como siga visitando restaurantes a este ritmo y dándome copiosas y suculentas comidas voy a echar unos kilos de más rápidamente. O bien empiezo a correr por Laquidain más horas junto con Lagun o bien bajo el pistón y empiezo a comer menos” —pensó mientras caminaba a paso vivo por la Vuelta del Castillo.

Le encantaba aquel pulmón de la ciudad. La hierba, las murallas, los fosos, los árboles. Como no tenía ninguna prisa, recorrió despacio cada rincón de aquellas maravillosas zonas verdes. Aquello era un lujo para cualquier ciudad y Sergio estaba encantado de que Pamplona pudiese contar con ello.

Primero recorrió la parte externa de las murallas y los fosos, para finalizar entrando en “La Ciudadela”. En uno de los pabellones había una exposición de pintores de la tierra que recorrió disfrutando de las diferentes obras.

Cuando miró su reloj eran ya las nueve menos cuarto. Le quedaban quince minutos de tiempo para llegar a la hora acordada al restaurante, tiempo más que de sobra para estar allí puntual.

Como siempre, sus tíos habían llegado unos minutos antes y le esperaban en la puerta de la entrada al restaurante.

—¡Sergio! —exclamó su tía Lola saliendo a su encuentro y dándole un fuerte abrazo y un par de sonoros besos en las mejillas.

Al igual que su tío Jose, Lola estaba encantada de que siempre que se pasaba por Pamplona, se acordase de ellos y los fuese a ver.

—¿Qué tal tía? —Le preguntó a su vez Sergio —¡Estás divina como siempre!

—¡Así da gusto! —repuso su tía riéndose. —¡Sigues siendo mi sobrino favorito!

Acto seguido, Sergio se acercó a su tío y repitió la operación dándole un abrazo y un par de besos.

—¡Vamos dentro! —dijo éste sonriéndole —Tengo un poco de hambre. A ver si nos cuentas cosas interesantes de esos países tan exóticos por los que viajas.

Durante la cena estuvieron hablando de todo tipo de temas. Algo de trabajo, algo de las últimas novedades de Pamplona y mucho de la familia. Para todos ellos fue una velada agradable y placentera.

*“Estate atento cuando tu enemigo te sonría:
la fiera muestra los dientes
antes de atacar.”*

Proverbio árabe

Pamplona. Viernes 7, Agosto 2015

Una mañana más, Sergio se levantó pronto en Laquidain y se fue a dar una vuelta por el monte con Lagun. A pesar del poco tiempo que habían pasado juntos, estaba claro por cómo se comportaba el perro, que cada vez estaba más a gusto en su presencia. En cuanto Sergio llegaba a casa por la noche, por muy tarde que fuese, el animal se le echaba encima y no le dejaba en paz hasta que jugase un buen rato con él. Lo mismo pasaba cuando bajaba por las mañanas a la planta baja de la casa.

En su ya habitual paseo matinal, el perro no paraba de trotar a su lado y de requerirle su atención en todo momento. No cesaba de menear la cola y agachar la cabeza para que Sergio le acariciase el lomo y la nuca. Al terminar su andadura desayunaban juntos en el enorme comedor de la planta baja. Al sabueso le costaba separarse de él cuando Sergio iba a abandonar la casa y le lanzaba una mirada de lástima cuando se alejaba y cerraba la puerta dejándolo solo.

Esa mañana se dirigía andando despacio hacia donde se encontraba aparcado su deportivo, cuando sonó su teléfono móvil. La pantalla le mostró que el que llamaba era Markel. Sergio se imaginó que quería comentar algún tema adicional que se les había ocurrido sobre el documento que habían generado sobre la patente.

—Dime Markel —le preguntó alegremente.

—Sergio. Tenemos un problema —el tono de la voz de Markel era serio y preocupado.

—¿Qué pasa Markel? ¿Qué ha ocurrido? —preguntó a su vez

—Prefiero no contártelo por teléfono. ¿Puedes venir? —la voz reflejaba la necesidad de Markel de contar rápidamente con él en esos momentos, cosa que preocupó bastante a Sergio.

—¡Por supuesto! Ahora mismo me bajaba a Pamplona. Cambio de dirección y voy a vuestra empresa. En unos veinte minutos estoy ahí.

Se montó en su deportivo, cerró las puertas de acceso a la finca y enfiló la carretera en dirección a la compañía de sus amigos a la máxima velocidad que permitían las señales de circulación. Su instinto le decía que algo imprevisto estaba pasando.

Los días anteriores había encontrado a sus amigos como siempre, como eran ellos: alegres, animosos, optimistas, contentos por su descubrimiento. En ningún momento había sentido en ellos ningún tipo de preocupación. Ni a nivel empresarial, ni a nivel familiar. Tampoco le habían contado que ellos o algún familiar suyo cercano tuviesen ningún tipo de problema grave de salud.

—“Bueno —pensó —no merece la pena elucubrarse sin sentido. En unos minutos me enteraré de lo que está ocurriendo”

Se centró en la conducción y en llegar lo más rápido posible. Al cabo de unos veinte minutos se encontraba circulando por el desvío que desde la carretera general daba acceso a la empresa.

Como se encontraban en horario laboral la verja estaba abierta. La cruzó, aparcó el coche y se dirigió caminando a paso vivo hacia las oficinas. Al cruzar la puerta principal, se encontró en la recepción, donde una joven morena detrás de un mostrador, le miró detenidamente al acercarse.

—Buenos días. ¿Qué deseaba? —le preguntó educadamente.

Sergio creyó detectar en el tono de la voz, que a pesar de las corteses palabras empleadas, había cierta tensión en su forma de hablar que debía tener alguna relación con lo que estaba pasando.

—Buenos días. Soy amigo de los hermanos Zariquiegui. Por favor, ¿podía decirles que estoy aquí?. Me están esperando —le respondió en un tono tranquilo y mesurado.

—Ahora mismo. ¿Cómo se llama usted?

—Con que les diga que Sergio está esperando, es suficiente.

La chica marcó una extensión telefónica interior y después de un breve intercambio de palabras con alguno de los hermanos, colgó la comunicación.

—Ahora vienen a buscarle.

—Muchas gracias.

No bien acababan de terminar de hablar cuando se abrió la puerta que daba a la recepción y apareció por ella con cara nerviosa Lukas.

—Hola Sergio. Gracias por venir.

—¿Faltaría más! ¿Qué es lo que pasa?

—Prefiero que lo veas por ti mismo ¡Ven conmigo! —le dijo indicándole que le siguiera.

Sergio se puso a andar detrás de él por el pasillo que ya había recorrido en días anteriores y llegaron enseguida al despacho que ocupaba Jon, donde se encontraban con malas caras los otros dos hermanos. Cruzaron la puerta del despacho y Lukas la cerró detrás de ellos.

Sergio pudo ver que todo el despacho estaba vuelta al aire, como si algún ladrón hubiese estado removiendo todo en busca de algo de valor que llevarse.

—¡Os han robado! —exclamó Sergio —¿Cuándo ha sido?

—La noche pasada —respondió Lukas.

—¡Síguenos!

Tal y como se lo indicaban Sergio les siguió. Fueron recorriendo los despachos de los otros dos hermanos, encontrándose con la misma escena. Estanterías con los libros y revistas en el suelo, los pocos muebles que había movidos de sitio, incluso los muebles separados de la pared, en un intento por parte del ladrón de ver si había algún escondite o caja fuerte detrás con algo valioso.

—¿Qué te parece? ¡Nos han robado! —Exclamó Markel —Lo más curioso es que en el resto de las oficinas y en la planta de producción no se han llevado nada. O por lo menos de lo que hemos visto hasta ahora no hemos apreciado que se hayan agenciado ningún objeto o documento.

Sergio se puso a mirar detenidamente el estado en que había quedado aquel despacho, después lo abandonó y realizó el mismo escrutinio en los otros dos anteriores. Mientras, los hermanos seguían sus pasos. Después de observar el último, se dirigió a los hermanos y les preguntó.

—¿Dónde tenéis los servidores de la empresa en los que guardáis vuestra información corporativa?

—En un cuarto pequeño acondicionado al efecto en esta misma planta, cercano a la zona de recepción. Nuestras necesidades informáticas son escasas y con lo que ha avanzado la tecnología en los últimos años, con un pequeño y potente servidor, nos es más que suficiente.

—Llévame a ese cuarto, por favor.

Recorrieron los cuatro, el corredor por el camino inverso hacia recepción. Jon se dirigió a una de las puertas que se encontraba en una esquina de la misma. Sacó del bolsillo del pantalón un llavero y seleccionando una llave, abrió la puerta.

Sergio pudo ver un cuarto de unos diez metros cuadrados donde se observaba un rack vacío. Un rack, es un armario metálico de unos sesenta centímetros de ancho, por otros sesenta centímetros de largo, por diferentes medidas de altura donde se suelen colocar los servidores y diferentes dispositivos de comunicación telefónica y conexión a Internet.

Estaba claro que el ladrón o los ladrones, se habían llevado todo lo que aquel rack contenía.

—¡Nos han robado los servidores! —exclamó Jon.

—¿Qué tenías aquí alojado? —preguntó Sergio.

—El servidor corporativo y los dispositivos de comunicación con Internet. Los routers y esas cosas —respondió Lukas.

—¿Habéis dado una vuelta alrededor de la almazara para ver si hay algo extraño?

—No. ¡Ni siquiera hemos llamado a la policía todavía! En cuanto hemos visto el estado en que se encontraban nuestros despachos, nos hemos puesto nerviosos y lo

único que hemos hecho ha sido telefonarte a ti. Todavía no sé muy bien por qué.

—¡Habéis hecho bien! ¡Vamos a dar una vuelta!

Y andando deprisa, salió del interior de la almazara. Se encaminó a la verja que rodeaba la propiedad y se dispuso a recorrerla. Al cabo de un par de minutos, en una zona oculta desde las ventanas del edificio, encontró un agujero en el alambrado, de factura reciente. Tenía aproximadamente un metro de altura.

—¡Está cortado! —dijo Sergio —Y varias personas han cruzado a través de ella. Vamos a seguir el rastro desde aquí que hay an dejado hasta vuestros despachos.

Sergio anduvo tras las claras pisadas que aquellos individuos habían dejado en aquella tierra removida. Se dirigían claramente hacia la almazara. Siguiendo el rastro dejado, llegaron hasta el edificio y lo bordearon hasta encontrar una pequeña puerta que daba al almacén. Se encontraba abierta. Sergio se agachó para estudiar la cerradura.

—¿Puede alguien haberse dejado esta puerta abierta? —preguntó a los hermanos.

—¡Imposible! A pesar de la existencia de la valla, siempre revisamos antes de irnos que todas las ventanas y puertas estén perfectamente cerradas.

—¡Pues está claro por donde han entrado los ladrones! —repuso con un gesto de resignación Sergio.

—¡Mierda! —exclamó Lukas

—Tiene toda la pinta de haber sido abierta por un profesional. La cerradura no está en absoluto forzada.

Tras pasaron la puerta y se adentraron en el almacén. Todos ellos pudieron ver claramente las huellas de las pisadas que varias personas habían dejado en su recorrido. El suelo del local se encontraba perfectamente limpio, salvo aquel rastro. O bien habían pisado algún terreno mojado antes de llegar allí, o bien el calzado estaba lleno de suciedad. Por el motivo que fuese, habían dejado marcado claramente su recorrido. El final del mismo había sido el cuarto de los servidores.

—¡Vamos a uno de vuestros despachos para poder hablar más tranquilamente! —les dijo Sergio echando una última ojeada al almacén y dirigiendo sus pasos hacia la zona de oficinas. Una vez allí entraron en el despacho de Markel.

—¿Qué opinas? —le preguntó Lukas

—Es demasiado pronto para sacar conjeturas acertadas y yo no soy experto en estos temas —respondió Sergio —no considerando necesario mostrar su verdadera personalidad a sus amigos.

—Pero, ¿qué piensas que debemos hacer? —preguntó Jon.

—He visto que tenéis alguna cámara de videovigilancia en la entrada. ¿Qué han captado de todo lo que ha ocurrido?

—Nada. Nunca hemos sido unos fanáticos de la seguridad y sólo teníamos aparatos en la parte delantera del edificio, apuntando hacia la verja, a la puerta principal de entrada. Era más una medida disuasoria y de control de los camiones que entran que una auténtica medida de seguridad. Los ladrones han debido dejar el vehículo con el que han venido en la carretera general. Después han hecho el agujero en la verja que hemos visto y han entrado por la puerta de atrás de los almacenes hasta llegar al rack. Para salir han utilizado el mismo camino.

Durante unos segundos todos se quedaron en silencio mirándose unos a otros y pensando cuál iba a ser el siguiente paso a dar. Sergio tomó la palabra.

—¿Os había pasado antes algo parecido? ¿Os habían entrado a robar?

—No. Jamás hemos tenido problemas de ese estilo. Entre lo apartado que está del pueblo más cercano y lo poco de valor que tenemos en la almazara que puede resultar interesante para un ladrón, nunca nos había pasado nada de esto.

—¿Habéis hecho algún enemigo en los últimos tiempos? ¿Alguien que os tenga manía?

—Salvo los problemas que tuvimos con Daniel... , ya sabes, al que le rompiste los dientes ayer en el restaurante. No hemos tenido ningún incidente con nadie. Somos gente tranquila.

—Markel —dijo despacio Sergio mirándole detenidamente al rostro para captar su atención —Lo que te voy a preguntar a continuación es importante. ¿Sabía ese Daniel algo sobre el asunto de la patente?

—No. De ningún modo, llegamos a tener durante su corta estancia en la empresa, ningún tipo de confianza con él. Estoy seguro de que no sabía nada.

—Y ¿alguna otra persona que pudiese estar al tanto de vuestros descubrimientos?

—No. Nosotros somos una empresa muy pequeña. Todos los ensayos mecánicos y pruebas de laboratorio las ha realizado Lukas en solitario. En algún caso en compañía de uno de nosotros dos. Nadie más conoce lo que estábamos haciendo y mucho menos lo que hemos descubierto.

—¿Cuáles son los apellidos de ese Daniel? —inquirió Sergio sin darle excesiva importancia a la pregunta.

—Ortigosa Valdez —respondió rápidamente Lukas.

—Vale —dijo Sergio dirigiéndose hacia la puerta.

—¿A dónde vas? —le preguntó Markel

—Tenía que hacer un recado personal importante antes de que me llamaseis y ya llego tarde. No soy ningún tipo de ayuda aquí. Todavía no aviséis a la policía. Cuando termine de hacer el asunto que me reclama, me paso de nuevo por aquí. Os llamaré al móvil antes de volver ¿De acuerdo?

—De acuerdo Sergio —respondió de parte de los tres hermanos Jon —A ver si para entonces te podemos decir algo más de información.

Sergio se dirigió con paso vivo hacia su deportivo, se puso al volante y se dirigió hacia la salida de la empresa.



Había llegado a Pamplona y aparcó el coche cerca de la primera cabina telefónica que vio. Desde ella, empezó a llamar a los hospitales preguntando por Daniel Ortigosa Valdez y si lo habían atendido en ese centro. Cuando le tocó el turno al Centro Hospitalario de Pamplona, el administrativo que le atendió le dijo que sí, que había sufrido una fractura de varios dientes y parte de la mandíbula. Que lo habían operado allí de urgencia y que todavía seguía ingresado.

Sergio le comentó que era un familiar y que si le podía decir el número de la habitación en la que se encontraba. Aquel tipo de preguntas eran habituales y se daban los datos sin problemas, ya que normalmente eran familiares o amigos que se habían enterado del accidente u operación y querían pasar a visitar al enfermo. Por contra, a la persona que llamaba no se le pedían habitualmente datos de identificación.

Sergio volvió a su deportivo y fue conduciendo hasta el aparcamiento de la zona hospitalaria, donde dejó su coche. Entró en el hospital y dio una vuelta por los pasillos del mismo hasta encontrar una habitación donde, junto a la puerta un cartel anunciaba: “Personal médico”. Estaba en un área donde en esos momentos no pasaba gente. Entreabrió un poco la puerta para ver si oía voces y tras unos segundos de espera donde no apreció ningún sonido, se introdujo dentro de la habitación.

En unos colgadores había diferentes tallas de batas blancas de médico. Buscó una que le estuviese bien y se la puso. Acto seguido abandonó el lugar y se puso a localizar el número de la habitación que la administrativa que le había atendido la llamada telefónica le había dado.

Estaba comprobando en sus propias carnes el dicho de que si te pones una bata blanca, puedes recorrer un hospital de cabo a rabo sin excesivos problemas. Nadie le miró de manera extraña, e incluso en un par de veces unos celadores le saludaron amablemente como si fuese un médico al que conociesen de algo.

Después de unos minutos caminando llegó a la habitación que estaba buscando. Tuvo suerte. Estaba situada al final del pasillo de aquella planta, en una zona poco transitada. Se paró junto a la puerta y estuvo durante unos segundos escuchando de nuevo si al igual que en la habitación donde había conseguido la bata, se oían voces en su interior.

Tampoco escuchó ningún tipo de sonido humano o conversación y abriendo la puerta, se coló en su interior. De las dos camas de la habitación sólo una se encontraba ocupada, justamente, la de la persona que andaba buscando. Sergio vio que estaba medio dormitando y no le había reconocido todavía.

Esa era otra de las virtudes de la bata blanca. No era extraño que una persona que llevase una de ellas entrase en tu habitación a cualquier hora del día o de la noche. A darte la medicación, a observar tu estado, a reconocerte o a cualquier otra de las actividades típicas que realiza el personal sanitario con sus pacientes cuando estos se encuentran ingresados.

Se acercó despacio hacia la cama y vio que tenía una férula metálica sujetándole la mandíbula. Por lo visto aparte de unos cuantos dientes rotos por el golpe que le había propinado, también se la había dislocado. Se sentó en su cama. Aquello hizo que el paciente se despertase de su duermevela extrañado y que mirase con atención

al supuesto médico. Una mirada de pánico afloró a su rostro.

Hizo un intento de chillar, pero la férula que le inmovilizaba la mandíbula se lo impidió. El triste sonido que emitió fue más parecido a un gorgojo. Intentó moverse, pero Sergio le había pillado los brazos dentro de las sábanas y éstas estaban firmemente introducidas en ambos lados del colchón. La opresión del peso de su cuerpo era suficiente para mantenerlo inmovilizado.

Se había sentado tan cerca de él que eliminaba cualquier hueco y lo estaba aprisionando contra el colchón. Apartó del borde de la cabecera de la cama el cable que tenía el pulsador para llamar a la enfermera en caso de necesidad, alejándolo de su alcance. El miedo se reflejaba en aquel rostro.

—Todavía no tienes por qué temer nada —le dijo Sergio con una voz baja y glacial —Te voy a hacer algunas preguntas. Si respondes correctamente me marcharé de aquí como si nunca hubiese existido. Si no...

De nuevo sólo un sonido gutural salió de aquella boca. Estaba claro que la férula le impedía hablar.

—Como veo que no podemos mantener una conversación normal entre los dos debido al estado de tu boca, lo intentaremos hacer de otra manera —le dijo Sergio con aquel tono de voz que al otro le estaba poniendo cada vez más y más nervioso —Yo te voy a hacer las preguntas y tú vas a hacer lo siguiente. Si la respuesta es sí, cierras los ojos una vez. Si la respuesta es no, cierras los ojos dos veces. ¿Lo has entendido?

El ocupante de la cama cerró una vez los ojos apresuradamente. Se notaba que quería colaborar, esperando fervientemente que con ello, aquella incómoda visita cumpliera lo que le había dicho y desapareciera cuanto antes de aquella habitación.

—Está claro que tú no has participado en ello, pero ¿sabes si el resto de los miembros de tu estúpida cuadrilla han entrado en la empresa de los hermanos Zariquiegui y les han robado?

Un gesto de sorpresa apareció en el rostro de aquel hombre. Acto seguido su miedo se acentuó. Ahora entendía por qué había recibido aquella visita. Le consideraban culpable de ordenar el robo que por lo visto había tenido lugar. El miedo y la sorpresa le habían impedido responder.

Sergio cogió un bolígrafo del bolsillo de su bata y con la punta del mismo le dio un golpe seco entre los dientes. De nuevo un gorgojo salió de aquella boca, mientras un gesto de dolor y sufrimiento afloraba a su rostro.

—No te veo concentrado en nuestra conversación y eso puede ser muy perjudicial para tu salud. Todavía te quedan algunos dientes sanos, pero eso puede cambiar rápidamente —le dijo Sergio despacio mientras el otro se recuperaba del pequeño golpe —¿Les has dicho a tus amigos que roben en la empresa de los hermanos Zariquiegui?

Esta vez los ojos del pobre insensato se movieron rápidos dos veces expresando que él no había participado en aquello.

—¿Sabes quiénes han podido ser los que les han robado? —repitió Sergio para confirmar la respuesta.

De nuevo cerró los ojos dos veces con rapidez. Después de aquello se hizo un profundo silencio sepulcral en aquella habitación, sólo interrumpido levemente por los aparatos electrónicos que tenía conectados el paciente.

—¿Alguno de tus amigos sabe dónde se encuentra la empresa de mis amigos?

Rápidamente los ojos de aquel hombre se movieron una sola vez indicando una respuesta afirmativa.

—¿Se les puede haber ocurrido a ellos realizar el robo como venganza de la paliza que os di?

Durante unos segundos aquel hombre no movió nada, como pensando que respuesta correcta debía dar. Al cabo de unos instantes movió despacio los ojos una sola vez.

—Me lo temía. Ya que no puedes hablar, me vas a escribir un par de direcciones donde puedo encontrar a tus queridos amigos —repuso mientras se levantaba y le acercaba una hoja de papel y un bolígrafo desde una de las mesillas que había en el cuarto —Concéntrate mucho en lo que vas a escribir, porque voy a ir a esos sitios nada más abandonar esta habitación. Si no los encuentro en ninguna de las direcciones que escribas, volveré aquí. Te aseguro que no te resultará nada placentero el que me veas aparecer por esa puerta.

Al levantarse, la opresión sobre los brazos desapareció permitiendo que los sacase por encima de la sábana. Cogió el papel y bolígrafo que Sergio le tendió al cabo de unos segundos y escribió varias direcciones en el mismo. Después con desgana soltó ambos sobre la cama.

—Espero por tu bien que los encuentre. Si no, me volverás a ver en un par de horas —le dijo con tono amenazador mientras leía el papel y comprobaba si entendía la caligrafía en él contenida. Alguna de las direcciones le sonaba, otras no.



Había aparcado su deportivo a un par de calles de la primera dirección. Dudaba que al volver no tuviese o bien un par de rayas en alguno de los laterales, producidas con alguna llave o bien alguna rueda pinchada. Aquel flamante vehículo se hacía notar demasiado en aquella zona pobre del barrio de San Jorge. Él mismo, con su manera de andar, su corte de pelo y el tipo de ropa que llevaba, destacaba excesivamente entre el resto de las personas de la zona. Bueno, esperaba volver lo suficientemente pronto para evitar algún encuentro fortuito y desagradable.

Se dirigió a la primera dirección escrita en el papel. Era un portal sucio y desconchado, donde en la pared al lado de una de sus puertas estaba grabado que había unos billares en la primera planta. Sin pararse, se dirigió hacia ella subiendo unas escaleras llenas de porquería con pintas de no haber sido limpiadas en meses. No se encontró a nadie mientras lo hacía. Al llegar al primer piso oyó voces y se dirigió sin dudar a la puerta de donde salían.

Al atravesarla vio varias mesas de billar, una barra donde se debían servir bebidas y seis personas malencaradas jugando y discutiendo entre sí. Iban vestidos de forma desastrada. Con pantalones y camisas que al igual que la escalera que llevaba hasta allí no habían visto el agua y el jabón en meses. Seguramente en su origen serían de diferentes colores a los que mostraban en la actualidad.

Eran un conjunto de grotescos individuos de diferentes alturas y medidas. Altos, bajos, delgados y gordos. Lo único que tenían en común era las malas pintas que portaban, tanto a nivel de ropa como de fisonomía. La mayoría de sus rostros expresaba que estaban amargados y asqueados de su vida.

Al percatarse de su presencia, abandonaron el juego y todas las miradas se dirigieron hacia él. Uno que aún sostenía entre sus manos un palo de billar se dirigió andando con chulería hacia él.

—¿Qué? ¡Guapetón! ¿Te has perdido? —le preguntó haciéndose el gracioso mientras detrás suyo se oían las risas de sus colegas viendo en Sergio a una presa fácil.

—No lo sé. Pero lo averiguaremos enseguida. Me enseñaron que cuando uno pensaba que estaba perdido era de personas bien educadas el preguntar —respondió Sergio en un tono suave.

—¿Y qué es lo que buscas en este lugar?

Era delgado y tenía un par de tatuajes de serpientes a lo largo de sus brazos. Seguía acercándose mientras balanceaba en sus manos el palo de billar.

—Estoy buscando a unos amigos de Daniel ¿Los has visto por aquí? —preguntó Sergio a su vez con el mismo tono tranquilo.

—¿Daniel? ¿Daniel? —repitió aquel tipo mientras se acercaba aún más. Ya se encontraba a un par de pasos de Sergio —el caso es que no me suena —y dándose la vuelta y dirigiendo su cuerpo hacia sus colegas les gritó —¿Os suena un tal Daniel?

Respondieron negativamente con diferentes gestos y expresiones, mientras se reían. Unos movieron la cabeza, otros levantaron los hombros en plan de ignorancia y otros ni siquiera se movieron de su posición.

—Ves —dijo volviéndose de nuevo hacia Sergio —Aquí no están esos individuos que estás buscando.

Mientras se estaba girando imprimió más velocidad a su movimiento y agarrando el palo de billar con ambas manos por sus extremos lanzó un golpe circular sobre Sergio. Éste no había perdido un detalle de sus desplazamientos y lo único que estaba esperando era la dirección por donde se iba a producir el ataque. Giró en la misma dirección que el palo y se introdujo en el interior del círculo que formaba el cuerpo de su oponente.

Poniéndose paralelo a su atacante, aprovechó su desplazamiento para agarrar sus brazos e imprimir más velocidad al giro, mientras su cadera entraba en contacto con la del otro y lo lanzaba por encima suyo a varios metros de distancia. El golpe contra una de las robustas mesas de billar fue espectacular.

—¡Puuuum! —sonó mientras su atacante se quedaba desmadejado e inmóvil en el suelo.

En esos momentos otro hombre salió del interior de una habitación que había en el fondo del salón. Por un dibujo colocado en la parte superior del marco de la puerta, debía ser el servicio. Aquel individuo llevaba el brazo derecho enyesado y sujeto con un cabestrillo.

Sergio lo reconoció. Era el mismo que le había atacado con un cuchillo en el restaurante hacía un par de noches. Aquello demostraba que las direcciones que le había escrito Daniel en el papel eran correctas. A su vez, el maleante le identificó.

—¡Es él! —chilló dirigiéndose a sus colegas —¡Es el que me hizo ésto! ¡Es el que me rompió el codo y la muñeca!

Después de haber visto cómo aquel desconocido eliminaba al atacante del palo de billar con un simple movimiento y oír a su colega, el resto de aquellos hombres se pusieron en guardia y en actitud agresiva.

Los que estaban sentados sobre las mesas de billar se pusieron en pie y empezaron a moverse en dirección hacia Sergio. Uno de ellos sacó una navaja del interior de sus ropas. El resto cogieron palos de billar, salvo el de la muñeca rota que también esgrimió una navaja en la mano que le quedaba buena.

—¡Eres idiota viniendo solo aquí! —le chilló y moviendo la navaja lateralmente en ambas direcciones, añadió —¡Te vamos a destripar como a un cerdo! Somos seis contra ti y hoy no tienes a nadie para que te guarde las espaldas.

—Eso es cierto —repuso Sergio —hoy no hay nadie en esta sala que os salve el pellejo. No hay ningún buen posadero que vaya a interceder por vosotros.

La noche del restaurante, Sergio se encontraba acompañado de los hermanos Zariquiegui. A pesar de la rabia que sentía en su interior, se contuvo en el ataque contra aquella banda de desarrapados, no queriendo mostrarse excesivamente violento delante de sus amigos.

La rabia e impotencia por lo que le había sucedido hacía unos días en Japón, continuaba hirviendo en su interior. Todavía no había ido menguando en absoluto. Aquella noche en el restaurante de la borda, se había contenido, haciendo un enorme esfuerzo de voluntad por no mostrar esa faceta de su persona a sus amigos, pero viendo la calaña de los individuos que tenía enfrente esta vez no pensaba hacer lo mismo.

Sergio había tenido múltiples formadores en técnicas de defensa y ataque, pero dos de aquellas experiencias, seguían siendo sus referencias principales. Una la principal, la más larga y la más querida, habían sido los años de entrenamiento en Aikido por parte de su mentor y amigo Javier Zubieta. Otra, la más peligrosa, dura y despiadada, la que había sufrido en Japón, en la misteriosa y singular escuela del Dojo Negro.

La orientación de las enseñanzas en artes marciales de ambos casos, había sido diametralmente opuesta. Javier le enseñó que el Aikido era el arte de parar a un atacante sin hacerle daño. Le repetía una y otra vez, que te podías considerar un experto en dicha arte marcial cuando conseguías que cuanto más salvaje fuese el ataque de tu oponente, más suave fuese tu neutralización del mismo.

El Dojo Negro era justamente lo opuesto. Sus enseñanzas de técnicas de artes marciales se basaban, en que frente a un ataque salvaje o mortal, consigues rápidamente la neutralización absoluta del atacante. Es decir en la eliminación de la amenaza impidiendo que volviese a levantarse. En la mayoría de los casos infringiendo graves daños físicos.

Sergio estaba muy, muy furioso. Y un porcentaje escaso de ello se debía al robo sufrido por sus amigos. La rabia de su interior se debía a su impotencia de hacía unas semanas frente a la pérdida de su mejor amiga. Aquellos sinvergüenzas que tenía delante, iban a ser su válvula de escape.

Probablemente ninguno de los maestros de ambos estilos aprobaba su situación mental frente al irremediable combate que se iba a producir. Independientemente de la diferencia entre las técnicas, en ambos casos le habían enseñado a estar frío, relajado y tranquilo a la hora de entrar en acción.

En su caso, generalmente solía ser así. Le resultaba sencillo. Pero aquella vez no. La exasperación que seguía bullendo en su interior por lo sucedido en Japón y el ver a aquellos individuos mal encarados que se pasaban la vida intentando estropear la de los demás, le habían hecho abandonar su habitual frialdad mental frente al enfrentamiento. Solo pensaba en emplearse a fondo y en practicar lo que durante meses le habían enseñado en el Dojo Negro.

Mirando con crueldad a sus oponentes, se quitó la mochila que llevaba a la espalda y extrajo de ella lo que parecían ser dos simples, aunque robustos palos de madera. Eran dos tam-bos que hacía años le había regalado Javier Zubieta. Eran unas varas de madera de roble durísimo de cincuenta centímetros de longitud.

Hábilmente manejados, se convertían en armas temibles. En su caso, se había pasado horas y horas aprendiendo las técnicas de su manejo junto con Javier. En el Dojo Negro le habían enseñado alguna técnica adicional y él seguía practicando semanalmente lo aprendido.

En sus manos aquellas aparentemente simples varas eran de una eficacia terrible. Con un simple golpe en el lugar adecuado, podía romper diferentes tipos de articulaciones. Durante años había sido una de las armas favoritas de la policía japonesa a la hora de disolver manifestaciones. Dejó la mochila en el suelo y comenzó a avanzar despacio hacia sus oponentes.

Alguno de aquellos rostros expresó cierta sorpresa al verlo manejar con soltura aquellos tam-bos. Pensando de qué manera tan sencilla se había deshecho de su primer atacante, y cómo se acercaba a ellos sin ningún tipo de miedo, se dieron cuenta de que la persona que tenían delante no era un novato en peleas callejeras.

—¿Quién te crees que eres viniendo a desafiar a nuestro territorio? —le chilló el de la muñeca rota. Por el tono de su voz y la expresión de sus ojos, estaba claro que se había metido algún tipo de droga en el cuerpo —¿Te piensas que nos dan miedo esos estúpidos palitos? ¡Te los vamos a meter por el culo!

Sergio no le respondió. Cogió velocidad y se lanzó contra sus enemigos blandiendo sus “palos”. “Crac”, codo roto. “Crac”, rodilla rota, “Crac”, muñeca rota, “Crac”, mandíbula rota. Y así en una secuencia continua de golpes dados con extrema precisión.

Si no hubiese sido por los funestos efectos producidos en sus atacantes, podía parecer un bailarín ejecutando una precisa pieza mientras se movía con una cadencia regular por aquella sala.

En unos segundos, tres de sus atacantes estaban en el suelo con varias de sus articulaciones quebradas. Chillando, maldiciendo y aullando de dolor.

Sergio les lanzó una miraba indiferente, mientras se dirigía tranquilo hacia los que quedaban en pie. Los dos del cuchillo y otro con un palo de billar.

—Veo que no has mejorado la compañía de la que te rodeas desde la noche pasada. El otro día erais unas nenazas y hoy seguís siendo lo mismo.

Los tres que quedaban estaban detrás de una mesa de billar, giraban interponiéndola entre ellos y Sergio, mientras le miraban intentando encontrar un hueco en sus defensas donde lanzar un ataque simultáneo.

—Bueno..., terminemos con esto —y a la carrera se dispuso a dar la vuelta a la mesa para eliminar a sus contrincantes.

Las prisas en este caso, fueron un error, al girar se encontró en el suelo con una amplia mancha de grasa. Algún resto de comida que no habían limpiado. Sus finos zapatos, junto con la velocidad que llevaba hicieron que resbalase.

En la mayoría de las artes marciales, pero principalmente en Judo y Aikido, sus practicantes cuando comienzan se pasan horas y horas aprendiendo a caer al suelo desde diferentes posiciones, ya que en las prácticas realizadas durante las clases, estarán siendo continuamente proyectados contra el suelo. Al final se adquieren reflejos automáticos que ante una caída inesperada entran en acción.

Sergio al ver que había resbalado y que se iba contra el suelo, soltó los tam-bos y giró sobre sí mismo dando varias volteretas por el suelo, levantándose unos metros más allá de donde se había producido la caída, sin ningún tipo de daño. En una situación normal con un solo giro habría sido suficiente para recuperar la posición vertical, pero teniendo a aquellos malhechores tan cerca había preferido dar varias vueltas y alejarse de ellos. Paró a escasos centímetros de una de las paredes.

La decepción se veía en sus rostros. Al resbalar habían confiado en que Sergio se diese una costalada y se encontrase indefenso a sus pies, al alcance de sus armas. De todas formas el de la muñeca rota que hacía de cabecilla comenzó a animar a sus colegas a que avanzasen hacia él.

—¡Ja! ¡Has perdido tus palitos! ¡Estás desarmado! —exclamó con el rostro alterado por las drogas —¡Ahora eres nuestro! ¡A por él! ¡Desparramemos sus tripas por el suelo!

Sergio, más pausado después de las volteretas, miró a su alrededor y cogiendo un palo de billar de una mesa cercana, lo sujetó por ambos extremos y dándole un golpe fuerte y seco contra el canto superior de la madera. Se rompió en dos mitades. Cogió cada una de ellas como si fuese las varas que acababa de soltar y esperó tranquilamente a sus oponentes.

Viendo como en unos segundos, se había vuelto a armar y que les esperaba tranquilamente en posición de combate, sus atacantes se mostraron indecisos sobre proseguir su avance. Al darse cuenta de cómo sus compañeros estaban perdiendo su empuje, el de la navaja exhortó a uno de ellos.

—¡Venga Mario! Esta noche, pago yo todas las rondas si le rompes las piernas.

El que llevaba el palo de billar sujeto por un extremo, dio un paso hacia adelante al ser mencionado por su colega. Mirando a Sergio, intentaba averiguar por dónde penetrar más fácilmente sus defensas. Al final, dando un grito se abalanzó sobre él, lanzando un golpe de arriba a abajo con la intención de golpearle la cabeza.

Sergio no tuvo más que girarse hacia un lado y mientras pasaba junto a él golpearle la rodilla con el palo más grueso y el codo con el otro. “Crac”, “crac” se oyó mientras su atacante caía unos metros más allá llevado por su impulso y con la rodilla rota.

—Solo quedáis dos nenazas. ¿Cuál es la siguiente? —les preguntó mientras les miraba detenidamente a los ojos.

—¡Silvio! ¡Eres el mejor que conozco con una navaja! ¡Vamos! ¡Destrípallo! —chilló de nuevo el de la muñeca rota, animando a que el otro que quedaba en pie le atacase.

El tal Silvio, le había parecido a Sergio por su forma de observar la pelea y la manera de moverse, el más peligroso de todos los componentes de la banda desde el principio. No solo por el cuchillo que esgrimía, sino por la forma en que se desplazaba y analizaba cada uno de sus movimientos. Era de constitución delgada y nervuda y parecía ágil y rápido.

Cuando llegó a un par de pasos de Sergio y con el fin de ser más impredecible comenzó un movimiento de distracción en el que se pasaba la navaja de una mano a la otra con fluidez para que Sergio no supiese por dónde le iba a venir el ataque. Para su sorpresa, en esos momentos Sergio dejó caer los dos trozos del palo de billar al suelo.

El otro creyó que era el momento adecuado para lanzarse al ataque y pasándose la navaja a la mano derecha se lanzó en profundidad hacia el estómago de su oponente con la intención de destriparlo.

En un movimiento fluido Sergio se giró hacia el exterior del brazo adelantado dejándolo pasar y situando su brazo derecho por encima del de su atacante, mientras que con su brazo izquierdo sujetaba firmemente la muñeca que empuñaba la navaja.

En el siguiente instante el brazo de su agresor se encontraba totalmente recto y tirante con el codo, apuntando hacia el techo del local. En ese momento dejó caer todo su peso contra el hueso, oyéndose claramente el sonido de la articulación al astillarse.

El chillido de su agresor fue espeluznante. Pero Sergio ese día no se había llevado ni piedad, ni misericordia consigo. Tenía en su mano la navaja de su agresor y en ese momento se le vino a la cabeza, los posibles males y daños que aquel desalmado podía haber causado con ella. A las personas que habría amenazado, robado e incluso apuñalado anteriormente.

Cambió el agarre al brazo que le quedaba bueno y proyectándolo por encima de su cadera, lo lanzó brutalmente contra una mesa de billar. Dando unos pasos lo alcanzó, le sujetó y estiró su brazo sobre la superficie del tablero, entre los quejidos y torpes intentos del otro de removerse. Sujetando la mano plana contra la superficie de la mesa, le clavó la navaja hasta el mango. Aquel miserable no paró de chillar.

Después, mirando detenidamente a todos los enemigos, vio que estaban neutralizados a sus pies. Sin prisa se dirigió hacia donde estaban los tam-bos que había tenido que soltar en su caída y los recogió del suelo. Echó, una vez más, una mirada por toda la sala y viendo a todos sus atacantes indefensos, se dirigió despacio hacia el que quedaba. Al del restaurante.

—Bueno nenaza. Solo estamos de pie tú y yo —le dijo en un tono amenazador —y te aseguro que en unos instantes solo voy a quedar yo —y para dejarle claro cuáles eran sus intenciones mientras se dirigía hacia él, entrechocó con un duro golpe ambos tam-bos.

Su contrincante miró de lado a lado en todas direcciones, intentando desesperadamente descubrir si en la sala quedaba alguno de sus colegas en condiciones de ayudarlo. Desgraciadamente para él, no era en absoluto así. Algunos habían caído en la inconsciencia por el dolor y el resto se encontraban desmadejados en el suelo con uno o varios miembros rotos.

Probablemente las drogas que había consumido fueron las únicas que le dieron el valor necesario para lanzarse en un último y desesperado ataque hacia su enemigo. Esgrimiendo la navaja con su mano izquierda se lanzó en línea recta hacia Sergio.

—¡Te voy a matar...!

Fue un ataque tan previsible como inútil. Con su brazo derecho en cabestrillo y su mano izquierda enderezada como si esgrimiese una lanza, a Sergio le pareció un movimiento patético. Solo tuvo que girarse en la misma dirección que el ataque proveniente de la mano izquierda. Mientras su atacante pasaba a su lado, le lanzó un par de golpes secos y brutales. Uno al codo y otro a la rodilla. Al fallarle el apoyo tras el duro impacto, trastabilló y se fue de cabeza contra una de las cercanas paredes de la sala, donde quedó en una postura extraña, encogido sobre sí mismo.

Sergio se dirigió hacia él y de una patada apartó la navaja. Gesto innecesario porque ambos brazos le colgaban inútiles a los lados como los de una marioneta a la que han soltados los hilos. Se colocó enfrente de él y tocándole la cara con uno de los tam-bos se la giró en su dirección.

—Ahora que estás más quieto me vas a responder a una pregunta.

—¡Maldito! ¡Maldito!

Sergio dándole un golpe suave en la rodilla que le quedaba entera le dijo con una voz amenazadora.

—En nuestro primer encuentro, te rompí una extremidad y no aprendiste nada. En este segundo encuentro te he roto dos y sigues sin aprender —y dándole otro golpe un poco más fuerte en la rodilla sana añadió —¿Quieres que te envíe para siempre a una silla de ruedas?

O bien los golpes que había sufrido, o bien el paso de las horas, habían disminuido en él los efectos de las drogas, estaba patente por la expresión de su cara que el dolor le laceraba en toda su intensidad. El rostro de aquel maleante en esos momentos expresaba mayor comprensión hacia las palabras de Sergio que hacía un rato y la amenaza que suponía su presencia se abría paso a paso en su cerebro.

Aquel hombre que había eliminado fácilmente al resto de sus colegas, no le había demostrado hasta el momento ningún tipo de piedad. Y siempre había cumplido todas sus amenazas. El pánico empezó a aflorar en el rostro de aquel individuo ante la posibilidad de convertirse en un discapacitado permanente.

—¿Qué...? ¿Qué es lo que quieres de mí? —le preguntó con una voz pastosa.

—Que me respondas a unas preguntas sencillas y después me iré por donde he venido.

—¿Qué preguntas? —dijo con un gesto que indicaba a las claras que no tenía ni idea de qué podía querer aquel desconocido de él.

—¿Habéis entrado tú o tus amigos en la empresa de las personas que me acompañaban el otro día durante la cena?

—¿Queeé? —le preguntó con voz que reflejaba una tremenda sorpresa.

—Que si habéis entrado a robar en la empresa de mis amigos esta noche —pronunció Sergio en un tono alto y claro para que al otro no le quedase ninguna duda sobre lo que estaba preguntando.

—No. Por supuesto que no. No robamos en empresas. En la actualidad la mayoría tienen alarmas y medidas de seguridad ¿Para qué íbamos a hacer nosotros eso? —le respondió extrañado.

—Solo quería saberlo.

Y levantándose se dirigió hasta donde estaba su mochila. De un rollo de papel que se encontraba colgado en una de las paredes, cortó un par de metros y limpió sus “palos” en profundidad. Después los introdujo en su mochila y se encaminó hacia la salida.

—Una última cosa —le dijo desde la puerta mirándole detenidamente al rostro. A pesar de los metros de distancia, el hombre del suelo pudo ver la amenaza que aquellos fríos ojos anunciaban claramente —Como tú o alguno de tus colegas os acerquéis a menos de un kilómetro de mis amigos, volveré. Esa vez no vendré con unos palos de madera.

Arroniz. Viernes 7, Agosto 2015

Después de su encuentro en la sala de billares, Sergio había vuelto a la casa de Laquidain para ducharse, cambiarse de ropa y eliminar los restos de la pelea de su persona. Se dedicó a jugar un rato con Lagun y como ya era la una del mediodía comió tranquilamente en el amplio salón de la planta baja junto con el perro. Al terminar se dispuso a conducir de nuevo hacia la empresa de sus amigos.

Al llegar, la recepcionista le reconoció de su visita de la mañana y realizó una llamada interior para comunicar que estaba allí. En unos segundos Jon apareció en la recepción y le acompañó al despacho donde se encontraban el resto de los hermanos, con caras largas y tristes expresiones en sus rostros.

—¿Habéis conseguido averiguar algo más? —les preguntó Sergio deseando encarecidamente que así fuese.

—No —le respondió Markel —Hemos llamado a la policía. Han estado aquí tomando huellas, pero no confían en que puedan averiguar mucho. Para ellos es un simple robo de ladrones de poca monta. Nos han pedido que hagamos un inventario de todo lo que nos hayan robado y que presentemos una denuncia en comisaría, con el fin de cobrar el seguro.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Lukas fijándose en alguna de las contusiones y arañazos que presentaba Sergio en los brazos. Al ser verano e ir en manga corta se apreciaban más algunos de los rasguños que había sufrido durante la pelea.

—No es nada, no os preocupéis. Después de hacer el recado que os he dicho, he ido a Laquidain para darle de comer a Lagun ya que esta mañana se me había olvidado. He aprovechado para dar un paseo con él por el monte y mientras íbamos por una senda estrecha del bosque ha corrido entusiasmado hacia mí y me he tropezado y ambos nos hemos caído rodando entre unos matorrales. —mintió Sergio para no preocupar a sus amigos.

—Claro, no se puede jugar con perros de más de cincuenta kilos. Es peligroso para la salud de uno.

—Sí. Pero esta vez no sé cuál de los dos ha sido el que se ha llevado la peor parte ¡Si le llegáis a oír mientras los dos caíamos abrazados entre los arbustos! A pesar de mi pinta creo que su cuerpo me ha librado de los peores arañazos de las ramas y zarzas. Cuando hemos salido de aquel matorral, no se atrevía a mirarme a la cara, considerándose culpable de lo que había hecho.

—Pero, estás bien ¿no? —le preguntó Markel preocupándose por su amigo.

—Sí. No ha sido más que unos ligeros trompicones y unos leves rasguños mientras caíamos rodando unos metros, ladera abajo. No os preocupéis —les dijo, mientras se sentía un poco culpable de mentir a sus mejores amigos. Pero también tenía perfectamente claro que prefería que no supiesen la verdad sobre lo que había hecho en la sala de billar. Con la violencia que habían visto en el restaurante era más que suficiente. No quería que sus amigos pensasen que era un violento salvaje.

—Bueno —dijo resignado Markel —no podemos parar la empresa por lo que nos ha pasado. Mientras la policía hace su trabajo, nosotros tendremos que hacer el nuestro. Vamos a comprar otro servidor y algún portátil.

—Sergio. Tú entiendes de esto. Eres un experto en temas de informática ¿Nos echarás una mano a la hora de comprar lo que necesitamos y a instalar los equipos correctamente? —le preguntó Lukas pidiéndole con la mirada que le respondiese afirmativamente.

—¡Por supuesto! Podéis contar para ello conmigo sin ningún tipo de duda. Iremos a comprar los equipos que más se adecuen a lo que verdaderamente necesitáis. Tenéis que contarme qué es lo que hacéis cada uno de vosotros cuando utilizáis los ordenadores —les dijo Sergio intentando levantar el ánimo de sus amigos y empezar a darle cara a aquella situación.

—¡Lo primero que necesito es un iPad! —dijo Jon con el entusiasmo de un niño cuando pide un regalo —Me he acostumbrado a usarlo y me facilita muchos mis actividades. El mío era un modelo viejo, ahora tendré uno nuevo

—¿Os han robado también un iPad? —les preguntó con voz seria Sergio.

—Sí. Esta mañana no lo había echado en falta, pero cuando hace un rato he querido consultar algo que por acto reflejo siempre hago con mi iPad, me he dado cuenta que también nos lo han birlado —respondió Jon.

—Recuerda si ¿tenías activada la aplicación de “Se busca” en tu dispositivo? —le volvió a interrogar Sergio poniendo mucho énfasis en la pregunta —Concéntrate. Es importante Jon.

—¡Pues creo que sí! No es que la haya utilizado desde hace tiempo, pero cuando lo compré, el vendedor me recomendó que la activase y como me hizo gracia le hice caso. La probé y funcionaba correctamente.

Sergio salió disparado hacia su deportivo y al cabo de un par de minutos volvió corriendo con su mochila. Extrajo de ella su portátil y lo conectó a la red local de la empresa. Acto seguido entró en la página web de Apple y girando el aparato de tal manera que el teclado se situase enfrente de Jon le dijo.

—¡Venga Jon! ¡Te clea tu usuario y contraseña! —le instó con urgencia

—¡Voy! ¡Voy! —respondió él mientras se situaba cerca del aparato y tecleaba lo que Sergio le había pedido.

En unos segundos la web de Apple le respondió diciendo que los datos introducidos eran correctos y que empezaba a buscar el iPad de Jon. Al cabo de unos instantes la pantalla mostró la ubicación exacta donde se hallaba en esos momentos el aparato.

—¡Lo hemos localizado! —exclamó dando un salto de alegría Jon —¡Y está activo! ¡Está activo!

—¿Dónde se encuentra? —preguntó con ansiedad Markel —¿Podéis averiguarlo?

Una vez dentro de la aplicación, Sergio retomó el control del portátil y se puso a teclear frenéticamente con el fin de obtener la situación geográfica del iPad de Jon. Al cabo de unos segundos exclamó.

—Está en una autopista de Francia y se mueve a una velocidad de unos ciento veinte kilómetros por hora. Debe estar con el resto del equipamiento informático en un coche o en una furgoneta —respondió Sergio, mientras miraba fijamente el monitor de su portátil.

—¿Qué hacen nuestros servidores en Francia? —preguntó extrañado Markel.

—No lo sé, pero vamos a llamar a la policía y les decimos lo que hemos descubierto —repuso Lukas excitado.

Sergio mientras, apagó su portátil y se quedó pensativo intentando buscarle algún tipo de lógica a aquello. Al ver desaparecer rápidamente aquella imagen en la pantalla que les había devuelto la ilusión por unos momentos, los hermanos pusieron en sus rostros gestos de extrañeza.

—¿Por qué has apagado el portátil? —le preguntó en nombre de los tres hermanos Jon.

—Por qué no quiero llamar la atención de los posibles ladrones al mostrar signos de activación en el dispositivo. Si se dan cuenta de que emite señales, lo desconectarán y nos quedaremos sin conocer su paradero —indicó Sergio en un tono tranquilo mientras seguía pensando sus siguientes movimientos —Además, el hecho de que responda a la aplicación de búsqueda hace que consuma más batería. Si se acaba, nos quedaremos ciegos con respecto a su situación.

—Tienes toda la razón —respondió Markel —no se nos había ocurrido. Disculpa nuestra inexperiencia.

—¡Vamos a llamar rápidamente a la policía! —volvió a exclamar de nuevo Lukas —¡Ellos sabrán qué hacer! ¡Que se encarguen pronto de su búsqueda!

—¿Tu qué opinas? —le preguntó a Sergio Jon, viendo el rostro serio y pensativo de su amigo.

—No lo sé. Por una parte ir a la policía parece una buena idea. Si se mueven de inmediato, se ponen en contacto con la policía francesa y en Francia les hacen caso, la gendarmería podía detener el vehículo en unas horas y recuperaríamos pronto los equipos.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Que lo que acabo de mencionar es pura teoría. En la práctica puede ser que vayamos a comisaría, que tarden tiempo en atendernos, que quieran verificar si la aplicación de búsqueda del iPad funciona correctamente llamando a Apple. Que deseen comprobar si es una prueba suficiente para lanzarse a una cooperación

internacional. Que en Francia cuando reciban la llamada, también quieran hacer sus propias comprobaciones,...

—¿Y? —preguntó Markel interrumpiendo las explicaciones de Sergio

—Que mientras transcurre todo este tiempo o bien se acabe la batería del iPad o bien los ladrones se den cuenta y lo apaguen, o bien lleguen a su destino y separen los equipos y se desprendan de ellos rápidamente. Además, sigo sin ver claro, por qué unos ladrones están recorriendo Francia con vuestros equipos. No le veo ningún tipo de sentido. ¿Hacia dónde van? ¿Qué pasa si su destino final es Suiza? Los trámites con aquel país por ser neutral se alargarán y las posibilidades de encontrar vuestros equipos desaparecerán.

Los comentarios que estaba realizando Sergio, hizo que la alegría e ilusión que había aparecido en los rostros de los hermanos desapareciesen. El desánimo volvió a sus caras.

—¿Y qué hacemos entonces? —le preguntó Lukas

—Si ¿qué hacemos? ¡No nos vamos a quedar sentados y de brazos cruzados! —exclamó Jon.

—No estoy pensando eso —repuso Sergio en un tono sosegado y tranquilo —Si queréis, vosotros podéis ir a avisar a la policía. Yo por mi parte, voy a perseguir a esa furgoneta.

—¿Qué has dicho? —preguntó con un gesto que reflejaba una gran sorpresa Markel.

—Que vamos a jugar dos bazas. Mientras vosotros tratáis de que la policía se ponga en marcha y trate vuestro caso con rapidez, yo voy a intentar cazar a los ladrones.

—¡Pero están en Francia! —exclamó Lukas

—Cierto. Según lo que me ha parecido ver, me llevan unos seiscientos kilómetros de ventaja. Tengo que darme prisa —y mirando a Jon le pidió —Si no te importa escríbeme en un papel el usuario y contraseña de tu iPad, para que lo pueda seguir rastreando a través de mi portátil. Sólo lo haré de vez en cuando para que no me detecten y no gaste mucha batería.

—Voy contigo —dijo Markel.

—¡Qué! —exclamó esta vez Lukas —¡Estáis locos!

—Probablemente —respondió Markel —pero Sergio necesitará a alguien que le releve de vez en cuando al volante. Si va a hacer esto por nosotros, no quiero que lo haga solo. Le acompaño. La persecución será más llevadera si somos dos. Cambiaremos cada dos horas de conductor e iremos más rápidos y descansados. Tú Lukas quiero que te encargues de la gestión de la empresa en nuestra ausencia y tu Jon debieras estar encima de la policía intentando que sean los más diligentes posible —y mirando hacia Sergio le dijo —pongámonos en movimiento. Tú mandas.

—Coge unas botellas de agua de la nevera y vámonos. Tenemos que recuperar el tiempo perdido —dijo Sergio mientras recogía su portátil y se dirigía hacia la puerta de salida. —¿Lukas?

—¿Sí?

—Todavía no vayas a la policía. Espera a que nosotros te lo digamos.

Francia. Viernes 7, Agosto 2015

Ambos amigos iban en el deportivo de Sergio, mientras este pisaba el acelerador de su vehículo a fondo.

—¿Cuál es el plan? —le preguntó Markel

—Lo primero es acercarnos al aeropuerto de Noain y alquilar un coche potente —respondió Sergio

—¿Para qué? —le preguntó Markel extrañado.

—Todo en este robo es muy extraño. ¿Qué hacen los ladrones con vuestro equipamiento informático atravesando Francia? Esto no es un robo normal de unos chorizos que han entrado en una empresa para ver si sacan algo de dinero por lo que se han llevado. Si fuese así sería una que opera por Pamplona y alrededores y estarían vendiendo los equipos por la zona. Nadie se escapa de su país por el dinero que puedan sacar por la venta de unos tristes portátiles. Me temo que el robo no es por los dispositivos informáticos, si no por lo que tienen dentro.

La cara de Markel, expresó en esos momentos sus peores temores con respecto a los verdaderos motivos del hurto a su empresa.

—¿Crees que lo que hemos sufrido tiene que ver con nuestro descubrimiento? —preguntó despacio con el tono de voz de la persona que desea que le respondan con una negativa, aunque sabe por desgracia, que eso no va a ocurrir.

—Me temo que sí. A pesar de lo estúpido que pueda parecer, es lo único que desde mi punto de vista tiene algo de sentido.

—¡Mierda! —exclamó compungido su amigo. Y acto seguido le preguntó de nuevo —¿Para qué quieres que cambiemos de coche?

—Es una simple medida de precaución. Si los ladrones han planificado el robo en detalle, seguro que os han estado observando durante horas en los últimos días. Este coche es demasiado llamativo y es probable que también lo hayan visto en vuestro aparcamiento durante los últimos días, por lo que es mejor que lo cambiemos.

—Tienes razón —y mirándole a los ojos le dijo con el corazón en la mano —gracias por todo lo que estás haciendo en estos momentos por nosotros. Necesitamos una mente fría que nos guíe. Esta situación nos ha pillado fuera de juego, nos supera y no somos capaces de reaccionar tan rápido como la situación lo requiere.

—De gracias, nada. Si la situación fuese al revés, vosotros haríais exactamente lo mismo. Además —dijo Sergio en un tono más frío y glacial —Cuando alguien hace daño a mis amigos, es peor que si me lo hiciese a mí. Búscame en tu smarphone el número de teléfono del aeropuerto y márcalo por favor.

Markel se puso a hacer lo que Sergio le había dicho y en unos segundos lo localizó. Acto seguido marcó el número en el ordenador de a bordo del coche de Sergio.

—¿Sí? ¿Dígame? —se oyó a los pocos segundos la voz solícita de un hombre joven al otro lado.

—Buenas. He llegado en tren a Pamplona y quería alquilar un coche para visitar Navarra durante unos días. Me gusta conducir y querría un coche potente. Un Mercedes, un BMW o un Lexus de gama alta. Todos deben tener GPS —solicitó Sergio, mientras veía cierto asomo de sorpresa en el rostro de Markel. Estaba claro que no esperaba que fuesen a alquilar un cochazo. Además, su amigo quizás estaba pensando en la enorme cantidad de dinero que les iba a costar aquel alquiler.

Se oyó al otro lado de la línea el rápido teclear de la persona que había cogido el teléfono, mientras buscaba en el ordenador qué disponibilidades de aquel tipo de coche tenían en esos momentos.

—Señor. En estos momentos contamos en nuestro aparcamiento con tres coches que pueden cumplir lo que usted desea. Un Mercedes SLK 200, un BMW 320 y un BMW 535. Evidentemente con diferentes tarifas.

—Quiero el BMW 535. Tengo mucha prisa y llegaré en unos minutos al aeropuerto. ¿Tendrán el coche listo?

—¡Sí señor! Ahora mismo empiezo con los papeles. Enseguida lo tendrá preparado y con el depósito lleno.

Colgaron el teléfono y conduciendo a toda velocidad los escasos kilómetros que les quedaban, llegaron al aeropuerto. Sergio condujo hasta la puerta de la entrada, donde sabía que se encontraban las agencias de alquiler de coches.

—¡Aparca tú mi coche mientras hago los papeles reglamentarios y cojo las llaves! —le ordenó a Markel! —Espérame en la zona donde están aparcados los coches de las compañías de alquiler. No tardaré mucho. Enseguida salgo.

—¡Sí! Pero, pero... —repuso Markel —debiera encargarme del alquiler y de su pago yo. Son nuestros ordenadores...

Sin pararse a responderle, Sergio se dirigió corriendo hacia las oficinas. Había un motivo adicional para que su amigo no le acompañase en esos momentos. Viendo el cariz que estaban tomando los acontecimientos no quería utilizar para realizar el alquiler su verdadera identidad.

Aquel robo, desgraciadamente se iba pareciendo más y más a los que daban lugar a que sus clientes le contratasen. Sergio se temía que iba a tener que utilizar los mismos medios para resolverlo. Llegó al mostrador en unos segundos.

—Hola. Buenas. Le he llamado hace unos minutos para reservar un BMW 535.

—¡Ah! ¡Es usted! El que me había dicho que tenía prisa. Deme sus datos, su carnet de conducir y en unos segundos estará todo listo —le dijo amablemente el administrativo que le atendía sentado detrás del mostrador —¿Para cuántos días necesita el coche?

—Para unos cinco días. Voy a recorrer Navarra y el País Vasco tranquilamente. ¿Qué ruta tengo que tomar para ir hacia Bilbao? —le preguntó Sergio con cara de despistado. Siempre era mejor tomar precauciones y desviar la atención.

—¡Muy fácil! Al salir del aeropuerto siga los carteles hacia Pamplona. Antes de entrar verá un conjunto de cruces y desvíos importantes. Tome el de más a la izquierda.

—¡Gracias!

Sergio le entregó un carnet de identidad falso y en unos minutos rellenó y firmó todo el papeleo necesario. El hombre le entregó los documentos que debía llevar en el salpicadero del coche y las llaves del mismo.

—¡Que tenga un buen viaje! —le deseó mientras veía cómo se alejaba corriendo —¡Recuerde! Plaza número doce.

En el aparcamiento, paseando con síntomas claros de nerviosismo, le esperaba Markel. Entre ambos buscaron rápidamente el coche que les habían alquilado, lo abrieron y se acomodaron en su interior regulando los asientos y los retrovisores a su gusto. Iba a ser una larga carrera.

—Primero, conduzco yo. Cada dos horas nos relevaremos para estar más descansados —le comentó Sergio.

Sacando el portátil de su mochila lo colocó en la parrilla que separaba los dos asientos y lo encendió. Extrajo también de la misma un adaptador de corriente que conectado al mechero del coche, daba alimentación eléctrica al ordenador. Después de teclear unas claves y ejecutar unos programas en la pantalla del ordenador, apareció la carretera por la que estaban circulando.

—Quiero que te fijas con detenimiento durante unos kilómetros como funciona este sistema. Tienes que entenderlo al dedillo. Es mitad un GPS con el que perseguiremos a los ladrones y por otra parte es el más sofisticado de los sistemas anti-radar existente. Si lo utilizas correctamente la policía no nos pillarán. Ni con los dispositivos tradicionales, ni con los nuevos laser.

—¿En qué demonios de empresa trabajas tú? —le preguntó sorprendido Markel, mirando con ojos extrañados a su amigo.

—Ya hablaremos de eso otro día. Para conseguir alcanzar a esos ladrones, tenemos que pisar al máximo el acelerador del coche. Ellos no van a superar la velocidad máxima permitida por la ley porque no quieren arriesgarse a que los detengan. Por desgracia, para poder pillarlos tendremos que ir a más rápido de lo establecido por la ley y no podemos permitirnos el lujo de que la policía española o francesa nos detenga para ponernos una multa. Necesitamos recurrir a otros métodos.

—¿Dónde se puede comprar esta tecnología? —le preguntó su amigo guiñándole un ojo.

—Te he dicho que ya hablaremos de ese tema otro día —le dijo Sergio devolviéndole el guiño —Ahora muy atento. Primero voy a conducir yo, pero quiero que mires atentamente el monitor y me guíes como si estuvieses conduciendo tú. Si ves que la esquina superior del monitor se vuelve roja y el ordenador comienza a emitir

pitidos, me ordenas que frene inmediatamente hasta alcanzar la velocidad legal permitida. Cuando la pantalla recupere su estado normal, tú me dices que vuelva a acelerar a tope. Ahora fíjate y me vas indicando hasta que me convenzas de que vas a saber manejarlo correctamente. Cuando cambiemos, yo seré el que te indique.

—De acuerdo —contestó su amigo centrándose en el portátil.

A continuación Sergio ejecutó el navegador de Internet y abrió la web de Apple, donde introdujo el usuario y contraseña que le había dado Jon, esperando que el iPad todavía mantuviese la suficiente batería y siguiese vivo y localizable.

Al cabo de unos segundos, su ubicación apareció claramente en pantalla. Memorizó las coordenadas y salió rápidamente de la aplicación para minimizar el gasto del iPad. Acto seguido introdujo las coordenadas en la pantalla de su portátil. En unos segundos, el ordenador mostró la ruta más rápida para llegar a ese lugar.

—Comienza la caza Markel. Nos llevan unos seiscientos cincuenta kilómetros de ventaja. Tardaremos bastantes horas en acortar esa distancia. Estimo que no menos de unas diez. Depende mucho de las paradas que hagan. Lo bueno del asunto hasta este momento es que las autopistas por las que están circulando esos sinvergüenzas son de muy alta calidad. Iremos a la máxima velocidad que las carreteras y el coche nos permitan. No tengas piedad al pisar el acelerador —le dijo mientras ponía el BMW a doscientos cuarenta kilómetros por hora.

Sergio, en los diversos y caros cursillos especiales de formación y entrenamiento en los que se gastaba gustoso el dinero, había recibido varios de conducción en situaciones especiales. Acostumbrado a su deportivo y coches similares, no tenía ningún problema en conducir el coche a lo máximo que diese aquel motor. No podía exigir lo mismo de los conocimientos y experiencia de su amigo, al volante de un potente coche que no había conducido en su vida.

—No te preocupes por mí —le respondió con voz tranquila y segura Markel —Siempre me ha encantado conducir y lo que nos jugamos mis hermanos y yo es lo suficientemente importante para que ponga todos mis sentidos en pilotar este coche para cazar a esos sinvergüenzas. No te dejaré en mal lugar.

Sergio, mirando el rostro de su amigo y la pasión que había puesto en sus frases no tenía ninguna duda sobre lo que acababa de oír.



Conducían en todo momento a una velocidad por encima de los doscientos kilómetros por hora y dependiendo de lo rectos que fuesen los tramos y el tráfico con que se encontrasen, llegaban hasta los doscientos cuarenta. Iban conduciendo por turnos de dos horas y cada seis horas paraban en una zona de descanso unos diez minutos para desentumecerse, andar un poco y hacer ejercicios de estiramiento de brazos y piernas.

El otro motivo para detenerse era el repostar el depósito en las gasolineras que encontraban a su paso. Como medida de seguridad, cuando les quedaba una cuarta parte del mismo paraban en la siguiente gasolinera que encontraban y lo volvían a llenar. En las paradas en las gasolineras aprovechaban para coger bolsas de patatas fritas, algunos dulces y botellas de agua, para mantenerse hidratados y comer algo.

En seis ocasiones la aplicación activada en el portátil les había librado del radar de la policía. En la primera ocasión Markel se sorprendió con la alarma del aparato y casi no reacciona adecuadamente, pero gracias a las indicaciones de Sergio consiguió frenar a tiempo y no fueron detectados por los puestos de vigilancia móviles.

Cada hora Sergio echaba un breve vistazo a la web de Apple para ver la ruta que llevaba el vehículo al que estaban persiguiendo. De momento habían tenido suerte y el iPad seguía emitiendo. A la velocidad constante a la que se movían iban consiguiendo recortar entre noventa y cien kilómetros a la hora. Después de conducir durante ocho horas y media seguidas, se encontraban a unos sesenta kilómetros de su objetivo. Habían atravesado Francia e Italia y se encontraban en Eslovenia.

—Creo que se han parado —le comentó Sergio a su amigo que era el que conducía en esos momentos—La última vez que consulté la web, estaban en el mismo lugar.

—Son las once de la noche, —dijo Markel mirando el salpicadero del coche —ya hace un rato que se ha hecho de noche, han conducido muchas horas y probablemente hayan parado a cenar y a dormir. Se sentirán cansados y lo último que se pueden imaginar es que les estamos persiguiendo.

—Pues si se han parado ¡ya son nuestros! —exclamó Sergio con un tono de triunfo en su voz, viendo en el rostro de su amigo cómo a floraba un atisbo de esperanza.

En esos momentos se oyó el sononete de una llamada de teléfono en el sistema de sonido del coche. El número se correspondía con el de Lukas.

—¡Sí! ¡Dime Lukas! —exclamo Markel a través del manos libres del vehículo.

—¿Qué tal vais?

—Bien —le respondió su hermano excitado —Después de que nos hayan hecho atravesar media Europa, si todo va bien en menos de una hora les habremos alcanzado.

—¡De cine! —y después de esa exclamación de alegría se oyó unos segundos de silencio en el otro lado de la línea —¿Y qué vais a hacer cuando los encontréis?

—No hemos hablado sobre ello —respondió Markel mientras miraba a Sergio —pero entiendo que tratar de recuperar a toda costa lo que es nuestro.

—Tened mucho cuidado. No sabes cuántos son, ni lo peligrosos que son. Podrían ir armados.

—Tienes razón —repuso su hermano en un tono pensativo —con la emoción de la persecución, no habíamos pensado en ello. No te preocupes, iremos con pies de plomo y no haremos nada hasta que no veamos que no sea totalmente seguro.

—¿Qué habéis conseguido vosotros? —preguntó Sergio.

—No mucho. Hemos registrado en detalle la almazara, pero no hemos encontrado nada que nos dé una pista.

—De acuerdo. Por nuestra parte veremos qué conseguimos hacer esta noche. En cuanto tengamos más noticias os llamamos.

—¡Sí! ¡Por favor! Da igual la hora de la noche que sea. Hasta que recibamos vuestra llamada, no vamos a poder pegar ojo.

—No os preocupéis, todo saldrá bien —le dijo su hermano para tranquilizarlo y antes de cortar la comunicación añadió —hasta dentro de un rato.

—Markel... —dijo Jon con un tono que indicaba que le estaba costando decir aquella frase.

—¿Sí? ¿Qué pasa? —le preguntó su hermano preocupado —¿Qué ocurre?

—Creo que soy el culpable de lo que está pasando.

—¿Tú? ¿Por qué?

—Como todos nosotros, llevo dándole vueltas a la cabeza del porqué del robo que hemos sufrido y de quién más podía estar al tanto de nuestro descubrimiento. No había caído en la cuenta hasta hace un rato de un hecho que me pasó hace unas semanas y puede que no sea importante, pero necesito contároslo.

—¡Suéltalo! —le ordenó su hermano mayor.

—Como recordarás, hace unas semanas estaba en la Feria Ovibeja de aceite de oliva de Beja en Portugal, analizando los productos de las diferentes empresas que estaban allí exponiendo, y trabé amistad con una de las personas que como yo, iban recorriendo los diferentes puestos de la feria.

—¡Sigue! —le animó su hermano.

—Ya sabes que andando de estas maneras por el mundo, la soledad hace que cuando te encuentras con una persona simpática y amable tiendas a pasar un rato hablando con él de tus mismas preocupaciones empresariales. Pues bien, en una de las conferencias que se daban, entablé conversación con un amable individuo que como estaba cerca la hora de comer, me invitó a que lo hiciésemos juntos y acepté su invitación. Sabía mucho de las exportaciones mundiales del aceite de oliva y su conversación me pareció muy interesante e ilustrativa.

—¿Y?

—Pues al final de la comida y después de habernos bebido un par de botellas de vino, le conté que nosotros en la siguiente feria de Jaén, era probable que presentáramos un aceite de calidad excepcional gracias a un descubrimiento técnico que habíamos realizado.

Durante unos segundos, un profundo silencio se hizo a los dos lados de la línea de comunicación. Al final Sergio se decidió a romper la tensión del momento.

—¿Qué aspecto tenía aquel hombre?

—Pues nada en especial, salvo que hablaba varios idiomas e iba muy bien vestido. Podía ser el director comercial de la empresa, el director general o incluso el dueño. En todo momento se comportó de una manera cortés y educada.

—¿Notaste que se produjese algún cambio en él cuando le hablaste de tu descubrimiento?

—En un primer momento una gran sorpresa se reflejó en su rostro, pero rápidamente volvió a la normalidad. En su momento pensé que no me había creído y que la atención que me había prestado se debía más a no defraudar el entusiasmo de un joven. Ahora no sé si pensar que él estaba disimulando.

—¿Qué nacionalidad tenía?

—Sin darme ningún dato concreto me dio a entender que era portugués, pero no me lo pareció. Hablamos en inglés y no fui capaz de situar su país de origen, aunque por su tono de piel morena, podría haber sido de cualquier lugar del Mediterráneo.

—¿Te acuerdas de algún dato más?

—No, después de pensar intensamente las últimas horas sobre ello, me he dado cuenta que a pesar de su tono abierto y amable, me dio mucha información sobre el mercado del aceite de oliva, pero muy poca sobre su empresa y su persona. Yo sí le di una tarjeta, pero él se excusó en que se le habían acabado y me dijo que me enviaría un email con sus datos a la dirección de correo electrónico que venía impresa en la tarjeta que yo le había entregado. Nunca me envió nada, pero tampoco le di ninguna importancia.

—Si recuerdas algún dato sobre él, aunque te parezca trivial, compártelo con nosotros —le dijo Sergio.

—Siento profundamente que nos veamos metidos en este problema por mi culpa. ¡Seré hablador! —dijo con un tono de voz terriblemente compungido — Perdonadme.

—No te preocupes —repuso Sergio conciliador —A cualquiera de nosotros le habría pasado lo mismo. Además, vamos por buen camino para recuperar lo que os han robado. Lo dicho, si recuerdas algo más, no dudes en contárnoslo.

—¡Así lo haré! —exclamó mientras daba por terminada la comunicación.

Siguieron conduciendo y mientras Markel iba al volante, Sergio comprobaba en el portátil que el iPad seguía inmóvil en su última ubicación. Condujeron durante otra hora más hasta llegar a las cercanías de un motel de carretera. Debía ser un lugar donde daban bien de cenar y a buen precio, porque se podían apreciar varios coches y camiones en su aparcamiento.

La web de Apple indicaba que el iPad se encontraba en las inmediaciones, o bien en un coche del aparcamiento o bien en alguna habitación del hotel.

—Acércate a esa zona y apaga el motor —indicó Sergio señalando un lugar oscuro dentro del aparcamiento donde la luz de las farolas del establecimiento no alcanzaba a iluminar.

Markel hizo lo que su amigo le decía y detuvo el coche. Se hizo un sepulcral silencio en el interior del automóvil.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

—La aplicación nos señala que está en esta zona, pero no tiene tanta precisión como para mostrarnos el lugar exacto. Por lo que puedo apreciar, no está en el motel. Es seguro que se encuentra en el parking, pero no sé en qué vehículo —respondió Sergio —Espérame aquí.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a dar una vuelta a ver si lo localizo. Dentro de las opciones de la aplicación de la web de Apple, hay una que soluciona el problema en que nos encontramos, pero hasta ahora no era buena idea el utilizarlo. Desde mi portátil, puedo ejecutarla y hacer que el iPad emita un pitido. Si lo hubiésemos hecho antes con ellos dentro de su vehículo, a nosotros no nos hubiese servido para nada y a ellos les hubiese alertado. Ahora sí es el momento.

Desconectó el cable de alimentación de su portátil al encendedor y bajó la luz de la pantalla al mínimo. Era difícil que alguna persona estuviese observando la zona a esas horas de la noche, pero siempre prefería reducir los riesgos. Sacó un pasamontañas negro de su mochila y se lo puso. La sorpresa se reflejó en el rostro de su amigo.

—¡Un día de estos vas a hacerme el favor de enseñarme todo lo que llevas en esa mochila tuya!

—Te sorprenderías...

—Ya llevé un par de días sorprendiéndome, cada vez que metes mano ahí dentro, sacas un conejo de esa chistera —repuso sonriendo Markel. Y mirando a su amigo detenidamente añadió —Tú eres capaz de llevar dentro uno de esos arcos de los que nunca te separas.

Sergio no respondió a la pregunta implícita que llevaba la frase. Por el contrario, lo que hizo fue, hacer aflorar una amplia sonrisa a su rostro.

—¡No fastidies! —exclamó su amigo comprendiendo que había dado en el clavo.

—Vuelvo enseguida —le dijo Sergio sin responder a su pregunta y ampliando aún más el gesto de su boca.

Cogiendo la mochila, abandonó el automóvil, comenzando a moverse sigilosamente por la zona. Desestimó el aparcamiento de camiones, debido a que era imposible que en un vehículo de esas características se hubiesen desplazado a esas velocidades. Se acercó, escondiéndose entre las sombras, al de automóviles.

Estuvo unos segundos mirando detenidamente los diferentes modelos que se encontraban en aquel lugar. Había unos quince vehículos, de los cuales un par de ellos eran furgonetas viejas que eliminó por el mismo motivo que los camiones. No parecía que hubiesen podido aguantar el ritmo que los ladrones habían llevado.

Del resto eliminó otros cinco, por ser coches pequeños en cuyo maletero era imposible que entrase todo el equipamiento que habían sustraído a sus amigos. Había cuatro coches que le parecían demasiado bajos de gama para un robo de aquellas características y al final redujo su lista a tres posibles candidatas. El que más le convenía era un Audi de la gama Seis, modelo familiar, que parecía relativamente nuevo.

Era un coche lo suficientemente potente para haber circulado durante horas a la velocidad que habían apreciado y lo bastante grande para alojar cómodamente a varias personas en su interior y al equipamiento informático en el maletero. Decidió probar suerte en primer lugar con aquel vehículo.

Se acercó a él y se colocó de tal forma que el coche le tapase, por si alguien estaba mirando desde las ventanas del motel. Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y pulsó en el portátil la opción que hacía que el iPad emitiese un pitido.

—¡Bingo! —exclamó en voz muy baja cuando oyó el sonido de respuesta del dispositivo.

Había acertado a la primera. Era el coche de los ladrones. Apagó el portátil y lo introdujo en la mochila. Se la puso a la espalda y dio una vuelta con mucho cuidado alrededor del automóvil. Miró en detalle el interior del vehículo y no vio ningún objeto a la vista, ni ninguna luz que le indicase que había algún tipo de alarma activada.

Se dirigió decidido hacia el maletero. Desde el exterior no se apreciaba que hubiese nada en su interior. Estaba claro que los ladrones se consideraban a salvo y habían preferido dejar el material en el coche, que llamar la atención, introduciéndolo en el hotel.

Sergio extrajo unas extrañas ganzúas del interior de la mochila, mientras pensaba en lo que diría Markel si pudiese verle. En unos segundos abrió el maletero con un leve clic, que apenas se oyó y levantando solo un poco la puerta del maletero, pudo contemplar a través de la rendija que el material robado se encontraba dentro.

Bajó la puerta sin cerrarla y se dirigió de nuevo moviéndose cautelosamente por las zonas más oscuras hacia su amigo. Abrió la puerta del coche opuesta al motel y se introdujo en el interior.

—¡Lo hemos encontrado! —le susurró en voz baja, mientras señalaba el coche que acababa de abandonar —Es aquel Audi Seis. El familiar. Si no te importa déjame conducir a mí. Quiero que te muevas como me has visto hacer a mí por las zonas más oscuras y te acerques despacio al coche. Sitúate en el lado del conductor. El que está oculto de las miradas desde el hotel. Mientras, yo voy a pegar el maletero de este coche al suyo. Voy a hacerlo con las luces apagadas, por lo que si ves que voy mal dirigido, le voy a pegar u otro error por mi parte me tratas de avisar.

—¡De acuerdo!

—En cuanto ambos vehículos estén juntos, trasladamos los ordenadores de su coche al nuestro y nos largamos como si no hubiese pasado nada.

—¿No averiguamos quienes son los ladrones? —le preguntó Markel muy serio.

—Es demasiado peligroso. Con la sorpresa que se llevarán mañana será suficiente venganza. Lo importante es recuperar los equipos sin llamar su atención y alejarlos de su alcance.

Ambos amigos se pusieron inmediatamente en acción. Markel se dirigió hacia el otro coche y Sergio a oscuras maniobró hasta que los maleteros de ambos coches estuviesen casi pegados. En ese momento abrió el maletero del BMW, se bajó del coche y levantó despacio la puerta trasera del Audi.

—Yo los saco despacio del Audi y tú los metes en el BMW —le dijo en un susurro Sergio a Markel —Es más importante hacerlo sin ruido, aunque tardemos un poco más de tiempo.

—De acuerdo —dijo en voz muy baja su amigo, mientras asentía con la cabeza.

En unos minutos y con mucho cuidado trasladaron todo el equipamiento de un coche al otro. Sólo en una ocasión el roce de dos portátiles emitió un leve ruido, solo apreciable a escasos metros del coche. Con el fin de evitar el dejarse ningún dispositivo por error, también trasladaron un par de maletines que se encontraban junto al equipamiento restante, en el interior del Audi.

Después de verificar que dejaban el maletero totalmente vacío, cerraron ambas puertas de los coches y conduciendo esta vez Markel, salieron despacio del aparcamiento del motel a la carretera sin encender las luces. Afortunadamente, a esas horas la vía no tenía tráfico circulando, por lo que no corrieron peligro de que algún vehículo les embistiese. Cuando llevaban recorridos un par de kilómetros, encendieron las luces y aceleraron.

—¡Yujuuu! ¡Hemos recuperado lo que nos robaron! —y mirando al rostro de su amigo añadió —Gracias. Sin tu sangre fría, tus conocimientos y tu ayuda no lo habiésemos conseguido. Todavía estaríamos decidiendo qué hacer o en la comisaria de la policía rellenando papeles.

—Para esos están los amigos... —respondió Sergio sin darle mayor importancia.

—Sí. Sobre todo los que llevan una mochila como la tuya... —añadió Markel riéndose —¡Vaya elemento estás hecho! Bueno, llamemos a mis hermanos que estarán subiéndose por las paredes de nerviosismo y nos volvemos para casa a toda velocidad.

—Lo siento pero vas a volver solo.

—¿Qué has dicho? —exclamó con una profunda sorpresa en su rostro Markel.

—Que me quedo. Vas a llevarme al sitio más cercano que alquilen coches y me vuelvo a vigilar a los ladrones.

—¡Estás loco!

—No te preocupes. No voy a hacer nada que implique riesgo por mi cuenta. Solo quedarme junto a ellos. Ahora que no tienen el iPad en su poder, no podemos seguirlos y quiero que cuando la policía decida actuar, tenga cómo localizarlos.

—¡Pero puede ser peligroso!

—No. No pienso establecer ningún tipo de contacto con ellos. No correré peligro en ningún momento. No te preocupes por mí.

—Sigo pensando que estás loco. Tenemos lo que queremos y debiéramos dejar el caso en manos de la policía.

—Si no saben dónde localizarlos estarán ciegos y ni los cogerán, ni averiguaremos el motivo del robo. Créeme, es necesario que actúe como señalizador.

—Vale. Tú ganas. Vamos a intentar buscar un lugar donde alquilen coches.

—Un par de cosas más. Hazme caso porque ambas son muy importantes —le dijo en tono serio Sergio a su amigo —Primero. No le contéis todavía a la policía que habéis recuperado los equipos. Os abasarán a preguntas, no tengo claro si lo que hemos hecho es del todo legal en este país y cuando atrapen a los ladrones, éstos les podrían decir cómo hemos recuperado los equipos. Es más seguro que todos sigan en la ignorancia.

—Tiene sentido lo que dices —dijo pensativo su amigo.

—Segundo. Cuando devuelvas el BMW en el aeropuerto de Noain, que no te vea nadie. Deja el coche en el aparcamiento de coches de alquiler y mete la llave en el buzón de la agencia, cuando la oficina se encuentre cerrada. No te preocupes por los gastos. Está todo pagado.

—¿Por qué? —preguntó extrañado su amigo.

—De nuevo por seguridad. Prefiero que a poder ser, no dejemos ningún rastro que te relacione con este coche.

—Lo que tú mandes. Pero tiene triste gracia que además de ayudarnos a recuperar los equipos, corras con los gastos.

—Más adelante ya os pediré algo a cambio. Probablemente las primeras botellas de ese magnífico aceite que vais a poner en el mercado —repuso sonriendo Sergio.

—¡Eso esto hecho! Dime donde encontramos a estas horas de la noche la agencia de alquiler más cercana.

Liubliana. Viernes 7, Agosto 2015

Markel había llevado a su amigo hasta las cercanías de una agencia de alquiler de coches que operaba las veinticuatro horas del día, y se había despedido de él con la promesa de encontrarse en un par de días en Pamplona. Una vez que lo había visto alejarse por la carretera, Sergio había alquilado un coche utilizando de nuevo una identidad falsa.

Esta vez el coche elegido había sido un Volkswagen Golf. A pesar de haber elegido el Golf de mayor cilindrada que tenían disponible, el coche seguía siendo mucho más discreto que el BMW que acababa de dejar. De esta forma podría seguir a los ladrones sin llamar excesivamente la atención.

A Markel no le había contado toda la verdad. Bastante extrañado estaba su amigo con los diferentes aparatos que tenía en su mochila, como para aumentar aún más su curiosidad. Cuando había abierto el maletero del Audi de los ladrones, había aprovechado para ponerles en un lugar escondido, un pequeño dispositivo de seguimiento, que hacía el mismo servicio que había realizado el iPad, pero de una forma más eficiente y segura.

Era mucho más pequeño y en el lugar donde lo había situado, totalmente indetectable. No hacía ninguna falta que se situase en las inmediaciones del Audi y los vigilase visualmente. Podía seguirlos a la distancia que quisiera.

Después de la tensión de tantas horas conduciendo y llevando más de veinticuatro horas sin dormir, buscó el primer hotel cercano. Igual que le había recomendado a su amigo, lo primero que tenían que hacer ambos era recuperar fuerzas, para tener todos los sentidos despiertos y aguzados.

Durmió más de ocho horas seguidas y se despertó sobre la una de la tarde. Encendió su ordenador y contempló en la pantalla de seguimiento, dónde se encontraba el coche de los ladrones. En las últimas horas sólo habían avanzado unos sesenta kilómetros más y el coche se encontraba detenido. Dedujo que habían llegado a su destino final.

—¡Lástima no ver las caras que pongan cuando abran el maletero del coche! —se dijo para sí mismo.

Después de apagar el portátil e introducirlo en el interior de su mochila, se duchó y bajó al restaurante del hotel donde comió abundantemente. Después volvió de nuevo a su habitación a analizar en detalle el lugar donde habían aparcado el coche. Esa noche iba a necesitar estar preparado. Cuanto más conociese sobre la probable guarida de los ladrones, mejor preparado estaría para lo que quería hacer.

Necesitaba conocer los motivos por los que aquellos hombres a casi dos mil kilómetros de distancia de Navarra, se habían trasladado desde tan lejos para robar esos ordenadores. Desde luego no había sido en absoluto un robo casual y la conclusión lógica era que tenía que ver con el descubrimiento que habían realizado sus amigos.

Esa parte le parecía bastante clara, pero se le planteaban varias preguntas para las que necesitaba buscar respuestas. ¿Quiénes eran? ¿Para qué querían aquella información? Sergio dudaba de que fuese para utilizarla en beneficio propio. Más bien parecía el encargo de un tercero. Quería averiguar quién se encontraba detrás de aquella trama y eliminar la amenaza existente sobre sus amigos de manera definitiva. El recuerdo de Japón estaba excesivamente presente en su mente y no quería que se volviese a repetir.



Los tres miembros de la banda de malhechores, habían llegado al solar donde se encontraba su guarida. Aparcaron el coche y se bajaron rápidamente del mismo.

—¡Ya era hora de volver a casa! —exclamó Grigor.

—Sí, ya estaba harto de estar encerrado dentro de este coche y de llevar tantas horas conduciendo —repuso Stoyan.

—Una vez que hayamos descargado los ordenadores y se los hayamos llevado al jefe, me voy a pegar una juerga de varias horas seguidas —volvió a decir Grigor mientras los ojos le refulgían al pensar en la noche de alcohol y chicas con las que se iba a pagar el encargo realizado.

—Colega ¡Me apunto a lo que estés pensado! ¡Nos hemos ganado una buena recompensa! —añadió su compañero.

—¡Venga! ¡No seáis quejicas! ¡No hemos dado un golpe tan fácil en toda nuestra vida! —comentó Ivailo —Mi hermano estará contento.

—Sí. Descarguemos todo el material que llevamos en el interior del maletero y terminemos de una vez con esto. Ivailo, ¿dónde llevamos el material?

—Al despacho de mi hermano. Que lo vea y que nos dé su aprobación. ¡Vamos!

Grigor, se dirigió a la parte de atrás del vehículo para abrir el maletero. En unos segundos, la más grande de las sorpresas se reflejó en su rostro.

—¡No están! —exclamó chillando —¡No están! ¡Los ordenadores han desaparecido! ¡Nos lo han robado todo!

—¡No nos tomes el pelo! —le imprecó Ivailo —No tengo el cuerpo para bromas —añadió mientras se aproximaba rápidamente para ver el contenido del maletero por sí mismo. En unos instantes, contemplaba atónito el maletero vacío —¡No hay nada! ¡Nos han robado!

—¿Cómo es posible? —preguntó en voz alta Stoyan —No nos hemos separado del coche en ningún momento.

Los tres hombres, con rostros que iban desde la extrañeza a la desesperación, estuvieron en silencio durante unos segundos, mientras intentaban pensar qué podía haber pasado.

—¡Sólo nos hemos apartado del coche durante las horas que hemos dormido anoche en aquel motel de carretera! —dijo con voz desolada Stoyan.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Ha tenido que ser allí! —añadió Grigor.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó, mirando con cara desesperada, Ivailo a sus colegas.

—¿Quién se lo dice a tu hermano? —expresó en voz alta Stoyan, con el miedo aflorando a su rostro.

Ese era el temor que poco a poco se iba abriendo paso en la mente de aquellos criminales. Su jefe, Asen Nitchev no era condescendiente con los fracasos. Lo que hacía unos minutos les había parecido el golpe más fácil y rentable de su vida, se había convertido en un enorme problema del que no iba a ser fácil salir bien parados.

—¡Hazlo tú! —dijo Stoyan señalando al hermano del jefe —Si somos uno de nosotros, ¡no nos creará y nos romperá un brazo pensando que le estamos mintiendo!

—¡Sí! ¡Nos torturará pensando que le hemos robado nosotros en beneficio propio! —dijo Grigor con desesperación en la voz —¡Acuérdate lo que hizo con Sokol!

—Voy a intentar razonar con él. —dijo, cabeceando sin mucha convicción en su rostro, Ivailo —Pero preparaos para recibir algún tipo de castigo.



—¿Me quieres hacer creer que os han robado los ordenadores del coche mientras estabais durmiendo en la habitación del hotel? —le preguntó su hermano con la faz contraída por la cólera.

—Sí. He repasado en detalle lo ocurrido en las últimas horas. Y no puede haber sido en otro momento. Ha sido el único rato que nos separamos del coche.

A pesar del ataque de furia que había tenido hacía unos segundos al enterarse de la noticia, de momento no la había tomado con él. Todavía no tenía claro, si porque no había salido de su asombro o porque era su hermano.

—¿Alguno de los hombres que te acompañaban han estado en algún momento solos en el coche?

—No. Durante los tres últimos días, hemos estado juntos a todas horas. No nos hemos separado para nada. Incluso en el motel compartimos la habitación. No han podido hacer ni una llamada telefónica.

—¿Pudo abandonar alguno de los dos la habitación, mientras los otros dos dormíais?

—No. No es posible. Estábamos demasiado cansados y nos dormimos vestidos. Además, era yo el que tenía las llaves del coche en el bolsillo de mi pantalón — respondió su hermano.

—Entonces ¿crees firmemente que alguien os robó mientras dormíais en aquel motel?

—No se me ocurre otra cosa. Como te digo, he estado repasado una y otra vez lo que hemos hecho durante las últimas horas y es el único rato que nos separamos de los ordenadores.

—¡Joder! ¡Os podíais haber subido lo robado a la habitación! —exclamó rabioso el jefe de la banda.

—Lo siento —repuso compungido su hermano —Es cierto que si lo hubiésemos hecho no nos encontraríamos ahora en esta lamentable situación, pero nos pareció que los ordenadores no corrían ningún peligro y que llamaríamos bastante más la atención si los llevábamos con nosotros.

Los dos hermanos se quedaron callados durante unos segundos, al cabo de los cuales, el mayor dijo.

—¿Quién ha podido ser? —dijo mirando a su hermano, aunque la pregunta había sido más para sí mismo.

—No lo sé —respondió su hermano, mientras acompañaba la respuesta con un movimiento de cabeza negativo —Es lo que llevo dándole vueltas a la cabeza desde hace un rato.

—¿Notaste algo raro en los coches de alrededor del vuestro en el aparcamiento del motel?

—No —respondió intentando visualizar mentalmente aquellos instantes —Cuando llegamos ya había oscurecido y no se apreciaba ningún movimiento. Cuando nos volvimos a montar en el coche por la mañana, tampoco me suena haber visto algo raro en los coches de los alrededores. Además..., he estado analizando en detalle la cerradura del Audi y fue un profesional el que la abrió. No presenta ningún arañazo, ni signo de haber sido forzada. El que se encargó de realizar el trabajo, sabía perfectamente lo que se hacía.

—Entonces. No crees que haya sido una banda de carretera que pasaba por allí.

—No. No lo creo. Una banda de carretera no hubiese sido tan delicada. Habrían roto los cristales de varios coches con un martillo o una llave inglesa y se habrían largado a toda prisa, llevando todo el contenido de los mismos. Además de la ropa, todos los dispositivos electrónicos que hubiesen encontrado, como la radio y el GPS —y haciendo una parada, añadió —Es lo que nosotros mismos hemos hecho en numerosas ocasiones. En esos casos no importa ni el ruido que metes, ni el destrozo que ocasionas, sólo el ser muy rápido. El que nos robó, hizo todo lo posible para que no nos enterásemos.

—¿Quién sabía la ruta que ibais a seguir? —preguntó con voz fría el hermano mayor mirándolo detenidamente.

Ivailo comenzó a relajarse internamente. Parecía que por esa vez no iba a sufrir en sus carnes la ira de su hermano mayor. Su prioridad había cambiado a intentar averiguar quién les había robado. No quería estar en el pellejo del que hubiese sido, si su hermano llegaba a descubrirlo.

—Nadie. Ni Stoyan, ni Grigor, ni yo mismo. Elegí las rutas al azar en el GPS, conforme fuimos realizando el viaje. Lo único que hice conscientemente, fue elegir una ruta diferente al ir y otra al volver.

—¿Y alguien os ha podido seguir? —preguntó el hermano mayor intentando desgranar las diferentes posibilidades.

—No lo sé. Pero me parece difícil que no lo hubiésemos detectado en un recorrido tan largo. Además alguno de los tramos por los que pasamos a determinadas horas tanto de la mañana como de la tarde eran inmensas rectas sin mucho tráfico donde hubiésemos apreciado si alguien nos perseguía.

—¿Estás convencido?

—No te lo puedo decir con una seguridad del cien por cien, pero pienso que si alguien nos perseguía, en un momento u otro nos hubiésemos dado cuenta. Ir en un coche tantas horas es muy aburrido y no tienes otra diversión, aparte de oír música, que mirar la carretera tanto por delante como por detrás. Ya sabes que los diálogos con los palurdos que me llevé no son muy amenos. En varias ocasiones les ordené que se callasen porque prefería conducir en silencio. Además, ¿quién conocía lo que íbamos a hacer aparte de nosotros cuatro?

Ambos hermanos permanecieron en silencio, mientras repasaban mentalmente si le habían contado a alguien más de los mencionados, algo sobre el trabajo que les habían encargado.

—Yo no se lo he dicho a nadie —repuso el hermano mayor en tono frío —¿Y tú?

—Yo tampoco, y los que me han acompañado no conocían ningún tipo de detalle. Ni cuanto iba a durar, ni el destino, ni lo que íbamos a hacer. No pueden habérselo contado a nadie —repuso su hermano con convicción.

—Entonces ¿quién narices ha sido? —y al cabo de unos segundos, los ojos se le iluminaron cuando una idea afloró a su cerebro —la única persona de la que estamos seguros que conocía la misión es el individuo que nos ha contratado.

—¿Crees que ha podido ser él? —exclamó sorprendido su hermano —¿Ha podido contratar a dos equipos diferentes para realizar el mismo trabajo?

—No lo sé. Pero es lo único que tiene sentido. Nosotros no sabemos quién es y a lo mejor esto ha sido una treta suya para mantener el anonimato. Si le hubiésemos entregado los ordenadores nosotros, en ese momento hubiésemos conocido su identidad. Quizás ha contratado un segundo equipo de su confianza para quitárnoslo a nosotros. De esta forma sigue siendo un desconocido y probablemente al segundo equipo le pague menos dinero. Realmente no lo sé. Es un razonamiento con lagunas, pero no se me ocurre nada más.

—Pienso como tú. No es muy consistente, pero es sobre lo único que estos momentos podemos trabajar. Eso implica, que él sí que nos conoce ahora.

—Sí. Además, conocía perfectamente cuándo nos íbamos a poner en movimiento, por lo que su equipo no hizo más que esperar apostados en las inmediaciones a que dieseis el golpe. Probablemente os hayan introducido en el coche algún tipo de dispositivo de seguimiento.

—Quiero que mañana llevéis el coche al garaje de Anastas y que os lo desmonte pieza a pieza. Dile que busque con su gente algún tipo de aparato de señalización.

—Sí, hermano —asintió Ivailo —si hay algo no te preocupes que lo encontraremos.



Sergio había esperado hasta que hubiese estado bien entrada la noche para ponerse en movimiento. En cada país, los horarios y las costumbres de la gente son diferentes, pero en Eslovenia era raro que hubiese movimiento por las calles a las cinco de la mañana.

Había recorrido los kilómetros de distancia que le separaban del coche de los ladrones y en esos momentos se encontraba aparcando su propio vehículo a cuatro manzanas de donde le indicaba su portátil que se encontraba el Audi. Antes de salir del Golf, se echó su mochila a la espalda y se puso una gorra calada que le ocultaba el rostro. Se encontraba vestido totalmente de negro para mimetizarse con la oscuridad.

Nada más andar unos pasos, se dio cuenta de que probablemente aquellas precauciones eran innecesarias en una zona como aquella y menos a aquella hora. La más rotunda oscuridad reinaba en las calles de aquella barriada. Las bombillas de las farolas hacía tiempo que habían desaparecido o se encontraban rotas. No había luces en los pisos de los edificios y muchos de ellos daban la sensación de estar abandonados.

Cuando llegó al lugar donde se suponía que estaba el coche que andaba buscando se encontró un solar aislado, con un vetusto y mal cuidado edificio de cuatro plantas que evidentemente había visto mejores épocas. Rodeando el lugar había una cerca de alambre deteriorada y rota en varios lugares. En su día, habría servido para disuadir a la gente de entrar en el interior, pero en esos momentos sólo servía para delimitar la propiedad.

Conforme iba avanzando hacia las casa por el exterior de la cerca, se dio cuenta de que las personas que habitaban dentro no tenían ningún miedo a que alguien se atreviese a invadir su territorio.

Junto a la entrada del edificio había aparcados varios coches de alta gama y cilindradas potentes que no pegaban nada con el resto de la miseria que había visto por las calles de alrededor. Aquello dejaba patente que era el centro de operaciones de algún tipo de banda de delincuentes que dominaba aquella triste zona de la ciudad. Entre los coches pudo distinguir el Audi que habían utilizado los ladrones para realizar el robo.

Se paró en la acera detrás de lo que parecía un viejo coche abandonado, oculto de cualquier tipo de mirada que pudiese venir de aquellas ventanas, y observó durante unos minutos detenidamente las diferentes plantas del edificio.

No había cámaras de seguridad por ninguna esquina. Estaba claro que lo consideraban un gasto innecesario. Se consideraban los amos de la zona y no creían que

ningún chalado se atreviese a entrar en su guarida.

Encima de la puerta del edificio, que se encontraba abierta, había un farolillo rojo, pero no se veía ninguna otra luz, ni se apreciaba ningún tipo de actividad a través de las ventanas. Sergio pensó que aquel farolillo, indicaba que parte del edificio, probablemente la primera y segunda planta, se utilizaban como prostíbulo. La tercera y cuarta planta, se dedicarían a otros fines delictivos y a alojar a los integrantes más importantes de la banda.

Después de realizar varias pasadas visuales por todas las plantas desde su escondite, se decidió a entrar. Para eso se había tomado la molestia de llegar hasta allí. Aunque desconocía cuántos hombres se hallaban dentro del edificio y en qué habitación podía estar lo que quería encontrar, no parecía que hubiese medidas, ni electrónicas, ni humanas, de vigilancia. Si había un momento adecuado para entrar, era aquella tardía hora de la noche, a un par de horas del amanecer. Estaba claro que aquel edificio no tomaría vida hasta dentro de varias horas.

El mayor peligro al que se enfrentaba era tropezarse con alguien que no pudiese dormir o que se hubiese levantado en medio de la noche para ir al servicio. Eso no sería una amenaza si la neutralizaba antes de que gritase o despertase a alguien más. Atados a los muslos del pantalón militar que vestía, llevaba un par de cuchillos de combate modelo USMC Ka-bar, los más apreciados por los marines norteamericanos.

Respirando hondo un par de veces, se quitó por unos segundos la gorra que llevaba puesta, se puso un pasamontañas y de nuevo se volvió a calar la gorra. Acto seguido, caminando firmemente con seguridad, pero procurando no meter ruido, se encaminó hacia la entrada del edificio.

Nada más traspasar la puerta, vio que el local estaba en tan lamentable estado por dentro como por fuera. Por toda la casa se apreciaba un desagradable e insano olor humano repleto de suciedad y sudor. Donde se encontraba, había una especie de recibidor del que salían varias puertas y una escalera que afortunadamente no era de madera, sino de piedra. La tomó y subió cautelosamente hasta el primer piso.

Cuando lo alcanzó, se detuvo por unos instantes, intentando adivinar qué había detrás de las puertas que a derecha e izquierda, ocupaban el pasillo que, desde donde él se encontraba, avanzaba en dirección recta unos veinte metros.

Se acercó con cuidado de no pisar nada, ni meter ruido hasta la primera habitación. A media altura del marco, pudo apreciar un cartel con un número. Dedujo que aquella planta era la parte principal del prostíbulo y que la numeración de las estancias era para indicar a los clientes a qué lugar tenían que dirigirse. Decidió seguir subiendo.

Al llegar a la tercera planta, una vez más se detuvo para discernir qué se podía encontrar en ella. Vio un pasillo similar al de la planta que acababa de abandonar, pero esta vez las puertas estaban mejor cuidadas y no tenían números. Debían dedicarse a otros fines.

No viendo claro qué podía haber detrás de aquellas habitaciones y teniendo en cuenta la idiosincrasia general de los jefes de aquel tipo de bandas, que tendían a considerarse por encima del resto de los mortales, decidió subir a la planta superior.

Los que habitaban aquella planta se debían sentir totalmente seguros, dado que la mayoría de las puertas se veían entreabiertas. Se oían los típicos ruidos de la respiración de gente durmiendo y en alguno de los casos sonoros ronquidos.

Se decidió a entrar en la primera habitación e ir recorriéndolas de una en una hasta encontrar algo que le sirviese. Extremó sus precauciones y se acercó despacio y en silencio a la primera de ellas, que tenía la puerta entornada unos centímetros. No era lo suficiente para ver su interior, pero sí, para distinguir las respiraciones producidas por varias personas.

Pensando en el mal estado del edificio, supuso que las bisagras estarían oxidadas y que chirriarían sonoramente al empujar aquella puerta, por lo que en vez de intentar abrirla de la forma tradicional, la sujetó fuertemente contra la bisagras, desplazándola poco a poco.

El ruido emitido de esta forma fue ínfimo, pero a pesar de ello esperó unos segundos para ver si se generaba alguna reacción en el interior. Nada ocurrió y los ruidos de las profundas respiraciones permanecieron inalterables.

Sergio se agachó y desde una altura cercana al suelo, introdujo la cabeza en la habitación y echó un rápido vistazo. Era un dormitorio ocupado por un par de secuaces que dormían a pierna suelta. Como muebles, solo había un par de camas y unos armarios que debían servir para guardar la ropa. Dudando mucho de que allí encontrase nada que le sirviese, abandonó la habitación.

Repitió la operación en dos cuartos más con los mismos resultados y cuando se acercó al cuarto habitáculo, se encontró con que no escuchaba detrás de aquella puerta signos de que hubiese nadie durmiendo en su interior. Debía ser algún tipo de salón de reuniones. Con el mismo cuidado que en los casos anteriores abrió la puerta y se coló en su interior.

Tal y como había pensado, una enorme mesa y varias sillas a su alrededor indicaban que era el sitio donde se debían reunir aquellos malhechores para discutir los golpes que iban a dar y para realizar sus planes.

Recorrió con la mirada aquel enorme salón y para su sorpresa vio en la parte más alejada de la enorme mesa unos ordenadores de última generación. Le pareció algo anacrónico y fuera de lugar en aquel edificio donde la tecnología brillaba por su ausencia.

Se acercó rápidamente para ver si aquellos aparatos se encontraban en funcionamiento o simplemente eran producto de algún robo y estaban allí para ser vendidos. Nada más acercarse a la mesa, y por la disposición del teclado y del ratón, vio que estaban operativos y que se utilizaban con relativa frecuencia. Por fin había dado con algo que seguramente le suministrara información relevante.

Sin tocar nada, contempló que los ordenadores estaban encendidos y que los monitores no se encontraban encendidos, sino en reposo. La tentación de pulsar el teclado era muy grande, pero no tenía ninguna garantía de que una vez hecho, los ordenadores volviesen a la situación en la que se encontraban en esos momentos y no quería dejar ningún tipo de huella de su presencia.

Afortunadamente disponía de otros medios. Al contrario que aquellos malhechores, él se movía como un pez en el agua en el mundo de la tecnología. Extrajo de su mochila una especie de disco duro portátil y lo enchufó a uno de los conectores USB traseros del primer ordenador. En unos minutos todo el contenido del aquel ordenador pasó a su dispositivo.

Repitió la misma operación con los otros ordenadores y cuando terminó, echó un ojo al resto de la habitación. No vio nada que le pudiese suministrar algo más información. Miró la hora de su reloj de muñeca y se percató de que llevaba más de una hora en el interior de aquel edificio.

Demasiado tiempo. No quería seguir tentando a la suerte, por lo que decidió largarse antes de tener un desagradable encuentro fortuito. Era mejor que aquellos hombres continuasen estando en la ignorancia de que alguien andaba detrás de ellos.

Justo cuando estaba a punto de abandonar el solar, se percató de que se dejaba una cosa que podría delatar su actuación. Miró hacia la casa y no apreciando ningún movimiento se dirigió hacia donde estaba aparcado el Audi en el que aquella banda de malhechores había transportado los ordenadores.

Extrayendo el juego de ganzúas de su mochila abrió el maletero silenciosamente y buscó en el mismo el dispositivo de búsqueda que había depositado allí hacía unas horas. Lo encontró en unos segundos y lo introdujo en el bolsillo de su pantalón. Acto seguido abandonó definitivamente aquel lugar. Se encaminó a paso ligero, pero sin meter ruido, hacia su Golf. Se subió al mismo y condujo de regreso hacia la habitación de su hotel.

*“Libros, caminos y días dan
al hombre sabiduría.”*

Proverbio árabe

Marrakech. Sábado 8, Agosto 2015

Había dormido profundamente varias horas, hasta bien entrada la mañana. Después se había levantado y se había dado un copioso almuerzo a base de huevos fritos, jamón, zumo de naranja y un par de trozos de tarta. Una vez terminado, se había dirigido a su habitación, extraído su portátil de la mochila y dispuesto a analizar la información que había sustraído de aquellos ordenadores.

Conectó el dispositivo a su portátil y se dispuso a estudiar su contenido. Ordenó los archivos por fechas y comenzó a leer los primeros, los más recientes. Le resultó muy complicado. Entre que el búlgaro no era uno de los idiomas que dominaba y que la forma de escribir del que había introducido la información en aquellos ordenadores dejaba mucho que desear, no conseguía entender lo que estaba viendo.

Se conectó a Internet y se ayudó de varios sistemas de traducción que encontró, pero a pesar de ello no avanzó mucho en sus indagaciones. Lo único que le quedó claro era que en las últimas semanas alguien relacionado con aquella banda había realizado algún tipo de trabajo con armas en Marruecos y que aquel encargo se había producido en una finca o propiedad relacionada con olivos, en la zona de Ouzoud.

Estaba claro que aquello tenía relación con el robo que sus amigos habían sufrido y que el aceite de oliva era el punto de unión entre ambos hechos. Decidió llamarlos para tranquilizarlos y para obtener algo más de ayuda a través de ellos.

—¿Sí? ¿Dígame? —Era Jon el que estaba respondiendo a la llamada.

—Hola. Soy Sergio. Probablemente ya sabes que tu hermano Markel y yo nos hemos dividido. Él está de vuelta a casa y yo me he quedado por la zona, para intentar averiguar algo más sobre el robo que habéis sufrido.

—Estábamos al corriente. Markel, nos ha llamado hace un rato para tranquilizarnos y nos lo ha contado todo. ¡Estás loco por haberte quedado allí! ¡Esa gente puede ser peligrosa!

—No te preocupes. Ni saben quién soy, ni donde estoy. He conseguido algún dato más y quisiera realizarte unas preguntas para que me aclares ciertas dudas que tengo.

—¡Lo que quieras! ¡Dispara!

—¿Qué pinta Marruecos en el sector del aceite de oliva?

—Está entre los mayores productores del mundo. En la cultura mediterránea, tanto de los países europeos como en los del norte de África el aceite de oliva ha jugado un papel fundamental en los últimos tres mil años. Piensa que era de los pocos alimentos que, junto con el trigo y el vino, se podían almacenar y trasladar durante varios meses sin alterarse. Marruecos tiene muchos olivares en distintas zonas del país y su producción actual se puede dividir en dos tipos de modelos. La producción realizada por las almazaras propias del país que siguen produciendo el aceite con sistemas arcaicos y poco productivos. La mayoría de esos aceites se destinan a uso interno.

—¿Y el segundo modelo?

—Grandes empresas principalmente españolas han comprado tierras apropiadas para la plantación de olivares y están instalando modernas almazaras con los últimos sistemas de fabricación. La mayoría de este aceite es para la exportación y se vende a las grandes superficies españolas. Después del descalabro ocurrido en los dos últimos años en las cosechas de Andalucía, su baja producción y por lo tanto la subida de precio de este aceite, el aceite proveniente de Marruecos ha sido el que ha sustituido al nacional en las grandes cadenas de alimentación, para su uso diario.

—Por lo tanto se ha convertido en un gran competidor para el aceite producido en España. ¿No es así?

—¡Exacto! Las empresas que han decidido invertir en Marruecos están consiguiendo grandes beneficios.

—A vosotros ¿cómo os afecta?

—No mucho. Nuestra producción no es muy grande, nuestro aceite es de mejor calidad y nuestros clientes prefieren nuestro producto al aceite marroquí. Nuestro mercado es totalmente diferente.

—La pregunta que te voy a hacer a continuación es muy importante. Tómate tu tiempo antes de responderme. Si aplicaseis vuestro nuevo descubrimiento al aceite producido en Marruecos, ¿conseguiríais aceite de elevada calidad?

Durante unos segundos se produjo un silencio en la línea, mientras Jon se tomaba su tiempo repasando mentalmente la pregunta que su amigo le había hecho.

—Depende del tipo de aceite producido. Existen muchas especies de aceitunas y el procedimiento que hemos realizado no lo hemos probado con todas ellas. En Marruecos existen olivares de diferentes especies, por lo que alguna de ellas seguro que nos valdría. En cada caso tendríamos que probarlo. Estoy prácticamente seguro que en los casos de las nuevas plantaciones realizadas por grandes empresas españolas, nuestro descubrimiento funcionaría sin problemas. Como te acabo de decir, para el caso de determinadas plantaciones tradicionales de otras especies, deberíamos hacer ensayos para determinar la validez o no de nuestro método. Lo que creo es que en cualquiera de las situaciones, con pequeñas modificaciones de nuestro proceso, podríamos conseguir una mejora sustancial del aceite original.

—De nuevo te pido que reflexiones con cuidado la respuesta para mi siguiente pregunta.

—De acuerdo.

—¿A vosotros os resultaría más rentable comprar aceite barato proveniente de Marruecos y aplicarle vuestro nuevo hallazgo tecnológico? o ¿utilizar para vuestros productos el aceite de vuestros olivares en Navarra?

—Es difícil responderte con el resultado económico exacto que obtendríamos, sin haber realizado algún tipo de ensayo. Lo que es seguro es que el aceite comprado en Marruecos, nos saldría bastante más barato. El producto final obtenido no sería un aceite tan excelente como el conseguido a través de nuestros propios olivos, pero multiplicaríamos su precio por cinco o seis en el peor de los casos, por lo que en cualquiera de las posibles situaciones que se diesen, sería un negocio redondo.

Bastante extrañado estaba su amigo con su forma de actuar y sus preguntas, por lo que Sergio no quiso contarle que se había introducido en la guarida de los ladrones, pero como sí quiso que no se preocupase por él, decidió contarle su próximo movimiento.

—Jon, vigilando a los que os robaron los ordenadores he encontrado una posible conexión con Ouzoud, por lo que voy a seguir dicha pista hasta ese país.

—¿Qué?

—Que me voy un par de días a Marruecos, a ver si averiguo algo más. Si no recibís noticias mías en un par de días, no quiero que os preocupéis por mí. Ya os llamaré para manteneros al corriente de lo que vaya descubriendo.

—¡Sergio!

—Si ¿Dime?

—Lo que estás intentando hacer es muy peligroso. No queremos que corras riesgos innecesarios por nuestra culpa. Hemos recuperado gracias a ti los ordenadores y con eso para nosotros es más que suficiente.

—Te prometo que no seré temerario, pero quiero llegar hasta el final y conocer qué tipo de amenaza real os acecha. Hasta que no estéis totalmente fuera de peligro no me quedaré tranquilo. Y la única forma de que sea así es conociendo en detalle a qué nos enfrentamos.

—No voy a poder convencerte ¿verdad?

—Verdad. Voy a seguir hasta el final.

—Pues ten mucho cuidado y si lo ves peligroso, por favor abandona. Vuelve sano y salvo a casa. Si te pasara algo no sabríamos qué decirles a tus padres.

—¡Ni se os ocurra contarles nada de estos últimos días a mis padres! ¡Prométemelo! ¡Prométemelo! —exclamó Sergio, que lo último que quería era preocupar con sus

andanzas a sus progenitores —¡Prométeme que nunca les contareis nada de lo que estoy haciendo y de lo que me habéis visto hacer!

—Prometido —le aseguró su amigo, extrañado por la vehemencia con que le había pedido que le hiciese esa promesa.

—Gracias Jon. En unos días tendréis noticias mías.

—¿Sergio?

—Dime.

—Ouzoud en bereber significa aceite —añadió su amigo, finalizando la conversación y colgando el teléfono.

Lo cierto era que la incursión en la morada de los ladrones, le había proporcionado un subidón de adrenalina. Desde su estancia en Japón y los tristes acontecimientos que se habían producido allí, hacía días que no se encontraba tan vivo.

Aunque no iba a cobrar por realizar aquel trabajo para sus amigos, tenía claro que aquello en lo que se estaba metiendo era como cualquiera de los encargos que le realizaban sus clientes y aunque no se lo podía confesar a sus amigos, era seguramente la persona más cualificada para ello.

Se encontraba contento y se sentía muy vivo y excitado en esos momentos. Probablemente había contribuido a ello los instantes de tensión y de acción de los últimos dos días, que contribuían a que todos sus sentidos y reflejos estuviesen despiertos. Adicionalmente, la llamada a Mónica también le había levantado el ánimo.

Lo que tenía muy claro era que estando sus amigos implicados en lo que fuese que estuviese pasando, no iba a dejar sin desentrañar aquella trama en la que sin querer se habían encontrado peligrosamente envueltos. Si seguían ciegos ante lo que pasaba, podían sufrir un nuevo y más peligroso ataque.

Después de consultar en su portátil cuál era el aeropuerto más cercano que tuviese un vuelo a Marrakech en las próximas horas, descubrió que no había ninguno disponible antes de las seis de aquella misma tarde. Decidió acercarse al centro de Liubliana y pasar el tiempo realizando compras de cosas que seguro que le harían falta durante su estancia en el norte de África.

Compró diversa ropa más apropiada que la que llevaba encima y algo de material de acampada que pensó que era probable que necesitara. Todo ello lo introdujo en una gran bolsa de deporte que también adquirió y que junto a su inseparable mochila, compondrían todo su equipaje.

Cuando quedaban un par de horas para el vuelo, había conducido hasta el aeropuerto, donde afortunadamente, la agencia de alquiler de coches dueña del que manejaba en esos momentos, tenía una oficina. A su llegada había devuelto el coche y había cogido un billete para el primer vuelo con destino a Marrakech. Mientras esperaba que transcurriese la hora que le quedaba para la salida, reservó con su portátil una habitación en el hotel Kenzi Menara Palace.

El vuelo transcurrió sin incidencias y comenzaba a oscurecer cuando aterrizaron. Lo primero que hizo al atravesar el control de aduanas fue dirigirse a un cajero electrónico para sacar una cantidad considerable de dinero en metálico. En un país así no se podía confiar solo en las tarjetas de crédito. Después se encaminó a coger un taxi a la salida del aeropuerto. Como era tradicional tuvo que regatear con el taxista el precio de la carrera.

Durante la misma, el conductor no dejó ni un segundo de intentar sonsacarle información sobre su estancia. Si era su primera vez en Marrakech. Si era una visita de negocios o de vacaciones. Que era el conductor que mejor conocía la ciudad y los alrededores y que por un módico precio le podía contratar para todos los días que se quedase durante su estancia en la ciudad.

Sergio le respondió lo suficiente para no ser maleducado, pero sin trabar una conversación animada con él. A sus continuas peticiones de que le contratase para el resto de su visita, respondió con evasivas, diciendo que no tenía claro lo que iba a hacer, ni a donde se iba a dirigir. Por fin llegaron a la entrada del hotel. Sergio pagó el viaje y se despidió cortésmente del conductor, sin comprometerse para nada con él.

Se registró en el hotel y llevó su equipaje a la habitación que le asignaron. Se duchó y bajó a cenar a la planta baja del hotel. Estaba algo cansado y no le apetecía salir a buscar un restaurante por la ciudad.

La cena fue bastante decente y cuando terminó se dirigió a la recepción, donde un joven diferente al que le había atendido hacía un rato, estaba detrás del mostrador. Debía haber cambiado el turno de noche. Tenía cara de avisado y de querer complacer a los clientes del hotel.

—Buenas noches —le dijo Sergio.

—Buenas noches señor. ¿En qué puedo ayudarle?

—Tengo intención de recorrer Marruecos, por la carretera que va desde Marrakech a Fez, pasando por la región de Tadla-Azilal. Me han recomendado encarecidamente que visite las Cascadas de Ouzoud, en la localidad de Tanaghmeilt. Dicen que se encuentran muy bonitas en esta época del año —le dijo Sergio con una amplia sonrisa en su rostro.

Por unos segundos un gesto de extrañeza se reflejó en el rostro del joven. Estaba claro que con las múltiples posibilidades que ofrecía a sus visitantes pasar unos días en Marrakech, principalmente visitando su famosa plaza de Yamaa el Fna, la petición de aquel cliente era de lo más rara.

—No es una ruta habitual para realizarla en taxi, pero si lo desea, le busco uno de confianza y se lo tengo preparado para cuando usted quiera. Eso sí, teniendo en cuenta el recorrido, prefiero avisarle ahora de que le va a salir caro el viaje ¿Para cuándo lo necesitaría?

—He venido de visita sin prisas —mintió Sergio —pero me gustaría salir de viaje en cuanto fuese posible. En vez de un taxi, preferiría algún transporte más tradicional. A lo mejor me quedo de acampada por la zona, disfrutando de los anocheceres. Me han dicho que son espectaculares. Ya iré buscando medios de transporte que me lleven de un lado a otro.

—Veré qué puedo hacer por usted. ¿Le da igual viajar en un autobús o en una furgoneta de reparto local? —preguntó el recepcionista con un tono que dejaba claro que no lo recomendaba en absoluto para un extranjero.

—Sin problemas. Me parecería perfecto. De esta forma me empaparía más de la forma de vida real de la gente de Marruecos. Por cierto si decido acampar cerca de la carretera, ¿puede ser peligroso?

—Marruecos en general es uno de los países del norte de África más seguros, pero yo le recomendaría que si decide hacer una parada en medio del camino, se quede en algún poblado. Por poco dinero conseguirá que alguno de los habitantes del pueblo le aloje en su casa o en un almacén o algo similar. Siempre estará más resguardado y protegido.

—Muy buena idea. ¿Entonces qué medio de transporte me recomienda?

—Déjeme unas horas para que le busque algo. ¿A qué hora piensa bajar mañana a desayunar?

—Sobre las ocho de la mañana, más o menos.

—Perfecto, para entonces casi seguro que le habré encontrado algún medio de transporte. Pregunte a mi compañero del turno de mañana. Para esa hora le habré dejado una solución a lo que usted necesita. Si no le convence, le buscaremos otra.

—Muchas gracias —le dijo Sergio mientras le tendía la mano con una propina de veinte euros.

La sonrisa del recepcionista se ensanchó notablemente al quedarse con el billete. De esa forma Sergio se aseguraba de que se pondría a buscarle un medio de transporte con toda su dedicación.



A la mañana siguiente después de ducharse, bajó a la espléndida cafetería del hotel a desayunar. A Sergio, en la realización de sus trabajos, además de utilizar documentaciones de diferentes personalidades, le gustaba el disfrazarse o al menos vestirse con indumentaria que le mimetizase en cada ocasión con el ambiente en el que se encontraba. La experiencia le había enseñado que siempre era mejor o bien pasar desapercibido, o bien parecer inofensivo.

Se había vestido con la típica ropa de turista que va a realizar por primera vez una excursión por un país africano. Pantalón y camisa de color caqui, unas robustas y cómodas botas y un sombrero. La ropa era la que había adquirido el día anterior en Liubliana y con ella presentaba la apariencia del típico extranjero novato.

Con la intención de mejorar su disfraz, se había puesto unas enormes gafas de concha de color marrón que le aportaban un aire de intelectual despistado. Para finalizar, se había colocado la correa de una moderna máquina fotográfica en torno al cuello.

Se tomó una tortilla, unas salchichas y un par de tazas de café con croissants. Al terminar se dirigió resuelto hacia el mostrador de la recepción del hotel. Otro joven marroquí, con el mismo estilo de espabilado y ganas de agradar a los clientes, había sustituido al de la noche anterior.

—Buenos días —le saludó Sergio amablemente con un tono levemente exagerado.

—Buenos días señor —le respondió el joven moreno en un tono similar —¿En qué puedo ayudarle?

—Mi habitación es la trescientos cinco. Su colega de turno de noche, me iba a buscar un medio de transporte para una excursión que pensaba realizar desde aquí a Ouzoud.

—¡Ah! ¡Es usted! —exclamó el joven dando a entender que estaba perfectamente al tanto de la situación —pienso que mi compañero lo ha solucionado satisfactoriamente según sus requerimientos —y mirando el reloj que se encontraba detrás de él añadió —en veinte minutos, sobre las nueve vendrán a buscarle.

—Pero ¡le dije a su compañero que no quería un taxi! —respondió Sergio en un tono levemente enfadado.

—¡No! ¡No se preocupe! —dijo rápidamente el recepcionista que lo último que deseaba era llamar la atención de la gente que se encontraba por los alrededores —¡No es un taxi! Como usted dijo es un sistema más sencillo. Uno familiar de uno de los amigos de mi compañero tiene un pequeño camión con el que suele realizar el recorrido desde Marrakech a Fez, una vez por semana. Además de transportar mercancías, suele aprovechar para llevar a quien vaya a realizar la misma ruta y así aprovecha y obtiene un dinero extra. ¿Le parece adecuado? —le preguntó con una cara que mostraba cierta ansiedad por que fuese así.

—Me parece bien —respondió Sergio tras unos segundos como si verdaderamente lo hubiese estado pensando.

—En este recorrido estarán acompañados de otra persona que también va a realizar el viaje. Espero que no sea un inconveniente para usted.

—En absoluto. ¿Cuánto me costará? —preguntó a su vez Sergio, poniendo en su rostro un gesto de suspicacia del turista que no quiere que le timen.

—No lo sé señor —respondió encogiendo los hombros el recepcionista —Eso lo tendrá usted que tratar con el conductor, pero no creo que sea mucho. Como le he dicho, con el viaje salen los dos ganando. Usted va a donde quiere y él saca un dinero adicional.

—De acuerdo —dijo Sergio, mientras que, de igual manera que había hecho la noche anterior con su compañero, le tendía la mano con veinte euros en su interior —Voy a mi habitación a por mi bolsa de viaje. Y después, estaré esperando en ese salón de ahí al lado leyendo la prensa internacional. ¿Me podía avisar cuando llegue mi medio de transporte?

—Por supuesto señor —respondió el recepcionista con una ancha sonrisa en su rostro, feliz y contento con la propina que se había ganado —No se preocupe. En cuanto llegue le avisaré a usted de inmediato.



Estaba ojeando un periódico francés, cuando por la puerta del salón asomó el rostro del recepcionista. Se acercó a él luciendo una amplia sonrisa en su faz.

—Señor. Su medio de transporte ya ha llegado. ¿Tendría la amabilidad de acompañarme?

—Por supuesto —respondió Sergio mientras cogía la bolsa de viaje y la mochila que se encontraban a sus pies.

En unos segundos llegaron al mostrador de recepción, donde con un rostro temeroso de la persona que se encuentra fuera de lugar, les estaba esperando un hombre de unos cincuenta años. Su rostro y su cuerpo curtidos por el sol, mostraban los signos de aquel que se gana la vida trabajando duramente.

—Señor —dijo el joven marroquí en su papel de hacer las presentaciones —Este es Hamed. El conductor del vehículo en el que realizará el viaje.

Y dirigiéndose hacia el conductor y cambiando al idioma local, le habló rápidamente y en un tono rígido. Por el lenguaje empleado, Sergio creyó entender que le indicaba que tratase bien a aquel turista.

—Good morning —le dijo en un pobre inglés mientras dirigía su mirada a Sergio intentando componer en aquel curtido rostro una sonrisa.

Parecía que la comunicación entre ambos durante el viaje, iba a tener que realizarse mediante una mezcla de palabras sueltas en inglés y múltiples gestos.

—Good morning —le respondió Sergio.

El conductor le hizo una señal para que le siguiese y mientras ambos abandonaban el salón de entrada, el recepcionista le dirigió un gesto de despedida alzando la mano.

—¡Señor! ¡Que disfrute con el viaje y esperamos verle muy pronto de nuevo en nuestro hotel!

Sergio le hizo un ademán similar con la mano y se dispuso a caminar detrás del conductor. Abandonaron el hotel y apartado del mismo, a unos doscientos metros se encontraba el vehículo que iba a ser su medio de transporte. Era un pequeño camión, algo más grande que una furgoneta. Constaba de una cabina donde entraban el conductor y otras dos personas y una zona trasera descubierta donde llevaba las mercancías.

La barquilla de la parte trasera era un cajón metálico de aproximadamente cuatro metros de largo por tres de ancho, rodeado en sus laterales por unas planchas de hierro oxidado, que impedían que la carga se cayese.

Al acercarse al pequeño camión pudo ver que de espaldas a ellos y en la zona de atrás junto con las mercancías se encontraba sentada una persona. En su rudimentario inglés y acompañado de gestos, el conductor le indicó que podía sentarse junto a él en la cabina, o bien ocupar un lugar junto a la otra persona en la zona de atrás del camión.

Sergio, metido en su papel de turista, le indicó que prefería ir sentado en la parte posterior. Lo que verdaderamente deseaba era conocer cuanto antes con qué personas iba a viajar y si podrían resultar algún tipo de estorbo para él. También aprovechó el momento para negociar el precio del transporte. Después de un breve regateo acordaron el precio de cuarenta euros. Sergio estaba seguro que era más dinero que lo que aquel hombre iba a sacar con su camión transportando aquellas mercancías.

Se dispuso a ocupar su lugar y exagerando su torpeza, le pidió al conductor que le ayudase a subirse a la parte de atrás. El conductor bajó la cartola que impedía que las cosas que transportaba se cayesen y le ayudó a subir al interior de la zona de carga del camión.

Un par de pequeños asientos metálicos recorrían lateralmente aquel cajón. Dos terceras partes del mismo estaban ocupadas por las mercancías y en la parte de asiento que quedaba libre se encontraba sentado sobre un desastrado cojín el otro viajero.

Cuando, ayudado por el conductor se encaramó al camión, el otro pasajero se giró para mirar a Sergio. Aquella fue la primera gran sorpresa del día. Debido a que llevaba un amplio pantalón y camisa, ambos de color negro, y llevaba la cabeza cubierta por un pañuelo de color rojo oscuro, Sergio había pensado inicialmente que su acompañante iba a ser un hombre. Pero no, indudablemente se trataba de una mujer.

Y ¡qué mujer! A pesar de que con sus holgadas y vulgares vestimentas había intentado eliminar cualquier vestigio de femineidad que resultase visible, su objetivo había resultado imposible. A pesar de que el pañuelo le cubría toda la cabeza y el cuello, dejando solo a la vista el perfecto óvalo de su rostro, era absolutamente insuficiente para ocultar la increíble hermosura de aquella cara. Completaba su indumentaria una negra mochila de tamaño medio que tenía a sus pies.

Era una auténtica belleza, por debajo de los treinta años y a pesar de no ir ni maquillada, ni arreglada, su cuerpo y su rostro irradiaban sensualidad por todos sus poros.

Aunque no tenía apariencia marroquí, ni musulmana, su ovalada cara estaba morena. En parte por su tipo de piel y en parte por el bronceado solar. Sus enormes ojos negros, inmensos como el infinito, le atrapaban a uno en su interior y aquellos amplios y carnosos labios incitaban a cualquier hombre a probarlos.

El pañuelo que llevaba en la cabeza sólo dejaba vislumbrar algunas hebras de su cabello. A Sergio le parecieron de un color caoba brillante, que se mezclaba con el color rojo del pañuelo. Aunque lo intentara disimular, aquel rostro en su conjunto mostraba una mezcla de inteligencia, picardía y frescura a partes iguales.

Sergio, que era un maestro del disfraz, se dio cuenta inmediatamente que al igual que él, aunque con otro estilo, aquella mujer intentaba por todos los medios disimular su belleza y parecer mucho más simple y vulgar de lo que verdaderamente era.

Se sentía totalmente intrigado por la presencia de aquella muchacha en aquel camión y se prometió averiguarlo cuanto antes. Las holgadas ropas pretendían esconder una anatomía delgada, y según la intuición de Sergio, atlética. Hasta el dulce olor que despedía su cuerpo contrastaba con el ambiente seco y especiado tan propio de aquella ciudad.

A pesar de las ropas con las que pretendía sin éxito esconder sus encantos, aquella mujer no había podido resistirse a darse un toque de perfume. Era una fragancia embriagadora para cualquiera que se encontrase tan cerca cómo él. Todavía no sabía por qué, pero todos sus sentidos le mandaban señales de que esa mujer no encajaba en aquel lugar de ninguna de las maneras.

—Good morning —dijo mientras se quitaba el sombrero y le hacía un cortés saludo dirigiéndose a ella en inglés, intentando disimular con ello, el fuerte impacto que le había causado aquella preciosa mujer —Mi nombre es Manuel.

Para no parecer agresivo en sus gestos y queriendo mantener inicialmente las distancias hasta conocer más sobre su misteriosa acompañante, se sentó en el banco metálico enfrente al que ella ocupaba.

—Good morning —le respondió a su vez mirándole a los ojos, en un perfecto inglés con un tono elegante y una melodiosa voz, pero sin decirle su nombre.

El conductor atrancó de un golpe la cartola del camión. Con el cerrojo dispuesto al efecto comprobó que no se abriese por el movimiento y después de comprobar que estaba seguro, se encaminó hacia la cabina donde ocupó su puesto al volante. Les pegó un chillido de aviso, indicando que iba a poner el camión en movimiento y se dispuso a arrancar el motor.

Después de tres intentos, por fin se oyó el sonido renqueante de los cilindros al ponerse en movimiento. El ruido emitido por aquel motor era el producido por un conjunto de viejas piezas mecánicas que han sido exprimidas mucho más allá de su vida útil. Sergio pensó que sonaba como si cada nuevo viaje fuese una aventura. Esperaba que pudiesen llegar sin problemas a su destino.

Con un traqueteo lento y constante el viejo camión empezó a cumplir tozudamente con sus obligaciones y se desplazó lentamente, primero por las avenidas bien asfaltadas de Marrakech y después por las carreteras más irregulares de aquella región. Iban a una velocidad más o menos constante de unos ochenta kilómetros por hora. Algo más de prisa de lo que Sergio hubiese apostado en un primer momento.

Los dos ocupantes de la parte trasera del camión intentaban acomodarse lo mejor posible. Los viejos cojines sobre los que estaban sentados eran a todas luces insuficientes para evitar el continuo golpeteo de sus traseros contra los asientos metálicos donde iban situados. Ambos iban concentrados en las vistas del árido paisaje por el que se iban desplazando, e inicialmente respetaron el silencio del otro.

A izquierda y derecha de la carretera, una seca tierra rodeaba la caliente y negra cinta de alquitrán por la que se desplazaban. Conforme se iban alejando de Marrakech, los pueblos que en las cercanías de la ciudad se encontraban cada pocos kilómetros, se iban haciendo cada vez más distantes. Lo mismo ocurría con los vehículos con los que se iban cruzando, de tal manera que durante la mayor parte del tiempo, viajaban sin cruzarse con nadie y sólo de vez en cuando se encontraban con otro viejo coche, furgoneta o autobús que se desplazase en dirección contraria a la suya.

Ambos viajeros se lanzaban breves miradas furtivas en los momentos en los que pensaban que el otro estaba distraído mirando algún detalle del paisaje. Las miradas se hicieron más y más frecuentes hasta que para ambos se hizo patente la curiosidad que el uno despertaba en el otro. Al final luciendo una espléndida sonrisa en aquellos sensuales y carnosos labios ella rompió el silencio.

—¿No me va a dirigir la palabra? —le preguntó en un inglés cuyo lugar de origen él no supo identificar. Su voz tenía una entonación divertida mientras le miraba fijamente con aquellos felinos ojos negros, capaces de hipnotizar en segundos a cualquier hombre —¿No le gusta hablar con desconocidas?

—Perdone —le respondió él simulando estar entre nervioso y avergonzado —Es la primera vez que visito Marruecos y no conozco las costumbres de este país. No tenía claro cómo debía actuar. En el mío cuando las mujeres van de tan riguroso negro —añadió señalando las ropas que ella llevaba puestas —suele ser porque han tenido una pérdida familiar cercana, generalmente el marido. No me atrevía a dirigirle la palabra por temor a molestarla en estos terribles momentos por los que debe estar pasando.

—¿Ha pensado que yo estaba de luto? —le preguntó ella con una enorme sorpresa reflejada en su cara.

La risa acentuaba aún más la belleza y expresividad de aquel rostro, dotándole de jovialidad y frescura. Era una sonrisa capaz de iluminar el gris de un día de tormenta. Sergio se sintió tremendamente atraído por aquella preciosa mujer.

—Sí. Disculpe mi torpeza. Por lo visto no es así y no sabe cuánto me alegro de ello—repuso Sergio simulando de nuevo azoramiento y vergüenza, ante la risa que afluía en la boca de ella.

—¡No! ¡Qué va! ¡En mi vida he estado casada! Lo que ocurre es que para pasar desapercibida en estas tierras, es mejor vestirse de negro que utilizar llamativas ropas de colores. Soy de nacionalidad turca, pero en la actualidad vivo y trabajo en Alemania.

—No lo entiendo —siguió en su papel de turista inocente —¿para qué querría una mujer como usted pasar inadvertida en estas tierras?

—Mi nombre es Hanna. Soy periodista y estoy intentando realizar un reportaje sobre las bandas de ladrones que ocasionalmente asaltan a los turistas por la zona central de Marruecos

—No sabía que los ataques a turistas fuesen tan frecuentes en Marruecos —repuso con un tono entre sorprendido y temeroso de ese tipo de sucesos.

—No suelen ser frecuentes en las grandes ciudades porque hay mucha policía y el gobierno de este país, conociendo sobradamente lo que el turismo significa para la economía nacional, persigue enconadamente a ese tipo de bandas —estaba claro por la sonrisa condescendiente que esgrimía ella, que se estaba divirtiendo con aquel joven tímido e inseguro —Pero, en las carreteras secundarias y sendas menos concurridas por donde transitan turistas más aventureros como mochileros y aquellas personas ávidas de recorrer caminos alejados de los habituales, son donde estas bandas tienen sus áreas de actuación.

—¿Por qué?

—Porque son delincuentes con pocas miras, que roban solo para subsistir, no para hacerse ricos. Saben que atracando a este tipo de turistas no se arriesgan mucho —mirando significativamente la moderna cámara fotográfica que a su acompañante le colgaba del pecho le preguntó —¿Cuánto vale ese aparato?

—Entre el objetivo y el cuerpo, unos mil quinientos dólares —le respondió Sergio, mientras simulaba mediante un acto reflejo, el coger la cámara con las dos manos y sujetarla más fuerte, como si alguien se la fuese a arrebatar.

—Para una de estas bandas compuesta por cuatro o cinco ladrones, el vender su cámara por la mitad de ese dinero puede suponer el vivir decentemente durante un mes.

—¡No sabía que el recorrido que estamos haciendo pudiese resultar tan peligroso!

—No necesariamente. Como todo en esta vida es cuestión de suerte o de estadística. La famosa ley del ochenta veinte con algunos ligeros cambios. Al noventa y cinco por ciento de los mochileros y turistas que se internan por parajes menos transitados, no les ocurre nada, pero al otro cinco por ciento sí.

—Espero fervientemente que entremos dentro del noventa y cinco por ciento —añadió él, poniendo cara de circunstancias.

—Pues yo, para poder realizar bien mi trabajo y escribir un buen reportaje, preferiría ser parte del otro cinco por ciento.

Mientras pronunciaba estas palabras y durante un brevísimo instante, el cuerpo de ella se tensó y vestida de negro como estaba, pareció una pantera a punto de saltar sobre su presa. Un brillo fugaz de emoción se mostró en sus ojos y su bello rostro adquirió mayor concentración. Después, con la misma velocidad con que había aparecido, el gesto se evaporó.

Daba la sensación de que aquella joven hacía días que no hablaba con alguien de su misma edad y se lo estaba pasando estupendamente contándole sus peripecias y viendo el asombro en aquel rostro, que mostraba a una persona apegada al asfalto de la ciudad y a un probable oficinista o ejecutivo, que estaba viviendo la mayor aventura de su sencilla vida.

Sergio, por su parte, también estaba encantado con lo que ella pensaba de su situación. Lo que menos se esperaba era poder compartir aquel viaje con una preciosidad como aquella. La vida le había enseñado que en la mayoría de las situaciones a las que se solía enfrentar, era mejor parecer una persona débil e indefensa que todo lo contrario. En caso de tener que pasar a la acción, la sorpresa estaba de su parte. De todas formas pensaba disfrutar con la compañía de aquella mujer y averiguar lo más posible sobre ella.

—No entiendo mucho de su trabajo, pero, para poder escribir un reportaje veraz y fidedigno sobre el tema, independientemente de las historias y vivencias que recoja de la gente, entiendo que necesitará en algún momento tener contacto con los bandidos. Perdone, pero preferiría que no ocurriese justo en el trayecto que hace conmigo. Además ¡Es una mujer! ¡Puede resultar muy peligroso para usted!

—No se preocupe. Sé cuidarme bastante bien. Ya me he visto en situaciones parecidas y hasta la fecha he salido bien parada de todas ellas. Hay que saber cuándo es el momento adecuado de salir corriendo sin mirar atrás.

—Pues espero que la suerte y la intuición le siga acompañando durante mucho tiempo. ¿Para qué periódico trabaja?

—Soy una periodista independiente. Cuando tengo el reportaje terminado, lo presento a varias revistas y aquella que lo quiere y mejor paga es a la que se lo vendo.

Por cierto, si te parece, nos podemos tratar de tú. Es mucho más cómodo y ninguno de los dos llegamos a los treinta años.

—Por mi parte ¡estupendo! —y en su afán de conocer más sobre ella, le preguntó —¿No llevarás contigo alguno de tus trabajos? Me encantaría verlos.

—No. Sólo llevo una pequeña cámara, papel y bolígrafo. Como comprenderás, si me molesto en ir disfrazada de esta manera, no voy a estropear mi imagen portando un ordenador u otro tipo de material que me delate.

—Sí, es perfectamente comprensible.

—¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

—Mi vida es mucho más vulgar y sencilla que la suya. Mi nombre es Manuel Muñoz y soy mexicano. Trabajo como jefe de contabilidad en una empresa de Nogales

—le respondió Sergio. Evidentemente el hecho de ante ella elegir aquel país cerca de los Estados Unidos como lugar de residencia, le facilitaba el que no despertase sospechas el que hablase inglés y español de manera fluida.

—Como yo ya te he contado que es lo que hago en este camión, entiendo que no es una indiscreción si te pregunto qué te ha traído a este continente —repuso ella.

—No, en absoluto. Tenía una novia con la que había planificado el viaje a este país desde hacía meses. Ella era historiadora y algo aventurera. Como tú. A través de los libros que había leído, le había llegado a subyugar esta zona de África.

—¿Y dónde está? —al cabo de unos segundos, al ver que él guardaba silencio y no le respondía añadió —Disculpa. Lo habéis dejado y ella no quiso venir.

—Algo así —dijo mientras en su rostro se reflejaba la tristeza del recuerdo de Yoko. Las mentiras más creíbles eran las que contaban medias verdades —Como te he dicho, vivíamos en Nogales. Por motivos de trabajo, tuvo que desplazarse unos días a Veracruz, una de las ciudades más peligrosas de México. Estaba en el lugar equivocado, en el momento equivocado y la mataron.

—Lo siento. Lo siento mucho.

—¿Y con lo que pasó no preferiste cancelar el viaje?

—La verdad es que llevo unas semanas que no sé qué hacer. No me acostumbro a estar sin ella. Cuando hace meses comenzamos a hablar del viaje, me daba igual el lugar de destino y sólo pensaba en lo que íbamos a disfrutar juntos. Yo nunca había hecho este tipo de viajes por parajes desconocidos, pero conforme íbamos planificando en detalle el viaje e iba conociendo más sobre las posibilidades de este país, me fui contagiando de la ilusión y entusiasmo que despertaba en ella.

—La debías querer mucho...

—Sí. Todavía no me hago a la idea de que la haya perdido. A veces sigo viéndola cerca de mí. Al final, han sido tres los motivos que me han llevado a emprender este viaje. El primero, el honrar debidamente su memoria. Aunque sea una tontería, el no hacerlo me parece despreciar toda la ilusión que habíamos puesto los dos. Si al menos yo hago el viaje, para mí será como si lo hubiésemos realizado juntos los dos. Esté donde esté ella, cuidando de mí desde allá en el cielo, sé que le gustará.

A pesar de la violencia que imperaba en su país, los mexicanos tenían merecida fama de devotos religiosos, por lo que las explicaciones de Sergio hacían más verosímiles su historia.

—Esa pulsera ¿te la regaló ella? —le preguntó mientras señalaba su muñeca izquierda.

—Sí. En cierto modo, está imbuida en su esencia y es como si continuase todavía a mi lado.

—¡Qué románticos sois los latinos! —exclamó su compañera de viaje.

Sergio esbozó una sonrisa. Lo que le había dicho contenía más verdad de lo que ella podía suponer. En este mundo hay cantidad de objetos que por su valor y singularidad solo están al alcance de unos pocos privilegiados que los pueden pagar.

Lo que no podía imaginar aquella mujer sentada a su lado era que el padre de Yoko, Ryu, jefe del clan Yoshida había mandado a una empresa suiza especializada en aquel tipo de trabajos, que con las cenizas de su incinerada hija y por un sofisticado sistema de alta presión fabricase un par de diamantes que mandó engarzar en dos pulseras de titanio.

Sergio había perseguido y capturado al escurridizo asesino de la joven. No por su padre, con el que no se llevaba bien, sino porque Yoko había sido su mejor amiga. Cuando lo atrapó, llamó a Ryu para entregárselo. Como recompensa le pidió a cambio una de las dos pulseras.

—¿Cuál es el siguiente motivo?

—El segundo motivo, es que rodeado en mi piso de sus cosas y recuerdos, me estaba volviendo loco. El escapar de allí unos días y cuanto más lejos mejor era una cosa que a todas luces necesitaba.

Viendo que después de las frases anteriores, Sergio se había callado, ella le miró detenidamente con aquellos brillantes ojos negros.

—¿Y el tercer motivo?

—El viaje estaba pagado. Ya sabes cómo son las agencias de viajes y las compañías aéreas. Una vez que has realizado la reserva y abonado los importes correspondientes, no hay forma de recuperar el dinero.

—Sí. A mí también me ha pasado alguna vez. Solamente en el caso de que te estés muriendo por una enfermedad o tengas un juicio, te devuelven el dinero.

Marrakech. Domingo 9, Agosto 2015

La mañana había ido transcurriendo y el sol empezaba a lucir alto en el cielo. La temperatura había ascendido varios grados y el metal de la caja del camión había cogido tal calor, que los pasajeros evitaban el roce de la misma. En un momento dado, Sergio se levantó y de donde se hallaba la carga cogió un par de telas, que echó por encima de las placas de metal que estaban a sus espaldas. De esta forma pudieron apoyarse de nuevo en ellas.

Hacia casi una hora que se habían alejado de la carretera principal e introducido por una secundaria que les llevaría a su destino, la calidad de la vía había disminuido considerablemente y ahora transitaban por un camino de tierra y algo de grava, que serpenteaba por aquellos desérticos parajes. A los lados del camino había hecho su presencia la arena del desierto,

¡Buuuum! Una tremenda explosión se produjo en la parte delantera del camión, en el lado del conductor. El brutal impacto, hizo volcar el pequeño camión.

Los reflejos de años de entrenamiento se pusieron inmediatamente en marcha. Mientras el camión comenzaba a ladearse hacia el lado del camino opuesto a donde había sucedido la explosión, Sergio en un solo movimiento tiró su bolsa de viaje lejos del vehículo y saltó hecho un ovillo sobre sí mismo.

Intentaba alejarse lo más posible de aquella caja metálica, para no quedar aprisionado bajo el peso de la misma, al dar la vuelta el vehículo. Fugazmente, mientras saltaba, por el rabillo del ojo pudo vislumbrar cómo aquella misteriosa mujer, realizaba unos movimientos parecidos a los suyos.

Aquello no hizo más que aumentar aún más sus sospechas sobre los verdaderos motivos que habían llevado a aquella joven hasta aquel camión. Lo que estaban haciendo ellos con aquellas acrobacias, no estaba al alcance de las personas normales. No se enseñaba en ningún gimnasio. Solo en el ejército y a selectos cuerpos especiales.

Cuando tocaron suelo en su caída, ambos ya habían girado sus cuerpos para intentar minimizar el impacto contra el terreno, controlando así la caída y exponiendo la menor parte de sus extremidades al choque. Tuvieron suerte. En aquel tramo desértico, la arena redujo sustancialmente el impacto producido por sus caídas.

Para intentar mantener su papel de joven inocente e indefenso, en el último momento Sergio se quedó tirado en el suelo en una posición desmadejada. Ella sin embargo después de dar un par de volteretas, terminó con un perfecto giro, de pie. Acto seguido adquirió una posición defensiva y miró en todas direcciones intentando ver desde dónde se había producido el ataque.

—¡Ay! —Se lamentó él desde el suelo.

—¿Cómo estás? —le preguntó ella, mientras rápidamente se desplazaba los pocos metros que les separaban hasta llegar a su lado.

—Creo que bien. Me duele un poco el costado, pero pienso que afortunadamente no me he roto ningún hueso en la caída.

Para acompañar las palabras que decía y simulando comprobar su estado, se levantó despacio, mientras se palpaba piernas y brazos. Ella le agarró del brazo y tiró de él.

—¡Pongámonos a cubierto detrás del camión! —le ordenó en un tono marcial totalmente diferente a aquel tan amable que había usado durante el resto de su viaje.

—¿Por qué? —preguntó él con un gesto de sorpresa, mientras simulando un acto reflejo de propiedad cogía su bolsa de viaje.

—Probablemente nos han disparado una granada.

—¿A nosotros? ¿Por qué?

—Ni idea. Pero es mejor durante los próximos minutos estar atentos y preparados para otro posible ataque.

Y como si alguien hubiese escuchado sus palabras, se oyó el tableteo de unas ametralladoras AK-47 escupiendo balas. Tres hombres vestidos con ropa tradicional marroquí, sin ningún tipo de distintivo, salieron de detrás de una formación de rocas de unos cuatro metros de alto y diez de largo capaz de esconder a varios vehículos. Habían permanecido ocultos allí hasta su llegada.

No apuntaban a ningún blanco en concreto, solo avanzaban hacia el vehículo disparando e intentando alcanzar a cualquiera que hubiese sobrevivido al impacto. Afortunadamente, el camión había volcado de lado y la caja metálica de carga les hacía de parapeto.

Sin que hubiese hecho falta que su acompañante le alertase, Sergio había abierto su bolsa de viaje y se estaba preparando para repeler la agresión. Hanna, concentrada en mirar hacia sus agresores, no se había percatado de lo que ocurría a sus espaldas.

La joven metió la mano en su holgada vestimenta, y para sorpresa de Sergio, extrajo una Glock 19. Era una pistola pequeña capaz de albergar dieciséis balas en su interior.

—“Decididamente —pensó Sergio —aquí pasa algo raro. Creo que la historia que me ha contado es tan falsa como la que le he narrado y o”.

Sus atacantes se encontraban ya a escasos metros del camión y pararon un momento para cambiar los gastados cargadores de sus ametralladoras. De cerca tenían la pinta de ser marroquíes, probablemente bandidos de la zona.

La mujer a su lado aprovechó ese instante, para asomarse por el lateral derecho del camión y disparar varias veces. Dos de los atacantes resultaron alcanzados varias veces en el pecho y cayeron fulminados.

¡Clac! ¡Clac! Se oyó cuando ella intentó disparar una vez más su arma contra el último de sus atacantes. No salió nada por el cañón de la pistola. Inoportunamente, el cargador del arma se había atascado.

—¡Mierda! —se le oyó decir en un tono desesperado.

Parecía a punto de lanzarse al ataque contra aquel hombre en un intento de llegar al cuerpo a cuerpo antes de que le diese tiempo a terminar de cargar y disparar contra ellos, cuando la más pura sorpresa apareció en aquel bello rostro.

Se había oído un par de silbidos en rápida sucesión y dos penachos de plumas asomaban del pecho de su atacante. El rostro del bandido antes de derrumbarse contra el suelo, mostró la misma expresión de asombro que el de ella, al sentir los mástiles de las flechas que le atravesaban el pecho de lado a lado a la altura del corazón.

—¡Qué! —exclamó ella mientras se daba la vuelta y veía a Sergio colocar una tercera flecha en su arco, mientras atento miraba si se acercaba algún atacante más

Hanna, abandonó la protección del camión y comenzó a andar en dirección a las rocas del otro lado del camino, por donde habían salido sus atacantes. En esos momentos oyó claramente el sonido de un motor ponerse en marcha y avanzar a cubierto por detrás de las rocas a toda velocidad.

Sergio corrió intentando alcanzar al vehículo, pero el conductor aceleró lo suficiente para ir incrementando la distancia. Al terminar las rocas torció el volante hacia la derecha, se incorporó al camino que ellos iban recorriendo y siguió alejándose. El vehículo era una vieja furgoneta y se encontraba en esos momentos a unos setenta metros.

Para Sergio hubiese sido una distancia adecuada de tiro si el vehículo hubiese sido un jeep u otro vehículo similar descubierto, pero disparar una flecha que atravesase la puerta metálica de atrás de la furgoneta, no se desviase y le diese al conductor con suficiente fuerza, era harto difícil. No tenía sentido desperdiciar un tiro y dejar una evidencia de su arma en manos de sus atacantes. Destensó el arco, retiró la flecha y volvió a donde se encontraba Hanna.

—¡No está mal para un simple contable! —exclamó ella, mirándolo incrédula cuando llegó a su lado.

Estaba desmontando el cargador de su pistola y quitando la bala defectuosa. Revisó la pieza y la volvió a montar, realizando un disparo de prueba. El arma se comportó correctamente. En la mayoría de los casos, con echar la corredera hacia atrás y sacar la bala era más que suficiente. Pero por lo visto no se fiaba del todo de aquel método y prefería hacerlo a su manera.

Sergio intentó mantener su personaje mientras pudiese, por lo que volviendo sobre sus pies, soltó el arco encima de su bolsa de viaje, cayó de rodillas, llevándose las manos a la cara y agachó la cabeza como si no entendiese muy bien lo que acababa de hacer.

—¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho?

—Salvarnos la vida —respondió ella fríamente mientras se acercaba a él le retiraba las manos de la cara con las suyas y le miraba fijamente a los ojos intentando averiguar qué se escondía realmente en ellos —¿Por qué llevas un arco en tu bolsa de viaje?

—Es mi deporte favorito y llevo practicándolo desde hace muchos años. Casi siempre disparo a dianas y figuras de goma que simulan animales. En este último año mi novia y yo habíamos comenzado a ir juntos, pero todavía no había conseguido alcanzar ninguna presa. Una de las cosas que habíamos planificado dentro de nuestro viaje era dedicar algún día a cazar por estos parajes. Hay un par de zonas en las que está permitido.

—¿Pues tu afición nos ha salvado la vida!

—¿Todavía no sé cómo he sido capaz de hacerlo! Creo que actué sin pensar, al vernos en peligro. Por mi cabeza pasó el asalto que le costó la vida a mi novia y que la policía me relató. Lo he repasado en mi cerebro cientos de veces en las últimas semanas. La rabia del recuerdo fue lo que me hizo actuar de esta manera —y añadió con tono trémulo —En mi vida le había hecho daño a nadie.

—¿Pues me alegro de que cambieses de actitud justo en este momento!

Viendo en aquellos inmensos ojos el recelo y las preguntas que no habían salido de su boca, para aliviar la tensión y distraer su atención, comenzó a desmontar el arco y guardarlo de nuevo en el interior de la bolsa.

Acto seguido se encaminó a la cabina del conductor, para ver en qué estado se encontraba Hamed. Cuando llegó a su lado, vio que por desgracia ya no se podía hacer nada por él. El impacto de la granada había sido justo en la zona del camión donde él se encontraba y había quedado destrozado. Viendo que ella se acercaba, se giró en su dirección y avanzó hacia ella.

—No mires. El pobre hombre tiene el cuerpo despedazado y está irreconocible.

—Lástima. Parecía una buena persona. Me temo que utilizando tu frase de antes, estaba en el lugar equivocado, en el momento equivocado.

—¿Qué hacemos ahora?

—Cuando te he comentado mi interés sobre la realización de mi reportaje, no te he dicho toda la verdad. Un porcentaje muy pequeño de los bandidos que roban y atacan a los turistas, lo hacen de forma violenta. Principalmente en esta zona. Me temo que nos hemos encontrado con ellos.

Aunque Sergio puso cara de sorpresa al escuchar aquellas palabras, lo que verdaderamente estaba pensando, era que ella le estaba mintiendo de nuevo. El hecho de pasar los controles aduaneros de Marruecos con una pistola era prácticamente imposible y el conseguir en el mercado negro un modelo tan moderno como el que había utilizado aún más. Sobre todo siendo una mujer.

Aquella muchacha se había convertido en todo un enigma para él. Y no le gustaba para nada moverse en terrenos desconocidos. Tenía que averiguar pronto que estaba ocurriendo de verdad allí.

—¿Por eso llevas esa pistola?

—Exacto. Pero no pensaba que iba a ser necesario el tener que utilizarla. Como te he dicho antes, prefiero tomar las notas que hagan falta y salir disparada antes de verme envuelta en situaciones violentas.

—¿Con qué nos han disparado?

—No lo sé con seguridad. Para ello tendríamos que ver el dispositivo con el que nos han lanzado la granada, pero creo que por estas latitudes lo que más barato que se puede conseguir es un RPG.

—Y ¿eso qué es? —preguntó Sergio intentando demostrar su desconocimiento sobre armamento.

—Lo habrás visto montones de veces en películas de acción. Es una especie de tubo metálico, en el que se introduce como proyectil una granada abombada en su parte delantera. Es de fabricación rusa.

A pesar del tono utilizado por ella y las palabras que había utilizado intentando ser convincente, Sergio estaba cada vez más convencido de que aquella mujer no había ido allí a escribir ningún reportaje y que aquellas violentas situaciones, no le eran tan ajenas como quería aparentar.

La forma en que había saltado del camión, la manera en que había esgrimido el arma y la precisión de los disparos que había efectuado no era lo que se podía esperar de una periodista. Ni siquiera de una que cubriese noticias en zonas de guerra. Su forma de actuar era más propia de una profesional perteneciente a un cuerpo de élite.

—Vamos a mirar si llevan algo de documentación entre sus ropas que nos diga quienes eran. Después nos fijamos en si hay algo en el camión que nos sirva y decidimos qué hacer a continuación.

Ella iba delante y él detrás siguiendo sus pasos, como si no supiese qué hacer y esperase las instrucciones de ella. Se agachó junto al primer hombre que había abatido de dos disparos. Tenía unos cuarenta años y toda la pinta de pertenecer a alguna banda de bandidos y asesinos.

Llevaba ropas vulgares y tenía el cuerpo curtido de la persona que se ha pasado toda su vida al sol. Estaba claro que era un habitante de aquella parte de África. Ella le revisó concienzudamente las ropas y no encontró nada salvo una pequeña navaja en uno de los bolsillos de su pantalón.

No hallando nada, le quitó los zapatos que llevaba y los miró por dentro por si escondía algún tipo de papel. Tampoco esta vez descubrió nada. Estaba claro que era un simple secuaz al que le habían dado órdenes muy claras sobre lo que tenía que hacer.

Después de terminar con el primero, se dedicó a hacer lo mismo con el segundo y el tercero. Portaban ropas similares, igual de pobres y gastadas. Cubiertas de manchas y sudor, de mil veces de uso. Así mismos su constitución, sus cicatrices que mostraban su vida dedicada al hurto y al pillaje, y el desgaste de su piel expuesta al sol eran prácticamente la misma. Los resultados de la revisión fueron igual de decepcionantes. Nada que les sirviese para identificarlos o averiguar más sobre ellos.

—¿Nada que nos valga! —exclamó ella, apartándose del último cadáver.

—Sí. Ni documentación, ni papeles. Ni siquiera llevaban algo de dinero.

—No. Está claro que quien los ha mandado a realizar esta misión no quería dejar ningún tipo de pista en caso de que algo saliese mal.

—¿No te parece extraño? Yo no entiendo tanto como tú de este tipo de cosas, pero me parece que unos simples ladrones no toman tantas precauciones.

—De normal no. Pero el temor a ser identificados y perseguidos por la policía puede que les lleve a obrar así. Sobre todo a las bandas más violentas. De esta forma, como en este caso, pueden abandonar a los caídos sin preocuparse de que porten algo que les relacione con el resto de la banda.

—Tú que tienes más experiencia en estos casos ¿Qué sugieres que hagamos ahora?

—Lo primero y más urgente alejarnos de aquí. No sabemos quién ha podido oír los disparos y si puede estar de camino hacia aquí. Es más que probable que el que ha huido haya ido en busca de sus compañeros con la intención de volver y acabar lo que han empezado.

—¿Entonces?

—Como el camión ha quedado inservible, no nos queda más remedio que caminar. Podemos volver por donde hemos venido o continuar hacia adelante. La carretera por la que veníamos es una vía secundaria con muy poco tráfico, por lo que es improbable que nos encontremos pronto con alguien. Es más, como te he dicho es más fácil que los primeros vehículos que oigamos o veamos sean los compañeros del que ha huido.

—¿Retrocedemos o avanzamos?

—Según los mapas que estudié ayer sobre esta zona, si seguimos hacia Ouzoud, nos encontraremos con una aldea en unos veinte kilómetros. Si retrocedemos, tenemos unos cincuenta kilómetros hasta encontrarnos con la carretera principal y después lo que la suerte nos depare hasta encontrar un vehículo que nos quiera transportar hasta algún pueblo o ciudad que le pille de paso.

—¿Por qué apuestas tú?

—Prefiero continuar hacia adelante —respondió ella tras pensarlo durante unos segundos —La aldea está más cerca.

—También puede ser el camino más peligroso. Es por donde se ha largado el conductor que ha huido. ¿No será que quieres seguirlos hasta conseguir más información para tu reportaje?

—No. Creo que con el ataque de hoy, ya he tenido bastante contacto con ladrones y asesinos por una temporada. Me ha dado material para escribir el reportaje sin problemas. Sin necesidad de historias de terceros.

—De acuerdo. Veamos si el conductor llevaba algo de agua en el camión y pongamos a caminar. Nos vamos a achicharrar bajo este sol de justicia. ¿Llevas crema protectora de sol en tu mochila?

—Sí. Ya sabes. Las mujeres siempre llevamos alguna que otro cosmético en nuestro equipaje por pequeño que éste sea. Hay que mantener la piel tonificada y fresca.

—Pues el que llevas en esa mochila debe ser mágico. Hace muchos días que no veo una mujer con un rostro tan terso y maravilloso.

—Gracias. Me habían dicho que los mexicanos eran muy dulces, melosos y zalameros, pero nunca me hubiese imaginado que iba a tener que tener cuidado con uno de ellos.

—No, no he pretendido ofenderte. Disculpa. Solo estaba diciendo la realidad que ven mis ojos —dijo él simulando azoramiento y vergüenza.

—¡Eres encantador! Las mujeres de tu ciudad deben hacer cola para salir contigo. Guapo, atlético, educado... ¿Qué más se puede pedir?

—Tú lo que quieres es que me ponga colorado. Yo..., no tengo tanto éxito con las mujeres.

—Será que sales poco por la noche.

—De eso puedes estar segura. No voy casi nunca por discotecas ni bares nocturnos. Todavía no tengo ánimo para ello.

Aquella mención a la pérdida que había sufrido hizo que la conversación que habían mantenido se enfriase. Durante unos segundos se hizo un profundo silencio en medio de aquella inmensa soledad que les rodeaba.

Para hacer algo y no prolongar aquella tensa situación, ambos metieron las manos en sus mochilas, extrajeron las cremas protectoras y se las extendieron por las zonas más expuestas a aquel penetrante sol.

—Antes de abandonar esta zona tenemos que hacer una última cosa... —dijo ella en un tono extraño, como si pidiese perdón por anticipado por lo que iba a añadir a continuación.

—¿Qué?

—Aunque te resulte un poco extraño lo que te voy a pedir, quiero que me ayudes a colocar los cadáveres de estos asesinos encima del camión y que le peguemos fuego a todo.

—¿Para qué? —preguntó él con cara de sorpresa —Actuando de esa manera ¿No eliminamos pruebas de cara a la policía? ¿Cuándo les presentemos la denuncia qué van a pensar de nosotros? No habrá nada que demuestre la verdad de lo que les digamos.

—No vamos a ir a la policía. Si vamos y les contamos lo que ha pasado, nos retendrán en sus calabozos durante días hasta que verifiquen y aclaren todo lo que les contemos. Aquí las investigaciones y la justicia van muy despacio. En ese tiempo este camión se habrá sometido a pillaje por cualquiera que pase por aquí y se lleve todas las mercancías que trasladaba. Incluso mientras nosotros intentamos llegar al pueblo o ciudad más cercana, los compañeros de estos asesinos vendrán y eliminarán todas las pruebas. Créeme, el denunciar lo que ha pasado, no nos beneficiará en nada.

—Vale. Haremos lo que tú dices —repuso Sergio —Sabes bastante mejor que yo lo que hay que hacer en estos casos.

Era plenamente consciente de que lo que ella argüía era lo más adecuado. No había tenido en ningún momento la intención de ir a la policía, pero si quería seguir manteniendo su personaje, debía comportarse de la manera en que lo estaba haciendo.

Cogieron y revisaron lo que quedaba de la cabina y encontraron un par de cantimploras de agua que se habían librado de la explosión. A continuación trasladaron los tres cadáveres y los dispusieron encima de las mercancías del camión. Hanna los cogía de los brazos y Sergio de las piernas.

Aquello demostró una vez más que aquella mujer estaba perfectamente en forma. Ni se quejó, ni le costó ningún esfuerzo levantar a aquellos hombres.

Cuando estuvo dispuesta aquella especie de improvisada pira, Hanna cogió un par de telas de las que cubrían la carga y con la navaja que había quitado a uno de los cadáveres, las rasgó en tiras. Después a base de anudarlas entre sí confeccionó con ellas un par de largas cuerdas.

Anudando ambas, estiró el nudo hasta alejarse del camión. Acto seguido cogió uno de los extremos libres y lo introdujo en el depósito de gasoil del camión. El otro lo dejó sobre las telas y el resto de mercancías inflamables. Volvió sobre sus pasos hasta donde se encontraba el nudo. Sacó un mechero de entre sus ropajes y le prendió fuego mientras se alejaban caminando, poniendo una distancia de seguridad entre ellos y aquella pira.

En unos instantes la mecha prendida hizo que el fuego llegase hasta el tanque de combustible y estallase. Grandes llamas prendieron fuego a todo lo que se encontraba apilado sobre el camión.

—Bueno. Intentemos llegar lo más pronto posible a esa aldea —dijo ella marcando un fuerte paso.

—Sí. Para ello, nos vamos a ver obligados a andar una buena distancia, en las horas del día que más calor hace.

Eran sobre las dos del mediodía y el sol se hallaba en su momento más alto. Estaban a unos cuarenta grados centígrados de temperatura e iban a tener que hacer un gran desgaste muscular.

—Mantengamos un paso constante y bebamos cada poco rato para no deshidratarnos. Además estate atento a cualquier ruido que se produzca. Podrían ser los compañeros de los que se han quedado ahí —comentó mientras señalaba los restos que iban quedando del camión.

—De acuerdo.

*“Quien no comprende una mirada
tampoco comprenderá
una larga explicación.”*

Proverbio árabe

16. Desierto y pasión.

Marrakech. Domingo 9, Agosto 2015

Llevaban caminando tres horas seguidas, durante las cuales prácticamente no se habían dirigido la palabra con el fin de ahorrar fuerzas. Ella no había demostrado en ningún momento ningún signo de debilidad, manteniendo el paso sin ningún problema. Él llevaba en la espalda su mochila y al hombro su bolsa de viaje. La muchacha portaba su mochila y las dos cantimploras de agua. Sergio seguía asombrado por la fortaleza de aquella mujer.

Él, sin embargo, cada rato resoplaba, lanzaba una maldición al trastabillar o se quejaba en voz baja para sí mismo. Quería intentar mantener su personaje a base de demostrar que no estaba acostumbrado a aquellas caminatas. En esos momentos simuló una vez más que se tropezaba, pero esta vez se fue directamente al suelo, soltando al caer su bolsa de viaje.

—¡Mierda! —exclamó mientras se miraba los brazos y las piernas por si se había dado un golpe con una piedra.

—¿Te has hecho daño?

—Creo que no. Pero lamento ser tan torpe. Cuando comencé este viaje, lo último que me esperaba era que me iba a pasar todo lo que nos está ocurriendo. Como te he dicho soy un hombre sencillo y aburrido.

—Sí. La vida nos prepara extrañas sorpresas. En cambio en mi caso el viaje ha mejorado. En vez de encontrarme tremendamente sola por estos parajes intentando buscar material para mi reportaje, me encuentro con todo el material disponible y caminando alegremente en compañía de un apuesto mozo —dijo ella mientras le guiñaba un ojo.

—¡Tú sí que sabes ver las cosas de una forma optimista! —repuso él mientras se disponía a levantarse y reanudar la caminata.

—¡Espera! Vamos a descansar unos minutos. Está claro que lo necesitas —le dijo mientras le pasaba una de las cantimploras y se sentaba a su lado —bebe un poco y enseguida continuamos con nuestra marcha.

—¿Tú? ¿No te cansas nunca?

—Sí. Pero no soy una oficinista como tú, con su trasero pegado todo el día a la silla. Mi trabajo requiere que esté en forma y a mí me gusta practicar deporte. Suelo correr, hacer bicicleta y levantar algo de pesas. ¿Tú qué deporte practicas?

—Muy poco. El arco y suelo salir a correr de vez en cuando, pero no al nivel que tu demuestras.

—Pues para hacer poco deporte, estás bastante atlético —dijo ella irónicamente mientras en un movimiento rápido y descarado le palpaba el bíceps de su brazo izquierdo.

—¡Bah! Mayoritariamente es pura genética y se lo debo todo a mi madre. Combinada con algo de fuerza que necesitas para tensar la cuerda del arco en cada tirada, éste es el resultado.

Y para demostrarlo, con una sonrisa de complicidad en su boca, giró el brazo y lo tensó en la posición que los culturistas utilizaban para exhibir sus bíceps.

—¡No está mal para un simple y fofo oficinista! —exclamó ella mientras le palpaba de nuevo el músculo riéndose —¿De piernas que tal andas? —preguntó mientras dirigía su mano a palparle el muslo.

—¡Eh! ¡Atrevida! —dijo él mientras alejaba la pierna y simulaba sonrojarse.

—Es que hace demasiado tiempo que no me encuentro a solas con un hombre guapo en un paisaje idílico —dijo ella mientras el tono de su voz adquiría un tinte más íntimo y personal —Además la tensión que hemos vivido hace unas horas, le hace a una recapacitar sobre lo fácil que puede ser perder la vida.

Y en un movimiento que Sergio no se esperaba se acercó más a él y pasándole los brazos alrededor del cuello, acercó aquellos sensuales labios a los suyos. No supo si fue el movimiento de los brazos o una maniobra de ella, pero justo en ese momento el pañuelo que le cubría el pelo se desprendió. Una preciosa mata de pelo color caoba cayó sobre sus bien formados hombros. La misteriosa fragancia que desprendía su cabello y la belleza de aquellos insondables ojos negros, hizo que Sergio quedase totalmente desarmado.

Antes de que llegase siquiera a pensarlo, se habían fundido en un intenso beso. A pesar de la incongruencia del momento, ambos aprovecharon para recorrer con sus manos febrilmente el cuerpo del otro buscándose más íntimamente. Sergio le quitó en segundos la chilaba y desató los botones de la camisa que llevaba debajo, para desprenderla de ella y arrojarla acto seguido al lado de la otra prenda.

Apareció un sujetador negro de fino encaje, que cubría unos turgentes pechos. Mientras seguía besándola y cuando se disponía a abrir el cierre, los gemidos y ronroneos de aquella misteriosa mujer se interrumpieron. Ella se separó e interpuso la longitud de sus brazos de por medio. Suave pero firmemente.

—Te aseguro que nada me gustaría más que continuar con esto que hemos empezado —dijo con voz jadeante y excitada —pero no es ni el mejor lugar, ni es el momento adecuado. Aquí en medio de la nada somos un blanco fácil. Debemos llegar cuanto antes a la aldea y ponernos a cubierto. Entonces..., quizás...

—Disculpa, no sé lo que me ha pasado, no quería...

—No te disculpes. Eres maravillosamente tierno e inocente. He empezado yo. Pero no es el momento —y guiñándole un ojo añadió mientras recogía la camisa del suelo, se ataba los botones y se ponía la ropa en su sitio —Pero quién sabe, quizás en unas horas, si llegamos pronto a la aldea y buscamos un lugar a solas para pasar la noche...

Aquello era toda una invitación por parte de aquella mujer que irradiaba sensualidad por todos los poros de su piel. Sergio tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no sucumbir a sus instintos más primarios y apartar sus pensamientos de lo que había visto y llegado a acariciar. Como bien había supuesto, debajo de aquellos engañosos ropajes se escondía un cuerpo de ensueño. Atlético, pero no musculoso, de piel tersa, pero a la vez suave y sedosa.

Cuando ella le había acariciado, a pesar de controlar su cuerpo, sus instintos y no su mente, había sentido una sensación extraña. Le había parecido que ella más que acariciarle, mezclaba varios tipos de acercamientos a través de sus manos.

Por unos momentos le cacheaba como si buscase un arma o algo oculto entre sus ropas. En los instantes siguientes le acariciaba sensualmente y en otros momentos le exploraba como comprobando que aquel atlético cuerpo no podía pertenecer a un simple oficinista.

Recordando alguna de sus miradas y de sus gestos imperceptibles durante la marcha que habían compartido aquel día, tenía la sensación de que aquellos hipnóticos ojos, le miraban queriendo leer en el interior de su cerebro de igual manera que él pretendía leer en el suyo. Aquello parecía una extraña partida de ajedrez, donde la estrategia estaba en ocultar la personalidad de uno queriendo averiguar más sobre la del otro.

—Todavía nos quedan de tres a cuatro horas por andar, antes de llegar a nuestro destino. Todas ellas de sol. Démonos otra capa de crema protectora.

—De acuerdo —dijo él con la voz todavía ronca por el deseo y la excitación.

Ambos sacaron los botes de sus respectivas mochilas y se extendieron los cosméticos por la cara y aquellas zonas que más expuestas iban a estar al sol. Ella volvió a ponerse el pañuelo sobre aquella resplandeciente cabellera.

Cuando terminaron, volvieron a ponerse a caminar por aquella polvorienta vereda rumbo a su destino, sin prácticamente dirigirse la palabra para ahorrar fuerzas al máximo. Al cabo de casi tres horas de continuo caminar, solo interrumpido en un par de ocasiones para parar unos breves minutos a beber algo de agua, el paisaje fue cambiando gradualmente.

La fina arena del desierto, fue dando paso a un paisaje de secas tierras y estas a su vez cambiaron para que al fin pudiesen ver en la distancia que en un par de kilómetros llegarían a una zona de verdes olivares. Los olores también fueron cambiando de la fuerte sequedad, al de las verdes hojas de aquellos resistentes árboles.

—¡Ya nos falta poco! —exclamó ella contenta.

—¿Cómo lo sabes?

—Si hay olivos, tiene que haber algo que los riegue. Y si hay un sistema de regadío, tiene que haber personas en las inmediaciones.

—Quizás haya un sistema automático que lo haga y las viviendas se encuentren a kilómetros de distancia.

—¿En Marruecos? A ti te ha afectado el sol del desierto más profundamente de lo que a primera vista parece. En estas tierras se siguen utilizando todavía los sistemas de siembra y recolección tradicionales. En el caso de los olivos, seguramente se siguen utilizando los mismos métodos que hace dos mil años, cuando los primeros navegantes del mediterráneo, llegaron a estas tierras.

—No sabía que supieses tanto de olivos.

—Cualquiera que venga a visitar estos parajes, ha leído algo sobre ello —estaba claro que la joven estaba tratando de evitar aquella pregunta.

Conforme iban avanzando con las nuevas perspectivas de encontrar una aldea o pueblo en las inmediaciones, ella se colocó justo delante de él como si quisiera llegar la primera. En un momento dado se paró y él chocó con su cuerpo. Ella aprovechó ese momento para hacerle una técnica de Judo conocida como Ipon-Seonage.

Se basa en pasar el brazo derecho del que hace la técnica por debajo del brazo del atacado, haciendo palanca mientras se interpone la cadera un poco por debajo de la de la otra persona. Si se realiza bien, el cuerpo del que recibe la llave prácticamente da un giro perfecto sobre su cadera antes de impactar contra el suelo. El golpe es brutal y neutraliza al contrario. Es una técnica apropiada para personas de baja estatura o de personas muy flexibles.

En el caso de Hanna se daban las dos circunstancias, no era baja, pero Sergio era más alto. La escasa diferencia de altura lo suplió ampliamente con la perfección con la que ejecutó la técnica.

La única forma de minimizar el impacto contra el suelo, es tener unos reflejos espectaculares, ser capaz de girar el cuerpo en el aire y conseguir que el impacto contra el suelo en vez de ser en medio de la espalda, sea de costado. De esta forma en vez de sufrir la columna, el golpe se reparte longitudinalmente por el brazo y la pierna. Solo un experto en artes marciales que ha practicado esta caída cientos de veces puede estar preparado para minimizar el golpe.

El control que uno consigue sobre su propia mente y sobre su cuerpo, se puede medir en diferentes niveles. Un nivel alto es el que habían demostrado Sergio y Hanna cuando el RPG había impactado en el camión y ellos habían saltado del mismo y rodado sobre sus cuerpos para no resultar dañados por el impacto. En este caso lo que prima es que los reflejos se activen de forma adecuada.

Un nivel superior de control mental es el que Sergio tuvo que hacer gala en el momento en que aquella misteriosa mujer le aplicó la técnica de Judo. Todo su entrenamiento físico le estaba chillando por todos sus poros que girase en el aire para evitar el impacto contra el suelo y así caer preparado para entrar en acción.

A pesar de la sorpresa y la velocidad del ataque, su cerebro le había alertado unos milisegundos a tiempo para que no reaccionase ante la agresión. Estaba seguro, de que tanto como él desconfiaba de la verdadera personalidad de ella, ella sospechaba de su personaje. Si hubiese evitado la técnica de Judo, él se habría desenmascarado.

En su lugar lanzó un grito de sorpresa y manoteó en el aire para intentar disimular el leve giro que imprimió a su cuerpo mientras era proyectado en el aire. Su pequeño movimiento fue suficiente para evitar el golpe en medio de la espalda. Nada más impactar contra el suelo aprovechó el fuerte rebote sobre aquel terreno, para cambiar ligeramente de posición y adquirir una postura desmadejada.

—¡Ay! ¿Por qué has hecho eso? —gritó enfadado y poniendo en su rostro un gesto de dolor y de inmensa sorpresa —me has roto el hombro.

Sin darle ningún tipo de contestación Hanna se abalanzó sobre él, buscando su boca y dándole un prolongado beso. Él se dejó hacer y respondió con la misma intensidad. Era la única forma de averiguar qué estaba tramando en realidad aquella fascinante mujer.

—Perdona los modos —dijo cuando por fin despegó sus labios de los de él —No he podido contener la emoción que se ha apoderado de mí. ¡Lo hemos conseguido! ¡Ya hemos llegado a la aldea!

—Y siempre que te embarga este tipo de emociones, ¿descoyuntas al hombre que tienes más cerca? —le preguntó el con cara extrañada, conociendo perfectamente que los motivos habían sido otros.

—¡Calla quejica! ¡Veamos qué tienes roto!

Y descaradamente se puso a palparle el cuerpo por todas partes, desde las extremidades a zonas más íntimas. Estaba claro que aquella mujer era capaz de volver loco al más templado de los hombres. Las caricias se fueron haciendo más y más sensuales y de nuevo buscó la boca del Sergio, mientras comenzaba a desnudarlo.

Sin tener muy claro cómo acabaría aquello, Sergio se dejó llevar y a su vez comenzó a desabrochar aquella negra blusa. La arrojó a un lado y buscó desesperadamente el cierre del sujetador, mientras le acariciaba la espalda. Esta vez, ella no le detuvo. Ambos se pusieron de pie para quitarse los pantalones y el resto de la ropa interior, mientras se seguían acariciando.

Súbitamente la joven se separó unos metros, dejándolo sorprendido, mientras se temía que de nuevo y rememorando la situación de unas horas atrás, ella terminase bruscamente el acercamiento que había comenzado.

Pero no, como mera contradicción, la prenda más sencilla de quitar fue a la que más tiempo dedicó. Mientras él miraba embelesado aquel felino cuerpo de mujer, ella desanudó el pañuelo de su cabeza y lo dejó caer flotando, mientras mecía su cabeza haciendo ondear su brillante melena, atravesada por los rayos de sol, de una manera increíblemente seductora.

Y allí, en medio de aquellas secas tierras, simplemente se quedaron inmóviles durante unos eternos segundos, completamente desnudos, solazándose el uno con la imagen del cuerpo del otro.

Sergio disfrutó de la visión que mostraba aquel maravilloso cuerpo dorado y bien torneado con el contraluz del sol ocultándose en el horizonte anaranjado. Si la realidad algunas veces supera a la ficción, aquella indudablemente era una de ellas. Nadie que hubiese tenido jamás un espejismo en aquella zona habría podido imaginar nada tan bello. Sentía la boca reseca y no era debido al aire del desierto.

No pudo disfrutar de aquella maravillosa visión durante mucho rato, porque ella como una cobra al ataque se lanzó sobre él, se enroscó en su cuerpo y palpando y acariciándole con ansia desmedida, arrimó su vientre al del suyo buscando el que él le correspondiese de igual manera.

Allí, de pie y exudando ambos deseo por todos los poros de sus cuerpos, él la tomó. El apremio y la necesidad les embargaron. Durante unos minutos ambos continuaron con sus embates, como el mar en una noche de tormenta golpeando contra los acantilados. En un momento dado y de manera simultánea con una última sacudida ambos llegaron al clímax.

A pesar de ello, ninguno de los dos se soltó. Como dos depredadores que no desean soltar su presa, seguían pegados el uno al otro. Poco a poco ella fue la que primero fue separando con desgana su cuerpo, poniendo lentamente sus pies en el suelo. Con la cabeza separada sólo unos centímetros, aquellos ojos infinitos le lanzaron una penetrante mirada.

—Esto, solo ha sido el principio —logró pronunciar con una voz ronca agarrotada por el deseo —Quiero más. Vamos a esa aldea a buscar un lugar donde pasar la noche y seguir con lo que estamos haciendo.

—¿Seguro? —preguntó él lentamente en un tono similar.

—Nunca he estado tan segura de algo en toda mi vida —le respondió mientras mantenía aquella brillante y profunda mirada fija en su rostro.

Ambos recogieron sus ropas y se las pusieron lentamente sin dejar de mirarse, como si esperasen que el otro diese el primer movimiento para despojarse de nuevo de ellas y prolongar lo que hacía unos minutos habían empezado. En el vibrante ambiente entre ambos, se respiraba claramente que no había servido para relajarles, sino para comenzar algo que los dos estaban dispuestos a continuar.

Poco a poco y renuente, terminaron de ponerse la ropa adecuadamente. Ella sacudió la cabeza varias veces, y se pasó las manos por su melena intentando peinarla. Cuando estuvo a su gusto se puso de nuevo el pañuelo encima, tapando todo vestigio de su cabellera. Sólo volvía a dejar al descubierto aquel sensual rostro del que no lograba desaparecer la excitación.

—¿Nos movemos? —preguntó Sergio señalando la aldea con el brazo extendido.

—Si no queda más remedio... Aunque me ha gustado más como te has movido hace unos minutos —le respondió ella con un tono pícaro en su voz.

—Tú tan poco te has estado muy quieta...

—Es que para ser un simple contable, tienes algo misterioso que me atrae y no acabo de averiguar qué es. Pero espero seguir contigo el tiempo suficiente para lograr descubrirlo.

—Aquí estaré a tu lado. —añadió mirándola intensamente —No tengo intención de moverme. Solo espero no defraudarte cuando encuentres en mí lo que estás

buscando.

—Una cosa —dijo ella cambiando repentinamente el hilo de la conversación —cuando lleguemos a la aldea, preséntame como tu mujer. Una muchacha sola por estas desoladas tierras, acompañando a un hombre a estas horas de la noche despertaría todo tipo de habladurías. Además —añadió girando la cabeza y acercando su rostro al de él, mientras le dirigía aquella penetrante mirada —después de lo que acabamos de hacer, podemos pasar perfectamente ante quien sea como un matrimonio consumado. Puedes aprovechar para dedicarme cualquier muestra de cariño que desees.

—Me parece que me está empezando a gustar mucho el roce de tu piel contra mi piel —murmuró él mientras posaba con delicadeza sus dedos, acariciándola desde la nuca hasta el final de la espalda.

—No sabes bien cuanto... —respondió ella mientras un excitante escalofrío le sacudía respondiendo a aquella caricia.

—Entonces para cubrir las apariencias seremos el matrimonio Muñoz y tu nombre será María. Es más mexicano.

—No. Es mejor evitar el que nos relaciones con nuestros auténticos apellidos y por lo tanto con el ataque al camión. Ambos hablamos lo suficientemente bien el inglés como para que en esta aldea podamos pasar como americanos. Seremos los señores Smith. Tú serás Andy y yo Rebecca.

—Lo de Smith, no es muy original... —repuso Sergio mientras repetía de nuevo la caricia.

—Si quieres que lleguemos pronto al poblado será mejor que dejes esa mano quieta —dijo ella mientras de nuevo una leve sacudida recorría su esbelto cuerpo.

—De acuerdo. Pongámonos en movimiento y entremos en el poblado antes de que sea noche cerrada.

Y rozó suavemente con los dedos de la mano aquel rostro respondiendo a la muda petición que aquellos brillantes ojos le solicitaban. Después le pasó el brazo por la espalda y acercándola hacia sí, se pusieron en marcha.

Las sensaciones que el cuerpo de aquella mujer le trasmitía eran contradictorias. Por una parte su descarada sexualidad, que le hacía comportarse como una amante desinhibida y donde todos sus gestos y sentidos le acosaban con su gran apetito sexual.

Por otra parte aquel femenino y joven cuerpo, por sus gestos e insinuaciones, indirectamente le reclamaba una atención más dulce y tiernas caricias que su boca se negaba a pronunciar. Esperaba estar a su lado lo suficiente para desentrañar el misterio que aquella exótica mujer representaba.

Al cabo de unos minutos se encontraron caminando junto a la primera casa. Desde allí pudieron contemplar sin problemas el resto de la aldea. Estaba formada por unas sencillas casas de adobe y ladrillo que ya habían pasado por sus mejores tiempos. Varias de ellas tenían un corral de madera cercano a la vivienda, donde había unas pocas cabras.

Se apreciaba que aquella, era una aldea de gente trabajadora que se levantaba pronto para ir a realizar las labores del campo. Eran cerca de las nueve de la noche y el sol estaba terminando de esconderse en aquellas latitudes, pero a pesar de ello prácticamente todo el mundo se había retirado a descansar. Sólo se apreciaba algo de luz, proveniente del fuego realizado en el interior de un par de casas. Sergio y Hanna se encaminaron hacia la más grande.

Disponía de un par de plantas y de varias habitaciones. Tenía anexa a ella otra construcción de gran tamaño que debía servir como granero y almacén de maquinaria para el resto de la aldea.

Llegaron hasta la puerta de la vivienda y pudieron escuchar a través de una cercana ventana unas voces que hablaban en voz baja. Sergio con los nudillos de su mano derecha, golpeó suavemente en la madera un par de veces.

Las voces en el interior de la casa dejaron de oírse. Al cabo de unos segundos se oyeron unos murmullos y los pasos de un par de personas que se dirigían hacia la puerta. Ésta se abrió y dos hombres aparecieron en el dintel. Por la similitud de sus facciones debían ser hermanos. Uno estaba cerca de los cuarenta y el otro de los treinta años.

Por su cortada apariencia eran hombres dedicados a las duras tareas de los olivares. Sus brazos y piernas eran musculosos y tenían la espalda ligeramente encorvada, fruto de años y años de cargar pesos y manejar azadones y otras herramientas propias de su oficio.

En su semblante había un ligero gesto de sorpresa e incredulidad por estar viendo a aquellas horas una pareja de extranjeros llamando a su puerta. Para despertar menos preguntas Hanna había agachado la cabeza escondiendo la cara y se había colocado ligeramente detrás de Sergio, por lo que ocultaba su rostro y su figura.

Sergio componiendo una amable sonrisa, se dirigió a aquellos hombres en un inglés sencillo, hablando despacio para hacerse entender más fácilmente.

—Buenas noches ¿Hablan inglés?

—Un poco —respondió el más joven y musculoso de los dos.

—Disculpen que interrumpamos su descanso y les molestemos a estas horas. ¿Nos podían dar cobijo y algo de comida? Les pagaremos lo que nos pidan.

—¿Les ha pasado algo?

De vez en cuando atravesaban aquella aldea mochileros y otros viajeros con ganas de aventuras, que recorrían el país pernoctando bajo la luz de la luna, pero aquella pareja no llevaba encima el equipo de tiendas de campaña y otros enseres para poder hacerlo. Solo llevaban lo puesto, un par de mochilas y una bolsa de viaje. A todas luces aquello era muy extraño para los habitantes de aquella casa.

—Mi mujer y yo alquilamos una moto esta mañana para ir de Marrakech a Fez y se nos ha estropeado por el camino. Como estábamos en medio de la nada, la hemos abandonado y hemos preferido caminar hasta encontrar una aldea.

—¿A qué distancia se les averió la moto?

—A unas tres horas de aquí caminando —respondió Sergio evitando decir la distancia real, acortándola para no hacerla coincidir con la del camión —Con el calor que ha hecho hoy estamos verdaderamente cansados. Si tienen un móvil, mañana llamaremos a la agencia de alquiler y les diremos lo que ha pasado.

—Aquí no tenemos teléfono, pero los dueños de la almazara en la que trabajamos sí que disponen de uno. Mañana por la mañana se lo pediremos para que ustedes puedan realizar esa llamada.

—Muchas gracias. Les pagaremos todos los gastos que hagamos.

—Pasen y les daremos algo de comida y alojamiento.

Los dos hombres les hicieron pasar al interior y les indicaron que les siguiesen. Atravesaron un pequeño recibidor y entraron en un amplio salón que debía servir para juntar a los miembros de la familia. Una zona común donde comer y charlar. En la habitación se encontraban dos mujeres sentadas encima de unos cojines, vestidas a la manera tradicional marroquí.

—Traed algo de cena para estas personas —les pidió amablemente el menor de los hermanos.

Ambas mujeres se levantaron y desaparecieron por una puerta. Al cabo de unos minutos volvieron con diferentes viandas. Principalmente aceitunas, tortitas y otros productos propios de aquella zona de Marruecos.

—Mi nombre es Yasid Mohamedi —dijo el joven que mejor hablaba inglés y que llevaba la voz cantante, señalando a cada una de las personas de la familia —Éste es mi cuñado Ahmed, su esposa Sadima y nuestra hermana Alfara —las mujeres sin pronunciar palabra pero con gestos de amabilidad en sus rostros, agacharon levemente la cabeza a modo de saludo —Sean bienvenidos a nuestra humilde casa. Somos los capataces de los campos de olivares que han podido ver que rodean nuestra aldea. Pertenecen a la familia Hassin y nuestra familia a su vez tiene el orgullo de haberles servido durante generaciones.

—Muchas gracias por vuestra amable acogida Yasid, en mi nombre y en el de mi esposa —Hanna imitando lo que aquellas mujeres habían hecho, desplazó a su vez levemente la cabeza correspondiendo de aquella forma a su saludo —Nosotros somos los señores Smith. Mi nombre es Andy y el de mi mujer Rebecca.

—Veo que tienen mucho polvo acumulado en sus ropas y en sus cuerpos debido a la larga caminata que se han dado ¿Quisieran darse un baño antes de cenar?

—Si no es molestia, se lo agradeceríamos inmensamente. Quitarnos todo este polvo, nos vendrá bien para dormir más relajados. Pero por favor queremos importunarles lo mínimo posible.

—No es molestia. Es nuestra obligación ser hospitalarios con los viajeros. Somos pobres, pero compartimos lo poco que tenemos.

—Gracias. Como le he dicho antes, les pagaremos por el trabajo que les ocasionemos y la comida que gastemos.

—No es necesario. No lo hacemos por dinero.

—Gracias de nuevo —repuso Sergio no queriendo ofender a sus anfitriones insistiendo en el pago de aquellos servicios.

—Síganme —les dijo amablemente Yasid, internándose en aquella vivienda.

Tras atravesar varias habitaciones, dedicadas a distintos fines, llegaron a una donde se podía ver una especie de bañera realizada con mampostería, era de unos dos metros de largo por dos de ancho y uno de alto.

Yasid se desplazó hasta la misma y agarró en su mano una pequeña cadena que había por encima de la bañera, junto a una tubería. Tiró de la cadena y un chorro de agua salió de la tubería cayendo sobre aquella superficie. No se veía desde el lugar donde estaban, pero en la habitación encima de aquella o en el techo de la vivienda debía haber un depósito de agua que servía para aquel fin.

En esos momentos aparecieron por la puerta de la entrada a aquella habitación las mujeres de la casa portando ropa y varias toallas.

—Dejen sus ropas ahí —dijo señalando con su brazo una pequeña mesa de madera —y se las lavaremos para que puedan ponérselas de nuevo mañana. Mientras se secan, pueden utilizar estas otras. Ustedes son bastante altos. Espero que les sirvan.

—Muchas gracias de nuevo.

Los ropajes que aquellas mujeres les habían traído eran chilabas para vestirse y babuchas como calzado. Eran ropas de campesino y estaban desgastadas por el uso y el paso de los años, pero se encontraban perfectamente cuidadas y limpias.

—Sólo les pido un favor —les dijo el hombre pasando su mirada alternativamente de uno a otro.

—Usted dirá

—No malgasten el agua. A pesar de que en la aldea tenemos en abundancia, nos cuesta mucho subirla en cubos al tejado de la casa.

—No se preocupe gastaremos la mínima imprescindible. Ya que no desea aceptar nuestro dinero, por lo menos déjenos echarles una mano en los trabajos que sepamos hacer. Mañana ayudaremos a reponer el agua que hayamos gastado. Yo la subiré al tejado.

Aquel marroquí de mirada inteligente e inquieta, escudriñaba el rostro de Sergio, intentando averiguar qué tipo de hombre era el que estaba acogiendo en su casa. El ofrecimiento realizado por éste de ayudarlo a llenar el depósito, le había sorprendido favorablemente.

—De acuerdo. Acepto su propuesta. Les estaremos esperando en la sala donde estábamos reunidos. Cuando terminen de bañarse vengan, les acompañaremos durante su cena —y dicho esto abandonó la estancia para que tuvieran intimidad.

Ambos se desnudaron rápidamente, dejando sus ropas y botas agrupadas, donde les habían dicho. Cuando se metieron en la bañera y sus cuerpos se rozaron, la excitación volvió a ellos de manera inmediata.

—Aunque nada me gustaría más —dijo ella tomando la voz cantante —nos están esperando. No sería cortés por nuestra parte hacerles esperar. Vamos a lavarnos el uno al otro de la manera más rápida posible para no llamar la atención. Date la vuelta.

Y cogiendo una esponja y una pastilla de jabón cercana, tiró de la cadena. Cuando el chorro de agua cayó sobre Sergio, ella le frotó la espalda a conciencia. Cuando terminó a su vez se giró y le mostró la suya a Sergio. Éste ejerciendo un inmenso control sobre lo que le dictaban sus instintos, se limitó a frotar a su vez aquella esbelta y sinuosa espalda.

—Esto es lo más parecido a un suplicio que me ha tocado sufrir en esta vida —le murmuró con voz ronca acercando su boca al oído de ella.

—No te preocupes. Te resarciré más tarde con creces —respondió ella en un tono similar, exhalando un largo suspiro y deslizándose en un sensual gesto, aquella preciosa lengua que él ya había catado por la comisura de su boca, recorriendo despacio sus labios.

En unos minutos acabaron de lavarse y se pusieron las sencillas vestimentas que los dueños de la casa les habían dejado. Les estaban un poco holgadas, pero de esa manera se sentirían más cómodos con su uso. Seguro que aquella gente lo había tenido en cuenta.

Se dirigieron en sentido contrario al que les había conducido a aquella habitación y volvieron a entrar a la sala donde los miembros de la familia les estaban esperando.

—Muchas gracias. Un baño era lo que verdaderamente necesitábamos.

Como habían acordado entre ellos, Hanna se mantendría la mayor parte del tiempo callada a no ser que le dirigieran expresamente la palabra. Era lo mejor hasta no conocer mejor las costumbres de aquella gente y el papel que la mujer ocupaba en su sociedad.

—Nos alegramos de ello. Y ahora por favor coman. Espero que les guste lo que nuestras mujeres les han preparado.

Encima de la mesa se podían ver diversos platos con cuscús, aceitunas, cordero y otros enseres. El olor a comida especiada se había apoderado de la habitación. Ambos se sentaron donde les dijeron y comenzaron a comer. A pesar de ser vituallas sencillas estaban bien preparadas. Sergio y Hanna disfrutaron de ellas.

—¡Está todo realmente buenísimo! ¡Felicidades al cocinero o cocinera! —exclamó Sergio, viendo como Hanna saboreaba aquellas viandas —Entre la ducha y esta cena nos estamos recobrando de la dura caminata y volvemos a ser nosotros mismos.

—Si no es indiscreción por nuestra parte ¿puedo preguntar qué les ha traído a visitar nuestras tierras? —dijo el hermano de Yasid cortésmente —Esta ruta está alejada de los recorridos habituales que realizan los turistas por el interior de nuestras ciudades, como pueden ser Rabat, Marrakech o Fez. Incluso nos resulta extraño el que veamos mochileros por estos caminos.

—Íbamos de Marrakech a Fez, queriendo pasar a ver las Cascadas de Ouzoud y cuando llegamos a un desvío, nos pareció que sería divertido el recorrer una ruta diferente y poder contar algo singular a nuestros amigos a la vuelta. Según el plano que habíamos visto por la mañana el tomar el camino de su aldea, nos supondría sólo unos veinte kilómetros más de viaje. En alguna de las guías que habíamos estudiado venía que los olivares de esta zona son de los más bonitos de Marruecos. Como no tenemos prisa, nos daba igual ir por un camino que por otro, así que al final elegimos éste.

—¿Y qué le pasó a la moto?

—Se reventó uno de los neumáticos. Afortunadamente no íbamos deprisa y no sufrimos ningún accidente grave. Si mañana podemos usar su teléfono móvil, llamaremos a la agencia de alquiler para que venga a repararla y a buscarnos. Ustedes ¿suelen ir a diario a Marrakech o alguna ciudad importante cercana?

—No y menos en la época de faenado de aceituna en la que nos encontramos. Necesitamos a toda la gente de la que podemos disponer para realizar las labores anteriores a la recolección. Por necesidades de uno de nuestros clientes principales no nos quedará más remedio que ir a Marrakech en tres o cuatro días, pero no antes.

—¿Están en plena recogida de la aceituna? —preguntó Sergio imprimiendo una gran curiosidad en su rostro mientras lo hacía.

—No. Todavía es pronto. Pero es necesario labrar periódicamente todos los olivos con el fin de arrancar las malas hierbas. Principalmente en los meses anteriores a la recolección. De esta manera cuando cojamos las aceitunas del suelo, será más sencillo.

—Debe ser una labor dura y apremiante para ustedes.

—Sí. Es el momento en que vas contemplando cómo crecen los frutos después de un año de trabajo y donde ves si todo el trabajo realizado ha merecido la pena. Todos los rostros de la gente de la aldea muestran la ansiedad y expectación del momento, deseando que las aceitunas sean de la máxima calidad.

—Debe ser un momento maravilloso.

—El mejor del año. Donde vemos si la cosecha a obtener va a ser o no buena.

—¿Y qué esperan para este año?

—Si nuestras previsiones son acertadas, una cosecha fabulosa. Los árboles parece que van a estar cargados y las aceitunas que vemos crecer son de la mejor calidad.

—Me alegro mucho por la aldea.

Acto seguido, Sergio se calló durante unos segundos donde dirigió una larga mirada a la que se suponía que era su esposa, como pidiéndole permiso para continuar con lo que iba a decir. Ella hizo un leve gesto afirmativo con la cabeza.

—Mi mujer y yo nunca hemos estado en unos olivares y por lo que me estáis contando a pesar del duro trabajo a realizar, es casi un momento único para ustedes. Mientras estemos con ustedes, ¿nos dejarían ayudarles como pago a la hospitalidad que nos han prestado? Les prometemos que intentaremos ayudar y no ser una molestia. Ustedes díganlos sencillas labores en las que podamos ser útiles y nosotros las intentaremos realizar de la mejor manera posible.

Ambos hermanos se miraron a los ojos durante unos segundos entre sí, tremendamente extrañados por la petición que aquel extranjero les estaba realizando. La labor de los próximos días iba a ser dura y extenuante. Por una parte cuantas más manos tuviesen a su disposición mejor, pero por otra parte dudaban en someter a aquellas tareas a aquellas personas que nunca habían trabajado en el campo.

—De acuerdo —dijo al final despacio el hermano mayor —Les enseñaremos lo que tienen que hacer y vivirán las labores de la aceituna con nosotros. De la misma forma que llevamos haciéndolo durante generaciones. Si en algún momento no se ven capaces de continuar y las tareas encomendadas les parecen demasiado duras, por

favor comuníquenoslo de inmediato. Son trabajos manuales y a las personas no acostumbradas a ellos, a pesar de que les damos guantes se les suele llenar las manos de ampollas. No queremos que ustedes lleguen a esa situación.

—No se preocupen. Si no nos vemos capaces de ayudarles y lo único que somos es una molestia, abandonaremos inmediatamente lo que estemos haciendo. — repuso Sergio en un tono suave imprimiendo sinceridad a sus palabras a través de la expresión de su rostro. Sólo queremos participar en algo diferente, muy alejado de lo que estamos aburridos de hacer en nuestro trabajo diario, allí en nuestro país. Si además de alguna manera pagamos la hospitalidad que nos están prestando, mejor que mejor.

—Pues para ser útiles mañana, lo mejor que podemos hacer todos es irnos a descansar. Les aseguro que será un día agotador y sus cuerpos les agradecerán las horas de sueño que les hayan dado.

Y dando por terminada la cena, Yásid les acompañó de nuevo hasta otra habitación de la casa. Ésta, se encontraba en el otro extremo del edificio y era un dormitorio en el que había un gran colchón de lana en el centro de la estancia.

—Antiguamente las numerosas habitaciones de esta gran casa estaban llenas de vida y personas. Ahora solo quedamos en ella mi hermano, su mujer Sadima, sus hijos, Alfara y yo. Durante la últimas dos generaciones, el resto de nuestra familia se aburrió de la dura vida del campo y prefirió probar fortuna en alguna de las grandes ciudades de nuestro país. Incluso marcharse al extranjero, siendo España y Francia sus principales destinos. No les envidio. Aquí la vida es dura, pero somos más libres y felices.

—Cada persona vive según sus propias decisiones —dijo Sergio de manera enigmática no tomando partido.

—Así es. En esta zona de la casa, nadie les molestará. Como han podido ver nosotros ocupamos justo el otro extremo. Duerman tranquilos. Mañana temprano vendremos a despertarlos y saldrán con nosotros al campo. Gracias por su ayuda —añadió dirigiéndose hacia la salida de la habitación, mientras procedía a cerrar la puerta y a darles intimidad.

—Gracias a ustedes.

La espaciosa habitación tenía unos amplios ventanales de madera que se encontraban abiertos de par en par. Daban a una zona donde no había casas, solo el comienzo de un terreno donde se podían apreciar a pesar de la escasez de luz, docenas de olivos. El penetrante y agradable olor de aquellos árboles llenaba la estancia.

Sergio se había acercado a una de las ventanas para contemplar mejor el paisaje cuando notó otro olor. El que aquella mujer irradiaba al acercarse. En unos segundos ella se situó a su espalda y comenzó a acariciarle despacio. Poniéndose de puntillas acercó su boca al oído de él mientras comenzaba a lamerle el lóbulo de la oreja.

—Por tu culpa, mañana nos levantarán temprano para trabajar duramente en el campo —le dijo con un suave ronroneo —Tenemos poco tiempo para continuar con lo que hemos dejado sin concluir hace un rato. Debemos dedicarnos a ello mientras todavía nos queden fuerzas.

Sergio se dio la vuelta y comenzó a desnudarla, mientras ella a su vez le correspondía. En uno segundos se encontraron encima del colchón uno en brazos del otro buscando sus cuerpos desesperadamente.

Cerca de Ouzoud. Lunes 10, Agosto 2015

A la mañana siguiente y a pesar de lo que les habían dicho, no los despertaron al alba cuando el resto del poblado comenzó con las labores del campo. Sobre las nueve de la mañana, alguien llamó con los nudillos a su puerta. Sergio se levantó el primero, tapando el cuerpo desnudo de Hanna con las sábanas y poniéndose encima la chilaba, se acercó a la puerta mientras contemplaba por las ventanas el radiante sol de la mañana.

—¿Sí?

—Soy Yasid —dijo una voz al otro lado de la puerta —Si quieren echarnos una mano en nuestras labores, tendrán que levantarse de la cama antes de que las terminemos.

—Tenías que habernos despertado antes. Con lo relajante que fue el baño y la cena de ayer después de la caminata que nos dimos, podíamos habernos quedado dormidos toda la mañana. Enseguida nos vestimos y salimos.

Se dirigió rápidamente a la cabecera del lecho donde contra el blanco de las sábanas se perfilaba la sensual silueta de ella. No pudo resistirse a la influencia de semejante cuadro y se quedó parado durante unos segundos contemplándola. ¡Qué bella era! Ese precioso rostro rodeado de aquel brillante pelo de color caoba que parecía tener vida propia, eran capaces de prender a cualquier hombre y hacerlo su esclavo.

—Es hora de levantarse Hanna —le susurró suavemente mientras acercaba su boca al oído de ella —Nos están esperando al otro lado de la puerta.

Esto último lo añadió porque tal y como se había comportado ella de insaciable la noche anterior, no se fiaba de que se despertarse con ganas de continuar donde lo habían dejado, con esa ansia suya de seguir conociéndose más profundamente.

—¿Qué hora es? —preguntó con tono somnoliento, mientras levantaba unos dedos la cabeza de la almohada, haciendo que su pelo ondease en torno a ella.

—Por la altura del sol, hace ya horas que ha amanecido. Nos han dejado dormir más de la cuenta. Deben ser alrededor de las nueve.

—Yo quiero más de lo que me diste anoche —dijo ella ronroneando en voz baja.

—¡Chiss! ¡Ahora no es el momento! Como te acabo de decir tenemos a Yasid esperando al otro lado de la puerta. Vístete rápido y salgamos a cumplir con lo que prometimos a esta gente.

—Se lo prometiste tú. Yo no —repuso ella remoloneando felinamente como una gata.

—Lo hice en nombre de los dos. Se lo debemos. Al menos intentémoslo durante un día. Si no eres capaz de seguir su ritmo de trabajo te lo perdonarán y te mandarán a esta casa para que ayudes a preparar la comida u otras labores más livianas.

—¡La madre que te parió! —exclamó ella levantándose de un salto, apuntándole con la mano y mirándole con ojos amenazadores.

¡Bingo! Tal y como él había supuesto, si esa mujer había recibido el entrenamiento marcial que le había demostrado, cualquier alusión a su inferioridad en relación a actividades que podían hacer los hombres le haría saltar como un resorte.

Aquellos inescrutables ojos negros que la noche pasada le habían mirado con pasión, ahora le miraban con odio y furia. Estaba claro que para aquella mujer no existían las medias tintas.

—¡Te vas a poner tú a pelar patatas y a cocer cuscús! —exclamó con los ojos cual ascuas de hoguera, y tono de voz que destilaba una ira enorme a pesar de su bajo tono —Esta noche veremos cuál de los dos ha trabajado más.

Y en escasos segundos recogió la ropa que estaba arrojada a un lado de la cama y se la puso.

—¡Vamos! ¡Cuando quieras! —y mientras soltaba la frase con el sibilante sonido de una cobra a punto de atacar, se colocó a su espalda simulando el papel de esposa callada y obediente.

Abandonaron la estancia y Yasid les acompañó de nuevo a la habitación donde estaba aquella peculiar bañera. Después de un rápido aseo, volvieron para desayunar, a la sala donde se hacía la vida familiar.

Sobre la mesa de madera, tenían desplegados té, café, y unas piezas horneadas de delicioso Batbout, un pan típico marroquí parecido a la pita. Se suele cortar por la mitad, untar de aceite y rellenar de diferentes alimentos. Todo estaba recién hecho y despedía deliciosos aromas.

—¿Qué tal han dormido? —les preguntó Yasid.

—Muy, muy bien. El baño de ayer fue muy relajante y la cena espléndida. Hacía años que no dormía tan a gusto, dijo mientras lanzaba una breve mirada cargada de significado a Hanna.

Dormir, dormir, no habían dormido tanto como su anfitrión podía pensar. Mientras le hablaba, Sergio intentaba averiguar observando aquel rostro, si en él se apreciaba algo que indicase que conocía lo que verdaderamente habían hecho sus huéspedes. Nada dejaba traslucir al respecto aquel sereno rostro.

—Tal y como nos estáis tratando, pienso que el que se estropease la moto más que un problema ha sido una auténtica bendición.

—Gracias —respondió Yasid, agachando levemente la cabeza en un acto de agradecimiento.

—Muchas gracias a vosotros —y mirándole directamente a los ojos añadió —De verdad. Pero pienso que en función de lo que habíamos hablado ayer, nos habéis dejado dormir demasiado. Teníais que habernos despertado antes.

—Sus cuerpos lo necesitaban, y si quieren ser de ayuda a lo largo del día de hoy, es mejor que estén descansados.

—Pues estamos listos. Cuando queráis empezamos.

—Nosotros, ya llevamos varias horas trabajando. He aprovechado que hemos hecho un descanso para beber y comer algo, para venir a por vosotros. Primero nos acercaremos a llamar por teléfono a la casa de nuestra señora y después comenzaremos las labores en los olivares.

—Guíanos y te seguimos.

Cuando terminaron de desayunar, abandonaron la casa y Yasid comenzó a caminar en dirección este. Estuvieron andando durante un par de kilómetros hasta que divisaron unos jardines que rodeaban una especie de antiguo palacete. A pesar del paso del tiempo, todavía se podía apreciar que aquella construcción había sido levantada para soportar el transcurrir de los años.

Sus muros, sus ventanas y sus puertas mostraban que no habían sido elaboradas por simples albañiles. El correr de los años, le había restado algo de su antigua grandeza y en varias zonas de las paredes, se veían algunas partes levemente desconchadas y parte de la pintura descolorida.

Conforme se fueron acercando a la puerta principal de la vivienda, pudieron apreciar una transformación en el semblante de Yasid. Su rostro que hasta el momento había sido alegre y cordial, con cada paso que daba se volvía más serio y circunspecto. Algo de aquella casa le afectaba. Cuando se encontraba a pocos metros de la casa se paró.

—Por favor, déjenme hablar a mí. No hagan, ni digan nada si yo no se lo indico —les dijo en un tono serio —Los dueños de estos olivares y la almazara es la familia Hassin. Hace un par de días, en un desgraciado accidente ha muerto el patriarca. Ahora de la familia, solo quedan dos hermanas y la hija de una de ellas. Todas están dentro de la vivienda y están muy afectadas por la trágica pérdida. No quiero molestarlas demasiado. Empleemos el menor tiempo posible.

—Como desees. Seguiremos tus indicaciones y haremos todo lo que tú nos digas.

El marroquí se puso de nuevo en movimiento y cuando estaba a punto de alcanzar la puerta, ésta se entreabrió y la figura de un hombre se destacó en el interior. Por lo poco que se podía apreciar, no se parecía en nada ni a Yasid ni a su hermano.

Aquel individuo no era un hombre de campo. Su curtido rostro de mala catadura mostraba diversas cicatrices, con una intensa amargura y odio en la mirada. Por el motivo que fuese no le agradaba la visita que estaba recibiendo por parte de Yasid y sus acompañantes.

—Assalamu alaikum —saludó amablemente en árabe Yasid a pesar del claro esfuerzo que se notaba que estaba haciendo para dirigirse de esa manera a aquel individuo.

—Walaikum as salam —repuso como respuesta obligada sin ningún tipo de cordialidad el interpelado.

—Estas personas necesitan utilizar un momento él móvil que posee la señora. Pagarán el gasto que hagan —solicitó Yasid continuando hablando en árabe.

—Un momento.

Y sin más respuesta, cerró la puerta y se dirigió hacia el interior de la casa. Al cabo de unos minutos, volvió a salir y de nuevo solo entreabrió la puerta lo necesario para que se le viese una porción de la cara y se le entendiese sin excesivos problemas al hablar.

—Dice la señora que lamentablemente se ha descuidado y que el móvil esta descargado, por lo que no se puede hacer uso de él.

—Le puedes decir ¿si sería tan amable de ponerlo a cargar?. De esa manera nos iríamos y volveríamos de nuevo dentro de unas pocas horas. También desearía hablar brevemente con la señora. Es necesario que le comente ciertos temas de la almazara para que ella tome decisiones con respecto a la próxima recogida de la aceituna.

El hombre volvió a cerrar la puerta y una vez más se dirigió al interior de la vivienda para transmitir lo que Yasid le había solicitado. Al cabo de unos minutos y por tercera vez entreabrió la puerta de la misma forma que las anteriores. A pesar de lo ineficiente que era el comunicarse de esta manera, estaba claro que aquel hombre no quería mostrarse abiertamente en público.

—Dice la señora enfadada que no le molestes más con tonterías y que os encarguéis tu hermano y tú de las labores que os tiene encomendadas. Que para eso sois los capataces. Si no sabéis cómo hacer vuestro trabajo eficientemente os despedirá y contratará a otros que lo hagan. Mañana es la boda de la señora y tiene que dedicarse a prepararse. Me ha pedido que os ordene que no interrumpáis sus celebraciones durante los próximos días.

Y terminada la frase cerró la puerta definitivamente y se internó en el interior de la casa sin darles opción a decir nada más.

Yasid tenía el rostro perplejo y no se recuperaba de las palabras que aquel individuo le había transmitido. Sergio y Hanna ni se movieron, ni hablaron nada. No querían decir, ni hacer nada inapropiado que avergonzase más a aquel hombre.

Durante la conversación Sergio había observado disimuladamente a Hanna y sus sentidos le transmitían que aquella enigmática mujer a pesar de no haber dado ninguna muestra de ello, había entendido perfectamente toda la conversación mantenida en árabe. Él mismo, debido a sus negocios con empresas de diferentes países conocía un árabe elemental y a pesar del rudo localismo del lenguaje del individuo de la puerta, había seguido prácticamente todo el hilo de la conversación.

Al cabo de unos largos segundos, el marroquí rompió el silencio y comenzó a reaccionar. Con el rostro todavía visiblemente turbado se dirigió hacia sus acompañantes.

—Nos van a tener que disculpar, pero no va a ser posible el utilizar hoy el teléfono móvil —les dijo mientras levantaba ambas manos en actitud de lamento, acompañando con ese gesto lo que transmitía claramente su voz —Como la señora no lo suele utilizar muy a menudo se ha descargado y ella no se ha dado cuenta.

—Bueno. Entiendo que después de que se lo hayas pedido, lo pondrán a cargar y en unas horas lo podremos utilizar —intentando demostrar con aquellas palabras que no había entendido nada de la conversación mantenida por los dos marroquíes.

—Me temo que no va a ser posible. La hermana mayor se casa mañana y no podemos molestar a la familia durante las celebraciones que se van a dar y que probablemente se alarguen durante unos días. Lo siento profundamente. Lo único que se me ocurre es que cuando el camión vaya a la ciudad, os lleve en él. Lamento las molestias y los costes que esto os pueda originar.

—No te preocupes Yasid —dijo Sergio intentando tranquilizarlo y animarlo con sus palabras —Bastante os hemos molestado ya. El hecho de estar unos días con vosotros sólo servirá para mejorar nuestras vacaciones. Compartiremos con vosotros vuestra vida y haremos cosas que no estamos acostumbrados a hacer. Para nosotros es una oportunidad única. Por la moto tampoco te preocupes. No valía mucho y nuestro seguro cubrirá todos los gastos sin problemas.



Estuvieron toda la mañana en los campos de olivares, realizando diversas tareas manuales alrededor de los árboles. Los métodos utilizados de limpieza de hierbas y labrado, eran totalmente arcaicos y agotadores. Los hermanos Mohamedi no paraban de ir de un grupo a otro de trabajadores verificando si todo se hacía correctamente y dando instrucciones para corregir los errores.

Sergio se fijó, en que cuando hablaban con alguien para que hiciese su labor de otra manera, subsanase una equivocación o cambiase la posición en que estaban trabajando, siempre se dirigían a las personas de forma paciente y educada. No daban órdenes bruscas, ni jamás gritaban. Enseñaban a hacer las cosas de tal forma que los trabajadores hiciesen sus faenas de un modo más cómodo para ellos y más productivo. Así conseguían trabajar durante más horas, empleando un menor esfuerzo.

Estaba claro que aquella gente que se encontraba a su cargo adoraba a ambos hermanos. Cada vez que ellos les daban una indicación, ponían toda la atención del mundo y repetían los gestos que ellos les mostraban empleando toda la dedicación posible. No eran unos capataces, eran unos líderes dentro de aquellos terrenos.

Cuando el sol estaba en su cenit y más calor hacía, pararon para comer, a la sombra de aquellos olivos que estaban faenando. De unas cestas las mujeres sacaron cuscús con cordero y lo repartieron entre todos los presentes.

Sergio y Hanna simulando que no querían entrometerse en sus conversaciones y evitando además que alguno de los grupos fuese demasiado numeroso, no pudiendo debido a ello cobijarse a la sombra de un mismo árbol, se situaron en un olivo algo más apartado. De este modo Hanna que se había comportado de una forma similar al resto de las mujeres, mezclándose con ellas, pudo hablar con Sergio sin llamar la atención del resto.

—Bueno. ¿Qué te ha parecido tu idea de deslomarnos trabajando en el campo? ¡Tú sí que tienes un concepto claro de cómo deben disfrutarse unas buenas vacaciones! —exclamó con un claro sarcasmo en su voz.

—¡Será de día! De noche no te he oído que emitieras muchas quejas —le dijo guiñándole un ojo.

—¡Serás fantasma! —le respondió mientras cogía unas aceitunas de un olivo y se las lanzaba sin excesiva fuerza a la cara.

—¡Quieta! —le ordenó en voz baja riéndose mientras apartaba el rostro de la trayectoria —Llevas toda la mañana haciendo de mansa y dócil mujer. No vayas a estropearlo ahora llamando su atención.

—Lo que a ti se te va a estropear, van a ser las noches.

A Sergio le seguía pareciendo increíble el cambiante rostro y los ojos de aquella mujer. Podían resultar tan expresivos en facetas tan opuestas como la pasión y el odio. En esos momentos, los ojos le refulgían de furia y brillaban como ascuas. Si hubiesen tenido la capacidad de lanzar llamas, en esos momentos se encontraría totalmente incinerado a los pies de aquella mujer.

—¡No por favor! ¡No seas cruel! —le recriminó Sergio sin dejar de reír —¡No te castigues a ti misma!

—¡Mexicano engreído!

En esos momentos, viendo como Yasid después de haber recorrido todos los grupos, se acercaba a donde se encontraban ellos, dejaron de comportarse de aquella espontánea manera y volvieron a sus papeles de marido y mujer bien avenidos.

—¿Qué tal os encontráis? —preguntó dirigiéndose a Sergio, mientras se sentaba a su lado en el lado derecho, el opuesto a donde se encontraba Hanna.

—Creo que mañana nos dolerán a ambos, todos los músculos y las articulaciones de nuestros cuerpos. Vuestra forma de ganarnos la vida es terriblemente dura.

—Supongo que todo será dependiendo de a lo que uno esté habituado...

—Te aseguro que estamos acostumbrados a otro tipo de actividades dentro de nuestro trabajo. Lo que más lamentamos, es que no tenemos claro si para vosotros, somos más una ayuda o un estorbo.

—“El que ayuda no molesta” —sentenció el marroquí y cambiando de tema añadió —¿Qué os ha parecido nuestra frugal comida?

—La comida y este descanso nos está sirviendo para que podamos recuperarnos algo. ¿Qué tal está siendo la jornada?

—En cuanto trabajo realizado muy bien. Y en cuanto al resultado del mismo, pensamos que va a ser muy positivo. A pesar de que todavía es pronto, aquellos frutos que hemos analizado parecen que van a ser de excelente calidad. Si todo sigue igual de bien, éste será un buen año.

—Perdona mi curiosidad, pero en mi profesión, trabajo de economista. En cuanto a ventas y clientes ¿cómo va el negocio?

El rostro de aquel joven cambió de la alegría que hacía unos momentos mostraba, a una apariencia más abatida.

—No tan bien... Llevamos varios años produciendo más de lo que al final podemos vender. No sé, si a partir de ahora, dirigiéndonos la joven ama, las cosas cambiarán.

—Espero firmemente que sea a mejor. Sois buena gente.

—No lo sé. El padre de Samira era muy fiel a seguir la tradicional forma de trabajo que se ha realizado aquí desde hace muchas generaciones. Su hija consiguió, todavía no me lo explico cómo, que le dejase ir a la Universidad de Jaén a estudiar el Máster Universitario en Olivar y Aceite de Oliva, donde enseñan las nuevas técnicas de producción que se utilizan en Andalucía. Estudio y trabajé duramente, pero cuando vino, su padre se negó rotundamente a ponerlas en práctica.

—Aunque sea por un motivo desgraciado, ahora podrá hacer lo que quiera. Siendo la mayor de los descendientes, es la nueva dueña.

—Sólo hasta mañana —y al decir estas palabras su cara se agrió aún más.

—¿Por qué, sólo hasta mañana?

—Recuerda que mañana se casa.

—¿Sin guardar como suele ser la costumbre, durante un tiempo respetable, el debido luto? —preguntó Sergio exagerando con su tono, su extrañeza.

—Sí. —y Yasid se cerró en su mutismo, no queriendo dar ningún tipo de explicaciones.

—Disculpa, pero creo que me he propasado contigo haciendo preguntas indiscretas.

—No hay nada que disculpar —respondió agachando la cabeza, dejando de conversar y encerrándose en sí mismo.

Estaba claro que en aquella propiedad pasaba algo extraño. Sergio no queriendo molestar a quien tan bien les había tratado, le hizo un disimulado gesto a Hanna para que siguiesen comiendo en silencio. Al cabo de un rato Yasid se fue a levantar, pero cuando estaba a medio camino, volvió a sentarse y miró fijamente a los ojos a Sergio.

—Parecéis buenas y honestas personas. Tengo una carga que me pesa en el corazón que necesito soltar o el pecho me estallará. Mi hermano bastante tiene con el trabajo que tiene que realizar y si se lo cuento a cualquiera de nuestros trabajadores, éste se lo dirá al resto y cundirá la desazón. Dejadme confesaros algo.

—Lo que quieras. Nos honras con tu confianza y no te preocupes, de nuestra boca no saldrá ninguna palabra de las que tengas a bien contarnos. Nosotros sabemos guardar secretos.

—Hace tres noches, algo muy inusual debió ocurrir en la vivienda principal de nuestros dueños. Lo primero, fue el extraño fallecimiento de Abdellah. Era una persona mayor, pero gozaba hasta la fecha de excelente salud.

—¿De qué murió?

—No lo sabemos. Los habitantes de la casa nos dijeron que había sido de muerte natural, pero no nos dieron ninguna explicación sobre cómo ocurrió exactamente.

—En estos casos, ¿no tiene que venir un médico de alguna ciudad cercana a certificar la causa de su muerte?

—Sólo cuando la muerte ha sido por causas extrañas y es necesario realizar un análisis forense o autopsia. Además alguien de la familia lo tiene que solicitar. Por lo demás, enterramos a nuestros muertos como llevamos haciéndolo desde siempre. Las autoridades nos dejan cumplir en paz con nuestras tradiciones.

—Lo de extraño, ¿es por algo raro que viste en el cadáver?

—Eso es lo raro. Nadie de nosotros ha llegado a poder ver el cadáver.

—Entonces, ¿cómo estáis seguros de que ha muerto?

—Porque al día siguiente, cuando fui por la tarde a la vivienda de los señores a comentar los trabajos del día, su hija mayor me lo dijo.

—¿Y lo enterró ella? —preguntó Sergio con un rostro que reflejaba un profundo estupor.

—No. Me dijo que justo ese día, había llegado su futuro marido con unos parientes y que no me preocupase por nada, que ellos se iban a encargar de todo.

—¿Pudiste entrar en la casa y ver algo?

—No. Después de llamar a la puerta, que estaba cerrada como en el día de hoy, Samira salió fuera y me recibió a solas, sin la presencia de su hermana. Nunca, desde que tengo uso de razón, recuerdo el que la puerta de esa casa hubiese estado cerrada para nadie. No ha habido en muchos kilómetros a la redonda, familia más hospitalaria que los Hassin. Ella me dijo que se sentía muy afectada y débil por la muerte de su padre y que en los próximos días si quería comunicarme con ella, le hiciese llegar los mensajes a través de los parientes de su novio.

—¿Samira era de salud delicada?

—¡Que va! Siempre ha sido fuerte y con una salud de hierro. Es una persona que desborda pasión y energía. Muchos días es la primera que aparece en los olivares y la última que los abandona.

—¿Qué pensaste de su comportamiento?

—Que allí estaba ocurriendo algo muy extraño. Cada pocos segundos miraba por encima del hombro con cara atemorizada.

—¿Conocías al novio y a sus parientes?

—No. Eso también me resulta extraño. Yo tenía cierta confianza con Samira y con su padre —al decir estas palabras bajó la voz y agachó la cabeza como si el recuerdo de aquella confianza, por lo visto perdida, le produjese un gran dolor en el alma —Jamás me hablaron ninguno de los dos de la existencia de una boda acordada. Y mucho menos de que faltase tan poco tiempo para celebrarla. Ellos saben que estamos muy agradecidos por el trato que nos dan y que en esas ocasiones todos los habitantes del pueblo contribuimos con algo para hacerles un regalo. A lo largo de generaciones ha sido así. En la aldea tenemos muy pocas celebraciones, por lo que un acontecimiento como ese lo celebramos a lo grande. Un ejemplo no muy lejano, fue el matrimonio de la hermana menor. Hubo una gran fiesta en él y los dueños de estas tierras nos honraron con su presencia.

—¿Has podido ver al novio?

—No. Lo único que he tenido a mi alcance desde que hablé con ella esa última vez, ha sido lo que vosotros habéis podido contemplar esta misma mañana. La silueta de uno de los parientes del novio, que no se deja ver y que solo entreabre la puerta un poco para trasmitir mis palabras al interior de la casa, para posteriormente traerme sus respuestas.

—Tú en tu corazón ¿qué opinas? —le preguntó en voz baja y suave Sergio intentando que soltase lo que de verdad le estaba rondando por la cabeza.

—¡No sé qué pensar! Solo, que nada de esto es normal. Para conocer lo que ocurre debiera poder hablar con Samira. Los dos a solas en un lugar tranquilo. Pero después de que se case ya no tendrá sentido nuestra conversación y en estos momentos la familia de su novio impide cualquier tipo de acercamiento por mi parte.

Sin que Yasid lo viese, Hanna que estaba sentada en el lado opuesto, le hizo un gesto a Sergio para que le mirase detenidamente lo que iba a pronunciar con sus labios. Sin que ningún sonido saliese de ellos vocalizó muy despacio la palabra ayudémosles. Aunque éste no hizo ningún gesto ni movimiento que lo delatase aquello le pilló totalmente por sorpresa. Desde que la conocía, Hanna solo había mostrado interés por aquello que tuviese relación con aquello que le incumbiese directamente.

—Yasid. Por lo que hemos visto de todos vosotros, sois gente honrada dedicada enteramente a vuestro trabajo y con tremenda devoción por los dueños de estos olivares. Aunque no somos ni soldados, ni gente habituada a pelear, nosotros os ayudaremos en lo que podamos —le dijo Sergio imprimiendo un tono de total confianza en su voz —Todavía, no sé el modo, pero te aseguro que te conseguiremos esos minutos a solas con Samira.

—¿Qué? —preguntó con un leve brillo de esperanza en sus ojos aquel joven.

—Primero tenemos que pensar en cómo lo haremos y cuando hayamos trazado un plan te lo contaremos. Ahora tenemos que seguir con nuestra jornada de trabajo habitual. No sabemos si en estos mismos momentos, alguno de los parientes del novio nos está observando escondido por los alrededores.

—Gracias. Si conseguís lo que me estáis comentando os deberé gratitud eterna —dijo mientras se ponía de pie y comenzaba a movilizar al resto de los grupos de trabajo para continuar con las labores del campo.

Cuando se hubo alejado lo suficiente para que no los oyese, Hanna se dirigió en voz baja a Sergio.

—¿En qué has pensado?

—Yo, en nada. Como me has dicho tan convencida que le ayudemos, le he soltado lo primero que se me ha venido a la cabeza para tranquilizarlo. Espero que tú seas la que dispongas de un plan de acción.

—Pues no. Pero después de lo que le has dicho, tendremos que pensar en alguno. De momento vamos a seguir ayudando en el trabajo a toda esta gente y si mientras

se nos ocurre alguna cosa a cualquiera de los dos lo comentamos.

Sergio, disimulaba como si estuviese pensando en otra cosa, y entretanto miraba de soslayo a aquella mujer y estudiaba atentamente aquellos ojos que le trasmitían que no tenían ningún miedo y que estaban encantados de pasar a la acción. Estaba seguro que el entrar en la morada principal de los dueños de aquellas tierras, y enfrentarse a quien estuviese dentro, no iba a ser ningún problema para cualquiera de los dos. No añadieron nada más a la conversación y cada uno se volvió a integrar en su grupo de trabajo.



Estuvieron trabajando hasta que el sol empezó a ocultarse, momento en que se dispusieron a volver a la aldea. Por la forma de caminar lenta y cansina de los componentes de las diferentes cuadrillas, se podía adivinar el agotamiento y mella que la dura jornada había causado en aquellos cuerpos. Hanna y Sergio, a pesar de ser dos personas que se encontraban en forma no estaban mucho mejor. Iban los últimos de aquella reata de trabajadores que se encaminaba hacia la aldea, agotados y empapados en sudor.

Para cada tipo de esfuerzo se utilizan un conjunto de músculos u otros y no tiene nada que ver el levantar pesas o hacer aparatos en un gimnasio durante un par de horas, a faenar olivos durante todo un día.

—¡Tú y tus estúpidas ideas de venir a trabajar al campo! —se quejó en voz baja Hanna mientras se dirigían hacia la vivienda de la familia Mohamedi —¡Me parece que mañana vas a venir tú solito!

—Desde luego, ¡no aguantas nada! ¡Con lo bien que te va a venir el realizar algo de ejercicio físico! —respondió él riéndose, mientras aprovechaba para lanzarle una pulla —Ayer por la noche te noté un poco blandengue.

—¡Yo! ¡Un poco blandengue! —y viendo que por agotamiento nadie miraba hacia atrás le lanzó una fuerte patada al trasero —¡Qué te has creído!

—¡Ay! ¡Serás bruta! —exclamó él exagerando el efecto del impacto —¡Que me lo vas a romper!

—¿No decías que estaba blandengue?

—Sí, ¡pero no de piernas!

Una vez más aquellos ojos color negro azabache, empezaron a refulgir, mientras el enfado iba creciendo en el bello rostro de aquella mujer.

—¿Qué parte de mi anatomía es la que está blandengue?

—Pues la verdad, es que ahora mismo no me acuerdo. Debe ser que solo me fijo por las noches —y riéndose con ganas, pero sin llamar la atención de las personas que iban por delante, aprovechó para devolverle mediante una suave palmada el golpe en el trasero. Mientras terminaba la palmada con una caricia añadió —tendré que volver a recorrer despacio cada palmo de tu cuerpo para averiguarlo.

—¡Ya veremos! —repuso ella relajándose y esbozando una sedosa sonrisa añadió —¡Te lo tendrás que ganar!

—Espero que la prueba que me impongas no sea muy difícil —dijo él, guiñándole un ojo y reprimiendo unas ganas locas de rodearla por la cintura y buscar sus labios. Aquella mujer ejercía un influjo extraño e hipnótico sobre su persona.

Al cabo de unos minutos caminando, llegaron a la aldea y cada familia se dirigió despacio hacia su vivienda. Mientras el resto de su familia continuaba hasta su casa, Yasid se paró esperando a que sus invitados llegasen a su altura.

—¿Qué tal os encontráis? —les preguntó vivamente interesado por su estado.

—Agotados. Si llega a durar un poco más la jornada, nos caemos redondos al suelo. No sé cómo vuestras mujeres y niños pueden aguantar durante todo un día este ritmo de trabajo. Necesitamos desesperadamente un buen baño y algo de cenar.

—Nuestro trabajo es el resultado de la necesidad y de generaciones de antepasados haciendo lo mismo. Para nosotros no existe otro tipo de vida. Si queréis, mañana no os molestamos y os dejamos descansar.

—No gracias. Nos hemos comprometido a ayudaros y eso es lo que haremos. Por lo menos mientras nuestros cuerpos sigan aguantando.

—Me he parado a esperaros porque preferiría que durante la cena no se hablase de lo que hemos comentado hace unas horas. No quiero alarmar al resto de la familia sobre lo que pensamos que ocurre en la vivienda principal.

—No te preocupes. Hablaremos solo de nuestra experiencia como malísimos trabajadores de olivos.

—Y ¿has pensado en algo? —preguntó dirigiéndose a Sergio con evidente ansiedad en su tono de voz.

—Sí, pero todavía es pronto para poder contártelo. Necesito madurar un poco más mi idea antes de que se convierta en un plan de acción válido. Prometo contártelo mañana a primera hora.

—Muchas gracias.

—No hay porque darlas. Con tu permiso vamos a por ese baño y esa cena. Mi mujer y yo lo necesitamos urgentemente.



Hanna y Sergio se dieron un refrescante baño en la habitación de aseo que tanto estaban empezando a apreciar. Encontraron que les habían dejado de nuevo ropa limpia con la que poder cambiarse. Cuando terminaron de vestirse se dirigieron a la sala principal a disfrutar de una abundante cena con la familia de Yasid al completo.

Los hijos de su hermano no dejaban de mirarlos con la curiosidad propia de los niños. Estaba claro que no solían sentarse a la misma mesa que extranjeros. Aunque con la mirada baja y sin atreverse a decir ninguna palabra, la hija no podía apartar los ojos de la pulsera de Sergio y principalmente del diamante alojado en ella.

Una vez terminada la cena, el hermano de Yasid, fue el primero en levantarse y tomar la palabra.

—Si queremos estar descansados y ser productivos durante la jornada de mañana, será mejor que nos retiremos de inmediato a descansar.

Todo el mundo asintió con la cabeza y cada miembro integrante de aquella familia se dirigió a su habitación. Cuando por fin Hanna y Sergio se encontraron en su apartado cuarto, pudieron hablar con tranquilidad.

—¡Esto de ser una esposa callada me está matando! —exclamó gesticulando exageradamente con las manos pero sin elevar el tono de voz —¡Siento en todo momento unas enormes ganas de gritar!

—¡Pues no la pagues conmigo! ¡Yo no tengo ninguna culpa!

—¡Hombres! A lo mejor mañana cuando te despiertes me he largado andando camino de Fez. No creo que sea más duro que repetir una jornada como la de hoy.

Sergio se acercó a ella y cogiéndola suavemente por la cintura, la atrajo despacio hacia sí, mientras le quitaba el pañuelo que escondía aquel maravilloso cabello ondulado.

—¡Y serías capaz de abandonarme a mi suerte! ¡No volvería a encontrar el camino de vuelta! Soy un simple contable que necesita la guía de una intrépida periodista...

Esta vez fue ella la que no le dejó seguir hablando y acercándose más a él entrelazó su lengua con la suya y le dio un largo y profundo beso.

—¡Me tendrás que convencer de algún modo para que me quede a tu lado! Y no se me ocurre cómo... —murmuró mientras separaba un poco sus bocas.

—Ya pensaré en algo —repuso él haciendo el gesto de volver a depositar sus labios en los de ella.

Pero esta vez, ella no le concedió esa oportunidad. Interpuso su dedo índice entre ambos, depositándolo en los labios de él como si le pidiese silencio.

—Antes de que te emociones demasiado y no seas capaz de pensar coherentemente —dijo mientras le guiñaba un ojo —dime qué se te ha ocurrido. Le has dicho antes a Yasid que ya habías cavilado algo.

—Era mentira. Todavía no se me ha venido nada a la mente. Me he visto forzado a decírselo para tranquilizarlo. Le he visto demasiado nervioso.

—¡Y qué le vas a decir mañana! ¡Le has prometido que tendrás un plan! —repuso ella mientras se alejaba y se sentaba en el borde de la cama, dando lugar a que se

enfriase el calor del momento.

—¡No lo sé! ¡A ti qué se te ocurre!

—¡Vaya ha vuelto el inocente contable y tiene que ser la intrépida periodista la que solucione el tema! —e irónicamente y sin poder contenerse añadió —Perdón, la callada y obediente esposa.

Acto seguido, se levantó de la cama y cogiendo su mochila se acercó a la ventana para subirse al marco de madera de la misma y de un pequeño salto salir al exterior. Sergio se acercó rápidamente a la ventana por la parte interior de la habitación y le agarró suavemente del brazo, antes de que se separase de la pared.

—¿A dónde vas?

—Te lo acabo de decir. A hacer de periodista intrépida. Como especialista en temas de investigación tengo bastante más experiencia en estas situaciones que tú.

—¡Voy contigo! —exclamó Sergio haciendo además de saltar él también a través de la ventana.

—¡No! —dijo ella en un tono de voz que no admitía réplica —Tú no tienes costumbre de hacer este tipo de cosas. Serás más una molestia para mí que una ayuda. No tenemos mucho tiempo y no quiero perderlo teniendo que cuidar de ti y vigilar los pasos que das. Estate tranquilo, volveré en un par de horas.

—¡Ten cuidado! —dijo mientras a pesar de la pared que los separaba acercaba su boca a la de ella y le daba un prolongado beso.

—No te preocupes. —respondió ella tras unos segundos, mientras separaba sus labios, se soltaba de su abrazo y se alejaba en la oscuridad de la noche. —Si cuando vuelvo aún no estás dormido, podrás continuar buscando inútilmente en mi cuerpo esas zonas blandengues que antes has mencionado.

Sergio dejó transcurrir un par de minutos que aprovechó para coger algo de material de su bolsa de viaje, antes de saltar por la ventana y seguirla. La noche estaba despejada de nubes y las estrellas brillaban en el firmamento. Era cuarto menguante, por lo que la luna aportaba su granito de arena a que la noche no fuese del todo oscura y cerrada.

Sabía hacia donde le encaminaban sus pasos y no quería que ella se diese cuenta de que la estaba siguiendo. Cada vez tenía más claro que sus sospechas no eran infundadas. La profesión real de aquella mujer no era el periodismo.

La verdad es que ni uno, ni otro habían tenido mucho tiempo libre, pero se estaba arrepintiendo de no haber buscado el momento adecuado de registrar su mochila. Algo le decía que de la misma manera que ocurría con la suya, lo que se encontrase en su interior distaba mucho de ser el típico equipaje de un turista.

Había estado tentando de coger el arco, pero al final había decidido que era mejor no portar peso y comportarse como un simple observador. Lo único que llevaba encima como arma, igual que en el caso de su asalto a la guarida de los ladrones de los servidores de sus amigos, eran sus afilados cuchillos de combate.

Una de las habilidades que le habían enseñado durante los meses de entrenamiento que había permanecido en el Dojo Negro, era a moverse como un fantasma, principalmente de noche. La mayoría de los japoneses, incluidas las autoridades del país pensaban que los ninjas eran leyendas de tiempos pasados. Sergio pudo comprobar en sus carnes, como sus conocimientos y habilidades, habían perdurado a lo largo de generaciones a través de unos pocos maestros e iniciados.

Se movía deprisa sin generar ningún tipo de ruido, tras los pasos de la supuesta periodista. Fue ganando terreno rápidamente y al cabo de unos minutos, pudo oírlos. Sus movimientos a través del terreno también eran sigilosos y solo un auténtico especialista como él hubiese sido capaz de diferenciar los sonidos propios del lugar de los que ella emitía al desplazarse. Sergio se acostumbró rápidamente al leve roce que generaban sus botas al andar. Eran pasos firmes y constantes.

Además, había algo en la seca brisa nocturna que soplaba en su dirección que la delataba. Su terrible femineidad era incapaz de resistirse a utilizar aquel perfume que combinado con el propio de su cuerpo era capaz de embriagar a cualquier hombre. Sergio habría podido seguir su rastro con los ojos cerrados.

De repente, a algo más de un kilómetro de la vivienda principal, dichos sonidos cesaron, quedando solo los propios del ambiente. A su vez, Sergio se frenó de inmediato. Sabía que él no era la causa de que ella se parase. Era prácticamente imposible que con las precauciones que tomaba, le hubiese detectado, por lo que otro tipo de motivo había provocado el que se detuviese. Aunque en esos momentos no estaba dentro de su alcance de visión, sus sentidos la situaban a unos doscientos metros, debajo de las ramas de un enorme olivo.

Al cabo de unos segundos Sergio pudo escuchar lo que parecía ser una conversación telefónica. La joven estaba hablando con alguien en un murmullo prácticamente inaudible. La situación parecía indicar que la muchacha se había situado al amparo de aquel árbol con el fin de esconderse aún más entre sus sombras.

Se había colocado de tal forma que había interpuesto el tronco entre ella y la dirección entre donde se encontraba la vivienda de los propietarios de aquellos olivares, de tal manera que impidiese que se propagase el sonido en aquella dirección. Estaba lo suficientemente alejada de la aldea para que ésta tampoco fuese un problema.

Extremando las precauciones, Sergio acortó distancias entre ellos y se situó detrás del tronco de otro árbol a unos veinte metros de donde ella se encontraba. Acercarse más hubiese supuesto avanzar hasta terreno descubierto y con altas probabilidades de ser visto.

Sólo le llegaban retazos de la conversación y al principio no supo ni identificar en qué idioma hablaban. Relajándose, se concentró en eliminar de sus sentidos todo salvo aquella fuente de sonido. Al cabo de unos instantes consiguió escuchar con mayor claridad.

—¡Era hebreo! —pensó para sus adentros —aquella mujer era una fuente continua de sorpresas. ¡Estaba hablando hebreo!

Sergio no dominaba aquel idioma y sólo creyó entender por algunas palabras sueltas que conocía, que en aquella conversación estaban hablando de armas. Eso, si las siglas que había oído significaban lo que él pensaba. Cada vez entendía menos la presencia de aquella sorprendente mujer en aquellas tierras.

Al cabo de unos minutos, la muchacha cerró la comunicación, guardó el dispositivo que estaba manejando dentro de su mochila y se encaminó con cuidado hacia la vivienda. A su vez Sergio se puso en movimiento manteniendo una distancia prudencial.

Viéndola desplazarse, estaba claro que aquella mujer era una profesional bien entrenada. Realizaba sus movimientos con suma cautela y conforme se fue acercando a la casa extremó aún más sus precauciones.

Avanzó hasta situarse pegada a la pared de la casa por la zona más oscura y allí a cobijo, extrajo de su mochila un pequeño dispositivo con una pequeña pantalla. La encendió y el aparato lanzó pequeños destellos y mostró algo de información.

A Sergio desde la distancia en que se encontraba, no le era posible averiguar lo que tenía entre manos y el sentido de lo que ella estaba haciendo, pero le pareció que estaba manejando algún tipo de localizador. Distinguió, a pesar de la distancia que les separaba, un gesto de satisfacción y triunfo en su cara, como si hubiese encontrado por fin, algo que estaba buscando.

Guardó el aparato de nuevo en su mochila y fue recorriendo despacio y agachada el perímetro de la casa. Donde había una ventana, se detenía, se levantaba de su posición y echaba una ojeada rápida en el interior. La mayoría de las veces solo podía mirar a través de las viejas contraventanas de madera que se encontraban cerradas.

Continuando con su recorrido y a punto de dar toda la vuelta a la casa, se encontró con una especie de ventanuco de menor tamaño, que se encontraba sin cerrar, situado junto a una segunda puerta secundaria que tenía la vivienda. Sergio pudo apreciar como ella se había detenido después de ponerse en pie, como si estuviese tomando una decisión. En unos segundos se introdujo en el interior de la casa.

Él se puso tenso dudando entre seguir donde estaba o ir tras ella. De la conversación que habían mantenido con Yasid, estaba claro que algo raro estaba ocurriendo en aquella casa. Aquello quedaba refrendado aún más por lo que estaba haciendo Hanna. Lo que desconocía Sergio era si todo ello era peligroso para aquella mujer o no. Decidió esperar vigilando desde donde se encontraba, por si se producía algún acontecimiento. Permaneció en tensión por si tenía que acudir presto en su ayuda.

Al cabo de unos quince minutos, la vio salir por el ventanuco con el mismo sigilo que había utilizado para entrar. No se apreciaba ningún signo de alteración en su rostro. Una vez fuera comenzó a alejarse de la casa, en la dirección en la que él se encontraba. Ahora las tornas habían cambiado y empezaba otra carrera que él debía ganar. Ella sería el perseguidor y él, el perseguido. Comenzó a moverse velozmente en dirección a la aldea sin provocar ningún tipo de ruido.

La vuelta al poblado fue mucho más rápida y en unos minutos llegó a la ventana por la que habían salido. De un salto entró en el interior de la habitación. Debía eliminar cualquier prueba que señalase que había abandonado la casa y la había seguido. La ropa que llevaba puesta estaba caliente por la carrera y el contacto con su piel. Se la quitó, abrió la puerta de la habitación y la lanzó fuera.

—“Ojos que no ven, corazón que no siente” —pensó.

Si ella encontraba su ropa en la habitación podía tener la tentación de palparla, pero no creía que se le ocurriese abrir la puerta y salir fuera a por ella. La cerró de nuevo y se introdujo deprisa en la cama. Era más seguro estar verdaderamente dormido que solo simular estar dormido, por lo que se relajó y en unos segundos el sueño vino a su lado.

Milán. Viernes 7, Agosto 2015

Sus oficinas ocupaban la última planta de aquel emblemático edificio en la Via Alessandro Manzoni de Milán, en el llamado Cuadrilátero della Moda, delimitado por las calles Montenapoleone, la Via Sant Andrea, la Via de la Spiga norte della Catedral y la calle donde él se encontraba.

Cerca se encontraban las famosísimas, elegantes y señoriales Galerías Vittorio Emanuele II, uno de los mejores destinos de Europa si tu objetivo era pasar un día de compras en el templo del diseño y la alta costura, recorriendo las tiendas de Gucci, Versace, Vuitton, Prada y Dolce & Gabbana entre muchas otras. Para ello evidentemente tu cartera y tus tarjetas de crédito debían estar lo suficientemente saneadas.

Aquello no era un problema para Enrico Donatti, magnate y dueño de varias rentables empresas. Cercano a los sesenta años, de cuerpo delgado, alto y con el pelo teñido de negro, cuidaba en detalle su alimentación y su físico de tal manera que realmente aparentaba estar más cerca de los cincuenta.

Como todo buen italiano gustaba de ir a la última moda. Era frecuente el que interrumpiese su trabajo en sus oficinas y bajase a darse una vuelta por aquellas tiendas, mientras adquiría algo de la temporada vigente para poder lucir en su próxima recepción, fiesta o bien en la siguiente importante reunión de negocios que tuviese.

La mayoría de los responsables de aquellos establecimientos de renombradas marcas lo conocían personalmente y tenían ordenado a sus empleados que cuando el señor Donatti entrase a ver algo en sus locales fuesen inmediatamente avisados. Les gustaba atenderlo personalmente. Era ampliamente conocido por sus generosas propinas o por dispensar algún tipo de favores. De vez en cuando invitaba a alguno de ellos a una de sus frecuentes y famosas fiestas, razón por la que los tenía rendidos a sus pies. Cada vez que llegaba el género de una nueva temporada a aquellas tiendas el primero en enterarse, era siempre Don Enrico.

Eran las once de la mañana de un soleado día y en esos momentos se encontraba contemplando desde el enorme ventanal de aquella habitación el denso tráfico que se desarrollaba allá abajo en la concurrida calle. Era verano, estación en la que mayor número de turistas llegaban a Milán atraídos por el Duomo y la visita a las célebres galerías.

Con una copa de excelente vino blanco de la comarca de Cinque Terre, estaba esperando a que llegase Gaetano Guillermo, máximo responsable y ejecutor de su última maniobra financiera. Aunque le gustaba pensar que la idea había sido suya y así lo anunciaría en todos los medios cuando triunfase en aquel mercado, la verdad es que toda aquella complicada e ingeniosa operación había sido diseñada por aquel hombre.

Gaetano Guillermo era el director general de su empresa de aceites de oliva allí en el norte de Italia. Un hombre mayor, soltero y entregado totalmente a su trabajo.

Enrico Donatti era un multimillonario sin ningún tipo de escrúpulos que se había abierto camino en el mundo de los negocios a base de ir aprovechándose de los esfuerzos de otros. Era un tiburón de los negocios. Tenía intereses en diferentes sectores y, o bien tenía sus propias fábricas o importantes participaciones accionariales en otras.

Además si eran lo suficientemente rentables, le gustaba tener presencia en aquellos negocios que se considerasen genuinamente italianos. Era el caso del aceite de oliva. Hacía unos años que había adquirido varios olivares con sus correspondientes almazaras.

El hecho de que en sus recepciones y fiestas los platos estuviesen condimentados con su propio aceite, le hacía marcar la diferencia y mostrar una mayor elegancia que los otros anfitriones. Al alto nivel que él se movía en alguno de los negocios, esos pequeños toques de distinción podía suponer llevarse o no una determinada operación financiera.

Normalmente no pasaba mucho tiempo con los directores generales de sus compañías y salvo que fuese el momento en que estuviese muy interesado en un determinado negocio, sólo se reunía con ellos en los consejos de administración trimestrales. Su interés rotaba de uno de sus negocios a otro en función de la predilección en ese momento despertase en él.

Le encantaban las operaciones de compra/venta, no dejándolas nunca en manos de los numerosos abogados y economistas de que disponía. Era su mayor diversión como propietario de infinidad de empresas.

Cuando hacía unas semanas, Gaetano Guillermo, vino a contarle sus nuevas ideas sobre el negocio del aceite de oliva, a punto estuvo de no atender sus demandas de tener una reunión. En esos momentos estaba concentrado en otro tipo de negocios y no creía que hubiese nada en el del aceite de oliva, salvo el toque de clase que le suministraba, que le diese más rentabilidad y que fuese capaz de suscitar su interés.

Solo la testarudez y la persistencia de aquel individuo que sin que él lo supiese estuvo a punto de costarle el puesto, hicieron que al final le concediese unos minutos de su atención.

Conforme aquel hombre le fue hablando sobre la valiosa información que de forma totalmente inesperada había caído en sus manos y lo que se podía hacer con ella fue captando más y más su curiosidad. En esos momentos se encontraba subiendo en el ascensor, para contarle los últimos avances de su plan.

El magnate siguió saboreando el Cantina Crovara que se estaba tomando. Mientras esperaba a su empleado paseando por su despacho, empezó a fantasear sobre los ingresos que iba a obtener en un futuro cercano.



Oyó los suaves golpes producidos por los nudillos de una mano al golpear la madera de su puerta. Era la cadencia típica que solía imprimir su secretaria.

—¿Sí? ¿Adelante? —exclamó Enrico.

Al recibir el visto bueno, la puerta se abrió y una guapa mujer, joven y rubia entró despacio en el despacho. Como todos los empleados que le atendían directamente, era esbelta e iba vestida elegantemente a la última moda.

El magnate seleccionaba personalmente a los que iban a relacionarse frecuentemente con él y les exigía, buena presencia, eficiencia en su trabajo y una forma exquisita y educada en el trato con él y con sus clientes más importantes. Era un firme creyente de que ese tipo de cosas le daban un toque de distinción.

—Señor Donatti, Gaetano Guillermo desea verle —recitó ella en un suave y musical tono de voz —¿Está usted disponible?.

—Sí. Dígame que pase. Por cierto, cuando termine con él, me tomaré el resto de la tarde libre. Cancele el resto de mis visitas.

—Le recuerdo que tenía a las tres de la tarde, una reunión con los abogados del bufete Cacciola para la nueva fábrica que desea usted adquirir en Argentina.

—Hace un día demasiado bueno como para encerrarme con ellos y perderme una maravillosa tarde. Mira que hueco tengo mañana en la agenda y cambias la reunión. Me disculpas delante de ellos, diciéndoles que me ha surgido una urgencia que no puedo desatender.

—Si señor Donatti.

Y sabiendo su secretaria que con estas palabras daba por terminada la conversación abandonó la estancia para dar paso a la persona que se encontraba fuera esperando a ser atendido.

Al cabo de unos segundos Gaetano Guillermo entró en aquella estancia en la que tan pocas veces había sido admitido en sus más de diez años de absoluta dedicación en su trabajo en la empresa que él dirigía.

*“Si alguien te muerde
te hace recordar que
tú también tienes dientes.”*

Proverbio árabe

Cerca de Ouzoud. Martes 11, Agosto 2015

Al cabo de unas horas, y de la misma manera que había ocurrido en el día anterior, alguien golpeó con los nudillos suavemente la puerta de su dormitorio.

—¿Sí? —preguntó Sergio mientras se desperezaba y miraba hacia el otro lado del lecho.

En el lado izquierdo de la cama, se encontraba durmiendo profunda y plácidamente Hanna. Una vez más sus ojos se solazaron contemplando aquel increíble cuerpo de mujer. Después y casi a regañadientes, cambiando el sentido de su mirada, apartó suavemente su lado de las sábanas y se desplazó andando al encuentro de la persona que les estaba despertando. En unos segundos entreabrió un poco la puerta.

—Buenos días. Soy Yasid —oyó decir en un tono alegre al otro lado de la pared —¿Qué tal habéis descansado?

—¡Estupendamente! El cansancio producido por el trabajo en el campo hace que durmamos profundamente. La estancia en tu casa está sentando a nuestros cuerpos maravillosamente.

—Me alegro mucho por vosotros —dijo no pudiendo evitar que la satisfacción que las palabras de Sergio le producían se reflejase en su alegre rostro —Tenéis ropa limpia lista en el cuarto de aseo. Ya sabéis como funciona nuestra casa y la disposición de los cuartos. Los demás han salido para proseguir con el faenado. Solo estamos nosotros tres en la casa. Cuando terminéis de lavaros, os espero con el desayuno preparado.

—De acuerdo, pero nos tendrás que dar unos veinte minutos. Ayer estuvimos discutiendo mi esposa y yo un posible plan para conseguir tu encuentro con Samira hasta muy entrada la noche, por lo que ella tardará aún un poco en despertarse.

—¿Se os ha ocurrido algo? —Le preguntó con una mezcla de esperanza y anhelo en los ojos.

—Creo que sí. Te lo contamos mientras desayunamos.

Cuando Yasid se dirigió raudo hacia el comedor familiar, Sergio se agachó y recogió la ropa que había depositado en el exterior del cuarto preguntándose si el marroquí que había sido discreto al respecto se habría extrañado o no por ese hecho. Probablemente no le había dado ninguna importancia, pensando que era la forma de los extranjeros de depositar la ropa que necesitaba ser lavada.

Después se desplazó sin ruido hacia el lado que ocupaba ella en la cama, se sentó y la contempló sin moverse durante unos precisos segundos. Estaba echada boca abajo y su brillante pelo, esparcido hacia un lado de la cabeza no hacía más que remarcar aquella sinuosa y esbelta espalda.

Continuó contemplándola durante unos segundos. La estampa de aquella preciosa mujer, en cualquier postura que su cuerpo adoptase era inmensamente atractiva y sensual, pero aquel increíble cuerpo guardaba extraños secretos, como Sergio había podido vislumbrar la noche anterior. Esperaba seguir a su lado lo suficiente, para tener tiempo de descifrarlos.

Siguiendo un extraño impulso, moviéndose en silencio por la habitación se desplazó hasta donde estaba su bolsa de viaje y extrajo de ella su teléfono móvil. Se acercó sigilosamente a la cama y sacó varias fotografías de aquella mujer. Como la cámara no metía ningún ruido al disparar se atrevió a arrimar el dispositivo aún más a su rostro y obtener tres instantáneas más. Acto seguido, se acercó a la ventana para disponer de mayor cobertura y envió todo el material a un servidor seguro.

Después de volver a guardar el smartphone en su bolsa de viaje y no habiendo apreciado en ningún momento, movimiento alguno por parte de ella, se acercó al lecho, se agachó y dándole un delicado beso en la mejilla, le susurró al oído.

—Bella dama, ya es hora de despertarse. Tenemos que comenzar una nueva jornada laboral.

No viendo ningún movimiento en ella, repitió el beso y la frase en un tono un poco más elevado.

—Déjame dormir un poco más... —susurró ella mientras giraba la cara hacia el otro lado y se escapaba de su alcance.

Sergio se levantó y dando la vuelta a la cama, se sentó al otro lado y repitió por tercera vez el beso y la frase.

—Por más que sea, el método más delicado que han empleado nunca para despertarme, no tengo ninguna intención de abandonar esta cama en todo el día —ronroneó ella con una voz prácticamente inaudible.

—No me dejas otra opción.

La cogió desnuda en sus brazos y le echó la sábana por encima para tapar su cuerpo desnudo como si se tratase de una túnica. Ella, en vez de rehuirle se apretó aún más a él, poniendo su bello rostro junto a su cuello y encogiéndose su cuerpo contra el de él. La trasladó de esta manera hasta el cuarto de aseo.

Mientras llevaba a aquella hermosa mujer en volandas, pensó en cómo cambiaban las personas en función de las situaciones a las que se veían sometidas. Allí entre sus brazos parecía una frágil y tierna muchacha, la que un día antes había disparado sin temblarle el pulso contra los salteadores que les habían atacado con un RPG. Y solo hacía unas horas que se había adentrado sin vacilar en una casa llena de bandidos.

Cuando llegó a la gran bañera, al contemplar que estaba llena la depositó suavemente en su interior impidiendo que su cabeza quedase debajo de aquella caliente agua. Sin soltarle el rostro se desnudó y se introdujo junto a ella. Poco a poco, la humedad del agua le fue despertando,

—No podías dejarme en la cama ¿eh? —le preguntó ella aún adormilada.

—No. Yasid nos está esperando y quiere que le digamos qué plan se nos ha ocurrido. Yo también tengo curiosidad por saber el resultado de tu excursión nocturna. Intenté esperarte despierto, pero el cansancio me venció y me dormí.

Durante unos segundos ella no dijo nada. Estiró los brazos y comenzó a desperezarse dentro del agua. Aquel hipnótico brillo que Sergio empezaba a conocer fue apareciendo poco a poco en aquellos profundos ojos negros.

—¿Sabes?

—¿Qué?

—Nadie me había tratado en toda mi vida con el cariño y delicadeza con que tú lo estás haciendo en los últimos días. Me estás haciendo sentirme especial. Muchas gracias.

A Sergio le pareció que aquellas sinceras palabras nacían de lo más profundo de su corazón. Se sintió tristemente sorprendido.

—No andarás habitualmente en buenas compañías —repuso él con una doble intención.

—Seguramente.

—Si te quedas una temporada a mi lado, prometo esmerarme aún más.

—Eso puede ser peligroso para ambos. Si sigues atendiéndome así, es probable que no quiera abandonarte —dicho lo cual acercó su boca a la de él y le dio un intenso beso.

De los que habían intercambiado desde que se conocían, aquel fue el contacto más dulce. Ella, ya se encontraba totalmente de pie en la bañera y queriendo romper la excesiva intimidad de aquel momento tiró de la cadena para que un chorro de agua cayera sobre ambos.

—Bueno. Muy a nuestro pesar, y debido a tu ofrecimiento a esta gente, tendremos que ponernos en movimiento —repuso ella dejando exhalar un profundo suspiro.

Renuentes a hacerlo, terminaron de lavarse el uno al otro. Se secaron y se vistieron con la ropa limpia que habían dejado para ellos en un mueble cercano. Después se encaminaron hacia el comedor familiar donde les esperaba Yasid con el mismo tipo de desayuno que el día anterior.

—Buenos días —les saludó con una amplia sonrisa adornando su rostro.

—Buenos días Yasid —le contestaron ambos.

—A pesar de mi inmensa impaciencia, desayunad y después me contáis qué es lo que habéis pensado para ayudarme a hablar con Samira.

Comieron con ganas varias piezas de Batbout untadas en aceite y unas tazas de aromático café. Al cabo de unos minutos los tres se encontraban en la mesa mirándose

los unos a los otros, esperando a ver quién tomaba antes la palabra.

—Mi mujer te explicará el plan que hemos trazado —dijo mirándola detenidamente a los ojos. —Se le ha ocurrido a ella y no quiero quitarle el mérito.

—Por lo que nos has explicado, casi seguro que dentro de la casa hay varias personas armadas —habló Hanna tomando la palabra —Yo creo que retienen a las dos hermanas y a la pequeña en contra de su voluntad. No creo que la boda estuviese acordada por el padre de Samira, sino que es una maniobra organizada por el jefe de esa banda para hacerse con el control de la almazara y los olivares.

—¿Qué? —exclamó atónito el honesto capataz.

—Te cuento lo que yo creo que está pasando. La única forma de averiguar la verdad, es que consigas hablar con alguna de las dos hermanas a solas, pero para ello tendrás que escapar de las manos de la gente que la ha apresado.

—Yo no soy un soldado —repuso él mientras agachaba la cabeza desolado y se la frotaba con las manos —Llamaremos a la policía.

—Me temo que esa idea no funcionará. No puedes comunicarte con ellos vía telefónica y necesitarás un tiempo para desplazarte hacia alguna ciudad donde haya una comisaria. Mientras denuncias el caso y vuelves, ya se habría consumado el matrimonio y nada se podrá hacer —comentó Sergio despacio —Y eso si te creen y te hacen caso de inmediato. Podrían tomarte por un novio despechado e ignorar tu denuncia.

—Y, ¿qué hacemos? —preguntó desesperado.

—Tendremos que tratar de liberar de alguna forma a las tres rehenes nosotros mismos —repuso tranquilamente Hanna.

—¿Cómo? Tu misma has dicho hace un momento que son varios y que están armados. ¿Qué armas crees que tienen?

—Me temo que rifles de asalto de última generación.

—¿Qué? —preguntó sorprendido Yasid. —Los ladrones de la zona, no manejan armas como esas. Solo viejos y anticuados fusiles. Yo no entiendo de eso, pero de lo que le he oído alguna vez a mi hermano que sirvió en el ejército durante una temporada, ni los terroristas tienen acceso a ese material.

—Yo tampoco entiendo de armas. Pero la última noche que pasamos en el hotel de Marrakech, oí en las noticias de la televisión que era probable que un grupo de bandidos de esta zona se hubiese hecho con unas armas de ese estilo —dijo ella con un tono de voz que engañó a aquel buen hombre pero no a Sergio.

Distinguió claramente en las palabras de aquella mujer, el matiz de ira que contenían sus últimas frases. A partir de lo mencionado, Sergio empezó a notar algún tipo de conexión. Las armas que portaban los malhechores que tenían presas a aquellas mujeres debían ser israelíes.

El idioma que ella había empleado la noche anterior en su conversación era hebreo. La presencia de aquella mujer en aquella zona del mundo tenía que ver mucho con aquellas armas. Sergio dudaba que su propuesta de atacar a aquellos hombres, fuese verdaderamente liberar a las mujeres. Era para algún otro fin. Permaneciendo a su lado tendría ocasión de averiguarlo.

—¿Y con qué vamos a hacer frente a esas armas? —preguntó él desesperado —¿Con azadas y palos?

—Como en las películas, lo más importante en estos casos es siempre el factor sorpresa —respondió ella tranquilamente como si estuviese hablando de las labores del campo del día anterior en vez del asalto a una casa llena de hombres armados —Además, Andy y yo también tenemos armas.

Sergio y Hanna, pudieron ver el atónito rostro de aquel hombre al oír sus palabras. Era como si a sus ojos, los que hasta ahora eran unos sencillos viajeros, hubiesen cambiado a convertirse en otro tipo de personas. Daba la sensación de que el hecho de que hubiese armas dentro de su casa sin su conocimiento le horrorizase.

—Mi mujer es muy optimista —repuso rápidamente Sergio intentando tranquilizarle —Lo que tenemos no sé si se pueden considerar armas y mucho menos a la altura de los rifles de asalto que llevan esos hombres. Con el fin de defendernos de posibles salteadores, en nuestros viajes por parajes extraños, ella suele llevar una pistola que sabe manejar como una auténtica experta. Yo por mi parte, tengo un arco, pero es más por deporte. Ambas armas están dentro de nuestras mochilas. Puedes verlas cuando quieras.

—¿Y qué vamos a hacer con una pistola y un arco frente a varios hombres armados?

—Lo importante es la sorpresa y la precisión en lo que vayamos a hacer. Si sigues al pie de la letra nuestro plan liberaremos a las mujeres y podrás hablar con ellas.

Sergio que tenía la misma curiosidad o más que Yasid por saber qué es lo que Hanna había planeado, le animó a seguir.

—¡Cuéntale a Yasid el plan! —exclamó como si se encontrase al corriente de lo que ella había ideado.

—Estamos obligados a realizarlo antes de que se lleve a cabo la ceremonia de mañana. Después serán marido y mujer y la ley amparará todos sus actos. Hoy durante el día, continuaremos trabajando en los olivares, por si alguno de esos bandidos nos está vigilando. De madrugada realizaremos el asalto a la casa.

—¿Cómo? —preguntó Yasid.

—Andy y yo iremos delante y entraremos en la vivienda e iremos neutralizando a los hombres uno a uno. Confía en nosotros.

—No tengo en nadie más en quien confiar...

—¿Podemos contar contigo y con tu hermano?

—¿Para qué? —repuso con ojos alarmados —Yo no tengo mujer e hijos y os acompañaré, pero no quiero poner la vida de mi hermano en peligro. Si a nosotros nos pasa algo, debe haber alguien que siga dirigiendo a la gente de la aldea.

—De acuerdo. Sólo nos acompañarás tú —dijo ella dando por cerrado aquel punto —Aunque no pensaba ponerlos a ninguno de los dos en peligro. Lo único que tendrás que hacer es atar fuertemente con cuerdas a los hombres que vayamos anulando.

Habiendo terminado de desayunar, se dispusieron a levantarse de la mesa para abandonar la casa y dirigirse a realizar las duras labores del campo. En esos momentos Yasid, les miró a ambos despacio.

—Gracias por ayudar a las mujeres de la familia Hassin y a nosotros, sus trabajadores. Estos no son vuestros problemas y os vais a meter de lleno en ellos por ayudarnos —y añadió en un tono que reflejaba profunda sinceridad —Pase lo que pase esta noche, nunca os estaremos lo suficientemente agradecidos.

—Yasid, los amigos se ayudan entre sí —repuso Sergio mientras le miraba a los ojos intentando transmitirle confianza, le tendía la mano y se la estrechaban fuertemente.



Habían pasado todo el día trabajando en el campo, aunque al contrario que el día anterior, no se habían empleado a fondo, reservándose para lo que iban a realizar por la noche. Cuando empezó a oscurecer, volvieron a la vivienda de Yasid y cenaron con los componentes de aquella familia. Al cabo de una hora sólo quedaron en torno a la mesa Yasid y los dos extranjeros. El resto de la familia se fue a la cama a descansar.

—¿Qué es lo que vamos a hacer?

—Ahora dormir. ¿Puedes venir a las tres de la mañana a nuestra habitación sin despertar a nadie?

—Sí. Sin problema. Yo también duermo solo, en una habitación aislada. Me pondré un despertador y estaré a vuestro lado a la hora que me decís. ¿Tengo que llevar algo?

—Cuerdas finas pero resistentes y si tienes algún cuchillo de caza llévalo contigo —contestó ella.

—De acuerdo. Nos vemos a las tres en vuestra habitación.

Parecía que una vez tomada la decisión, aquel honesto trabajador, había asumido su papel dentro del grupo de asalto. No les fallaría y no se echaría hacia atrás a la hora de hacer cualquier cosa que le encomendasen.

Se levantaron y se fueron a sus habitaciones. Cuando Sergio y Hanna se encontraron en la suya, ella se dio la vuelta y se enroscó en torno a él dándole un profundo y prolongado beso.

—Esto, es por si nos ocurre algo... —dijo él cuando terminó aquel cálido momento.

—No. Esto es para recuperar el tiempo que ayer no tuvimos para nosotros —ronroneó mientras comenzaba a desnudarlo.

En unos minutos ambos estaban abrazados y buscando despacio cada escondida parte de sus cuerpos. En vez del intenso deseo de las anteriores ocasiones, esta vez se dedicaron más tiempo y más tiernas caricias orientadas a satisfacer al otro.

A las tres de la mañana y con tremenda puntualidad oyeron el suave golpeteo de unos nudillos en su puerta.

—Ya vamos —contestó Sergio en voz baja.

Se vistieron rápidamente y se echaron las mochilas y la bolsa de viaje al hombro. Abrieron la puerta y vieron a Yasid que portaba un saco donde debía llevar las cuerdas. A la cintura llevaba un antiguo cinturón herencia de algún antepasado, donde a cada lado del mismo se podían ver en sus vainas unas dagas.

—¡Entra! —le dijo Sergio mientras observaba lo extraño que se sentía Yasid llevando aquel curioso fajín.

—Hacia muchos años que en nuestra familia nadie se ponía este cinturón —repuso Yasid como contestando a la muda pregunta que los ojos de sus huéspedes le hacían —perteneció a otra época donde las luchas entre aldeas y clanes era frecuentes. Lo teníamos guardado como un recuerdo de nuestros antepasados sin pensar que algún día volveríamos a echar mano de él. Las dagas son buenas y las tenemos muy bien cuidadas —añadió extrayendo una de ellas.

El arma estaba primorosamente labrada y en manos de su antiguo dueño, debía de haber sido un arma temible. La mano de Yasid la sujetaba más como un cuchillo de cocina que como una daga. Con ese simple gesto una persona como Sergio era capaz de distinguir entre un guerrero y un Labrador. A pesar de ello a la mano no le temblaba el pulso.

—¡Vamos! ¡Saldremos por la ventana para no despertar a nadie! ¡Guíanos! —le apremió.

Yasid saltó el primero y se puso en cabeza, recorriendo el camino que sus huéspedes habían realizado la jornada anterior, con la seguridad de la persona que conoce perfectamente el terreno que pisa. La noche esta vez, era cerrada y sin luna. El cuarto menguante había pasado y solo las estrellas brillaban tenuemente en el firmamento. No había brisa, y se respiraba una inmensa quietud, solo rota por los pasos de aquellas tres personas. Cuando se encontraban a unos quinientos metros de la casa, se detuvieron al amparo de las bajas ramas de un olivo.

—Andy monta tu arco —ordenó ella.

Era curioso como cambiaba aquella mujer. El tono empleado en ese momento no era el de la delicada muchacha que hacía unas horas se mecía en sus brazos. Ahora era el tono de mando de una persona que requiere obediencia y precisión de los actos de los demás.

Sergio sacó de la bolsa de viaje su arco y lo montó en unos segundos. Después se puso el carcaj con las flechas en la espalda. A su vez ella extrajo de su mochila su pistola y un par de cargadores adicionales. Verificó que estaba totalmente cargada y que la corredera se desplazaba sin problemas. El rostro de Yasid, denotaba claramente la sorpresa que los hábiles movimientos de sus huéspedes le provocaban.

—Seguidme sin meter ruido. Entraré por ese ventanuco situado junto a esa puerta secundaria y en unos segundos os la abriré. —dijo Hanna —Después iremos recorriendo la casa neutralizando a los componentes de la banda. Andy y yo les iremos quitando las armas e inmovilizando mientras tú los atas. Es importante el no provocar ningún tipo de ruido que pueda alarmar a los demás.

Y dejando allí la mochila y sin más palabras, se dirigió con sigilo hacia la casa. Sergio y Yasid fueron tras sus pasos. En unos segundos llegaron junto al muro. Ella les miró unos instantes y se introdujo grácilmente por el hueco del ventanuco. Se oyó cómo la puerta se abría lo suficiente para que se colasen al interior a través de ella y ambos hombres entraron en la casa.

Ella se puso en cabeza y comenzó a recorrer la vivienda. Detrás iba Sergio y en última posición Yasid. Por sus precisos movimientos estaba claro que la joven se había aprendido la disposición de las habitaciones la noche anterior. Sin vacilar se dirigió hacia uno de los dormitorios de la sala y se paró en la puerta entreabierta. Tras echar una rápida ojeada, cerró el puño de la mano derecha y la abrió mostrándoles sólo dos dedos. Estaba claro que les quería mostrar con aquel gesto que dentro de aquel cuarto se encontraban durmiendo dos personas.

Sergio se situó a su lado y le señaló el lado derecho. Sin más dilación entraron en el cuarto. Hanna se dirigió hacia el hombre de la izquierda y sin mediar palabra le asestó un terrible golpe en un costado de la cabeza con la pistola. Miró hacia atrás y vio a Yasid en la puerta indeciso. Le hizo un gesto con la mano para que se acercara a ella y entre los dos ataron al hombre de pies y manos.

Sergio se había dirigido a su vez silencioso hacia la cama que ocupaba el otro hombre. Estaba dormido boca arriba y roncaba. Con aquel ruido era imposible que aquellos dos bandidos se hubiesen percatado de su presencia.

Agarrándole de la muñeca derecha le retorció el brazo contra su espalda mientras giraba su cara en dirección al jergón oprimiéndola contra él mismo e impidiendo que articulase palabra. Se puso a horcajadas sobre él haciendo imposible cualquier movimiento. El hombre cogido de aquella manera en mitad de su sueño y totalmente aturdido fue incapaz de realizar ningún aviso.

Después de terminar con el primer hombre, Yasid y Hanna se dirigieron hacia donde estaba él. A pesar de estar inmovilizado, ella le soltó un brutal culatazo para dejarlo inconsciente igual que a su compañero. Sergio se fijó en la precisión de sus movimientos. Estaba claro que estaban forjados por la costumbre.

Ataron y amordazaron sin problemas al segundo. Cuando terminaron, ella les hizo de nuevo una seña de que la siguiesen. Se desplazaron a otra habitación cercana a la anterior y ella les repitió el gesto con su mano de la presencia de otros dos hombres. Procediendo de la misma manera que con los anteriores en unos minutos los neutralizaron.

Se dirigieron a por los últimos miembros de aquella banda. En este caso, el cuarto estaba más alejado y tenía la puerta de la habitación cerrada. Hanna empujó la puerta con cuidado para no meter ruido, pero las bisagras chirriaron y el ruido llenó la habitación. En el interior había un solo hombre y no debía tener el sueño tan pesado como el resto de la banda.

—¿Quién anda ahí? ¿Eres tú Mustapha?

Y los tres desde el exterior de la habitación pudieron oír cómo se movía y se levantaba de la cama. Abandonando toda precaución, Hanna abrió de par en par la puerta y se abalanzó dentro de la estancia.

—¿Quién es? —preguntó el hombre a oscuras mientras terminaba de ponerse de pie.

Antes de que fuese capaz de entenderlo, un vendaval se le vino encima. Hanna, le propinó un rodillazo en el estómago y mientras se doblaba por el tremendo golpe, con el canto de la mano le atizó en la base del cuello. El hombre se derrumbó a sus pies. Yasid saliendo de su asombro fue a su lado, lo ató y amordazó.

—Creo que ya está. Ni veo más dormitorios a la vista, ni oigo a ningún cerdo más roncar —dijo ella tranquilamente, como si el asalto que acababan de hacer fuese lo más normal del mundo —Yasid, creo que ya puedes liberar a las auténticas dueñas de la casa. Busca a ver dónde estos sinvergüenzas las tienen escondidas.

Mientras Sergio y ella, arrastraban los cuerpos de todos los maniatados componentes de la banda hasta el salón principal, Yasid recorrió el resto de la casa en busca de las mujeres. Fue abriendo puerta a puerta todas las habitaciones hasta llegar a una que tenía un pasador que impedía, que desde dentro se pudiese salir al exterior. El marroquí se acordaba de aquel cuarto, era del tamaño de una habitación, pero sin ventanas y se solía utilizar como almacén.

—¡Samira! ¡Fatima! ¡Amina! —llamó sin levantar mucho la voz para no asustarlas, mientras describía el pasador y encendía la luz de la habitación.

Pudo ver que en el interior de aquel cuarto habían echado unos pequeños jergones a modo de camas, donde las tres mujeres se encontraban dormidas. Sus primeros movimientos al oír la voz de un hombre a aquellas horas de la madrugada fueron realizados por el miedo. Se echaron las sábanas por la cabeza y se encogieron sobre sí mismas.

—¡Señoras! ¡Señoras! ¡No tengáis miedo! ¡Soy yo Yasid! ¡Sois libres! —exclamó intentando que se relajasen y le mirasen a la cara.

La primera en reaccionar fue Samira. Se quitó la sabana de la cabeza y abriendo poco a poco los ojos, pudo reconocer la figura de su fiel capataz.

—¡Eres tú! ¡Yasid! —exclamó mientras se ponía despacio en pie abandonando el jergón.

—¡Si señora! ¡Soy yo!

Ella anduvo los pasos que los separaban y para sorpresa de aquel buen hombre, Samira se echó en sus brazos llorando.

—No llores señora. Ya sois libres.

—¡Rápido! ¡Salgamos de aquí antes de que se den cuenta de lo que has hecho! —exclamó ella sin conocer la verdadera situación de la casa y pensando que Yasid había entrado en silencio hasta allí, para buscarlas y salir antes de que aquellos malvados se percatasen de sus actos —Si te descubren te matarán.

—Tranquila señora. No corremos ningún peligro. Los hombres que os tenían apresadas están maniatados e indefensos.

—Pero... Pero... ¿Cómo lo has hecho? —preguntó ella sorprendida mientras un poco avergonzada por su reacción anterior se soltaba del abrazo y se separaba un poco de él.

—Hay unos extranjeros que me han ayudado y que quiero que conozcas —y mirando con cariño e intentando infundirles ánimo a Fatiha y a su hija que todavía se encontraban atemorizadas y encogidas en su jergón añadió —Vestíos y arreglaos rápidamente, mientras yo os espero fuera de la habitación. Cuando estéis listas, salid e iremos a encontrarnos con ellos.

Al cabo de unos minutos, Yasid vio como las mujeres atravesaban el dintel de la puerta y se situaban a su lado. Poniéndose a la cabeza del grupo se dirigió hacia el salón principal. Al llegar, se encontró a los cinco hombres maniatados, junto a sus armas y a la pareja de extranjeros manteniendo una conversación entre ellos.

—Señoras —dijo dejándolas pasar delante suya y dirigiéndose a las mujeres que le acompañaban —Estos son Andy y su mujer, las personas que os han liberado.

—Era nuestra obligación señoras. Hemos hecho lo mismo que cualquier otro en nuestro lugar —repuso Sergio mientras él y Hanna realizaban un cortés saludo —Además la parte complicada y peligrosa la ha realizado Yasid —añadió dirigiéndole un gesto de complicidad que solo él pudo ver.

El rostro del marroquí se ruborizó, mientras se llenaba de alegría y agradecimiento. Con aquellas palabras en boca de Sergio, dándole a él todo el mérito del rescate, aquellas mujeres estarían eternamente agradecidas a su fiel capataz.

—Gracias extranjeros. A pesar de vuestras amables palabras, la mayoría de la gente no suele arriesgar su vida en favor de otras personas. Más aún, si les son desconocidas. Os damos las gracias de todo corazón y a partir de este momento siempre seréis bienvenidos en estas tierras.

—¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó Yasid.

—Esos hombres —respondió con fuego en los ojos Samira mientras los señalaba con la mano —entraron hace unas noches armados en nuestra casa mientras estábamos tranquilamente cenando y mataron a nuestro padre. Desde entonces nos han mantenido encerradas aquí en contra de nuestra voluntad.

—¿Os han...?

El fiel capataz hizo la pregunta a medias sin atreverse a formularla por completo. Por primera vez desde que lo conocieron aquel honesto rostro se cubrió de ira y echando mano a la empuñadura de una de las dagas, dio decidido unos pasos hacia los hombres.

—No Yasid. No nos han ultrajado —respondió rápida la hermana mayor —Nos han obligado a que les hagamos la comida, limpiemos y que trabajemos para ellos. Pero no nos han hecho ningún daño físico desde que se apoderaron de la casa

—¿Por qué mataron a vuestro padre?

—Viendo sus armas y temiendo por vuestras vidas, sacó su cuchillo y les gritó que se fuesen. Aquel —dijo señalando a uno de los hombres a sus pies que viendo su gesto se encogió —le disparó con su fusil.

Yasid se acercó a los malhechores y les fue mirando detenidamente a la cara uno a uno, reconociendo en aquellos rostros a alguno de ellos.

—¿No es éste Hassan y su banda de desgraciados muertos de hambre? —preguntó con asco a Samira.

—Sí.

—¿Y de dónde han sacado estos sinvergüenzas este tipo de armamento? Yo no entiendo mucho, pero parecen fusiles de asalto de última generación. Se encuentran muy lejos de su alcance —añadió señalando las armas que estaban a sus pies —Unos miserables como ellos, no han podido adquirirlo. Ni por contactos, ni por dinero.

—No lo sé. En una de las habitaciones tienen varias cajas llenas de armas similares a éstas y repletas de munición. —comentó la muchacha.

—¿Por qué quería casarse contigo? —le preguntó Yasid mientras lanzaba una mirada asesina al jefe de aquellos hombres.

—No lo sé con certeza. De algunos retazos de conversación nos pareció entender que había hecho algún tipo de trato con la persona que le había proporcionado las armas. Juntos, habían urdido una especie de plan donde un extranjero le daba las armas a cambio de hacerse con el control de esta almazara. Después él a su vez le vendería nuestro aceite de oliva. No tiene sentido. Si querían aceite se lo podíamos haber vendido sin necesidad de matar a nuestro padre —repuso ella mientras agachaba la cabeza y unas lágrimas corrían por su bello rostro.

—Bueno, la policía sabrá qué hacer con ellos. Llámosles por el teléfono móvil.

—Desgraciadamente lo que te dijeron ayer sobre el aparato era cierto. El que tenemos en la casa está descargado y no han hecho nada para remediarlo. Ahora lo enchufaremos y en unas horas podremos telefonar.

—¿Y no tendrán ellos un móvil escondido entre sus ropas? —preguntó Yasid acercándose a ellos.

—Probablemente. No lo vimos, pero en alguna ocasión nos pareció que el jefe hablaba con el que les había vendido las armas.

—¿Dónde tenéis los móviles? —le preguntó en tono duro Yasid al jefe de la banda, mientras le quitaba la mordaza de la boca.

Los delincuentes que a los ojos de aquellas mujeres se habían mostrado amenazadores durante los días pasados, ahora maniatados a sus pies, dejaban traslucir en sus rostros miedo ante el castigo que podían recibir de sus actuales captores. Sus caras eran la viva imagen de la derrota.

—Mi móvil está en el armario de mi habitación —respondió Hassan resignado —El PIN es 3569.

—Espero por tu bien que no me mientas.

Yasid le volvió a amordazar y fue al cuarto donde habían capturado al líder de la banda. En este intervalo de tiempo Hanna le habló en un bajo susurro a Sergio para impedir que las mujeres les oyesen.

—Andy. Necesitó que me echas una mano —le dijo mientras sus profundos ojos pedían más que sus palabras —Necesito interrogar a esos hombres para poder redactar mi artículo. Impide o retrasa el que Yasid llame a la policía. Si se los llevan perderé toda la historia y mi viaje y todo lo que hemos pasado, no habrá servido para nada.

En esos momentos Yasid atravesó la puerta de la sala con el móvil en la mano, mientras se disponía a marcar el número de emergencia de la policía.

—¡Yasid! ¡Espera un segundo! —le dijo Sergio refiriéndose claramente a la llamada telefónica.

Yasid sorprendido, dejó de teclear los números y colgó. Miró a los extranjeros esperando una respuesta.

—En este olivar está pasando algo muy raro que es necesario que conozcáis. Considero que es lo mínimo que deben esperar estas mujeres después de la pérdida de su padre. Como tú mismo has dicho es raro que estos bandidos de poca monta estén en posesión de estas modernas armas. También es muy extraño que ese que habéis llamado Hassan se quiera casar con la dueña del olivar.

—¿Y? ¿Qué pretendes hacer? —le preguntó extrañado el capataz.

—Desconocemos la identidad de la persona que organizó toda esta trama. Si los entregáis a la policía, es probable que bajo secreto sumarial, nunca sepáis qué es lo que está ocurriendo. Además, alertaremos al extranjero que le vendió las armas y desaparecerá del alcance de la policía. Es más, si no llegáis a conocer las verdaderas causas que originaron todo esto, puede que la historia se repita dentro de unos meses.

—¿Qué? —exclamó Samira entre sorprendida y asustada.

—Estos sinvergüenzas no son más que las herramientas de las que se ha valido el verdadero cerebro del plan. Es más que probable que la policía meta a estos hombres en la cárcel de por vida por el asesinato que han cometido, pero puede que el verdadero causante de vuestros males se valga de otros parecidos en un futuro. Para evitarlo debéis conocer toda la verdad.

Durante unos segundos tanto las mujeres como Yasid, estuvieron pensando sobre las palabras que Sergio acababa de pronunciar. Poco a poco los rostros de las jóvenes mostraron por un lado el miedo a que volviesen a pasar por los mismos hechos y por otro entendieron la verdad de las palabras que acababan de oír. Yasid que había detenido sus dedos encima del teclado, también comprendió la importancia de las palabras de Sergio.

—Tienes razón. El problema es nuestro y debemos conocer cómo darle solución. Ahora y para siempre. ¿Qué hacemos?

—Estas mujeres necesitan de atenciones después de lo que han sufrido y creo que alejarlas de esta casa durante unos días, será lo mejor. Llévatelas con tu familia y mañana por la mañana regresa con tu hermano. Entre los cuatro los interrogaremos y conoceremos toda la verdad.

—Vosotros solos, ¿pasaréis la noche aquí con ellos?

—¿Crees de verdad que estos delincuentes nos pueden causar algún tipo de problema? —le preguntó Sergio con una sonrisa en la boca.

Viendo a los bandidos, maniatados, indefensos y encogidos sobre si mismos a los pies de aquellos extranjeros, lo que menos daban aquellos miserables era una

estampa de amenaza. Yasid rememoró en su mente lo poco que hacía escasamente una hora, les había costado a aquellas dos personas reducirlos a aquella situación y tuvo claro que no iban a representar para ellos ningún tipo de problema. Como medida adicional de seguridad y para quedarse más tranquilo, se agachó y repasó cada uno de los nudos que había hecho. Era imposible que se soltasen.

—En unas horas volveré con mi hermano. Manteneos atentos y no corráis ningún riesgo hasta entonces.

—No te preocupes. Estaremos vigilantes. Volved a casa a descansar y nos vemos mañana.

Yasid y las mujeres abandonaron la casa encaminándose hacia la acogedora aldea cercana. Una vez solos, Hanna se dirigió hacia el jefe de la banda y sentándolo derecho sobre el suelo, le soltó de nuevo la mordaza.

—Quiero que nos cuentes todo lo que ha pasado aquí —le preguntó con voz amenazadora.

A pesar del tono de voz de aquella mujer, el árabe acostumbrado a que ninguna mujer le diese órdenes, no le respondió y en un gesto de desprecio le escupió. Debido a la mala posición en que se encontraba y a que Hanna estaba atenta a apartarse, no la alcanzó.

Con un movimiento veloz del canto de la mano, lanzó un golpe brutal contra su clavícula. Se oyó el crujido del hueso y el hombre cayó como un fardo de costado mientras chillaba del dolor.

Sergio sorprendido, ni dijo, ni hizo nada. Él tampoco sentía ningún tipo de compasión por aquellos asesinos y estaba igual de interesado que ella, aunque por otros motivos, en conocer la verdad. Lo único que hizo aquel golpe fue reafirmar que aquella mujer no era quien decía.

—Creo que no te has dado cuenta de la verdadera situación en que te encuentras. Yo no soy una de las débiles e indefensas muchachas con las que sueles tratar, ni siento ningún tipo de misericordia por ti o por tus hombres. Cuanto más tardes en decirme lo que quiero saber, más huesos rotos habrá en tu cuerpo. La decisión es tuya. Cuéntame todo tu plan, empezando por de dónde sacaste esas armas.

—Hace unos días —dijo contrayendo el rostro por el dolor y rota su escasa resistencia —un extranjero vino a vernos y a proponernos un extraño trato. Nos entregaba esas modernas armas para que asaltásemos esta casa y nos apoderásemos de ella. Después debía obligar por la fuerza a casarse a la hija mayor conmigo y de esta forma según nuestras costumbres, hacerme el propietario de estas tierras.

—¿Por qué estos olivares son tan importantes para él?

—No lo sé. Tiene algo que ver con el aceite. Creo que él tampoco sabe realmente todo lo que está en juego. Es un mercenario que trabaja para otra persona y solo cumple órdenes. Hoy iba a ser el día de mi boda y mañana él vendría con la persona que le paga y el resto de sus hombres a llevarse todo el aceite guardado en la almazara. En los siguientes años, toda la cosecha se la venderíamos a su jefe.

—¿Qué tiene este aceite de especial?

—No lo sé. No entiendo ni de aceitunas, ni de olivos. Creo que estaba más interesado en la cantidad almacenada que en la calidad del producto.

—¿Qué sabes sobre las armas?

—Nada. Jamás habíamos manejado, ni tenido en nuestro poder rifles de estas características. Nosotros somos unos simples ladrones de poca monta que nunca hemos poseído dinero para adquirir armas y menos de esta factura.

—¿Sabes cuál es su procedencia?

—Ni idea. Por el tipo de letra de las cajas, no son ni occidentales, ni árabes. Parecen israelíes. Pero no nos atrevimos a preguntar nada.

—¿Por qué matasteis al dueño de esta casa?

—Fue una tremenda equivocación. Como te acabo de decir, jamás habíamos manejado este tipo de armas. Cuando entramos en la casa, el padre de las muchachas se puso nervioso y sacó un cuchillo. Uno de mis hombres le disparó por error. Yo desde el principio quería llevarlo todo a cabo sin tener que matar a nadie. Las armas eran solo una medida disuasoria.

—¿Qué más nos puedes contar?

—Nada. Solo hemos sido unas marionetas en manos de gente que nos manipula.

—Pobre... —repuso ella irónicamente —de jefe de una banda de muertos de hambre, ibas a pasar a propietario de estas tierras mediante el matrimonio con una bella joven. ¡Serás miserable!

Y Sergio tuvo que sujetarla y contenerla, cuando se dirigía a propinarle algún tipo de castigo físico.

—¡Déjalo! No es que merezcan mi compasión, pero van a tener toda la vida para arrepentirse de lo que han hecho. No son precisamente famosas las cárceles de este país por sus comodidades y privilegios.

Ella se detuvo mirando con asco a aquellos hombres a sus pies y al cabo de unos segundos tomó una decisión.

—Voy a guardar las armas en sus cajas para que no hagan daño a nadie más. En manos de incompetentes son muy peligrosas.

Sergio se quedó vigilando a los hombres en aquella habitación mientras ella recogía los rifles y se dirigía hacia donde tenían almacenadas las cajas. Vio en los ojos de aquellos hombres el miedo a lo que el futuro les deparaba.

Aunque le faltaban detalles, las piezas del rompecabezas empezaban a encajar en su cerebro. El hombre que había ordenado que les facilitasen las armas, tenía que ser el mismo hombre que había mandado robar los servidores que contenían los secretos del Z-AOVE a sus amigos.

Mientras se hacía con el aceite marroquí a un coste ínfimo y después transformarlo en aceite de alta calidad. El líquido almacenado no era un producto refinado, ni tratado, sino prensado mediante sistemas tradicionales. Es decir el adecuado para aplicarle el descubrimiento de los hermanos Zariquiegui. Después del proceso multiplicaría su valor por lo menos una decena de veces.

Para cerrar el círculo le faltaba conocer el nombre del que había urdido todo aquel plan. Si permanecía un día o dos más en aquellas tierras lo averiguaría.

Al cabo de unos minutos, Hanna apareció sonriente atravesando el dintel de la puerta.

—Bueno, ya están a buen recaudo. Cuando las entreguemos a la policía nadie más resultará herido.

Sergio creyó detectar en esos momentos un gesto de extrañeza en el rostro del jefe de la banda al escuchar esas palabras. No supo a qué atribuirlo.

—Si hacemos con estos malnacidos lo mismo que con las armas, tú y yo podremos por fin retirarnos a descansar —añadió ella —¿Dónde te parece que los metamos?

—Creo que es justo que los encerremos donde hemos encontrado a las mujeres. Parecía un lugar lo bastante sólido y contaba con una sola salida. Si los amarramos individualmente por separado a algún tipo de mueble e impedimos que puedan juntarse para intentar desatarse no tendremos problemas.

—¿Te encargas de hacerlo mientras yo preparo una habitación para pasar el resto de la noche?

—Siempre el pobre Andy se encarga de realizar los trabajos más duros... —dijo con sarcasmo mientras arrastraba al primero de los bandidos hacia el almacén que había servido de calabozo.

—Luego te lo compensaré con creces —repuso ella con una sonrisa, promesa de cercanos favores.

—Eso espero. Aunque después de la noche que llevamos no sé de donde sacaré fuerzas.

—No te preocupes por eso. Yo me encargaré de buscarlas —le dijo mientras con un pícaro gesto le guiñaba un ojo.

Cada uno se fue por su lado y Sergio en pocos minutos y sin muchas contemplaciones, inmovilizó en aquel almacén a aquellos hombres. Se aseguró de que ninguno se podía desplazar hacia el lugar de otro. Salió, aseguró la puerta y puso un pesado mueble taponando la misma. Más que nada para que si se daba el improbable caso de que se liberasen, el ruido producido les alertase. Después de lo que había visto en aquella mujer, no tenía ninguna duda de que ella sola era capaz de reducirlos de nuevo. Y esta vez no iban a quedar en muy buen estado.

Habiendo terminado su parte, se dirigió a buscar a Hanna. Estaba desplazándose por la casa, mirando dentro de las habitaciones, cuando en su recorrido se topó con el cuarto donde estaban guardadas las cajas. Se acercó a ellas y en sus laterales y tapa, pudo ver las inscripciones que portaban. Aunque él no dominaba el idioma, por alguno de los símbolos que reconoció estaba claro que era hebreo. El mismo lenguaje que había oído a la mujer en la pasada noche.

Se dispuso a abrir una caja, cuando vio que estaban dotadas de una combinación numérica. ¡Eso era lo que había extrañado al jefe de la banda! ¡Que la mujer conociera la combinación de las cajas! A todo correr, pero sin producir ningún tipo de ruido, Sergio volvió sobre sus pasos al improvisado calabozo donde se encontraban encerrados los presos. Retiró el mueble, abrió los cierres y se acercó rápidamente al lugar que ocupaba el jefe de la banda.

—¡Rápido! ¡Dame la numeración de la cerradura de las cajas! —le ordenó amenazador y con urgencia, mientras le quitaba la mordaza.

El hombre encogido en el suelo, resignado con su futuro no le respondió. Estaba claro que no sentía mucho respeto por aquel extranjero que se había quedado en un segundo plano mientras la mujer se encargaba de llevar toda la iniciativa y de interrogarlos.

Sergio viendo su predisposición, le introdujo un dedo en la clavícula rota mientras le taponaba la boca para que su chillido no se oyese. El dolor afloró al rostro del hombre.

—No es el mejor momento para hacerte el valiente. Yo también te puedo romper la otra clavícula y algún que otro hueso más si tardas mucho en darme lo que quiero. Tres, dos,...

—El número es cinco, nueve, tres, seis, ocho.

—Espero no tener que volver en unos minutos porque se te haya ocurrido mentirme.

Con toda la rapidez que pudo, volvió a encerrar a aquellos hombres y se dirigió hacia la habitación de las cajas a toda prisa. No sabía de cuánto tiempo disponía y si Hanna estaría en algún dormitorio echándolo de menos. Había realizado todos sus movimientos velozmente, pero quizás ella ya se estuviese impacientando.

Abrió las cajas y contempló asombrado su interior. Había varias armas que él no conocía, señal inequívoca de que eran o bien modelos recién salidos del laboratorio o bien modelos experimentales. Sergio apostó por esto último. Revisó todo y mientras estaba haciéndolo se le ocurrió una idea. Después de manipular el interior, cerró las cajas y abandonó aquel cuarto.

Se fue al salón y cuando llegó al mismo se dedicó a abrir las puertas de los diferentes armarios, sin poner ningún tipo de cuidado en sus movimientos. El ruido era perfectamente audible a varios cuartos de distancia.

—¡Por fin! —exclamó en voz alta, alzando en sus manos unas copas de cristal de bella factura que había encontrado dentro de una de las estanterías.

Las depositó encima de la mesa central y continuó revolviendo en los diferentes muebles que adornaban aquella gran sala sin especial miramiento. Revolviendo de estas maneras, fue como Hanna le encontró.

—¿Dónde estabas? —le preguntó ella.

—Con todas las peripecias que hemos vivido estos días, he pensado que nos merecíamos darnos un premio. He encontrado esas copas y estoy intentando buscar algo de beber, para darnos un capricho.

—¡Piensas en todo! Mejor dicho, piensas en casi todo. Son musulmanes. No creo que haya en la casa nada de alcohol.

—Puede que no. Pero nadie tiene unas copas como esas —dijo señalando las piezas que había depositado encima de la mesa —para beber agua. ¡Algo tienen que tener! ¡Ayúdame a encontrarlo!

—De acuerdo. Pero solo le dedicaremos a la búsqueda un par de minutos. Después no tendrás más remedio que beberme solo a mí —le murmuró en un tono que le puso la piel de gallina.

—Si quieres abandonamos la búsqueda ya.

Sus movimientos ya habían cumplido el cometido de esconder el tiempo que había pasado hurgando en las cajas. Las copas y la bebida le daban igual. Pasar el tiempo enlazado a aquel cuerpo de mujer no.

—No seas impaciente... He dicho dos minutos.

Y siguieron abriendo puertas de armarios y estanterías como si les fuese la vida en ello. De repente se oyó un grito entusiasmado.

—¡Ya te tengo! —y le mostró entre sus manos una botella que parecía que hubiese estado esperando en aquel mueble a que ella abriese la puerta —¡Agarra las copas y sígueme!

Dócilmente Sergio siguió sus pasos a través de la casa, hasta llegar a un cuarto en el que no había estado anteriormente. Tenía toda la pinta de ser un cuarto para recibir visitas y los bandidos no habían tenido necesidad de usarlo.

En las mesillas de la enorme cama que llenaba casi todo el espacio de aquella habitación y en algunas de las alhacenas de las paredes había varias velas encendidas. Estaba claro que aquello había sido lo que le había concedido a Sergio unos minutos extras para poder indagar en las cajas.

—Veo que te has tomado tu tiempo para preparar un hermoso nido de amor —le susurró Sergio mientras acercaba su cara al de ella y le daba un profundo beso.

—Después de todo lo que hemos hecho en esta noche por los demás —dijo cuándo al cabo de un tiempo se separaron sus labios en un tono que a Sergio le sonó enigmático —es justo que nos dediquemos un tiempo a nosotros mismos.

Le cogió las copas de las manos y abriendo la botella, sirvió una generosa cantidad de su contenido en ambas. Después, depositando una en las manos de él, levantó la suya para un brindis. Sergio le acompañó el gesto y chocaron ambos cristales produciendo un ligero tintineo.

—¡Por nosotros! —exclamó ella.

—¡Por nosotros!

El ambarino líquido tenía un sabor dulce, conseguido probablemente mediante la mezcla de diversas exóticas frutas de aquella zona. Como si fuese el mejor licor del mundo ambos apuraron todo el contenido. Después dejaron las copas sobre un mueble cercano y se miraron profundamente a los ojos. Delicadamente y sin ningún tipo de prisa se despojaron de sus ropas y aún pie se comenzaron a acariciar.

—Quiero que me hagas el amor como si no fuese a existir un mañana —le susurró ella suavemente al oído. Después se dirigió despacio hacia la cama.

*“La primera vez que me engañes, será culpa tuya;
la segunda vez, la culpa será mía.”*

Proverbio árabe

Cerca de Ouzoud. Miércoles 12, Agosto 2015

Aunque la puerta estaba entreabierta, alguien estaba llamando a la misma. Le dolía la cabeza y parecía como si aquellos golpes en vez de producirse a unos pasos, sonasen a mucha distancia.

—¡Andy! ¡Andy!

Intentó incorporarse, pero era presa de un enorme dolor que le embotaba el cerebro. Al cabo de unos segundos consiguió sentarse al borde de la cama sujetándose con ambas manos la cabeza. El cráneo le retumbaba como si se levantase después de una enorme resaca. Algo raro le pasaba.

—¡Andy! ¡Andy! —oyó en el exterior de la habitación a aquella conocida voz que mostraba en esos momentos un leve tono de angustia.

—¡Pasa Yasid! ¡Por favor pasa!

En unos segundos aquel honrado hombre se encontraba en cuclillas en frente de él junto a su hermano con una enorme sorpresa reflejada en ambos rostros. Estaba claro que allí había pasado algo extraño.

—¿Dónde está mi mujer? —preguntó Sergio alarmado.

—¡No lo sé! No la hemos visto. Ni en el interior de la casa, ni en los alrededores. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé. ¿Los prisioneros?

—Atados y amordazados donde encontramos encerradas ayer a las mujeres.

—Me duele mucho la cabeza. Por favor me puedes traer agua para beber y despejarme.

Mientras ambos iban en busca de lo que les había pedido, se palpó la cabeza en busca de algún golpe. No tenía ninguna contusión reconocible. Estaba claro que lo que fuese lo que le estaba ocurriendo estaba producido por algún tipo de droga. ¿Cómo era posible? ¿Qué se habían bebido la noche anterior? Pero si ambos habían bebido de aquello, ¿dónde estaba Hanna?

Mientras le daba vueltas a la cabeza, regresaron los dos hermanos con un par de jarras de agua, un vaso, unas toallas y una palangana. Le ayudaron a mojarse la cabeza para refrescársela y después se bebió despacio varios vasos de agua. Poco a poco se le fueron aclarando las ideas.

Recorrió con la vista la habitación para acostumbrar la vista al ambiente y mejorar su enfoque. Mientras lo hacía, lentamente vio una hoja de papel que no le sonaba de la noche anterior, encima de uno de los muebles de la habitación. Encontrándose todavía algo mareado para ponerse de pie, le solicitó a Yasid que se lo acercase. Cuando lo tuvo delante de los ojos pudo ver que se trataba de una carta dirigida a él.

“Mi muy querido Manuel:

Aunque desde que me conoces te he tenido que contar varias mentiras sobre mí, y es probable que después de lo que te he hecho te resulte difícil creerme, te aseguro que estos pocos días que he pasado a tu lado han sido los más felices que recuerdo.

Por desgracia, mis obligaciones me hacen alejarme de ti y no creo que nuestros caminos se puedan volver a encontrar. No suelo visitar México.

Creo que tú tampoco me has dicho toda la verdad y tanto para averiguar más sobre tu persona, como para que no me olvides te he quitado ciertas cosas.

De tu bolsa de viaje te he cogido el portátil y el teléfono a través de los cuales te investigaré.

De tu muñeca te he arrebatado tu querida pulsera de diamante. Soy una mujer y además muy celosa. Te la he sustraído para que no me olvides. Cuando mires tu muñeca y veas que tu querida joya no está, pensarás tanto en la mujer que tanto añoras, como en mí.

He estado a punto de llevarme también tu arco, pero no se manejarlo y con quitarte la pulsera será suficiente para que siempre me tengas presente.

No intentes buscarme, ni los datos que te he dado sobre mí persona son ciertos, ni dispones de los medios necesarios para poder encontrarme. Vivo en un mundo peligroso que me separa de tu lado.

Lamento no haber podido despedirme y tener que haberte suministrado una droga para que permanecieses inconsciente mientras desaparecía de tu vida para siempre.

No me olvides.”

Se le retorcieron las tripas mientras avanzaba en la lectura de la carta. Se miró la muñeca izquierda donde había desaparecido la amada joya. Aquella mujer se había escapado con una de las dos cosas que más apreciaba en la vida.

Estaba claro que desde el principio sospechaba de él, pero no tenía ni idea de sus verdaderas habilidades. Cada cosa a su tiempo, pero en cuanto solucionase el problema en que se hallaba metido iría a recuperar la pulsera. Aunque ella no lo sabía, probablemente era el mejor del mundo encontrando cosas. Y sí disponía de los recursos necesarios.

Sergio se levantó y apoyado en Yasid, se dirigió hacia donde la noche anterior se encontraban las cajas. Habían desaparecido. Aunque le faltaban datos, estaba claro que el objetivo de aquella mujer había sido en todo momento hacerse con el contenido de aquellos contenedores. De todas formas quiso cerciorarse.

—¿Habéis movido vosotros las armas?

—No señor. Nosotros no hemos tocado nada de las habitaciones de la casa.

—¿Qué hora es?

—Las doce del mediodía.

—¿Qué tal se encuentran las señoras de esta vivienda?

—La hermana mayor siempre ha sido las más fuerte y a pesar del dolor que siente por la estúpida muerte de su padre, se está recuperando rápidamente. El secuestro no le ha hecho ningún tipo de mella. Caso aparte es su hermana que se encuentra profundamente afectada. Tardará más tiempo en ser la que era. La niña es muy pequeña y tampoco se ha enterado de mucho. En unos días de juego con el resto de niños de su edad volverá a la normalidad.

—Me alegro mucho por todas ellas. ¿Habéis traído algún medio de transporte para acarrear a estos bandidos?

—Sí —dijo con un leve rictus de furia, en su de normal amable rostro Ahmed —Inicialmente habíamos pensado traer unas mulas y transportarlos atados a sus lomos, como se hacía antiguamente con los malhechores. Al final hemos traído el camión.

—Sois buena gente.

—¿Andy?

—Dime Yasid.

—No era tu mujer ¿verdad?

—No. No lo era. Lamento haberos mentido.

Evitando el verdadero motivo que le había llevado a Marruecos, les contó toda la historia desde que se había encontrado con ella en aquel camión a la salida de su hotel.

—¿Y por qué os atacaron aquellos hombres? En estas tierras nunca ha habido ese tipo de violencia.

—Pienso que de alguna forma ha tenido algo que ver con las cajas que contenían las armas y que ella iba persiguiendo. Me temo que eran asesinos contratados por los traficantes de armas que conocían que ella estaba tras sus pasos. Pero no son más que elucubraciones. No conozco la verdadera historia. ¿Qué más me podéis contar?

—Que no se celebrará ningún tipo de boda. De camino nos hemos encontrado con el sheikh que estaba llegando a esta propiedad para celebrar la ceremonia y siguiendo instrucciones de Samira le hemos dicho que se había anulado. Le hemos dado algo de dinero por las molestias y ningún tipo de explicaciones.

—Estupendo. Vamos a ver a los prisioneros.

Llegaron a la habitación que había obrado como calabozo. Los hermanos retiraron el mueble que taponaba la puerta y abrieron los cierres, entrando acto seguido en su interior.

Al no disponer de aireación, el ambiente de aquel cuarto mezclado con el sudor y la mugre de aquellos hombres hacia que el olor fuera asqueroso. Sergio se encaminó a donde estaba el jefe.

—¿Cuándo llegarán los hombres que estáis esperando?

—Si no recibimos ninguna comunicación en contra, mañana temprano, entre las ocho y las nueve.

—Por favor Ahmed, tráeme el móvil de este hombre que dejamos ayer en salón principal.

Obediente el hombre salió de la habitación y volvió en menos de un minuto. Llevaba el dispositivo en la mano y se lo entregó a Sergio. Éste miró la pantalla y no vio ningún mensaje nuevo que se hubiese recibido durante las últimas horas. Uno de los que se mostraban en el cristal confirmaba que el día de la reunión era el siguiente al que se encontraban. La hora sería por la mañana sobre las ocho.

—¿Cuántos hombres van a venir y con qué medios? —le preguntó con una fría voz glacial al hombre a sus pies.

Estaba claro que el dolor de la clavícula rota estaba haciendo mella en él. No mostraba y a ningún gesto de altivez o de rebelarse contra sus captores.

—No sé mucho. Vendrán en grandes camiones cisterna con el fin de llevarse el aceite de oliva almacenado en los depósitos de la almazara.

—¿Cuántos camiones?

—No lo sé con exactitud. Creí entender que unos cinco.

Según los cálculos de Sergio cinco camiones a unos veinte mil litros de aceite, era una enorme cantidad para tenerla almacenada en aquella almazara.

—¿Disponéis de tantos litros? —preguntó dirigiéndose a los dos hermanos.

—De muchos más. De unas tres veces esa cantidad —respondió el hermano mayor.

—¿Qué? —exclamó no pudiendo evitar su sorpresa Sergio.

—Durante los dos últimos años hemos tenido muy buenas cosechas en nuestros olivares. Muy superiores a lo que hemos conseguido vender. Por esos tenemos tanta cantidad de aceite almacenado.

El cerebro de Sergio empezaba a funcionar con normalidad y la cabeza se le iba despejando. Tenía toda la pinta de que otra de las piezas acababa de encajar. A pesar de lo que él había supuesto al principio, aquella almazara no había sido elegida al azar. Alguien conocía en detalle el volumen del contenido de sus depósitos.

—¿Los hombres vendrán armados? —le preguntó al jefe de la banda.

—Probablemente. Siempre que han estado en nuestra presencia llevaban pistolas y rifles de asalto. No del tipo de la caja, pero igual de mortales.

Estaba claro que el día siguiente se iban a encontrar con un enorme problema en la aldea. Cinco camiones significaban al menos cinco conductores con otros tantos copilotos, todos ellos fuertemente armados. En frente de aquellos mercenarios unos pacíficos agricultores.

Podía intentar llamar a la policía o al ejército, pero probablemente sería peor el remedio que la enfermedad. ¿Cómo explicaban ciertas cosas que habían pasado? ¿Cómo explicaba la actuación de Hanna y su extraña desaparición?

Al llevarse las armas, habían desaparecido las pruebas de la muerte del padre de Samira. Aun exhumando el cadáver del padre y recuperando los casquillos ¿contra qué los iban a comparar? ¿Cómo explicaría el mismo su presencia?

Lo más probable era que acabase en la celda de al lado de aquellos miserables que se encontraban en ese momento a sus pies. Aún peor, en un país árabe iba a ser la palabra de unas mujeres contra la de aquellos hombres. El caso se podía complicar enormemente y llevar años antes de que se resolviese.

—Yasid, Ahmed. Salgamos un momento fuera.

Se encaminó al salón principal de la vivienda mientras sin solicitar ningún tipo de explicación los hermanos siguieron sus pasos sin mediar palabra. Cuando llegaron a unas decenas de metros en el exterior, encontrándose fuera del alcance de los oídos de los prisioneros, Sergio les pidió que se sentasen en torno a un tronco caído. Ambos lo hicieron prestándole toda su atención.

—Necesito que me escuchéis y recapacitéis sobre lo que os voy a pedir, con el fin de que cuando termine de hablar, vosotros toméis la decisión más adecuada. Tal y como habéis oído, mañana se presentaran en vuestra aldea al menos diez hombres armados, con el fin de reclamar el aceite de la almazara. Tenemos dos opciones, y digo tenemos porque toméis la decisión que toméis estaré con vosotros.

—Muchas gracias Andy —respondieron al unísono, visiblemente emocionados ambos hermanos.

—Una, es intentar avisar ahora mismo a la policía y confiar en que crean en lo que les vais a contar y manden efectivos suficientes para hacer frente a los hombres del camión. Para ello tendrán que aceptar que las palabras de las dos hermanas son ciertas, en vez de en la de los cinco hombres que tenemos encerrados. No tenemos ninguna prueba, solo la historia de dos mujeres, frente a la de cinco hombres. Además aunque les avisemos ahora mismo, es más que probable que no lleguen a tiempo.

—¿Y el asesinato que han cometido? Mataron cobardemente al dueño de estas tierras.

—No tenemos pruebas. De nuevo será la palabra de las dos mujeres. Si cualquiera de ellos dice que lo han matado ellas para quedarse con la herencia, ¿a quién creerán?

—Pero si desentierran el cadáver, verán que el cuerpo ha sido tiroteado —repuso el hermano mayor con cierta angustia en el tono de su voz.

—Si conseguimos que un juez exhume el cadáver y recupere los casquillos de las balas, ¿Cómo encontrarán el rifle que las disparó? No tenemos nada que valga realmente como pruebas materiales. Si contamos lo de las cajas y Hanna, no haremos más que levantar más sospechas. Por desgracia hemos sido los perjudicados, pero no tenemos NADA, NADA, que avale nuestra verdad. ¿Qué opináis de lo que estoy diciendo?

Los dos hermanos no respondieron durante unos segundos, meditando con detenimiento lo que acababan de oír. Después se miraron uno al otro para determinar quién de los dos respondía. Al final Yasid pese a ser el hermano menor tomó la palabra.

—Todo lo que has dicho es verdad. En estas tierras la palabra de dos mujeres, no vale frente a la de cinco hombres. Nuestro testimonio tampoco servirá de mucho, pensarán que solo nos mueve la fidelidad hacia nuestras señoras. Además...

—¿Sí? —preguntó al capataz viendo que se había quedado sin soltar toda la frase.

—Si detrás de toda la trama en la que nos estamos viendo envueltos hay grandes cantidades de dinero, puede que las personas que han movido todos los hilos de esta trama hayan sobornado al jefe de policía de la zona. No le habrá resultado muy caro.

—Tenéis toda la razón —respondió Sergio mientras asentía con la cabeza. No había previsto aquella posibilidad. Posando su mirada primero en uno y después en el otro añadió —Parece que solo nos queda la segunda opción.

—Enfrentarnos a los hombres de los camiones —respondieron al unísono los dos hermanos.

—Puede ser peligroso.

—La primera opción también. Nuestras familias han servido y defendido a los dueños de estas tierras durante generaciones. No seremos ni Yasid, ni yo quien avergüence a nuestros antepasados.

Una clara determinación se veía en los curtidos rostros de aquellos hermanos. Ambos habían tomado su decisión. No valía la pena seguir discutiendo. Era tiempo de llevar a cabo las acciones necesarias para defender la aldea.

—De acuerdo. Como os he dicho, estaré con vosotros hasta que todo acabe. Tengo experiencia militar tanto estratégica como táctica en este tipo de situaciones. A pesar de que os mentí anteriormente sobre mi mujer, ¿confiaréis en mí?

—Sí. A pesar de sus hechos, si no hubiese sido por ti y por esa mujer, no hubiésemos detenido a tiempo a esos malhechores. No habéis hecho ningún acto en

perjuicio de nuestras queridas señoras y de nuestra aldea. Al revés, sin pedir nada a cambio en todo momento nos habéis ayudado —aseguró Yasid —Confiamos plenamente en ti.

—Los depósitos de la almazara están junto a la aldea, por lo que irán allí a cargar los camiones. Tenemos que organizar la defensa en aquella zona. ¿Hay alguien con experiencia militar?

—Dos hombres de la aldea y yo mismo, servimos hace unos años en el ejército de nuestro rey. Si tú haces de comandante, acataremos tus órdenes. —respondió resuelto Ahmed.

—Volvamos a la aldea a preparar adecuadamente el terreno. Cargad a los prisioneros en el camión mientras recojo un par de cosas. ¿En esta casa hay algún tipo de arma de fuego?

—El padre de Samira, tenía un par de antiguas escopetas de caza y algo de munición —dijo Yasid.

—¿Sabes dónde las guardaba?

—Creo que sí. Voy a buscarlas.

Al cabo de unos minutos apareció con ellas. Eran antiguas, pero parecía que estaban bien conservadas. También llevaba consigo un par de cajas de munición.

—En la aldea, tenemos otras tres o cuatro escopetas más —añadió Ahmed —Las usamos muy de vez en cuando para ahuyentar a las alimañas que en periodos de escasez se acercan a los corrales.

—Perfecto. Todo ello nos vendrá bien. Ahora vuelvo. —dijo dirigiéndose de nuevo al interior de la vivienda.

Al cabo de unos minutos Sergio salió del edificio y se acercó al camión que esperaba en el exterior. Era muy parecido al que les había llevado a Hanna y a él. Su visión durante unos segundos le trajo gratos recuerdos de ella.

Portaba a su espalda unas mantas que escondían un enorme y pesado bulto en su interior. Lo sujetaba con el brazo izquierdo, mientras que en el derecho llevaba su mochila y bolsa de viaje.

Los dos hermanos en ese momento acarreaban en sus brazos a uno de los bandidos. Sin muchos miramientos y como si se tratase de un fardo, uno de ellos lo llevaba de los brazos y otro de las piernas. Al llegar a la altura del camión lo lanzaron por la parte de atrás a su interior. Hicieron varios viajes de esta forma hasta que cargaron a todos.

Cuando terminaron, mediante una seña, Sergio les indicó que se acercasen. Fuera del alcance de la vista de los bandidos, separó las sabanas y mostró lo que había en su interior. Los dos hermanos mostraron un enorme asombro en sus rostros.

—Ayer por la noche, mientras Hanna estaba distraída en otras labores, saqué de las cajas un arma de cada tipo y bastante munición para poder estudiarlas más tarde detenidamente.

—No te fiabas totalmente de ella... —dijo más como una afirmación que como una pregunta Yasid.

—No del todo. Se había comportado de forma extraña estos días y más a partir del momento de encontrar los contenedores. Decidí tomar ciertas precauciones y por lo visto no me equivoqué.

—Nos vendrán muy bien.

—Eso pienso yo. Hay un rifle de francotirador, un rifle de asalto y un par de pistolas. Todo ello de última generación y con munición más que de sobra. Esta tarde os enseñare a utilizarlas y junto con las personas que vosotros me indiquéis y las escopetas estaremos preparados para recibir a los que vienen mañana.

—Gracias —respondieron a la vez los dos hermanos reflejando con la emotiva expresión de sus rostros un agradecimiento superior a lo que decían sus palabras.

—Esperadme un momento.

Sergio dio una vuelta despacio al perímetro de la casa. En uno de los laterales descubrió lo que estaba buscando. La tierra estaba removida y siguiendo las huellas encontró a unos metros las claras señales de los patines de un helicóptero. A su alrededor se veían las pisadas de botas de varias personas. Debían pertenecer a las que habían acudido a la llamada de Hanna y se habían llevado las cajas.

Aquello era una cuenta pendiente. Durante las próximas horas estaría muy ocupado en ayudar a los habitantes de la aldea. Después terminaría de cerrar el caso ayudando a sus amigos, pero en cuanto estuviese libre iría a la caza de aquella mujer. No pararía hasta recuperar su pulsera.

Cerca de Ouzoud. Jueves 13, Agosto 2015

Estaba con los ojos entornados contemplando el lecho donde había yacido con ella durante los últimos días. Los recuerdos casi le producían un dolor físico. En un futuro no muy lejano averiguaría la verdadera identidad de esa mujer y los motivos que le llevaban a realizar lo que hacía.

Pero hoy no. Durante las próximas horas tendría que estar muy concentrado en lo que había planificado con los habitantes de la aldea o personas inocentes morirían. Todo el día anterior lo había empleado en trazar un meticuloso plan para atrapar a los hombres que en pocas horas se presentarían de forma amenazadora. Había ideado la mejor disposición de cada uno de los integrantes de su grupo de defensa con el fin de obligar a sus enemigos a caer en una trampa.

Después de explicar varias veces cada uno de los miembros de su equipo cada uno de los detalles, se había dedicado durante el resto del día a enseñarles cómo manejar adecuadamente las modernas armas de que disponían. No quería que como en el caso del padre de las hermanas Mohamedi, nadie resultase muerto por error.

Había depositado el mejor armamento en las manos de aquellos hombres de la aldea que habían servido en el ejército y tenían entrenamiento militar. Mientras a pesar suya, mezclaba en su cerebro momentos de los recuerdos pasados con Hanna, y los próximos movimientos a realizar, llamaron a la puerta.

—¿Sí?

—¡Soy yo Yasid! ¡Es la hora! ¡Debemos prepararnos! —se oyó decir a una voz al otro lado de la madera.

—Ya salgo.

Y terminando de vestirse, en unos segundos abandonó el cuarto siguiendo al honrado agricultor hasta el cuarto de aseo. Allí repitió el ducharse en aquella bañera que de nuevo le trajo a su pensamiento el recuerdo de ella. El olor de su refulgente cabello y el sabor de su delicioso cuerpo.

Se cambió de ropa y dejando a un lado la vestimenta típica de los hombres de aquella casa, se puso la ropa que había traído encima cuando llegaron a la aldea. Era más apropiada para lo que iba a verse obligado a hacer.

Mientras paladeaba los alimentos que tanto había llegado a apreciar, recorrió con la mirada los ojos de todos los integrantes de la familia que se habían juntado allí para desayunar. También se hallaban allí las mujeres de la familia Hassin. Dado que aquella casa era la más grande de la aldea se habían alojado en ella.

Cada una de aquellas personas tenía una expresión diferente en su rostro. Unas tenían preguntas, otras incredulidad, otras manifiesta sorpresa y otras miedo. Bajo su responsabilidad se encontraba el que al acabar el día todos ellos se volviesen a reunir para cenar en aquella misma habitación sin haber sufrido ningún tipo de daño.

El desayuno transcurrió entre interrogantes miradas, pero nadie pronunció una palabra. Durante el día anterior se había explicado una y otra vez todo lo necesario. Cuando terminaron de desayunar los hombres se levantaron y se dirigieron hacia la salida. Samira fue la única mujer que se levantó de la mesa haciendo el ademán de acompañarlos.

—Voy con vosotros.

—¡No Samira! ¡Lo que vamos a hacer es muy peligroso!

—¡Y lo vais a hacer para defender los intereses de mi familia! Soy una mujer, pero no me esconderé mientras vosotros arriesgáis vuestras vidas por nosotras —dijo con unos ojos llameantes y voz resuelta.

Yasid miró a su hermano y después a Sergio solicitando con ello que le ayudasen a hacer desistir de su propósito a aquella resuelta mujer.

—Puede que os sirva de ayuda. Soy la que he vivido con los bandidos y la que mejor conoce las tierras de mi padre, el contenido de los depósitos y cualquier información sobre estas propiedades. Prometo no molestar e intentar ser útil. Haré todo aquello que me ordenéis.

—Seguidnos, pero haced sin pensar por un segundo todo aquello que Yasid os diga —terció Sergio dando por zanjada aquella discusión.

La vivienda de aquellos hermanos se hallaba un poco más alejada del resto. La disposición de las viviendas de aquella aldea era muy sencilla. Una calle principal con casas situadas a ambos lados desembocaba en la almazara. Ésta estaba compuesta de un gran edificio donde se almacenaban cada año las aceitunas recolectadas durante la cosecha.

En su interior se encontraban antiguos molinos de piedra, capaces de prensarlas y de todo tipo de utillaje relacionado con las labores propias de los procesos mecánicos necesarios para obtener a partir de aquellas olivas, el preciado aceite.

Llegaron andando a las puertas de aquel edificio donde les estaban esperando el resto de los hombres, con los que iban a contar para tratar de detener la amenaza contra aquella aldea. Junto a ellos, atados y a sus pies se encontraban los forajidos apresados.

En los rostros de aquellos lugareños igual que con las personas que le habían observado durante el desayuno, se veían diferentes expresiones, principalmente nerviosismo y expectación, pero a pesar de ello en todos ellos se notaba su determinación. Adoraban demasiado a sus capataces como para abandonarlos a su suerte.

Los bandidos que iban a llegar en pocas horas venían a llevarse los frutos de muchas horas de su trabajo, a amenazar a sus familias y a dejarles en la miseria. Debían defenderse. No existía otra alternativa.

Una vez más, Sergio repitió despacio las instrucciones a seguir y les volvió a enseñar las posiciones que debían ocupar. Mientras estaba haciéndolo, Yasid le enseñó el móvil que había cogido al jefe de los bandidos. Acababa de llegar un mensaje de texto donde indicaba que llegarían a la aldea en una hora.

Yasid le quitó la mordaza al líder de la banda y le lanzó una mirada llena de odio. Le habían vendado la clavícula pero en su frente perlada de sudor, se notaba el dolor y el miedo por los que estaba pasando.

—¿Qué debo responder?

—Cuéntame lo que habéis acordado para comunicarles que todo va según vuestro plan. Dime qué respondo para que sepa que todo está controlado y que les estáis esperando en la almazara.

Yasid tecleó en el terminal las palabras que le dictó y volvió a amordazar a aquel hombre. A los pocos segundos la palabra “OK” apareció en la pantalla del teléfono, quedando después mudo.

—A vuestros puestos —les ordenó Sergio. Y cogiendo el rifle de francotirador se dispuso a subir al tejado de aquel edificio.

Al cabo de aproximadamente una hora, tal y como decía el mensaje que les habían enviado, se oyó el ruido de varios motores que se dirigían hacia donde se encontraban. A los pocos minutos vieron que el convoy se dirigía directo hacia la entrada de la aldea. Estaba claro que alguien en el vehículo que iba en cabeza, conocía el camino.

Gracias a la mira telescópica de su rifle, Sergio pudo ver todo con el más mínimo detalle. Los camiones eran lo suficientemente nuevos para no crear ningún tipo de problemas en el transporte, pero no tan recientes como para llamar la atención con su paso. A ojo les echó un par de años escasos.

Tal y como había supuesto, salvo en el de cabeza que iban tres, en cada vehículo iban dos personas, el conductor y un acompañante. Todos ellos tenían malas cataduras y pintas de mercenarios. Había una clara mezcla de nacionalidades y razas. Los acompañantes portaban rifles de asalto y a los conductores no se les veía el arma, pero Sergio hubiese apostado cualquier cosa a que las tenían al alcance de la mano.

Miró con detenimiento el camión que iba el primero. Estaba seguro que una de las personas del interior de aquella cabina era el individuo que había urdido toda la trama. Hubiese apostado por el que iba sentado en el centro y tenía las ropas menos gastadas. A su lado de copiloto debía ir el jefe de los mercenarios. Tenía la mirada cruel de ser un auténtico fanático. Parecía peligroso.

La comitiva fue avanzando por el centro de la aldea hasta pararse a pocos metros de la puerta principal de la almazara. Desde su posición Sergio podía hacer blanco perfectamente sobre cualquiera de los integrantes de aquel grupo con solo mover un poco el rifle. En unos minutos se decidiría si aquello iba a desembocar en una batalla campal con varios muertos.

Junto a él, en silencio, pero con los ojos abiertos como platos se encontraba un muchacho, el hijo mayor de Ahmed. Sergio lo había solicitado como posible mensajero. Les había asegurado a los dos hermanos que no correría ningún peligro a su lado, pero si tenía que transmitir algún tipo de mensajes al resto de los hombres lo necesitaba cerca. A pesar del miedo reflejado en sus ojos, el muchacho se había sentido muy honrado de haber sido seleccionado entre los chicos del resto de la aldea.

Siguiendo algún tipo de plan preestablecido, los dos acompañantes de los conductores de aquellos camiones se bajaron de las cabinas y en actitud desafiante, con las armas bien visibles, se situaron en la parte delantera de cada uno de los camiones en los que habían llegado. Del primer camión se bajaron los dos hombres.

En esos momentos comenzó la acción. Ya no había marcha atrás. De la puerta del edificio principal salieron varios hombres de la aldea junto a Yasid, empujando a los maniatados componentes de la banda que habían apresado. Les habían atado unas cuerdas cortas en los pies que les dejaban dar unos pasos cortos, pero tenían los brazos firmemente sujetos.

La sorpresa asió a los rostros de los dos individuos que se habían bajado del camión que encabezaba aquel convoy. El jefe de los mercenarios en un acto mecánico colocó su rifle a media altura en posición de disparo. Las cosas no tenían la pinta de que iban a resultar tan fáciles como ellos se habían esperado.

—No queremos tener más problemas en nuestras tierras —dijo en voz alta Yasid al frente del grupo de aquellos hombres de la aldea que habían decidido estar junto a ellos —Ya hemos perdido la vida del dueño de la almazara a manos de estos miserables —añadió señalando a uno de los individuos maniatados a su lado —Y con eso es más que suficiente. Iros por donde habéis venido y no volváis nunca más.

—¡Estúpido idiota! ¡No hemos hecho todo lo que hemos llevado a cabo, para que nos paren cuatro aldeanos de mierda en un pueblo appestoso como éste! —respondió el jefe de los mercenarios apuntando con su rifle a la cabeza de Yasid.

Los hombres de la aldea dieron involuntariamente un paso hacia atrás a excepción de Yasid, que sujetó firmemente delante suya como escudo al jefe de los bandidos apresados.

—¡Él nos ha contado todo vuestro plan! ¡No te atreverás a matarnos a todos! ¡Largaos de aquí!

En el rostro del mercenario se vislumbró una agria sonrisa. Movi6 levemente su rifle y disparó sobre el hombre maniatado. A pesar del agarre de Yasid, debido a su peso, en unos segundos cayó al suelo, muerto a sus pies.

—¡Imbécil! ¡Por lo que me van a pagar por este trabajo estoy dispuesto a matar a todas y cada una de las personas de tu appestosa aldea! ¡Incluidas las mujeres y los niños! —gritó con una salvaje expresión de locura en su rostro.

El momento de las palabras había pasado. Sergio se había encontrado con personas parecidas en el pasado. Se creían que la violencia que esgrimían les daba derecho a todo.

Disparó cuatro veces en rápida sucesión. Las balas de 7,62mm x 54LR que escupió aquel rifle perforó sin problemas el pecho de sus blancos. No había apuntado a la cabeza, ni al corazón, pero si al pecho de aquellos miserables. Los blancos elegidos habían sido el supuesto cerebro de la operación, el jefe de los mercenarios y los dos acompañantes de los camiones siguientes al principal. Los cuatro se encontraban en el suelo intentando taponar con sus manos el agujero que tenían en el lado derecho del t6rax.

Los tiros de Sergio habían sido la señal para movilizar al resto de los hombres armados de la aldea. Escondidos en las casas que envolvían a los camiones, al sonido de las balas habían salido de su refugio y apuntaban con sus armas al resto de los mercenarios. A su vez Yasid y varios de los hombres a su lado se habían hecho con las de los caídos.

Sergio recargó rápidamente con más balas su rifle y movió la mira, buscando entre los mercenarios alguno con pinta de estar dispuesto a apretar el gatillo. La sorpresa les había cogido de lleno y sin nadie que les diese ordenes, de momento no sabían qué hacer.

Varios de ellos tenían las armas levantadas y prestas para poder disparar, pero no hacían ningún movimiento. El saber que había un francotirador tan preciso apuntándoles, les tenía inquietos. Yasid avanzó hacia ellos con el rifle entre sus manos.

—Si os rendís y soltáis las armas, saldréis vivos de ésta. Si no, os veréis envueltos en un fuego cruzado y moriréis. —y en tono resuelto añadió —Os enterraremos donde nadie os encuentre.

El copiloto del cuarto camión viendo la oportunidad de acabar con el líder de aquellos hombres y de volver las tornas a su favor privándoles de jefe, se echó el rifle a la cara para disparar. Una potente bala surcó el aire y le alcanzó de pleno en el pecho. Aquello fue una clara señal para el resto de sus compañeros. Tiraron de inmediato sus armas al suelo. Los hombres de la aldea que estaban a ese lado de los camiones se apresuraron a recogerlas y a apuntarles con ellas.

—¡Bajad ahora mismo de los camiones con las manos por encima de la cabeza! —ordenó Yasid a los conductores que permanecían en sus puestos sujetando indecisos fuertemente el volante.

Los hombres de la aldea se acercaron a las cabinas apuntándoles con sus escopetas y las armas sustraídas a aquellos mercenarios. Aun así, los conductores dudaban en abandonar la presunta seguridad del camión. Otra bala atravesó el aire y el cristal del último camión saltó en pedazos. Los chóferes que seguían en las cabinas no necesitaron más avisos. Puede que los aldeanos que les apuntaban no les inspirasen un excesivo temor, pero estaba claro que el francotirador era harina de otro costal.

Sin hacer movimientos sospechosos y con los brazos levantados bajaron despacio de los camiones. En segundos, todos estaban arracimados en un grupo rodeado por hombres de la aldea que les apuntaban con sus propias armas.

—¡No los perdáis de vista! —les ordenó Yasid de forma innecesaria —Atadlos fuertemente y buscad un lugar seguro donde podamos ponerlos a buen recaudo. Prestad auxilio a los heridos.

En esos momentos un hombre alto y atlético con un gran pañuelo negro que le cubría la cara a excepción de unos ojos donde se podía ver unos ojos fríos e implacables se acercó caminando desde el interior de la almazara portando al hombro un rifle de francotirador y un contento chaval a su lado.

Todas las miradas de aquellos mercenarios se volvieron hacia él, expresando todo el odio que sentían hacia aquel individuo. Había convertido en segundos una incursión de once peligrosos hombres armados, en cinco heridos con el pecho perforado que necesitaban atención para no darse por muertos y el resto apresados y a merced de lo que los habitantes de la aldea decidiesen hacer con ellos.

—¿Quién eres? ¿Quién eres? —le chilló uno de ellos desafiante a causa de la rabia que le producía verlo. Aquel individuo no solo los había vencido. Los había humillado —¡Descúbrete! ¡Quiero grabar tu rostro en mi cerebro! ¡Cuando me libre de estas cuerdas te buscaré y te mataré como a un perro!

Sergio dejó el rifle en manos de uno de los hombres que estaban al lado de Yasid y sacando de entre sus ropas una de las pistolas que había recuperado de las cajas, se acercó pausadamente hasta el que lo había imprecado. Echó el percutor del arma hacia atrás y le puso el cañ6n entre los ojos apoyado en medio de la frente.

—Repite lo que has dicho —le dijo en un tono frio carente de todo tipo de emoción —No he hecho de esto una matanza por los niños de la aldea. Pero con un asesino y violador de mujeres como tú seguro que me perdonarán el que haga una excepción. No me gusta dejar enemigos a mis espaldas.

El hombre que hacía unos segundos parecía muy seguro de sí mismo rodeado del resto de sus compañeros, empezó a sudar de forma incontrolada. Era un mercenario con experiencia y sabía cuándo tenía la muerte delante. Aquellos ojos no mostraban piedad. Sergio mantuvo el arma fija y sin inmutarse hasta que el hombre cerró los ojos sumiso y agachó la cabeza en señal de rendición.

—Tenemos que hablar. —dijo alejándose de los mercenarios y dirigiéndose en un tono más afable a Yasid —Os debo contar muchas cosas que todavía no sabéis, pero primero tengo varias tareas pendientes. Ver si encuentro unas cosas que necesito entre el material que llevan consigo estos mercenarios y después iremos a interrogar a sus jefes —añadió de manera enigmática mientras se alejaba andando hacia las cabinas de los camiones —En cuanto termine os busco.



Tal y como había imaginado, entre el material que los mercenarios habían llevado consigo, había tres ordenadores portátiles y varios dispositivos de comunicación vía satélite. Le pidió a Yasid un lugar tranquilo donde trabajar. El capataz le indicó un pequeño despacho en el interior de la almazara donde había una gran mesa de trabajo y varios muebles de oficina.

Sergio se encerró allí con los portátiles y los sistemas de comunicación y a los pocos minutos había conseguido poder navegar por internet.

Siempre intentaba ser lo más meticuloso y precavido posible en su trabajo, principalmente en lo tocante a su personalidad y a sus herramientas. Con ambas

extremaba al máximo las medidas de seguridad.

Hacia tiempo, realizando uno de sus encargos, había sufrido un accidente y su portátil había quedado inutilizado. Ello le había supuesto una pérdida considerable de tiempo que en aquellos momentos no se podía permitir. Aquel incidente había estado a punto de dar al traste con aquel trabajo. Se había jurado a sí mismo que no le volvería a pasar.

Debido a aquel percance, tenía varios maletines blindados, almacenados en algunas de las ciudades más importantes del mundo en cuanto a comunicaciones y logística. Lugares en diferentes continentes, con importantes aeropuertos y nudos gordianos de autopistas y trenes de alta velocidad. En el interior de aquellos maletines, había varios pasaportes con diferentes identidades, tarjetas de crédito, un portátil, un smartphone y suficiente dinero en metálico en dólares y euros.

Desde que había comenzado a trabajar en importantes casos a nivel internacional una de las premisas que se había impuesto con respecto a los maletines era que fuese posible el mandarlos a donde él se encontrara en el plazo de unas pocas horas, independientemente del país de destino. De esta manera tenía maletines almacenados y dispuestos a ser enviados de inmediato en ciudades como Tokio, Chicago, Frankfurt y Madrid entre otras.

En la situación en que se encontraba lo más eficiente era pedir el envío desde Madrid. Entre la capital de España y la más importante ciudad turística de Marruecos había varios vuelos diarios. Si sus planes salían como esperaba y si daba la orden en el plazo de un par de horas, el maletín llegaría a su hotel en Marrakech al día siguiente.

Usando uno de los portátiles de los mercenarios, entró en la página web de la compañía logística responsable de la salvaguarda del maletín de Madrid e introduciendo las claves de seguridad que le solicitó el sistema y la dirección de destino, dio la orden de transporte.

No se fiaba de las medidas de seguridad de aquel portátil que tenía entre sus manos, por lo que el resto de lo que iba a realizar lo llevaría a cabo al día siguiente con el suyo que ya estaba en camino.



Después de reducir a los malvados y de encerrarlos bien atados en un sitio seguro y vigilado, Sergio quería que le dejaran interrogar rápidamente y por separado a los máximos dirigentes del convoy que les había atacado. Cuando hubiese terminado se reunirían y compartiría con sus amigos todo lo que había averiguado.

En primer lugar eligió estar con el jefe de los mercenarios. Se reunieron en una habitación donde había un pequeño camastro en el que estaba echado el herido. Le habían taponado la herida y no parecía que fuese a morir de inmediato debido a ella. A pesar de su estado, lo habían atado firmemente y no disponía prácticamente de ninguna movilidad.

Sergio entró en la habitación. Iba vestido con su ropa de campaña y llevaba puesto el pañuelo negro que ocultaba su rostro. Por si acaso prefería mantenerse de incognito. Cogió una silla de madera que se encontraba en una esquina y la acercó al camastro para que aquel malhechor le pudiese oír bien.

—Quiero que me cuentes lo que sepas en relación al trabajo que os han encargado a ti y a tus hombres con respecto a esta almazara. Tu compañero —mintió refiriéndose al que él pensaba que había sido el cerebro de la trama— Ya nos ha contado casi todo. Ahora quiero oír tu versión.

—No hablaré.

—Ya lo creo que sí. Dispongo de tiempo y de varios métodos para que lo hagas, de menos a más doloroso —dijo con una voz carente de sentimientos— Tu decidirás hasta dónde quieres llegar.

Dicho aquello le dejó unos segundos para que recapitulara sobre su voluntad de hablar. No dijo nada. Por lo visto se consideraba un hombre duro.

Sergio cogió un vaso que había traído consigo y depositado en el suelo y se dirigió al hombre inmovilizado en el catre. Le retiró el vendaje que le habían hecho e introduciendo el dedo índice en la herida la abrió. El hombre se retorció lo poco que pudo. Sin inmutarse Sergio vertió el contenido del vaso en la herida. El cuerpo del hombre se puso rígido y se crispó en un gesto de dolor agónico. El catre crujió por aquel violento movimiento. Sergio se volvió a sentar tranquilamente y sin prisas en la silla.

—Te lo he dicho. Este es el método menos doloroso. Solo es un poco de sal y vinagre. Yo tengo todo el tiempo del mundo. Tú necesitas un médico antes de que tus heridas se infecten y en este ambiente se gangrenen. Tú eliges.

—¿Qué quieres saber? —pronunció con voz entrecortada y un rictus de dolor en su rostro.

—¿Qué hacíais aquí tú y tus hombres?

—Alguien nos hizo un encargo y nos envió las armas. Nosotros debíamos buscar a una banda de bandidos de esta zona y darles las armas para que se hicieran con el control de esta almazara. El jefe de ellos debía desposarse con la hermana mayor y así pasar a ser el nuevo propietario. Después vendríamos con los camiones que has visto y en varios viajes vaciaríamos los depósitos de aceite, pagando una miseria al hombre de paja que habíamos puesto al mando de los olivares.

—¿Por qué esta almazara?

—No lo sé con seguridad, pero pienso que por la gran cantidad de aceite que tienen almacenado por no haberlo podido vender y por lo fácil que parecía hacerse con el control a través del matrimonio.

—¿Por qué matasteis al padre?

—Fue culpa de esos estúpidos. Por error. Después nos pareció que beneficiaba a nuestro objetivo. Las hermanas se considerarían más desvalidas y vulnerables sin él.

—¿Algo más?

—No.

—¿De dónde sacasteis las armas?

—Nosotros operamos por todo el norte de África. Unos palestinos nos las vendieron baratas. Nos advirtieron que debido a que eran unos prototipos experimentales, los israelíes podían estar detrás de ellas, pero no les creímos. Pensamos que era para darse importancia.

—¿Cómo se llama y a qué se dedica verdaderamente el hombre que os acompaña? El que está claro que no pertenece a tu banda.

—En mi profesión los nombres no importan. A nosotros se presentó como Luis y nos dijo que era portugués. En cuanto a qué se dedica, es un experto en aceite de oliva y el que se ha encargado de pagarnos.

—¿Quién os puso en contacto con él?

—Él se puso en comunicación directamente con nosotros. No hubo intermediarios. No sé de donde consiguió nuestras referencias, pero supo cómo encontrarnos —respondió el criminal sin mirarle directamente.

—Y yo que pensaba que os habíais puesto en contacto a través de los hermanos Nitchev —comentó Sergio mencionando el nombre del jefe de la banda búlgara. Había obtenido la información al rebuscar en los datos que había sustraído de sus ordenadores.

Aquellas palabras pronunciadas por Sergio hicieron que el hombre no pudiese evitar la sorpresa de su rostro. Para cuando quiso disimular el efecto que le habían causado fue demasiado tarde.

—Por cierto. Te encontré siguiendo su pista.

Sergio sabía que con aquella frase había sembrado una semilla de odio en el cerebro de aquel criminal. No sabía cuál iba a ser su futuro, pero si en algún momento recuperaba la libertad, su primer objetivo sería ir tras el búlgaro.

Sin intercambiar más palabras, Sergio abandonó aquella habitación para entrar en otra parecida a unos metros de distancia. En ella y de forma similar se encontraba el que debía ser el cerebro de la trama. De nuevo Sergio arrimó una silla del cuarto al estrecho camastro de aquel hombre.

—Es su turno de que me responda a ciertas preguntas. Acabo de terminar con el jefe de los mercenarios y se ha mostrado muy colaborador. No se resista.

Sergio vio el pánico en los ojos de aquel hombre. Podía ser el que había urdido toda aquella conspiración, pero ni era un soldado, ni era un mercenario. Se encontraba totalmente fuera de su hábitat natural. En vez de contestar movió la cabeza afirmativamente.

—¿Cómo te llamas?

—Luis Lopes —contestó en voz baja como si le faltase el aliento.

—¿A qué te dedicas?

—Soy experto en aceite de oliva. No sé con qué fines esta banda de mercenarios me secuestró. Solo me dijeron que quería que evaluase la calidad del aceite. No sé por qué me han disparado. Soy tan víctima como los habitantes de este poblado.

Estaba claro que aquel hombre, aún en la situación en la que se encontraba poseía una mente fría y calculadora. Confiando en el desconocimiento de las personas de la aldea, recurría a su último cartucho para librarse del castigo. Si no hubiese sido por los conocimientos que obraban en poder de Sergio, y la clara descripción que de él había hecho Jon probablemente sus palabras hubieran engañado a los capataces de la aldea y a las dueñas de la almazara.

—¿En dónde trabaja?

—En una multinacional dedicada a la plantación de olivares en Marruecos y a la producción de aceite de oliva —repuso el hombre del catre con un brillo de esperanza en sus ojos.

—¿Por qué mandaste robar los ordenadores de los hermanos Zariquiegui?

Su interlocutor se quedó con la boca medio abierta y el rostro desencajado. Sus tenues esperanzas se habían desvanecido en escasos segundos. No respondió.

—Te he hecho una pregunta —le dijo en tono gélido Sergio.

—Porque aplicando al aceite de estos olivares en nuestros sistemas de producción el descubrimiento que ellos han realizado, la empresa que yo dirijo iba a ganar millones —respondió agachando derrotado la cabeza.

—Empecemos de nuevo. ¿Cómo te llamas?

—Gaetamo Guillermo.

—¿No eres portugués?

—No. Soy italiano. Mi padre era de origen italiano y mi madre portuguesa. Yo hablo ambos idiomas.

—¿A quién se le ocurrió la idea de robar los servidores? y ¿de hacerse con el control del aceite de esta almazara?

De nuevo tardó unos segundos en responder como si estuviese pensando en si debía echarle la culpa de todo a su jefe. Después miró los ojos que le observaban a través de aquel pañuelo negro y decidió que no admitirían una mentira.

—A mí. El propietario de mi empresa, sólo aprobó la operación y puso el dinero, sentado desde su cómodo despacho. Yo he sido el que durante veinte años he asistido a todo tipo de ferias de aceite, he dirigido la empresa y el que ha recorrido diferentes países con el fin de buscar aquel lugar donde encontrar aceite de calidad más barato y poder expandirnos. Hacía tiempo que le tenía echado el ojo a estos olivares. Yo le he dedicado media vida al negocio. Él solo tuvo que tomar una sencilla decisión sobre mis años de trabajo. Cuando le conté el descubrimiento del que me había enterado en aquella feria en Portugal de los labios de uno de los hermanos Zariquiegui, vio las grandes posibilidades de mi proyecto. Quería que se le conociese como el magnate del aceite. El rey del oro verde. Esta almazara iba a ser solo un proyecto piloto. Si funcionaba nos iríamos haciendo por diferentes métodos con más olivares de Marruecos. Con el descubrimiento de los hermanos Zariquiegui, multiplicaríamos el valor del aceite producido aquí por una cantidad indecente.

—¿Cómo se llama el propietario de tu empresa?

El italiano tardó unos segundos en responder. Le costaba pronunciar el nombre de su jefe. Sergio acercó más su rostro al de él y en un tono de voz más frío y amenazador repitió la pregunta.

—¿Cómo se llama el propietario de tu empresa?

—Enrici Donatti.

—¿En dónde puedo encontrarlo?

—Dirige sus empresas desde su despacho en Milán, pero las próximas dos semanas se iba con una modelo a su finca de Costa Esmeralda en Cerdeña.



Había pedido una reunión de urgencia con Samira y los dos hermanos Mohamedi. La hermana era de personalidad débil y no era necesario que asistiese. Cuando estuvieron sentados a solas en la sala de la vivienda donde tan buenos ratos había pasado Sergio, los miró uno a uno detenidamente con profundo cariño.

—Está claro que no eres un vulgar turista recorriendo Marruecos —le dijo el hermano mayor.

—No Ahmed. No estaba aquí de vacaciones, aunque durante los últimos días, así los he disfrutado. Me habéis acogido sin ningún tipo de preguntas o prejuicios como a uno más de vuestra maravillosa familia.

—Nos dijiste ayer que Hanna no era tu mujer.

—Cierto. Lamento tener que haberos mentido en eso, pero era mejor para vuestra seguridad. No sé quién es en verdad Hanna, ni a que se dedica, pero creo que pertenece a ejército israelí.

—Su misión entonces, era el recuperar las armas —afirmó más que preguntó Yasid.

—Por lo que hemos visto, eso creo yo también.

Les contó cómo la había conocido al subirse a aquel camión y todo lo que les había pasado hasta llegar a la aldea.

—Cuando nos presentamos a la puerta de vuestra vivienda, yo creía firmemente en la historia que me había contado de que era una periodista buscando un reportaje. Teniendo en cuenta vuestra cultura y para no despertar sospechas, nos pareció lo más sencillo hacernos pasar por marido y mujer.

—¿Tú perteneces también a algún cuerpo especial de algún ejército? —indagó curiosa Samira.

—No. Yo no recibo órdenes de nadie.

—Entonces, ¿a qué te dedicas? —le preguntó extrañado Yasid.

—A ayudar a la gente cuando no tienen a nadie más que les eche una mano —y viendo la extrañeza en sus rostros añadió —Pero no lo hago gratis. Es mi modo de vida, mi trabajo.

—¿Y qué hacías por estas tierras?

—Antes de decíroslo. Tenéis que prometmedme algo —dijo Sergio adquiriendo su voz un tono más serio —Es muy importante tanto para vuestra seguridad, como para la mía.

—¡Explicáte! —dijo la mujer

—Para realizar mi trabajo escondo mi verdadera identidad, y aun cuando os considero mis amigos es mejor que sigáis a ese respecto en la más absoluta ignorancia. Para vosotros siempre seré el americano Andy Smith. Antes de narraros mi historia, tenéis que prometmedme que nunca intentareis averiguar mi verdadero nombre y paradero.

Aquellas sencillas personas se miraron entre sí, buscando con los ojos la opinión de los otros. Al cabo de unos segundos Yasid habló en nombre de todos ellos.

—Prometido. Para nosotros siempre serás nuestro querido amigo Andy Smith y no intentaremos averiguar nada sobre tu persona. Solo lo que tú quieras decirnos.

—Gracias. Creedme cuando os digo que de esta forma es más seguro para todos nosotros. Ahora os voy a contar en qué os habéis visto involucrados. Es necesario para que podamos tratar un par de temas.

Y les explicó detalladamente todo lo que había pasado desde que habían robado a los hermanos Zariquiegui los ordenadores. Lo único que omitió fue que eran sus amigos. Sin decirlo les dio a entender que eran clientes.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Samira cuando terminó de narrar toda la historia.

—Lo primero llamar a la policía. El tiempo apremia. Es necesario hacerlo de inmediato.

—¿Qué contamos para no tener problemas?

—Yo me llevaré al jefe de los mercenarios y a Gaetamo lejos de aquí.

—¿Por qué? —preguntó Ahmed extrañado

—Son los que más información tienen y no nos conviene que la policía les interrogue.

—¿Por qué? —repitió de nuevo Ahmed sin entender lo que Sergio tramaba.

—Porque la historia que vais a contar será diferente a lo que ha ocurrido y ellos dos son los únicos que podrían destapar la verdad y crearos un problema.

—¿Qué le vamos a decir a la policía?

—Nada sobre lo que conocéis de mí y sobre Hanna. Nos os traería más que problemas. Quiero que el que hable directamente con la policía sea Yasid. Contará que unos bandidos habían apresado a las dueñas de los olivares matando desgraciadamente a su padre. Ellas en un descuido de sus captores se escaparon robándoles además algunas de las armas. Durante su cautiverio escucharon que unos compañeros de los secuestradores iban a venir con unos camiones a robar el aceite de la almazara. Vosotros avisados preparasteis una trampa y apresasteis al resto de la banda.

—No nos creerán —repuso Samira mientras acompañaba sus palabras con un movimiento negativo lateral de cabeza —Cuando interroguen a los bandidos ellos negarán nuestra historia.

—¿Y qué se esperará la policía que hagan unos asesinos y ladrones? Las mejores mentiras son aquellas que están compuestas por medias verdades. Si les quitamos a sus jefes, el resto solo conocerá trozos de la historia. Seguro que en cuanto la policía busque en sus bases de datos el historial delictivo de los mercenarios, os estarán agradecidos por haberlos atrapado. Seguro que el jefe de la gendarmería local se apuntará el tanto. También están los camiones como pruebas.

—Quizá funcione... —dijo Yasid.

—Seguro. La policía estará más interesada en los mercenarios apresados, que en vosotros, la valiente gente de un poblado que los ha atrapado para ellos. Hablad muy poco y que parezca que vosotros tampoco tenéis mucha información. ¿Samira?

—¿Sí?

—Quiero que te muestres como tu hermana. Histérica y muy nerviosa por todo lo que os ha acaecido. Cuanto más llores y menos hables mejor. Si te es posible, cuando te interroguen, tartamudea, que te tiemblen las manos y no mires de frente a los ojos del policía que lo haga. Esconde la cabeza y muéstrate como una débil mujer asustada.

—Lo intentaré. No sé si seré tan buena actriz.

—Seguro que sí —le dijo él mirándole a los ojos para insuflarle ánimo.

—¿Qué papel desempeñamos nosotros? —preguntó Ahmed.

—De nuevo cuanto menos contéis mejor. Los hombres de la aldea bajo vuestro mando defendisteis la almazara de aquellos que pretendían robaros y dejaros en la miseria. Os movía la necesidad de proteger a vuestras familias y el evitar que vuestros hijos pasasen hambre. Os creerán. Su interés estará centrado en alejarse pronto de la aldea, llevarse ellos los méritos por haber apresado a estos malhechores y en cerrar el caso cuanto antes. No os preocupéis, no corréis ningún tipo de peligro.

—De lo que has dicho antes, entiendo que nos queda por hablar de otro tema —repuso Yasid.

—Sí. Quiero proponerte un negocio —dijo Sergio mientras dirigía su mirada a la dueña de aquellas tierras.

—¿Qué? —preguntó sorprendida Samira.

—Las personas a las que os he contado antes que intentaron robar sus secretos, son productores de aceite. Os comprarán todo el que tenéis almacenado, a un precio justo que vosotros fijéis.

—¿Te lo han comentado ellos?

—No. Todavía no he podido ponerme en contacto, pero no os preocupéis, les convenceré.

—Gracias —dijo Samira tremendamente conmovida —Ese dinero salvará la almazara de mis antepasados.

—Hay más. Yasid me ha contado que has estado en España formándote durante los dos últimos años en las últimas técnicas de producción de aceite de oliva. Las personas que me han contratado también son expertas en el tema. Les pediré que os ayuden a actualizar vuestro sistema de producción. Juntos convertiréis esta almazara en la más rentable y moderna de la zona.

—Pero para eso hace falta mucho dinero. Hay que realizar inversiones en maquinaria, nuevos edificios, replantar árboles. Nos llevará varios años —dijo de carrerilla mientras a pesar de su resignado tono, se le iluminaban los ojos.

—¿Tenéis algo mejor que hacer? —le preguntó con una sonrisa aflorando a sus labios.

—No —respondió ella —Es lo que siempre he deseado. Pero hace falta mucho dinero...

—Estoy hablando en su nombre, pero me gustaría que con mis contratistas, no mantuviérais una simple relación de cliente y proveedor. Me gustaría que les hicierais socios de vuestro sueño. Un quince o veinte por ciento será suficiente. Ello les motivará a ayudaros técnica y financieramente.

—Si tú dices que puedo confiar en ellos, por mi parte no habrá ningún inconveniente.

—Pues dad el trato por hecho. En las próximas semanas ellos se pondrán en contacto con vosotros y empezareis a trabajar juntos. Os aseguro que el dinero, no será ningún problema. Recordad lo que os he pedido. Me conocen con otro nombre y otra personalidad, no quiero que les hagáis preguntas sobre mí. Lo habéis prometido.

—¿Y qué será de ti? —preguntó Samira

—Desapareceré y nunca habré existido.

—Después de todo lo que has hecho y vas a hacer en un futuro por nosotros, no me parece justo. ¿Cómo te lo podemos agradecer?

—Creedme. Ya lo habéis hecho. Han sido algunos de los días más felices de mi vida —y en su mirada pudieron apreciar un leve recuerdo por la mujer que los había compartido con el —Lástima que se hayan interrumpido.

—¿Nunca más te volveremos a ver?

—Nunca es una palabra demasiado grande. Yo no os olvidaré y es probable que de vez en cuando venga a visitaros. Pero recordad, para vosotros siempre seré Andy Smith.

Marrakech. Viernes 14, Agosto 2015

Había cogido uno de los camiones cisterna y había subido junto con él a la cabina, al jefe de los mercenarios y a Gaetamo. Ambos tenían heridas parecidas, pero el italiano lo llevaba peor. Les había vendado los ojos para que no supiesen por qué ruta les llevaba. Por su forma de actuar con ellos, en el rostro de Gaetamo se apreciaba el miedo y en el del jefe de los mercenarios una fingida indiferencia. Cuando arrancó el camión éste le preguntó.

—¿Vas a deshacerte de nosotros?

—No. De querer haberlo hecho, a estas horas estaríais enterrados debajo de un par de olivos. Nunca nadie volvería a saber nada más de vosotros. Pero, aunque os lo merezcáis, no os voy a eliminar. Es más, sois a los únicos que vamos a dejar en libertad.

—¿Por qué? —preguntó sorprendido el italiano.

—No me interesa en absoluto que os aprese la policía y os interrogue. Unos días en los calabozos de estas prisiones y les contaríais todo lo que desearan saber. Solo había dos posibles soluciones. Mataros o dejaros libres. Los habitantes de la aldea a pesar de vuestras intenciones, no querían cavar un par de tumbas. Eso ha sido lo único que os ha salvado. Si alguna vez volvéis a la aldea, la suerte no se repetirá.

Durante unos segundos aquellos miserables guardaron un profundo silencio. No se podían creer del todo que lo que les estuviese contando fuese cierto. Ellos no hubiesen obrado de igual manera.

—¿A dónde nos llevas? —preguntó el jefe de los mercenarios.

—A un lugar donde podréis recibir atención médica.

Después de aquello, los tres se sumieron en el silencio. No había nada más de lo que hablar. Sergio condujo deprisa el camión hacia la ciudad. La potencia de aquel motor no tenía nada que ver con el del viejo camión con el que había comenzado sus aventuras.

Aquellos pensamientos le llevaron a recordar a Hanna. ¿Cuál sería la verdadera vida de aquella mujer, que pasaba en segundos de la violencia con sus enemigos a entregarse con profunda pasión a sus amantes? No creía que fuese feliz, sino más bien el producto de sus circunstancias. Ya tendría tiempo de averiguar más sobre ella.

Tras unas horas de tranquila conducción llegaron a la entrada de Marrakech. Estaba oscureciendo. Gracias a las continuas indicaciones de las señales de tráfico, Sergio pudo llevar el camión hasta las inmediaciones de la Plaza Yamaa el Fna, la más grande de la ciudad y el lugar por excelencia donde acudían los turistas a realizar sus compras y los marroquíes a enseñar sus productos y a reunirse al terminar la jornada. Buscó un callejón no muy concurrido donde abandonar el camión. Antes de bajarse del mismo se dirigió a aquellos dos individuos.

—Os he dejado un cuchillo encima del asiento del conductor para que os quitéis vuestras ataduras. En cuanto me baje del camión podéis comenzar a moveros. Por vuestro bien espero que sea la última vez que nos veamos.

A los pocos pasos de alejarse del vehículo, oyó movimientos en el interior del mismo. No sabía si iban a ayudarse a escapar entre ellos o iban a tratar de matarse para eliminar testigos. No le preocupaba ninguna de las dos opciones.

Se puso a caminar hacia la plaza y enseguida pudo divisar una parada con varios taxis. Se dirigió al primero de la fila y le dio una dirección a unas cuatro manzanas del hotel en que se alojaba durante su estancia en Marrakech. Había estado inspirado cuando había hecho la reserva para un par de semanas. Todavía tenía la habitación a su disposición.

Pagó al taxista y se dirigió andando hacia la recepción del hotel donde pidió su llave. Subió a su habitación y dejando la bolsa de viaje en el suelo, se encaminó al cuarto del servicio, donde se llenó la bañera, se desnudó y tomó un largo y prolongado baño. La situación en que se encontraba le rememoró los momentos pasados con aquella enigmática mujer en el aseo de la vivienda de la aldea.

Cuando estuvo totalmente relajado, se vistió y bajó a cenar copiosamente al restaurante del hotel. Cuando terminó se dirigió a la recepción, le dijo al muchacho que allí estaba que se encontraba tremendamente cansado y que iba a dormir profundamente. Que las encargadas de la limpieza de la habitación no le molestasen.

Solo debían interrumpir su sueño cuando llegase un importante paquete que estaba esperando. En ese caso debían llamarle de inmediato. Fuese cual fuese la hora. Le pidió al recepcionista que le repitiese despacio sus instrucciones para confirmar que le había entendido correctamente.

Cuando se aseguró de que así había sido, subió andando a su habitación. Se desnudó y se introdujo rápidamente en la cama para descansar de los hechos que se habían producido en las últimas cuarenta y ocho horas. Habían sido momentos de continua tensión y movimiento. Necesitaba estar preparado para terminar lo que había empezado.



Le despertó el sonido del teléfono del hotel que estaba sobre la mesilla, al lado de la cama. A oscuras y desconociendo la disposición de los muebles de la habitación tardó unos segundos en cogerlo.

—¿Sí? ¿Dígame? —preguntó con una voz pastosa, fruto de su adormilamiento.

—Ha llegado el paquete que el señor estaba esperando.

—¿Me lo podían subir a la habitación?

—Por supuesto señor. ¿Desea que se la subamos ahora mismo?

—Si por favor. Junto con unos filetes con patatas fritas, una gran jarra de zumo de naranja y otra de café.

—Enseguida señor. Ahora mismo se lo preparamos todo. En unos minutos lo tendrá en su habitación.

—Muchas gracias.

Sergio terminó de desperezarse y se levantó de la cama. A pesar de los muebles tradicionales que adornaban aquella habitación, el teléfono del hotel era de factura digital y poseía reloj. Eran las diez y cuarto de la mañana.

Descorrió las cortinas de las ventanas para que entrase la luz del sol y se dirigió al cuarto de baño donde procedió a darse una refrescante y prolongada ducha fría. Cuando estaba secándose, oyó que llamaban a la puerta. Rápidamente se puso una bata de las del hotel y se dirigió hacia la entrada.

Un sonriente y joven muchacho conducía un carrito con todo lo que había pedido. En la parte inferior del mismo estaba el paquete que había recibido.

—Aquí tiene señor. Espero que sea de su agrado. Si quiere algo más no dude en pedirnoslo. Estaremos encantados de atenderle —dijo amablemente.

—Gracias. Así lo hare —y depositando una generosa propina en su mano le despidió y cerró la puerta.

A pesar de la abundante cena de la noche anterior, después de todas las horas que había dormido, había pasado el suficiente tiempo para que su estómago empezase a reclamar que le hiciese caso.

El pan estaba tierno y crujiente y los filetes sabrosos. Acabó con toda la jarra de zumo de naranja. Se notaba que era de naranjas naturales y que estaba recién exprimido. Eran las ventajas de aquel tipo de hoteles frente a los occidentales. En los americanos todo era de lata, frasco o envase. Se sirvió la primera taza de aquel aromático café y retirando el carrito abrió el paquete que estaba esperando.

En su interior y una vez abiertos los envoltorios, ninguna de las cintas que tenía especialmente colocadas para mostrar cualquier tipo de manipulación mostraban ningún cambio. Cogió el portátil y lo depositó sobre una mesa de madera cercana. El resto de lo que le habían mandado lo introdujo en su bolsa de viaje.

Conectó el ordenador y lo encendió. Como su misma apariencia mostraba no era un ordenador corriente. Estaba preparado para soportar golpes y caídas y tenía dos métodos de arranque. Si pulsabas en el teclado la configuración adecuada, se encendía con el sistema de trabajo seguro. Si solo pulsabas la tecla de encendido, el ordenador mostraba la misma pantalla y los mismos programas que cualquier empleado de una empresa podía llevar consigo.

La diferencia estribaba en que si se encendía tres veces consecutivas en ese modo, el sistema de seguridad del portátil entendía que el que lo estaba haciendo no era su auténtico dueño y un pequeño explosivo colocado en su interior se activaba y dejaba el ordenador totalmente inutilizado. Además igual que ocurría con los dispositivos de Apple, tenían un sistema de localización por el que Sergio podía conocer su paradero en cualquier momento.

Se dispuso a establecer comunicación con Opengate, un hacker que habitualmente le ayudaba a localizar información al alcance de unos pocos. No se conocían personalmente, porque desde el principio Opengate se había negado a ello. Solo hablaban vía ordenador y con un especial e impenetrable sistema de comunicaciones diseñado por el propio programador.

Algunas veces conseguía contactar con él de inmediato y en otras ocasiones debía dejarle un mensaje con lo que necesitaba que encontrase. Invariablemente, a las pocas horas recibía la información que había solicitado. Jamás le había fallado.

—¿Estás ahí? —tecleó en su portátil.

—Hombre. Hacía tiempo que no me llamabas. Debes estar mejorando tu manejo con los ordenadores y empiezas a dejar de necesitarme. Cualquier día prescindes de mis servicios.

—Imposible. Nadie es tan bueno como tú. Y menos yo. Estoy a años luz de tus conocimientos.

Sabía que el exceso de halagos con aquella persona era una conducta estúpida, pero nadie le hacía ascos a un par de frases amables.

—¿Qué necesitas esta vez?

—Información sobre tres personas. Una se llama Enrici Donatti y creo que es un magnate italiano. La segunda es el jefe de una banda de mercenarios y la tercera es una bella mujer de la que no poseo ningún dato. Solo unas fotos y ciertos indicios de que pude pertenecer al ejército israelí. Ahora te las envío. Del jefe de mercenarios también te envío fotos.

—¿Para cuándo la necesitas?

—En cuanto te sea posible. Principalmente de la mujer y del millonario. Voy a reservar inmediatamente un vuelo para Italia. Si a mi llegada al país la tuviese disponible sería perfecto.

—No es mucho tiempo...

—Por eso eres el mejor. Mándame con la información la factura con tus servicios y a dónde quieres que te envíe el dinero.

—Hasta pronto —pudo leer en su pantalla mientras se cortaba la comunicación.

Recuperó las fotografías que tenía de Hanna de su servidor seguro y se las envió a Opengate. Confiaba en él. Seguro que la encontraba por mucho que se escondiese.

Después, escribió un email a los hermanos Zariquiegui diciéndoles que se encontraba perfectamente y que en unos días volvería junto a ellos. Que fuesen haciendo una reserva en el famoso restaurante “El Europa” de la capital navarra. Añadió que además de resolver el problema en el que se encontraban, les llevaba buenas noticias sobre cómo rentabilizar aún más su negocio.

Cambiando de aplicación una vez más en su portátil, se conectó a Internet. Estuvo buscando, dentro los vuelos internacionales el que más le convenía y al cabo de un rato encontró uno, que con trasbordo en Barcelona le llevaría a Olbia, el aeropuerto de Cerdeña más cercano a su destino.

Porto Cervo. Domingo 16, Agosto 2015

Había disfrutado enormemente con la comida mediterránea que su excelente cocinero le había preparado. Sin prisas y saboreando despacio cada uno de los magníficos platos. En Milán dedicado a sus negocios, todo eran reuniones, prisas y decisiones. Cuando iba a Cerdeña, tenía terminantemente prohibido que le llamasen al móvil, salvo emergencias. Eran las dos caras de la moneda de su estilo de vida.

—“Qué bien te trata el mundo cuando eres rico” —pensaba Guido sentado en una cómoda hamaca metálica en aquella cala que daba al mar dentro de sus propiedades.

Aunque era verano y a aquella hora del día, el sol lucía en el cielo y hacía una temperatura excesivamente calurosa, a la sombra de una enorme sombrilla que sus sirvientes habían colocado para él en la playa a escasos metros del mar, se disfrutaba de una situación ideal.

La articulada estructura de metal y plástico que habían instalado para dar sombra, tenía unos diez metros de largo por cuatro de ancho y cobijaba una mesa, unas sillas y un par de hamacas como la suya. Encima de la mesa, había fruta fresca de diferentes variedades y algo de bebida fría. Una nevera portátil a un lado de la mesa, contenía diferentes botellas de licores y refrescos.

En esos momentos, el personal que se encontraba dentro de la finca se reducía a un par de sirvientes que estaban dentro de la enorme casa que se encontraba alejada a unos trescientos metros detrás de la playa y a los dos guardaespaldas que se encontraban cerca, debajo de la sombra de aquella estructura. Uno en cada una de las esquinas, vigilantes detrás de él. Lo bastante cerca para protegerle, pero lo suficientemente lejos de su persona como para que no le molestasen.

A pesar del calor reinante ambos hombres vestían holgados y finos trajes de verano compuestos de chaqueta y pantalón. Las amplias americanas servían para ocultar el arma que cada uno de ellos portaba en la sobaquera de su interior.

La guapa modelo que le acompañaba durante esos días en su estancia en Cerdeña se encontraba en esos momentos dando una vuelta por la zona comercial de Porto Cervo. Había ido a ver las últimas novedades de las caras tiendas que había en el paseo marítimo junto al mar. Seguro que volvía con nuevos vestidos, bolsos y algún que otro complemento más, de vestir.

Mientras disfrutaba de su bebida, era incapaz de relajarse en aquel paradisíaco lugar. Estaba preocupado con el asunto del aceite. No había recibido ninguna noticia nueva en los últimos días y eso le ponía en cierto modo nervioso. El resto de sus negocios se desarrollaban bien, pero la fama y los ingresos que esperaba obtener con el aceite le ponían por una parte excitado y por otra ansioso.

De repente algo extraño sucedió a escasos metros de él, delante de sus ojos. El mar que hasta hacía unos segundos se encontraba tranquilo, se removió y una negra figura apareció de entre las suaves olas.

No dando crédito a sus ojos, para poder ver mejor se alzó en la hamaca y pasó de su posición relajada tumbada, a estar sentado en el borde de la misma.

No había sido una ilusión óptica. Un submarinista vestido con un traje de neopreno, con unas bombonas de inmersión a su espalda desde las que salía un tubo de respiración para realizar inmersiones se dirigía andando por el mar, recorriendo los últimos metros que le quedaban para llegar a la playa. No se le podía ver la cara, debido a la mascarilla que se la cubría.

Portaba un arpón de pesca submarina descargado en su mano izquierda y un enorme pez que debía haber capturado al disparar el arma que portaba en la mano derecha. Llegó por fin a la playa y abandonando el mar, dio unos pasos por la arena, donde se detuvo quitándose el tubo y respirando aire. En ningún momento se quitó la mascarilla.

Ante la aparición del submarinista, sus dos guardaespaldas habían reaccionado rápidamente y se habían colocado por delante de él a los lados de la hamaca cubriéndole. No habían sacado todavía las armas que llevaban ocultas en su ropa de verano, pero se les notaba tensos y atentos a cualquier movimiento agresivo por parte de aquel desconocido.

El buceador avanzó unos pasos sin dar la sensación de haberse percatado de la presencia de los tres hombres en la playa y sin mostrar ningún tipo de temor en su rostro, como si fuese lo más normal del mundo su aparición de entre las aguas.

Tiró el arpón al suelo, gesto que sirvió para distender un poco la tensión de los guardaespaldas que no le quitaban el ojo de encima y se desprendió de las aletas de bucear que llevaba en los pies. Continuando sin mirar a los tres hombres, se puso a observar detenidamente a la presa que había obtenido y se le oyó hablar para sí mismo.

—Hoy es mi día de suerte. ¡Qué ejemplar he capturado! ¡Por lo menos pesa once kilos y mide casi un metro de largo! ¡Cuando lo vean mis amigos se van a morir de envidia!

En esos momentos Enrico, desde su posición sentado en la hamaca, dirigiéndose hacia el desconocido le preguntó en un tono grave y autoritario.

—¿Quién es usted y qué hace aquí en mi playa?

El desconocido miró por primera vez hacia la estructura metálica y se fijó durante unos instantes en los hombres que se encontraban a su resguardo. Acto seguido recorrió con su vista de izquierda a derecha la cala donde todos ellos se encontraban.

—¡Mierda! —pronunció en español mirando de nuevo la playa en dirección contraria —me he equivocado de lugar. Me he perdido en el mar y he salido por otro sitio diferente al que quería.

Y caminado resuelto hacia ellos, sin soltar el pez en ningún momento les saludó.

—Buenos días señores —le dijo en un tono amable.

Viendo que ninguno de ellos le contestaba nada y que de nuevo se habían puesto tensos y en actitud defensiva, se acercó aún más a ellos.

—¡Que estúpido soy! A pesar de que mi idioma se parece mucho al suyo, ustedes deben ser italianos y no me habrán entendido —y cambiando de idioma empezó de nuevo la conversación —Buenos días señores. Estaba intentando pescar y con la emoción del momento me he perdido. ¿Cómo se llama esta cala?

—¿Quién es usted? —le volvió a preguntar Guido todavía no repuesto de la sorpresa y no del todo tranquilo al no poder ver la cara de aquel desconocido, ya que seguía oculta por la mascarilla de buceo.

—¡Bah! Sólo un simple aprendiz de submarinista que en la emoción de la pesca y después de haber capturado el mejor ejemplar de su vida, se ha entusiasmado tanto por su trofeo que se ha equivocado de playa. Les ruego que disculpen mi error.

El desconocido seguía avanzando por la arena en dirección a los tres hombres y ya se encontraba a sólo unos metros de ellos. Los guardaespaldas tan sorprendidos como su jefe por la extraña situación, se habían adelantado un paso por delante de la hamaca en la que se encontraba sentado y lo cubrían en actitud protectora y desafiando al extraño a que no se acercase más.

—Si son tan amables de indicarme por donde puedo salir de su propiedad, en unos segundos la habré abandonado y dejaré de molestarles.

Y como dando por hecho que uno de los guardaespaldas le iba a acompañar hacia la salida, siguió avanzando tranquilamente dejando a su derecha a los tres hombres.

—¡Eh! ¡Espere! —le dijo en tono autoritario el guardaespaldas que se hallaba más cercano a él y se encontraba a un par de metros escasos de su posición.

—Sí. ¿Dígame? —le preguntó el desconocido amablemente.

—¡Dese la vuelta! —le espetó, ladrándole la frase como si fuese un sargento del ejército mandando a un recluta.

—¿Para qué? ¿Qué quiere? No entiendo... —repuso con un tono tímido y desconcertado mientras comenzaba a hacer caso a la orden que le había dado el guardaespaldas.

A partir de ese momento el lento movimiento del submarinista se convirtió en un giro vertiginoso sobre sí mismo. Levantó el voluminoso pescado, como si no pesase nada, por la cola, y aprovechando la inercia de la vuelta que estaba dando lo estampó como si de un martillo se tratase en la cara del guardaespaldas con un golpe brutal.

Mientras el hombre caía al suelo inconsciente y el magnate sentado en su silla ponía en su cara una expresión de sorpresa total, el otro guardaespaldas se puso en movimiento hacia el desconocido. De nuevo éste controlando la situación no hizo más que dar un nuevo giro y repetir el golpe, alcanzando al otro guardaespaldas de nuevo en la cara y tumbándolo en el suelo al lado de su compañero.

El magnate italiano intentó ponerse de pie y enfrentarse a su atacante. Su gesto sólo sirvió para que el desconocido, se moviese raudo en su dirección y le diese una fuerte patada en el pecho que lo arrojó en la hamaca y lo dejó boqueando.

Esos momentos los aprovechó para quitarse una pequeña mochila que llevaba atada a la espalda. Extrajo de ella unas bridas de plástico con las que amarró firmemente las manos de los guardaespaldas a sus espaldas. Después ató sus pies con otras bridas, inmovilizándolos. Para finalizar les puso otras en la boca no muy tensas. No les impedían respirar, pero sí el poder hablar.

Después agarrando de la camisa al magnate italiano lo sacó a rastras de la hamaca y también le colocó bridas de la misma manera que a sus guardaespaldas, salvo en la boca.

Formaban una extraña pareja. El magnate tumbado de costado en la arena, totalmente inmovilizado e intentando llevar aire a sus pulmones y aquel desconocido sentado tranquilamente a su lado a la altura de su cabeza.

—Bueno. Ahora nos hemos quedado solos. No nos va a molestar nadie y podemos dedicarnos a hablar tranquilamente de nuestros asuntos —le dijo en un tono sospechosamente amable dada la rara situación en que se encontraban. —El pescado con que les he atizado a sus hombros, todavía estaba congelado. No se despertarán en un buen rato.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó balbuceante con pánico en los ojos. Ahora no parecía ni tan importante, ni tan peligroso.

—No mucho. Sólo que me escuche un rato y me firme un par de papeles. No se preocupe acabaremos enseguida.

En los ojos del magnate se veía claramente el miedo que estaba pasando. No era lo mismo dar órdenes y disponer de la vida de los demás desde un lugar seguro en su despacho, a estar en aquella situación, totalmente a merced de un desconocido.

Además había demostrado sobradamente que era peligroso. Se había deshecho de sus fornidos guardaespaldas en unos segundos. El pánico que mostraba su cuerpo, reflejaba lo que su cerebro le indicaba que podía ser el mensaje que le había dado aquel desconocido con “acabamos enseguida”.

—En cuanto noten que pasa algo raro, más de mis hombres vendrán a la playa y le matarán —dijo intentando que su amenaza sonase a cierta.

—No se engañe. ¿Quién va a notar nada? ¿La chica que ha ido de compras a Porto Cervo que no volverá hasta la tarde? o ¿los sirvientes que tienen prohibido acudir a su presencia si usted no los llama? ¿Les debo temer a ellos? ¿más o menos que a esos dos? —preguntó en un tono irónico su atacante.

—¿Quién es? ¿Qué quiere? —preguntó de nuevo en un tono más bajo que expresaba claramente el miedo que sentía.

—Lo que le he dicho. Leerle unos papeles que me va a firmar. Le prometo que de una manera u otra acabaremos enseguida. Si coopera, será de una forma favorable para usted. Si no coopera, hará compañía a ese pez en el mar y terminará igual de tieso.

Un ominoso silencio se hizo durante unos segundos. El magnate italiano estaba callado, esperando lo que aquel hombre tenía que decirle.

—Así me gusta. No me interrumpa durante unos minutos mientras le leo con detenimiento estos papeles. Si lo hace tendré que o bien amordazarle o bien romperle unos cuantos dientes. Usted decide.

“Unos españoles, los hermanos Zariquiegui, han descubierto después de varios años de investigación, un procedimiento para conseguir partiendo de un aceite de oliva no refinado de calidad normal, un aceite de oliva de una calidad extraordinaria.

Dicha conversión significaría multiplicar el valor del aceite original, aproximadamente por doce, consiguiendo la empresa propietaria del descubrimiento una rentabilidad inigualable hasta la fecha en este tipo de mercados. Los dueños de restaurantes de lujo y de establecimientos gourmet de todo el mundo harían cola para conseguir dicho aceite.

Yo, Enrici Donatti, contraté una banda de sicarios búlgaros para robar el descubrimiento de los hermanos Zariquiegui y así poder hacerme con él.

Para todo ello además contraté a una banda de mercenarios que mediante la entrega de armamento del ejército israelí, armó a la banda de Hassan al Mudafi, jefe de una banda de malhechores de Marruecos con el fin de que asesinase al patriarca de la familia Hassin y casándose con su hija Samira se hiciese dueño de unos olivares de buena calidad.

De esta forma, yo conseguiría obtener de ellos a bajo precio el aceite de oliva necesario para convertirlo, aplicando el procedimiento robado a los hermanos Zariquiegui en el codiciado aceite de calidad superior.

Pare compensar al ejército israelí de mi participación en la desaparición de sus armas, me comprometo a ingresar en una cuenta corriente 90.000 euros mensuales.

Porto Cervo, Domingo 16 de Agosto de 2015

Enrici Donatti”

Conforme el desconocido iba leyéndole el documento, la cara de Enrici iba cambiando de color, pasando del moreno habitual fruto del sol de aquella playa a un pálido enfermizo.

Cuando terminó, el submarinista le miró a los ojos y hablando en voz fría como el acero le preguntó:

—¿Hay algo que no haya entendido? ¿Está todo lo suficientemente claro?

—Sí... —respondió él con voz trémula y entrecortada.

—Repito de nuevo ¿ha entendido todo lo que le he leído?

—Sí... —volvió a repetir en voz aún más baja.

Su voz reflejaba la sorpresa que sentía de que aquel documento expresase en unas pocas líneas de forma tan clara y precisa, lo que él había urdido durante los últimos meses.

—Perfecto. Dado que está totalmente de acuerdo con lo que refleja el documento, lo va a firmar sin demora —pronunció en voz fría y calmada.

Sacó un bolígrafo del interior de la impermeable mochila y utilizó la piel del brazo de Guido para comprobar si escribía correctamente. El bolígrafo funcionaba perfectamente como demostraban las dos rayas que exhibía el magnate, aunque éste en un acto reflejo había intentado retirarlo.

—Le voy a soltar las ataduras para que estampe su firma. No quiero que se le pase ninguna tontería por la cabeza. Escriba y punto. No tengo mucho tiempo y mi paciencia no es muy grande.

—¡No voy a firmar ese papel! —repuso el italiano en un tono de voz alto, rozando el histerismo.

Poner su firma en aquel documento significaba confesar que había cometido delitos en al menos tres países. Las policías de esos países podrían competir por cuál de ellas esgrimía más cargos en su contra y a qué lugar se lo llevaban preso.

—¿Qué ha dicho? —exclamó el desconocido.

—No voy a firmar esa confesión —contestó en voz baja como no queriendo reconocerlo.

—Yo creo que sí, pero bueno en unos minutos despejaremos la duda.

Y arrastrándole de un brazo sin muchas contemplaciones al inmovilizado magnate como si fuese un saco de patatas, lo llevó a rastras hasta la orilla. Se paró en la misma durante unos segundos, para que se percatase claramente de cuáles eran sus intenciones. El hombre se puso a chillar.

—¡No! ¡No! ¡No!

Después el submarinista avanzó unos pasos hasta donde el agua le cubría un poco más que la cintura y allí lo soltó. El italiano atado de pies y manos se hundió como

un fardo. Los torpes movimientos que intentó realizar sólo sirvieron para que se hundiese antes.

El submarinista, impasible, empezó a contar en voz alta el tiempo que el otro estaba sumergido mirando cómo se movía el segundero de la esfera de su reloj.

—Uno, dos, tres. No sé si me oye pero creo que una persona de su constitución no aguantará un minuto. Dieciocho, diecinueve. Bueno vamos a ver qué pinta tiene.

Y tiró de su hombro lo suficiente como para sacar su cabeza fuera del agua. El italiano boqueaba intentando llevar aire a sus pulmones, mientras su pelo chorreaba agua.

—¿Qué? ¿Qué tal? ¿Cuánto cree que aguantará la próxima vez? —le preguntó con voz tranquila el desconocido —Lo que es la ironía de ciertas situaciones de la vida. Esta noche, mientras yo me como el pez que he comprado, en un restaurante caro del pueblo, probablemente sus hermanos se lo estén comiendo a usted en el mar.

Y terminando la frase, hizo ademán de soltar el hombro para que el indefenso italiano se sumergiese otra vez. Éste, sabiendo que en ese juego llevaba todas las de perder, gritó.

—¡No! ¡No! ¡Firmaré! ¡Le juro que firmaré! —chillaba intentando que el submarinista tuviese piedad de él.

—¡Ya me parecía a mí! ¡Ve qué baño más tonto se ha dado!

Y tirando de nuevo del brazo lo arrastró de nuevo hasta la mesa, donde lo sentó en una de las sillas. Se acercó a las hamacas a por una toalla y a la vuelta sacando un cuchillo de la mochila, le soltó la brida que le ataba las muñecas.

—¡Tome! —le ordenó extendiéndole la toalla para que se secase las manos —No quiero que me moje los papeles.

El otro dócilmente hizo lo que le decía. El submarinista sacó de su mochila un par de copias adicionales del documento y el bolígrafo, poniéndolo todo en la mesa delante del italiano. Este resignado, cogió el bolígrafo y estampó su firma en los documentos.

—¿Por qué hace esto? —le preguntó con voz temblorosa.

—Porque me lo mandan mis jefes. Yo ejecuto sus órdenes. No pregunto los motivos. Usted sabrá que les ha hecho para enfadarlos. Por cierto, el primer pago debe ser de un millón de euros y lo debe realizar hoy mismo. Por lo visto no es usted muy de fiar y mis jefes prefieren que adelante una determinada cantidad. A partir del mes que viene ingresará el pago mensual que acaba de firmar. Si esta noche no ha realizado el ingreso del dinero que le acabo de decir —y el desconocido dejó un papel con un número de cuenta bancaria en las manos del italiano —tenga por seguro que antes de que amanezca, estará dando de comer a los peces. Créame, no se le ocurra pensar que hay otra salida, e intente huir, porque se estaría engañando usted a sí mismo. Si he sido capaz de encontrarlo aquí, lo encontraré en Milán o en cualquier otro lugar del mundo. Espero que no me haga volver esta noche.

Acto seguido le volvió a atar las manos con otra brida y lo abandonó allí hasta que la modelo, de vuelta de sus compras en la ciudad lo encontrase. Fue hasta la playa donde había arrojado el arpón y las aletas y los recogió. De vuelta agarró también el pescado y se fue tranquilamente hacia la salida de la propiedad, como un fantasma que nunca hubiese estado allí.

⟨ *FIN* ⟩

— **A TI, QUERIDO LECTOR** —

Si esta novela que tienes entre tus manos, ha hecho que pases un buen rato, me puedes ayudar a que siga escribiendo, sin más que regalarme un par de minutos de tu tiempo y dedicarme un comentario positivo en la página del libro en Amazon.es. Con ello conseguirás que otros lectores sigan tus pasos y también la adquieran.

Si escribes la reseña, envíame un correo electrónico contándomelo a nlopezci@gmail.com y recibirás dedicado un sorprendente **capítulo extra** de esta novela. Agradeceré mucho los comentarios que me hagas sobre cualquier aspecto de la novela. Eso me ayuda a mejorar.

Gracias por tu inestimable apoyo y nos vemos en la siguiente aventura.

Nicolás López Cisneros

A la hora de que tus ideas sobre la creación de una novela se plasmen en algo material, hay algunas personas que te ayudan a hacerlo realidad: principalmente tu familia y amigos cercanos.

Hay otras, los lectores, que una vez que han leído tu primera novela, esperan con ganas que publiques la segunda y después te animan a la tercera y que acaban siéndote fieles.

A todos ellos, gracias. Sin embargo en esta página quisiera reconocer con especial cariño, el trabajo altruista que ciertos amigos se han tomado en leer las hojas de este libro con algo más que afición. Amigos que han dedicado su precioso tiempo a ir leyendo en detalle, párrafo a párrafo esta novela y en ir tomando nota de los errores de ortografía y estilo que han ido encontrando entre sus letras. Amigos que aportaron sus notas para que la siguiente edición de la novela fuese mejor. Amigos que han hecho que estas páginas se enriquezcan.

Como me enseñaron desde pequeño que es de bien nacido ser agradecido, quisiera que por merecida justicia dichas personas fuesen mencionadas en este libro. Ellos son: Juan José Goizueta, Jose Angel Gutiérrez, Pablo Machain y Eduardo Zariquiegui.

*Otras novelas de
NICOLÁS LÓPEZ*



Contrátame y gana

Era el detective más caro y exclusivo del mundo. Sus servicios solo estaban al alcance de importantes corporaciones a las que les habían robado sus secretos y necesitaban urgentemente recuperarlos.

Ninguno de sus encargos tenía nada de vulgar o corriente, pero cuando aceptó su último trabajo, no podía imaginar que las cosas se iban a complicar tanto: la chica, el cliente y el objeto a recuperar.



Pandemia Selectiva

Estaba cansado. Su último encargo le había reportado grandes ingresos pero había acabado con parte de su futuro. Pero cuando Yoko Yoshida, una de las jóvenes más deseadas de Japón, le pidió que se encontrase con ella, cogió el primer vuelo que salió para Tokio.

Para el resto del mundo era la heredera de una de las familias más poderosas de Japón. Para él su mejor amiga. La persona que le había ayudado a sobrevivir al Dojo Negro.

Cuando se acomodó en el asiento de aquel avión para encontrarse con ella, no podía imaginar que tendría que perseguir a la muerte por varios continentes.

INDICE

1. Asalto inesperado
2. Reconciliación
3. Quiero esos secretos
4. Vuelta a casa
5. Listos para dar el golpe
6. Una vuelta por Pamplona
7. En la almazara
8. Cena complicada.
9. La patente.
10. Jugando con palos
11. Persecución por Europa
12. Robando a un ladrón
13. En la guarida.
14. Aterrizando en Marruecos
15. Recorriendo Marruecos
16. Desierto y pasión.
17. Entre olivos
18. Esperando los frutos
19. Asalto al palacete.
20. Fuga inesperada
21. Emboscada
22. De vuelta al hotel
23. Cara a cara con el culpable